NO A LA MUERTE DE LAS LENGUAS

Claude Hagège

Sumario*

Introducción 11

Primera parte
LAS LENGUAS Y LA VIDA

1. Las lenguas, proveedoras de vida 17
2. Las lenguas, especies vivas 23
3. La lengua y el habla 33
4. Las palabras y la lucha por la vida 41

Segunda parte
LAS LENGUAS Y LA MUERTE

5. ¿Qué es una lengua muerta? 57
6. Los senderos de la extinción 77
7. La multitud de causas 103
8. El balance 157
9. Factores de mantenimiento y lucha contra el desastre 185

Tercera parte
LAS LENGUAS Y LA RESURRECCIÓN

10. El hebreo: de la vida a la muerte y de la muerte a la vida 217
11. Renacimientos, lenguas nuevas, criollos, promociones 273

Sumario*

Introducción 11

Primera parte
LAS LENGUAS Y LA VIDA

1. Las lenguas, proveedoras de vida 17
2. Las lenguas, especies vivas 23
3. La lengua y el habla 33
4. Las palabras y la lucha por la vida 41

Segunda parte
LAS LENGUAS Y LA MUERTE

5. ¿Qué es una lengua muerta? 57
6. Los senderos de la extinción 77
7. La multitud de causas 103
8. El balance 157
9. Factores de mantenimiento y lucha contra el desastre 185

Tercera parte
LAS LENGUAS Y LA RESURRECCIÓN

10. El hebreo: de la vida a la muerte y de la muerte a la vida 217
11. Renacimientos, lenguas nuevas, criollos, promociones 273

* Véase el sumario detallado en la pág. 317.

Conclusión 287
Bibliografía 293
Índice de nociones 301
Índice de lenguas 305
Índice de nombres 313
Sumario detallado 317

Introducción

¿Se han percatado de un fenómeno terrible? ¿Saben ustedes que *cada año mueren 25 lenguas* por término medio? Hoy, en el mundo existen unas 5.000 lenguas vivas. En cien años, si nada lo impide, la mitad de esas lenguas habrá muerto. A finales del siglo XXI, pues, quedarán 2.500. Sin duda, serán muchas menos aún, a tenor de la aceleración, más que posible, del ritmo de desaparición.

Este cataclismo desarrolla sus efectos de manera imperturbable y, al parecer, entre la indiferencia general. ¿Es vanidad, o pura presunción, querer dar la voz de alerta? Me ha parecido que no. Por eso he emprendido la escritura de este libro, con la esperanza, sin duda ingenua, de contribuir aunque modestamente, a la toma de conciencia de una necesidad: hacer todo lo posible para impedir que las culturas humanas no terminen abocadas al olvido. Ahora bien, una de las manifestaciones más elevadas, y más comúnmente cotidianas de las culturas, son las lenguas de los hombres. Las lenguas, es decir, simplemente, lo que los hombres tienen de más humano. ¿Qué se consigue preservar al defenderlas? Nuestra especie, tal y como sus lenguas mismas la han cambiado.

Las lenguas, al igual que las civilizaciones, son mortales, y la vorágine de la historia es enorme para todas ellas. Sin embargo, con la perspectiva de seres finitos, la muerte de las lenguas tiene algo de insólito y apasionante si reparamos en ello: ¡las lenguas son capaces de resucitar! Para los humanos, al contrario, la muerte es lo que rige la vida, la muerte orienta la vida, para forjar un destino. Sin duda alguna, las lenguas que sobreviven son muy raras. Pero existen. Al menos conocemos un caso, el del hebreo. Y hay otras lenguas que la muerte amenaza, pero que se obstinan en vivir, en desafiar lo ineluctable, sorteando todos los peligros.

El presente libro está dedicado a esta aventura peligrosa, a este juego locamente temerario de las lenguas con la muerte. La primera parte, «Las

lenguas y la vida», mostrará qué estrecha relación guardan las lenguas con los principios vitales que rigen el universo. Son proveedoras de vida, al tiempo que conservadoras del pasado (capítulo 1). La razón estriba en que ellas mismas son, en cierta manera, especies vivas (capítulo 2). Pero para llegar a comprender a qué razón se debe la desaparición de las lenguas, y por qué es tan diferente a la de otras especies, conviene que definamos un atributo esencial: el habla. El habla es fugitiva, pero la lengua no muere del todo (capítulo 3). Y la lucha de las lenguas por la vida aparece ilustrada de manera sobrecogedora por la que llevan, en el seno mismo de las lenguas, esas entidades por las que están constituidas: las palabras, que viven, mueren, renacen a veces, pierden sentidos y ganan otros indefinidamente (capítulo 4).

En una segunda parte, titulada «Las lenguas y la muerte», veremos qué podemos entender por muerte de una lengua (capítulo 5), cuál es su proceso (capítulo 6), cuáles son las causas (capítulo 7), qué balance podemos establecer hoy del número de lenguas desaparecidas o amenazadas, y lo que ello significa para nuestra especie (capítulo 8) y, por último, qué acciones se pueden emprender para luchar contra la muerte de las lenguas (capítulo 9).

Intentaré desvelar, en una tercera parte, «Las lenguas y la resurrección», el resplandor que sigue la estela de una resplandeciente antorcha. Los hombres que lo han alumbrado han resucitado una lengua: se trata del hebreo, cuyo renacer constituye el fenómeno más impresionante, único hasta el presente por su importancia y su nivel de acabado (capítulo 10). Mencionaré después otros casos que pueden encontrar sitio en esta parte (capítulo 11).

Podrá considerarse que estas nociones de vida, muerte y resurrección son antropomórficas, o al menos metafóricas. Desde luego, su empleo no impide reconocer que las lenguas son las especies más complejas, pues sólo ellas poseen rasgos de orden cognitivo y social. Precisamente, por no estar hechas de sustancia concreta perecedera, por ser creaciones del espíritu humano, la muerte de las lenguas no es como la de otros componentes del mundo vivo. A pesar de las señales amenazadoras que aparecen hoy en el horizonte de las culturas, el vasto cementerio de lenguas deja oír algunos sonidos. Bajo la apariencia de la muerte, de la que el silencio de las tumbas, en las necrópolis humanas, es quizás el símbolo más sobrecogedor, algo merodea y balbucea todavía, cuando de lenguas se trata, que puede llamarse vida y que es lo que hay que reanimar.

Así que la intención de este libro es muy sencilla. Pretende mostrar tres verdades: por una parte, que las lenguas son quizá lo que nuestras culturas tienen más vivo; por otra parte, que son mortales y mueren en cantidades impresionantes, si no se lucha por su conservación; y, finalmente, que su muerte no es un aniquilamiento definitivo, y que algunas renacen si se las sabe promover. Defender nuestras lenguas y su diversidad, sobre todo contra la dominación de una sola, es más que defender nuestras culturas. Es defender nuestra vida.

Primera parte

LAS LENGUAS Y LA VIDA

Capítulo 1

Las lenguas, proveedoras de vida

Las sociedades humanas y las lenguas como fuentes de vida

Cuando se examinan las sociedades humanas y las relaciones que mantienen con sus lenguas, una verdad salta a la luz, que es de sentido común: las lenguas vivas no existen en sí mismas, sino por y para los grupos de individuos que se sirven de ellas en la comunicación cotidiana. Eso no significa que las lenguas sólo puedan tener una definición social. En tanto que manifestaciones de la facultad de lenguaje, son estructuras cognitivas complejas, que reflejan la manera en que el espíritu funciona cuando produce e interpreta unos enunciados, y llevan las marcas de las operaciones por las cuales se expresa el universo de las cosas sensibles y de los conceptos. Pero al mismo tiempo, las lenguas acompañan a los grupos humanos. Desaparecen con ellos; o al contrario, si son numerosos y rápidos para difundirse más allá de su medio de origen, se esparcen, en su estela, sobre vastos territorios. Así pues, las lenguas extraen de quienes las hablan las normas de vida y la aptitud para aumentar su campo de uso.

Sin embargo, las lenguas también son una de las fuentes esenciales de la fuerza vital que anima a las comunidades humanas. Ninguna de las propiedades que definen lo que es humano posee en el mismo grado que las lenguas el poder de proporcionar al individuo las bases de su inserción en una sociedad, es decir, sobre un plano distinto al de su envoltorio biológico y su estructura mental, las bases mismas de su vida. Esta potencia vital de las lenguas aparece con una claridad particular en dos puntos: por una parte a través del enigma del niño salvaje, por otra en las relaciones de las lenguas con el infinito.

El enigma del niño salvaje

Se trata de una experiencia tan elocuente como consternadora. Es conocida, sobre todo, la historia de Kaspar Hauser. Tras crecer absolutamente solo en un granero y después en un bosque, sin haber tenido nunca el menor contacto humano hasta la edad aproximada de 18 años, aparece hacia 1828 en Nuremberg, donde el criminalista Feuerbach lo recoge y se hace su tutor, hasta 1833, fecha de su misterioso asesinato, del que no se consigue identificar al autor ni aclarar las circunstancias (véase Blikstein, 1995). Como muestra la película que el cineasta Werner Herzog dirigió en 1974, Kaspar Hauser, a pesar de los desvelos de su tutor, que se esforzaba en enseñarle a hablar instruyéndole en el alemán, nunca consiguió producir sonido alguno que se pareciera a una lengua humana. Él manifestaba sin embargo un ardiente deseo de hablar y se esforzaba en intentarlo. Por no poder comunicarse a través del lenguaje, siguió radicalmente ajeno a lo que le rodeaba durante su breve paso por las formas humanas de la vida. Escrutaba fijamente y durante tiempo las caras, objetos, lugares, hacía gestos y esbozaba movimientos que nadie había utilizado ni observado nunca, y que parecían obedecer a una serie de lógicas insólitas. Un día rompe a llorar en el transcurso de una recepción y se retira repentinamente a un rincón oscuro, en el que empieza a danzar febrilmente. Todo su comportamiento indica la angustia de no poder servirse de la lengua y el esfuerzo, totalmente vano, por compensar esta imperfección. Privado de lenguaje, aparece como rodeado de muerte, y sus intentos de adueñarse de la palabra, al fracasar siempre, le alejan cada vez más de la vida. Por tanto, las lenguas incluyen su imagen y principio. ¿Es necesario recordar que el niño alimentado normalmente, pero al que nadie habla nunca, la mayoría de las veces no suele sobrevivir mucho tiempo?

Las lenguas, reflejos del infinito

Lo que le faltaba a Kaspar Hauser, no era la facultad misma de lenguaje. Todo humano nace con ella, y el código genético del niño salvaje no es una excepción. Pero si se dan circunstancias excepcionales que impiden que la facultad de lenguaje se resuelva en lengua, entonces la posibilidad de vivir está gravemente amenazada. Pues las lenguas se introducen en la vida, no sólo porque permiten acceder al campo social, sino porque son, por sí mismas, manifestación de vida.

La lengua alimenta al que la habla, igual que le permite vivir el aire que respira. La lengua proporciona incluso talismanes de supervivencia. Se dice que en los angmassalik, una población esquimal del sudoeste de Groenlandia, algunos ancianos, a punto de desaparecer, cambian de nombre patronímico. A través de este medio, creen que están fuera de la amenaza de la muerte. En efecto, como ésta no puede identificarles por su nombre usual, no sabrá dónde encontrarlos. Así, para ellos, camuflarse bajo un pseudónimo, como permite la lengua, es prolongar la vida.

Pero por encima de estos subterfugios, y de todas las astucias que el hombre despliega sirviéndose de las palabras para esquivar la muerte, la existencia de las lenguas es un medio muy simple, y universal, para burlar a la nada. Pues las lenguas permiten la Historia, la evocación de los desaparecidos por el discurso público o privado, la mención que vuelve a dar cuerpo al polvo, la «resurrección del pasado íntegro», en la que Michelet quería ver su misión. Ninguna especie animal posee la manera de evocar su pasado, suponiendo que algunas no estén desprovistas de memoria, o al menos de recuerdo. Los hombres son los que hacen la historia de los animales en las obras de paleontología donde su lengua les permite contar un pasado vertiginoso.

Las lenguas cambian, se adaptan, se empobrecen, se enriquecen. De la vida, guardan los rasgos inesperados, las apariencias, las trampas, la diversidad. De la vida, guardan el instinto obstinado de continuidad, porque, aunque mueran individualmente, no dejan de existir en tanto conjunto, activando la aptitud hacia el lenguaje, esa propiedad definitoria por la que una única especie animal se ha hecho diferente a todas. Sin embargo, no faltan otros medios para comunicar, y la época contemporánea crecen en cantidad y eficacia. Perpetuándose, sigue lanzando un desafío a la muerte a través incluso de penosas pérdidas (véase la segunda parte); las lenguas nos proponen un modelo de inmortalidad. Las lenguas, almas sin límites y sin contornos, son reflejos del infinito.

LENGUAS ARTIFICIALES Y LENGUAS CON PULSO VITAL

Un viejo sueño: desafiar a Babel

Existe un sueño, tan viejo como las más antiguas civilizaciones, que habita en algunos espíritus, el de una lengua auxiliar artificial, medio único y universal de comunicación. Los que no admiten la dominación

de una lengua existente, ni el imperialismo que es la consecuencia ordinaria, consideran al esperanto como una opción razonable. Si tal opción se convirtiera en realidad, no habría razón teórica para oponerse. Dicho esto, ¿tiene una lengua inventada la misma potencia simbólica que una lengua natural? ¿Es también proveedora de vida? Si el hebreo moderno ha podido cimentar la unión de todos los judíos de la diáspora, ha sido en gran medida porque, aunque en parte artificial, se ha reconstituido a partir de estados de lenguas absolutamente reales (véase el cap. 10), que tenían cada uno para los hablantes una significación histórica y cultural considerable. La inspiración de Zamenhof, al inventar el esperanto, era de otro orden (véase la pág. 262).

Las lenguas naturales como poso de la vida

Las lenguas contienen nuestra historia

Las lenguas no sólo permiten hablar o escribir para recomponer nuestra historia más allá de nuestro aniquilamiento físico, sino que contienen esa historia. Todo filólogo, o todo curioso de las lenguas, sabe que en ellas se depositan tesoros que cuentan la evolución de las sociedades y las aventuras de los individuos. Las expresiones idiomáticas, las palabras compuestas tienen un pasado, que escenifica unos personajes vivos. La historia de las palabras refleja la de las ideas (véase el cap. 4). Si las sociedades no mueren, no es solamente porque tengan historiadores, analistas o narradores oficiales. También tienen lenguas, que cuentan estos últimos.

Las lenguas, huellas de memoria y testigos de vida: declaración de un enamorado

En un libro de reflexiones y de relatos compuestos en el primer tercio del siglo XX y editados recientemente, un gran escritor húngaro, muy unido a su lengua como muchos otros intelectuales de su país, escribía estas líneas, bajo el título «Las lenguas artificiales» y a propósito de estas últimas (Deszö, 1996, págs. 143-144):

> Salidas de los laboratorios de la razón, tienen el carácter durable de la manga de camisa de celuloide [...]. No se marchitan nunca. Pero son inodo-

ras e incoloras [...]. Ahora bien, lo que constituye el encanto de las lenguas es su aspecto humano. Generaciones enteras han dejado en ellas huella de su vida [...]. Las palabras son reliquias, santificadas por el sufrimiento y desfiguradas por la pasión. Las reglas de antaño se han convertido en excepciones y han nacido soberbias metáforas de simples malentendidos. Las lenguas son tesoros milenarios en los que están dispuestos nuestros recuerdos familiares [...]. En cambio, las lenguas artificiales están desprovistas de memoria, y no arraigan ni en el tiempo ni en el espacio. No retienen los acentos regionales. Ignoran las variedades regionales, y [...] no tienen otras tradiciones que las que manan de las leyes de la razón. Es imposible hablarles con faltas [...]. ¿Cómo se expresaría en esas lenguas que el sentimiento nunca ha moldeado a un ujier ebrio del siglo XVII, un joven dandi de hoy o un anciano envarado [...]?

En la misma obra, bajo el título «Sobre la dulzura infinita de la lengua materna», el autor escribía (Deszö, 1996, págs. 147-148):

Desde 1879, fecha en la que Marton Schleyer dio a luz su *volapük*, las lenguas artificiales tienen gran éxito. Nobles soñadores trabajan día y noche para poner fin a la confusión babélica de las lenguas, que, a pesar de sus graves inconvenientes, no carece, como la vida misma, de cierto encanto estimulante. Es emocionante sin duda ver la razón finita del hombre emprender un combate titánico para someter a sus leyes esta alma infinita que es la lengua [...]. Las lenguas artificiales nos permiten indicar nuestro domicilio, nuestra profesión o el estado de nuestra cuenta bancaria, pero se revelan casi impotentes para caracterizar [...] la canción de cuna que cantaba nuestra madre o la sonrisa que esboza, al despedirse en la calle, la mujer que amamos. En definitiva, pueden decir todo lo que no se merece [...]. Desde que el mundo es mundo, nuestros dedos nos sirven —también— para contar, y la cabeza inclinada entre las manos significa en todas partes que se tiene sueño [...]. Ahora bien, las lenguas auxiliares no dicen nada más. Además, por decirlo así, privadas del calor [...] de la vida, se ven obligadas a multiplicar los medios que ponen en marcha [...]. Los que se divierten haciendo previsiones sobre el porvenir [...] se complacen actualmente en repetir que [...] las lenguas nacionales están abocadas a desaparecer, y que tendrán que dejar un día el sitio a una lengua universal única [...]; es significativo ver surgir tal idea precisamente en este siglo adorador de la máquina y negador de la personalidad [...]. La lengua universal, destinada a ser de todos, no sería de nadie [...]. Cierto es que me he resignado a desaparecer un día. Pero no comparto la idea de que este fragmento de mi espiritualidad que es mi lengua materna se aniquile a su vez y que, tras mi muer-

> te, las palabras a las que he prestado mi aliento [...] dejen de flotar por encima de mi tumba. Representan la palabra del alma, la de esa continuidad familiar que desafía la muerte.

En estos textos, donde no se trata de Zamenhof ni del esperanto, la apreciación llevada a cabo sobre las lenguas artificiales es en parte injusta y procede de una información insuficiente. No sabemos si Deszö ha estudiado de cerca una lengua artificial. No es verdad, al menos si se tiene en cuenta el esperanto, que una lengua artificial sea un frío mecanismo producido por las leyes de la razón pura.

El esperanto fue una obra apasionante, animada por un poderoso impulso de idealismo. Tampoco es verdad que una lengua artificial sólo permita hablar de cosas triviales y no sea apta para la expresión del espíritu. En esperanto existe, por ejemplo, una poesía lírica. En cambio, se puede comprender qué fe eleva a este húngaro inspirado, por qué ve en las lenguas naturales un tesoro milenario en el que está depositada en sucesivas capas la vida de las generaciones, y por qué canta un himno al idioma materno como aliento que desafía a la muerte. Es el testimonio de tantos para quienes las lenguas, que guardan huella de la vida, son proveedoras de la misma. La savia que alimenta poderosamente las lenguas y, a través de ellas, a los que extraen su identidad, nace de raíces enterradas en una memoria muy profunda; y esta herencia, mantenida y enriquecida a lo largo del tiempo, constituye un principio vital.

Capítulo 2

Las lenguas, especies vivas

El vitalismo en lingüística en la segunda mitad del siglo XIX

Las lenguas como objeto de las ciencias naturales

Podemos considerar que si las lenguas son proveedoras de vida, como ha quedado reflejado en el capítulo 1, es lógico también deducir que tienen algo que ver con el mundo de las especies vivas. Hoy nos hemos distanciado un poco en relación con las formulaciones vitalistas que eran corrientes en el pensamiento y los trabajos del siglo XIX. Sin embargo, es esclarecedor volver a leer esos trabajos incluso con ojo crítico, pues muestran cómo las propiedades de las lenguas incitan a considerarlas como seres naturales comparables a los que estudia la biología.

Schleicher, de la botánica a la lingüística

La visión de lengua como fenómeno que compete a las ciencias naturales se asocia a menudo al nombre de A. Schleicher (1821-1868).

Igual que A. G. Haudricourt, erudito francés contemporáneo (muerto en 1996), interesado también en los rasgos que en las lenguas sugieren agrupamientos en especies, Schleicher era un botánico convertido en lingüista. Su pensamiento se había moldeado frecuentando algunas obras de grandes naturalistas del siglo XVIII y de principios de XIX, esencialmente Linné, inventor de la taxonomía vegetal, y Cuvier, proclamado fundador de la anatomía comparada. Schleicher había estado influido después, como el resto de los lingüistas de su generación, por los trabajos que llevó a cabo F. Bopp, cuyo ensayo de 1816, *Sur le système de conjugaison du sanskrit comparé avec ceux des langues grecque, latine, persa-*

ne et germanique, está considerado como la obra fundadora de la gramática comparada.

F. Bopp y el principio de vida en las lenguas

En su célebre libro *Grammaire comparée du sanskrit, du zend, du latin, du lituanien, du vieux-slave, du gotique et l'allemand* (1833), Bopp escribe: «Las lenguas deben ser consideradas como cuerpos naturales, que se construyen según unas leyes, y llevan en su seno un principio de vida»; y en su obra se repiten constantemente expresiones como «fisiología del lenguaje» o «anatomía lingüística». De hecho, esta percepción se remontaba al siglo XVIII, y por ejemplo a Leibniz, que había estudiado las lenguas semíticas en términos de genealogía humana, a través sobre todo de la noción de «familia».

Vitalismo lingüístico y transformismo, o el darwinismo y las lenguas

Un acuerdo aparente

Esta concepción vitalista de la lengua es anterior, en Schleicher, que la hereda de Bopp, a la lectura que hizo del gran libro de C. Darwin, *El origen de las especies* (1859). Las ideas de Darwin sistematizaban una corriente transformista presente entonces en varios eruditos, entre ellos E. Haeckel, naturalista al que se atribuye el establecimiento de un paralelismo entre la evolución de los seres (ontogénesis) y la de las especies (filogénesis) (véase Hagège, 1985, págs. 31 y sig.). El que atrajo la atención de Schleicher sobre *El origen de las especies* fue justamente Haeckel, que estaba unido a él por una amistad alimentada de influencias recíprocas, las mismas que existían en esa época entre la biología, vegetal sobre todo, y la lingüística.

Schleicher, cuando conoció el libro de Darwin, estaba componiendo su obra principal, *Abrégé de la grammaire comparée des langues indo-germaniques* (1861), que sistematiza y divulga lo que se había llevado a cabo en este terreno, sobre todo por F. Bopp, R. Rask, J. Grimm y W. von Humboldt. Un año después de la obra de Schleicher aparece *On the Geological Evidence of the Antiquity of Man*, de C. Lyell, fundador de la geología moderna, que había ejercido cierta influencia sobre Darwin (véa-

se Jacquesson, 1998, pág. 121). Este libro contiene un capítulo titulado «Comparación del origen y del desarrollo de las lenguas con los de las especies» (véase aquí, en la pág. 54) que aplica a las lenguas la selección natural de los transformistas. En 1863, Schleicher muestra una carta pública a Haeckel, titulada «La teoría darwiniana y la lingüística», en la que se puede leer el siguiente pasaje:

> Las lenguas son organismos naturales que [...] nacen, crecen, se reproducen, envejecen y mueren; manifiestan por tanto esa serie de fenómenos que se conocen habitualmente bajo el nombre de vida. La [...] ciencia del lenguaje es, como consecuencia, una ciencia natural, su método es de un modo general el mismo que el de las otras ciencias naturales. Por esto el estudio del libro de Darwin [...] no me ha parecido que se aleje demasiado de mis posiciones.

De hecho, el propio Darwin, en un pasaje en el que deseaba aclarar sus palabras a los lectores menos informados de las clasificaciones zoológicas que de los hechos lingüísticos familiares, se apoyaba en la genealogía de las lenguas tal y como estaba establecida desde Bopp. Schleicher recuerda que siempre ha creído en la graduación de los cambios en las lenguas, igual que Darwin en lo que concierne a las especies vivas.

Un malentendido, en realidad. La selección natural

Percatándose, en la obra de Darwin, de las ideas evolucionistas que le parecían que ya eran corrientes entre los especialistas de las ciencias de la naturaleza, Schleicher desconocía el punto central sobre el que *El origen de las especies* aportaba una novedad digna de reseñar, a saber la noción de selección natural (véase Jacquesson, 1998, pág. 122). Schleicher sólo quería retener en las lenguas su propiedad de especies vivas, como las de la naturaleza. Negaba que también fuesen hechos sociales. Desde entonces veía en la ciencia de las lenguas, a la que él llamaba *glótica*, no una ciencia humana, sino más bien una ciencia natural. Ahora bien, cuando se trata de transponer en lingüística el descubrimiento de Darwin, nos damos cuenta de que la selección natural, si es concebida en términos económicos y sociales, se puede interpretar como un motor de las evoluciones que marcan el destino de las lenguas. Que es lo que veremos más adelante (véase la pág. 109).

Las lenguas y la lucha por la vida

La lucha por la vida, tal y como la concebía Darwin en zoología, puede transponerse a las ciencias humanas, y de manera singular a la lingüística. Como los animales y plantas, las lenguas compiten para mantenerse vivas, y sólo lo consiguen en detrimento de otras. El dominio de unas sobre otras y el estado precario al que son conducidas las lenguas dominadas se explican por la insuficiencia de medios de los que disponen para resistir a la presión de las lenguas dominantes. Lo veremos con más detalle en la segunda parte del libro.

El olvido de la dimensión histórica de las lenguas

Schleicher rechaza la dimensión histórica en el estudio de las lenguas, de modo muy curioso. Distingue claramente la glótica de la filología, al escribir que contrariamente a esta última, «la ciencia lingüística [...] no tiene nada de disciplina histórica, y procede de la historia natural» (1860, pág. 119). Es decir que, para él, solamente la historia de las sociedades humanas es historia, y la de las especies naturales no, aunque se le llame así. Separa la historia de las lenguas de la de los hombres, lo que priva a la primera de muchas explicaciones que proporciona la segunda. Así, una teoría que ve en las lenguas humanas objetos vivos cuyo estudio compete a las ciencias naturales retiene sobre todo el aspecto mecánico de esta vida. Sin embargo, Schleicher, de modo contradictorio, insistía también en un aspecto claramente histórico de las lenguas. Mas, como veremos, lo hacía imaginando cierta orientación.

La vida de las lenguas como evolución según un eje orientado

Los tres tipos de lenguas para los lingüistas alemanes de la primera mitad del siglo XIX: lenguas aislantes, lenguas aglutinantes y lenguas flexionales

Schleicher popularizó la famosa tipología que, desde los hermanos Schlegel (1808 y 1818) a Pott (1849) pasando por Bopp (1833) y Humboldt (1836), repartía las lenguas en tres categorías: las de palabras invariables e independientes unas de otras (lenguas aislantes, como el chino),

las que están compuestas por una raíz y afijos identificables (lenguas aglutinantes, como el turco), y las de raíces modificadas por combinación con elementos más o menos amalgamados a ellas y entre ellas (lenguas flexionales, como las de la familia indoeuropea).

La interpretación «evolucionista»

Schleicher no se contentó con dar a esta tipología, en su libro de 1861, una importante audiencia. Al sistematizar una ideología evolucionista que como acabamos de ver precedió a Darwin, Schleicher veía en las lenguas aislantes las de edades primitivas de la humanidad, en las aglutinantes el esbozo de un progreso, y en las flexionales, que situaba en la cumbre de la evolución, las únicas que permiten el desarrollo de un pensamiento refinado. Esta perspectiva ha sido abandonada hace mucho tiempo. Por no mencionar más que un argumento, desde luego el chino no es la lengua de un pueblo primitivo; y por lo demás, los testimonios antiguos que tenemos dejan entrever que primero el chino fue flexional, y que sus propiedades aislantes son el resultado de un cambio producido a través de varios milenios. Resulta, por la misma razón, imposible ratificar juicios como éste, a propósito de otra familia:

> Las tribus indias de Norteamérica [...] no son aptas para la vida histórica a causa de sus lenguas de complicación sin fin [...], erizadas con formas sobreabundantes; no pueden conocer más que la regresión e incluso la extinción (Schleicher, 1865).

En el capítulo 7 veremos que las causas de extinción de las lenguas amerindias tienen poco que ver con su estructura interna, y que lo mismo sucede con cualquier otra lengua.

No faltan pues desviaciones ni sistematizaciones pesadas en el pensamiento de Schleicher. Pero todo ello no invalida la inspiración vitalista que la alimenta. Siempre y cuando se eviten las incoherencias y los *a priori*, no resulta ilegítimo tratar a las lenguas como seres vivos, aunque hoy cueste ratificar las ingenuidades de una teoría que sólo quiere ver en ella especies que competen a las ciencias de la naturaleza. Ahora bien, comprobaremos que la visión de Schleicher sobre las lenguas y la vida tiene, en sus sucesores, una nueva orientación.

La vida de las lenguas, paralela a la de las sociedades humanas. La herencia de Schleicher combinada con un componente antropológico

Las enseñanzas de H.-J. Chavée

Las teorías naturalistas de las lenguas han continuado floreciendo tras la desaparición de Schleicher. Sus discípulos publicaban ya en vida del mismo. Uno de los principales, H.-J. Chavée, nacido en Namur (Francia), fue también, en su juventud, un botánico apasionado. Aseguró la promoción de la obra de Schleicher en Bruselas, luego en París, donde comenzó a enseñar lo que él llamaba *lexicología*, o ciencia de la formación de las palabras, ilustrándola con ejemplos indoeuropeos, destinados a mostrar que las palabras son seres vivos. Frecuentaba a los antropólogos y creía en la evolución paralela de las lenguas y de las comunidades humanas, animadas unas y otras por un mismo impulso vital, como intentaba mostrar en su libro de 1862, titulado, según la terminología imperante, *Les langues et les races*. Su inspiración se refleja claramente en el subtítulo de la *Revue de linguistique et de philologie comparée*, que fundó en 1867, a saber «Compendio trimestral de documentos para servir a la ciencia positiva de las lenguas, a la etnología, a la mitología y a la historia». Con esa publicación periódica, que abría su teoría a las preocupaciones filológicas destacadas por Schleicher, como a las ciencias humanas, de las que el último se preocupaba poco, Chavée se aseguró el concurso de discípulos entusiastas.

Para los miembros de ese grupo, cada palabra de una lengua tiene dos vidas, una fonética y material, otra semántica e intelectual. La vitalidad de las lenguas se encuentra en el origen de su destino. Las lenguas son organismos naturales, como preconizaba Schleicher, pero además son reflejos de las «razas» que las han creado espontáneamente, y la historia natural de las lenguas es paralela a la historia natural de dichas razas. Las lenguas son sistemas poligenéticos, es decir, son de origen diferente, y no de una misma cepa.

A. Hovelacque y las lenguas como entidades vivas que deben ser reconstituidas desde la prehistoria

La mirada antropológica

Hovelacque, lector de Schleicher y discípulo de Chavée, con el que había aprendido la lingüística general y algunas lenguas eslavas y orientales, sucedió al maestro como director de la *Revue* antes mencionada, y fundó en 1876 con P. Broca la Escuela de Antropología (véase Desmet y Swiggers, 1993). La corriente naturalista del que es principal representante en Francia en la segunda mitad del siglo XIX se vale del materialismo científico, que guió también la acción política de Hovelacque (alistado en el grupo socialista y elegido dos veces diputado del distrito XIII de París, lo que explica, mucho más que su notoriedad como investigador, que hoy es casi nula [incluso parece que entre los lingüistas], que una calle próxima al ayuntamiento de este distrito lleve su nombre). Los lingüistas que reunió en torno a él, entre los que se encuentra J. Vinson, conocido especialista del tamil, veían en las lenguas entidades vivas, en las que había que estudiar los estadios más antiguos, y sobre todo la formación prehistórica, así como la relación con las razas. Sin embargo, Hovelacque es más reservado que Chavée y Broca en cuanto al paralelismo entre razas y lenguas (véanse N. Dias y B. Rupp-Eisenreich, en Aroux, 2000, pág. 293).

El problema del origen de las lenguas y los inconvenientes de la Société de linguistique de París

Sólo dos años antes de la fundación de la *Revue de linguistique et de philologie comparée*, es decir, en 1865, había sido fundada la Société de linguistique de París. Sabido es (véase Leroy, 1985, pág. 219) que Chavée no tomó parte en ninguna de sus actividades.

Ciertamente su revista no se presentaba en realidad como rival del *Bulletin de la Société de linguistique de Paris*, creada casi al mismo tiempo: no fue longeva, ya que el boletín sigue existiendo, y en 1916 dejó de aparecer la revista; no tuvo más audiencia, puesto que ningún historiador de la lingüística hace mención de la *Revue* de Chavée, y la mayoría de los lingüistas franceses a los que se ha interrogado ignoran su existencia y la de los autores que en ella escribían. Sin embargo, a los con-

temporáneos les parecía que las dos publicaciones debían distinguirse claramente, cuando no considerarse como adversarias. Se vio cuando a la hora de organizarse oficialmente la Société de Linguistique de París en 1866, ésta decidió, en sus estatutos, excluir cualquier comunicación concerniente al origen del lenguaje, así como a la creación de una lengua artificial. La primera exclusión apuntaba a las especulaciones de aficionados, entonces en boga, sobre los orígenes diversos apuntados, en especial por parte de los celtomaníacos (véase Decimo, 1998). La segunda exclusión apuntaba a los inventores de lenguas, también numerosos en la época.

No se ha hablado mucho de la idea de que los fundadores de la Société de Linguistique de París deseaban también mantener distancias con relación a los organicistas de la escuela de Chavée y de sus investigaciones antropológicas. Es tan cierto que cuando se insiste en la potencia vital que caracteriza las lenguas humanas, nos vemos obligados a interrogarnos sobre su nacimiento, con los riesgos científicos que implica tal interrogación, mientras que cuando nos atenemos al estudio de las estructuras que sostienen el funcionamiento de las lenguas, se tiende a relegar al campo de lo incognoscible el problema de su génesis, asumiendo el riesgo opuesto de aridez y de objetivos limitados.

Los límites del naturalismo: los factores sociales e históricos como constituyentes necesarios de la vida de las lenguas

Hovelacque y su escuela veían en las lenguas organismos vivos. No parece que hubieran prestado atención a la distinción entre especie y organismo, ni percibido que es más exacto tratar las lenguas como especies que como organismos, pues su vida y su desarrollo son, como los de las especies naturales, estrechamente dependientes del entorno, en función del cual conocen variaciones importantes (véase Mufwene, 1998, págs. 28-30). El carácter de especies vivas que se puede asignar a las lenguas implica a dos más, también ligados y evidenciados en biología, como he recordado, a través de Darwin: la lucha por la vida y la selección natural. Si esa concepción permite vigorizar la corriente vitalista no deja, sin embargo, mucho sitio a los factores sociales, políticos y culturales. Aunque Hovelacque apenas les asigna papel en su construcción teórica, no puede evitar reconocer su importancia en los casos concretos que menciona. Les cita, por ejemplo, expresamente, a la ho-

ra de hablar de las razones por las que el árabe no se implantó en España en la Edad Media, ni más tarde el turco en los Balcanes (véase la pág. 124).

Los factores históricos, paradójicamente, no han sido tomados tampoco en consideración como debieran por la escuela naturalista. Los discípulos de Schleicher fueron exclusivamente comparatistas, a la manera de los botanistas de antaño, examinando separada y paralelamente, en cada uno de los vegetales, las propiedades de su crecimiento, sin preocuparse de la reconstitución de un tronco común, es decir, para los lingüistas, de una lengua de origen común a partir de la cual se explicarían los cambios en los diversos idiomas que se derivan. Esta crítica de la escuela naturalista es la que formula, ante todo, F. de Saussure en su obra póstuma, el *Cours de linguistique générale* [*Curso de lingüística general*] (1916, págs. 16-17). La escuela de los neogramáticos, de la que Saussure fue, al principio de su carrera (1878), un representante genial, aportará el rigor que les faltaba a los naturalistas. Pero no desmentirá su intuición principal, la de la vida resonante que recorre las lenguas como una savia alimenticia. Al contrario, le proporcionará nuevas pruebas y más sólidas. Y un gran lingüista al que Saussure apreciaba y citaba, D. Whitney, muestra que hay una voluntad colectiva de grupos humanos que construye las lenguas y que éstas no pueden, en consecuencia, considerarse simples organismos naturales, y también escribe (1867, II, págs. 34-48), al caracterizar lo que es una lengua, que su «nacimiento, desarrollo, declive y extinción son como [los de] una criatura viva».

La diversidad de las lenguas, símbolo de la vida

En fin, hay una propiedad esencial de las lenguas que debe ser recordada, y que no tienen en cuenta las escuelas naturalistas, por ser quizá demasiado evidente, pero que termina siendo olvidada. Se trata de su diversidad. En el mundo viviente, la abundancia de especies es una de las imágenes de la vida, ya se trate de insectos o de gramíneas. La diversidad de lenguas, surgimiento torrencial de la vida, es un motivo de admiración para quien no tiene miedo de conocerlas, y también, es de esperar, para los mismos lingüistas.

La otra cara de la vida

A pesar de, o más bien en natural simetría con, este aliento de vida que recorre y anima a las lenguas, existe un fenómeno ya mencionado en este capítulo, que aparece implicado en la noción misma de vida. Es la decadencia y la muerte. La muerte, podríamos decir, forma, en el ámbito del ser vivo, parte de la vida. Y esto también es verdad en el ámbito de las lenguas. Los lingüistas organicistas que recurren fácilmente a los términos biológicos para hablar de la vida de las lenguas son también los que hablan, según la misma formulación, de su muerte. Hovelacque dice, por ejemplo, a propósito de las lenguas:

> Se apagan como se apagan las naciones y muchas veces los individuos: perecen por la competencia vital, perecen en una lucha desgraciada por la existencia. Estamos ante un hecho histórico, un hecho que pasa delante de nuestros ojos (1887, citado en Desmet y Swiggers, pág. 142).

Pero ¿acaso las lenguas perecen totalmente? A esta pregunta responderá el siguiente capítulo.

Capítulo 3

La lengua y el habla

La oposición de la lengua y el habla en los estudios lingüísticos

Antes de principios del siglo XX

El objeto de este capítulo no es proceder a una exposición didáctica sobre la manera en que las teorías del lenguaje tratan el problema de la muerte de las lenguas. Tampoco es halagar la búsqueda de los precursores. Recuérdese una oposición muy conocida por los historiadores de la lingüística, hecha por Humboldt, sirviéndose de términos griegos, cuando subrayaba que la lengua es una *enérgeia* o capacidad creadora y dinámica, por la que los humanos producen e interpretan enunciados lingüísticos, y no sólo un *érgon* o producto puro de tal capacidad. A menudo se señala que esta concepción, a través de Haman, Herder y Condillac, le debía algo... al propio Aristóteles.

Para F. de Saussure

Las definiciones saussureanas

Haya sido o no influido por esta herencia, F. de Saussure (véase la pág. 31) es sobradamente original cuando propone la célebre distinción entre lengua y habla. De hecho, una y otra participan del impulso creador de la *enérgeia* humboldtiana, y no se produce una simetría real entre ambos autores sobre ese punto esencial.

Saussure define la lengua como

> a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias, adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esta facultad en los individuos (1962, pág 25 [51 en la trad. cast.]).

Más adelante, señala que la lengua:

> Es un tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad, un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro, o más exactamente en los cerebros de un conjunto de individuos, pues la lengua no está completa en ninguno, no existe perfectamente más que en la masa (*ibid.*, pág. 30 [57]).

En cambio, cuando vuelve sobre el acto concreto a través del cual se manifiesta el sistema de la lengua, Saussure señala que este acto no podría llevarse a cabo por el conjunto de los sujetos hablantes; para él:

> La ejecución jamás está a cargo de la masa; siempre es individual y el individuo siempre es su árbitro; nosotros lo llamaremos *el habla (parole)* (*ibid.*, pág. 30 [56-57]).

La oposición conceptual propuesta es fundamental, y Saussure insiste sobre su significado:

> Al separar la lengua del habla (*langue et parole*), se separa a la vez: a) lo que es social de lo que es individual; b) lo que es esencial de lo que es accesorio, y más o menos accidental.
>
> La lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente.
>
> [...] El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad y de inteligencia, en el cual conviene distinguir: a) las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal; b) el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones» (*ibid.*, págs. 30-31 [57]).

Vemos que si la lengua es principio de vida en tanto sistema dinámico en el que se han acumulado las construcciones de palabras y frases de numerosas generaciones, sólo está viva, en el sentido literal, por la actividad del habla.

Sobre un ajuste terminológico

El término habla no es quizás el más afortunado. Algunos lingüistas lo han preferido al de *discurso* (véase Guillaume, 1969, págs. 28, 36, o Buyssens, 1970, pág. 40), que es más flexible y menos ambiguo. El de *habla* evoca, entre otros sentidos, el flujo sonoro producido por el hablante cuando abre la boca, lo que no guarda ninguna relación con lo expresado por Saussure. Por otro lado, éste se ha servido de la casualidad de una oposición existente en francés, pero no evidente en otras lenguas europeas. Se ve a la hora de traducir, en varias lenguas el par *langue/parole*. Es cierto que el español puede distinguir entre *lengua/habla*, el ruso entre *jazyk* y *reč'* y el húngaro entre *nyelv* y *beszéd*, pero en italiano, *parola*, que significa «palabra» de manera más corriente que el francés *parole*, no se opone con claridad a *lingua*; en inglés, el término *language*, que significa, según el contexto, tanto «lenguaje» como «lengua», y que sólo tiene este último sentido de manera clara en plural, es ambiguo, y también lo es *speech*, que puede tener el sentido de «discurso», «lenguaje», etc.; en alemán, hay que recurrir a compuestos formados de modo explícito para expresar el sentido deseado: *Sprachgebilde* («construcción lingüística») y *Sprechakt* («acto de habla»); en sueco, *språk* puede dar lengua, pero *tal* quiere decir tanto «lenguaje» como «habla», y lo mismo sucede en sus cuasihomónimos en danés y en noruego.

De este modo, los términos que sirven a Saussure para instituir una oposición fundamental no reciben unos nombres adecuados del todo ni claramente traducibles en lenguas familiares. Es importante recordar la historia un tanto singular del *Curso de lingüística general*. Saussure, plagado de dudas y consciente de la profunda complejidad del lenguaje como objeto de saber científico, no quería escribir una obra en la que debiera consignar su pensamiento bajo una forma demasiado rígida. Impartió en la Universidad de Ginebra, de 1907 a 1911, una serie de cursos brillantes, que algunos de sus alumnos y colegas decidieron publicar en 1916, tres años después de su muerte. La obra que domina la lingüística moderna fue pues redactada sobre la base de unos apuntes de estudiantes, lo que explica muchas incertidumbres. Ello no significa que la noción de habla no haya sido ampliamente explorada por Saussure. Pero no tuvo tiempo de examinar todas las implicaciones.

Su intuición, sin embargo, es fecunda y abre la vía a una mejor comprensión de lo que hay que entender por vida de las lenguas, y por lo tanto por su muerte. Pero para ello conviene matizar esta oposición, como veremos.

Una oposición demasiado radical

• Las aporías de una separación brusca

Una aproximación propuesta por Saussure está tomada del campo musical. En el *Curso* (trad. cast., pág. 63) leemos:

> [...] Puede la lengua compararse con una sinfonía, cuya realidad es independiente de la manera en que se ejecute; las faltas que puedan cometer los músicos que la interpretan no comprometen lo más mínimo esa realidad.

Aunque el texto del *Curso* reproduce fielmente sus palabras, Saussure recurría frecuentemente, por interés pedagógico, a comparaciones. Pero las comparaciones conllevan riesgos, y aquí, la oposición entre lengua y habla parece demasiado fuerte. Atrapado en la lógica de esta oposición, Saussure llega a conclusiones embarazosas para él mismo, como resulta de la oración. «¿Hasta qué punto pertenece a la lengua?», se pregunta, para seguir añadiendo: «Si es cosa exclusiva del habla, imposible pasar por unidad lingüística» (*ibid.*, pág. 183); en otro pasaje, resuelve en estos términos: «La oración [...] pertenece al habla, no a la lengua» (*ibid.*, pág. 209).

Saussure quiere decir, probablemente, que la lengua no contiene oraciones, sino las reglas de sus construcciones. ¿Para qué entonces tal separación? ¿Podrían acaso enunciarse unas oraciones si no se poseyera el sistema gramatical que las ordena y las unidades léxicas de las que están hechas, es decir, todo lo que pertenece a la lengua? Además, se puede considerar que en la lengua existen, en términos de estructura, familias de oraciones, como existen familias de palabras. El ejercicio del habla es la manifestación concreta de las estructuras, de las que la lengua es sede.

• Los puentes de la lengua hacia el habla

Todas las lenguas poseen herramientas que tienen como efecto actualizar el sistema, es decir hacerle pasar al acto de habla. De este modo, los demostrativos actualizan a los nombres, y los tiempos actualizan a los verbos. Se pueden poner ejemplos sacados de un epígono de Saussure, C. Bally, que fue su sucesor en la cátedra de Lingüística de la Universidad de Ginebra: el concepto virtual de «libro», registrado en la lengua, se ac-

tualiza en el habla si empleamos el demostrativo *este*, de ahí *este libro*, que se refiere a un libro concreto, presente, en el momento en que se habla, en la situación o en el contexto antecedente; paralelamente, el concepto de «reinar», virtual en sí, se actualiza si decimos *(él) reinaba*, fórmula que se refiere a un reino concreto localizado en el pasado (véase Bally, 1965, págs. 82-83). La lengua está implicada en el habla y, en cierta manera, le preexiste, pues es la que proporciona las herramientas de actualización. Pero a la inversa, dichas herramientas son las que permiten a la lengua no quedarse en simple posibilidad, definida por la virtualidad de los conceptos. Hay que recordar, además, que sobre un plano distinto al estático que es al que nos atenemos, a saber desde el punto de vista genético, el habla ha precedido lógicamente a la lengua, ya que nuestros antepasados debieron proferir primero embriones sonoros de comunicación, para que el conjunto, al final de un larguísimo período, se organizase en un sistema.

El reconocimiento de un condicionamiento recíproco

A pesar de la separación brusca que propone, el *Curso* de Saussure no olvida la importancia del condicionamiento recíproco entre lengua y habla. Si bien es cierto que el habla presupone la lengua, en cambio la primera posee una prioridad en dos planos: el del aprendizaje y el de la evolución:

> [...] Oyendo a los otros es como cada uno aprende su lengua materna, que no llega a depositarse en nuestro cerebro más que al cabo de innumerables experiencias. Por último, el habla es la que hace evolucionar a la lengua: las impresiones recibidas oyendo a los demás son las que modifican nuestros hábitos lingüísticos. Hay, pues, interdependencia de lengua y habla; aquélla es a la vez el instrumento y el producto de ésta (*ibid.*, págs. 64-65).

Estas consideraciones siguen reforzando la idea de un vínculo de condicionamiento recíproco entre lengua y habla (*langue et parole*), tal y como se ponía de manifiesto anteriormente al recordar que el habla permite pasar a la lengua de la virtualidad de un sistema a la realidad de un acto. Esto no significa que la lengua, al ser algo virtual, sea una abstracción. Los signos lingüísticos que son las palabras, igual que sus asociaciones, son realidades que ratifica la comunidad que habla una len-

gua determinada y, a la espera de estudios profundos de neurofisiología lingüística que pudieran revelar algún día el detalle y el funcionamiento de dichas conexiones, se puede considerar que tienen su sede en el cerebro.

La noción de lengua muerta a la luz de la oposición entre lengua y habla: las lenguas muertas, estructuras sin voz, pero no sin existencia

En este capítulo he recordado y reexaminado, por una razón precisa, la intuición saussureana de una distinción entre lengua y habla [*langue et parole*]. La razón es que se puede extraer una enseñanza primordial de Saussure para el tema del presente libro.

Desaparición del habla no quiere decir muerte de la lengua

A propósito de dos hechos sorprendentes

Hay dos hechos que merecen nuestra atención. Por una parte, si un hombre, tras un accidente cualquiera, se ve privado del uso de la palabra [*parole*], conserva, sin embargo, la lengua mientras oiga los sonidos y comprenda el sentido. Por otra parte y ante todo, las lenguas denominadas «muertas» ya no se hablan, pero esto no quiere decir que no se pueda aprender su gramática e incluso su fonética, es decir asimilarlas en tanto organismos, como se hace con cualquier lengua viva.

Vivir y existir: dos situaciones distintas

La enseñanza que se puede desprender de los dos hechos que acabo de recordar es importante. La estrecha relación entre habla y lengua es válida para las lenguas vivas, pero no tiene como consecuencia que una lengua que ya no se hable deje, por la misma razón, de existir. Estar vivo y existir son dos nociones y dos situaciones que no habría que confundir. La distinción de lengua como sistema y habla como actividad nos lleva a una conclusión esencial. Una lengua considerada muerta no es otra cosa que una lengua que ha perdido, si se puede decir, el uso de la palabra

[*parole*]. Pero no tenemos derecho a decir que esté muerta como lo estaría un animal o un vegetal cualesquiera. Aquí es donde las metáforas encuentran su límite, pues una lengua muerta sigue existiendo.

Las lenguas, especies inmortales

Hemos visto en el capítulo 2 que las formulaciones vitalistas en las ciencias del lenguaje son una tentación muy antigua. De ahí la aplicación hecha a las lenguas de las nociones de vida, muerte, evolución, etc. Pero las lenguas poseen una propiedad singular, como acabamos de ver: la de ser sistemas virtuales que, desde luego, pasan al estado de los actos en cuanto se indican en forma de palabras, pero que no tienen necesidad, sin embargo, de indicarse en forma de palabras para existir. Ninguna de las especies vivas tiene esta doble naturaleza. La vida, para cualquiera de ellas, es un todo, dado o anulado como tal. Por eso la muerte, para todas ellas, no tiene remisión. Esto es, sin duda alguna, el epílogo natural de la vida, a la manera de un aniquilamiento anunciado, inscrito en el programa genético, luego en la definición misma. Pero de la muerte no se vuelve. Un muerto no puede volver a alcanzar las orillas de la vida como cuando se vuelve de un viaje o se despierta de un sueño.

Al contrario, «basta» con que una lengua desaparecida se hable de nuevo para que deje de estar muerta. La muerte de una lengua no es más que la del habla. Las lenguas en tanto sistemas de reglas no son, pues, mortales, aunque no tengan vida por sí mismas, y no vivan más que cuando unas comunidades las pongan en forma habla(da). Ello no significa que sea fácil resucitar una lengua, es decir, devolverle la palabra (*parole*), por el contrario, es una empresa de una dificultad inmensa. Pero en el capítulo 10 veremos cómo un grupo de individuos resueltos logró, a través de una lengua concreta, aceptar el desafío; máxime cuando la lengua estaba muerta desde tiempos inmemoriales. ¿Qué otra conclusión sacar sino que la muerte de las lenguas no es el fin de cualquier esperanza de hacerlas revivir?

Capítulo 4

Las palabras y la lucha por la vida

¿POR QUÉ LAS PALABRAS SON MORTALES?

Las palabras mueren. «¿Por qué?», diremos. Podríamos también preguntarnos por qué no habrían de ser mortales. Tienen numerosas razones para no poder vivir sin límites. Examinaré aquí las cuatro principales. Las dos primeras conciernen a la desaparición de las palabras mismas, las dos últimas, la de su(s) sentido(s), reemplazado(s) por otro(s).

Una causa de la muerte de las palabras: los cambios económicos y sociales

Los cambios de la sociedad y de las relaciones económicas no pueden dejar intacto el léxico, pues las palabras reflejan las culturas y las ideas. Para limitarme a un caso preciso y más propio para ilustrar de modo simple el fenómeno del que se trata, examinaré el vocabulario francés durante el período que se extiende entre 1900 y 1960.

Las transformaciones de las técnicas y de la vida

¿Qué es lo que se produce entre estas dos fechas (véase Dubois, 1962)? La electricidad y el motor de explosión, por no mencionar más que estos fenómenos, transforman profundamente, erigiéndose en fuerzas de producción esenciales, los modos de vida y las técnicas de masa, a través del automóvil, el avión, la radio, la televisión, etc. El capitalismo industrial acarrea importantes concentraciones urbanas. Los pequeños artesanos y los oficios tradicionales deben afrontar la competencia de vastas y complejas empresas. Las profesiones se diversifican y se especia-

lizan intensamente, multiplicando los nuevos objetos en la vida diaria. Los medios de información y la publicidad, cuyo poder no deja de crecer, se hacen eco con rapidez de los cambios técnicos y sociales, así como de las ideologías políticas, lo que les permite ejercer una presión cada vez más fuerte sobre la población. El desarrollo de las ciudades conduce a la extensión de un sector terciario dedicado a los servicios. Las necesidades económicas tienden a implicar al conjunto del país, y no tanto a diferentes entidades regionales. La centralización del poder político se acentúa, reflejada, sobre todo, en la importancia creciente de sus órganos sociales y fiscales. La educación se extiende a nuevos sectores de la sociedad. La ciencia acelera intensamente su movimiento de divulgación.

Las repercusiones sobre el vocabulario

No es difícil imaginar las consecuencias que pueden producir todas esas transformaciones sobre el léxico, ya se trate de marcas impresas por las ideologías sobre el vocabulario corriente, del reflejo de la jerga publicitaria sobre el uso hablado (véase a este respecto, y para una época más reciente, Berthelot-Guiet, 1997), del efecto de unificación que ejerce la centralización sobre la lengua común, o del proceso mediante el cual los términos técnicos se trivializan en palabras cotidianas.

- De algunos enterramientos

Al no poder tratar aquí, evidentemente, el conjunto, ni incluso una parte, de un campo tan vasto, recordaré sólo las consecuencias que las conmociones antes mencionadas tuvieron sobre la suerte de ciertos sufijos franceses, que son desde hace mucho tiempo importantes elementos de formación de palabras que necesita la lengua. Tomemos los sufijos *-ard, -oir, -on* y *-ure*, que sirven, los tres primeros, para formar nombres de instrumentos y, el último, nombres que indican el resultado de una operación técnica o de un acontecimiento. En las ediciones de 1949 y de 1961 del diccionario francés *Petit Larousse* las desapariciones son particularmente numerosas (véase Dubois, 1962, pág. 60). Por no citar más que un pequeño número de víctimas del «progreso», en la segunda edición ya no figuran las palabras siguientes: *boitard, fingard, meulard, affenoir, clysoir, ébourroir, linçoir, moletoir, accoinçon, écoinçon, étoupillon, lanceron, trésillon, acérure, avalure, empatture, limure, ténure*, etc.

- Las causas morfológicas

La morfología de una lengua es un sistema cuyos elementos están ligados por cierta cohesión. No podrían olvidarse las causas propiamente lingüísticas de la fosilización de tantos vocablos, meritorios sin embargo. Los derivados mantienen con su base, que alargan con un sufijo, una relación de motivación. A poco que el derivado deje de interpretarse como dependiente semántico de su base, el valor de empleo del sufijo se disolverá. Es lo que se produjo con *écoinçon*, que dejó de sentirse como derivado de *coin*, igual que con *avalure*, término de hipismo antiguo, que se refería a una alteración del casco del caballo, debida al despego del hueso con relación a la piel: *avalure* es un derivado de *avaler*, no en el sentido moderno del verbo, sino en el sentido antiguo de *se détacher* [separarse]. Podemos también citar *trésillon*, cuya base desapareció, admitiendo que se pueda encontrar un origen verbal para este término, que designaba en otra época, en marina, una pieza de madera utilizada para la ligadura de dos cordajes; *trésillon* había producido un verbo también derivado, *trésillonner*, atestiguado en el *Dictionnaire* de Littré.

Muchos más términos que los que llevan los sufijos estudiados aquí desaparecieron por esta razón morfológica que es la ausencia de su base. Entre ellos, *affronterie*, señalado en la primera edición del *Dictionnaire de l'Académie française* (1694), y que era derivado del verbo *affronter*, cuyo sentido era *tromper* [engañar]; *affronterie* designaba pues un acto de engaño, e incluso de estafa; pero *affronter* poseía ya un segundo sentido, *braver* [desafiar], *se mesurer avec* [medirse con], y producía para este sentido un derivado, *affrontement* [enfrentamiento]. La evicción del sentido *tromper* [engañar] conlleva la del derivado *affronterie*, máxime cuando se forma un campo léxico *effronté/effronterie*, opuesto claramente a *affronter/affrontement*.

- Las causas económicas y sociales

Los hechos que acabamos de citar muestran que la lengua se organiza y reorganiza los campos léxicos según sus propias leyes, y que no podríamos pasar por alto los factores internos. Sin embargo, la exclusión de muchas palabras se explica por el hecho de que corresponden a realidades económicas y sociales desfasadas, o consideradas como tales desde que las relaciones de producción, los tipos de profesiones y las técnicas han cambiado.

Otra causa de la muerte de las palabras: la ley del tabú y sus estragos

En el transcurso de la historia de las lenguas, y bajo todas las latitudes, hay numerosos tabúes que afectan a las palabras. Un grupo humano decide no utilizar una palabra, bien porque desee alejar los efectos maléficos, que provocaría, piensa, profiriéndolo (lo que denominan los eruditos conducta de evitación o apotrópica), bien porque decida reemplazar esta palabra por un nombre metafórico y compatible a fin de conciliar los malos poderes con una antífrasis que los presenta como buenos (conducta propiciatoria).

El tabú sobre los nombres de los animales

El fenómeno aparece claramente ilustrado en los nombres de animales con los que han estado en relación los cazadores nómadas de edades remotas. En las lenguas de las poblaciones eslavas, para evitar designar al oso por su nombre real, que todas las lenguas tenían, el uso era reemplazar el nombre por una perífrasis que significaba «comedor de miel» (por ejemplo, en ruso, *m'edv'ed'*). No había, para explicar esta práctica, causa externa: había osos por doquier y se trataba de una especie bastante unificada, que no comportaba numerosas ni acusadas variedades, susceptibles de justificar varias designaciones. No había ninguna razón interna en las lenguas: el nombre indoeuropeo del oso, tal y como aparece en sánscrito (*ṛkṣaḥ*), en griego (*arktos*, del que viene el adjetivo francés *arctique*), en latín (*ursus*), comprende un tema en *-o-* de tipo enteramente corriente, disilábico, ni demasiado breve ni demasiado largo para mantenerse (véase Meillet, 1958, pág. 286); por lo que el nombre no tenía ninguna razón puramente lingüística para desaparecer. A ello se añade que se encuentra la misma aplicación del tabú en otras poblaciones del norte de Europa, con los finlandeses, estonios y sames («lapones»),

> que evitan llamar al oso por su nombre y que le califican de «gloria del bosque», «viejo», «soberbia pata de miel», «peludo», «ancho pie», «comedor de hormigas blancas», etc. Sabemos, por lo demás, que generalmente uno de los tabúes de vocabulario más frecuentes manifiesta, en la temporada de caza, el nombre del animal que cobran. Entre los celtas, donde el nombre del oso no ha desaparecido [...], encontramos perífrasis análogas; el galés medio dispone de *melfochyn* [...], literalmente «cerdo de miel» [...], el irlandés de

[...] *maith* «bueno» y el gaélico escocés *math* «bueno» (Meillet, 1958, pág. 285).

El nombre de otro animal de caza, el ciervo, también es objeto de prohibición. La raíz indoeuropea, que se conserva, esta vez, en ruso (*ol'en'*), se ha visto reemplazada en otras lenguas por un epíteto que significa «cornudo», como en inglés (*hart*) o en alemán (*Hirsch*). Tabúes comparables de vocabulario, ahora de inspiración propiciatoria, se han aplicado igualmente a otros animales. El francés moderno llama *belette* (= «bonita pequeña [bestia]») a un animal que en francés medieval se llamaba *mostoile*, del latín *mustela*,

> que sobrevive con el nombre de pescado *mustelle* y el término de clasificación zoológica *mustélidés*, y en los dialectos [franceses] del este, del nordeste y de numerosos *patois* meridionales (Rey, 1992, pág. 204).

Con los encantos de esta apelación lisonjera se evitaba nombrar, y se estimaba que así se recibiría el favor de un temible carnicero, que asola los corrales y entra en las madrigueras, donde desangra a los conejos.

Las devastaciones del vocabulario

Los tabúes del vocabulario pueden tener efectos devastadores. Si comparamos las lenguas indoeuropeas con las de Australia, nos sorprenderán las diferencias que las dos familias presentan entre ambas en términos de reconstrucción del léxico antiguo. Efectivamente, en las lenguas indoeuropeas los tabúes de los que acabo de dar diversos ejemplos no han sido tan numerosos como para hacer difícil establecer familias asociadas a grupos genéticamente emparentados. Las correspondencias fonéticas regulares entre palabras de una y otra lengua proporcionan una base sólida para demostrar el origen común de estas lenguas. Al contrario, en numerosas partes de Australia, cuando muere un miembro de una tribu, la palabra base de su nombre resulta proscrita y se reemplaza por una palabra tomada de una lengua vecina. Así por ejemplo, en una tribu que vive en la confluencia de los ríos Murray y Darling, la palabra que significa «agua» se ha visto reemplazada nueve veces en cinco años, ya que durante tal período, ¡murieron ocho hombres que llevaban este nombre! (véase Dixon, 1980, págs. 19-33). Algunas tribus, como la de los walbiri

y los tiwa, tenían en reserva palabras de recambio ¡listas para eventualidades de este tipo! Tales usos tienen como consecuencia una transformación masiva, y más o menos errática, del vocabulario. A menudo no hay ningún parentesco etimológico entre la palabra inicial y su sustituta.

Fenómenos parecidos se dan en África, donde los tabúes se aplican, en numerosas poblaciones, no sólo a los nombres de personas fallecidas, sino también a los de seres sobrenaturales, de ciertos animales de caza, e incluso a las palabras emparentadas etimológicamente, o que encuentran con ellas un parentesco fonético. Ocurre lo mismo en algunas lenguas amerindias, como el twana, de la familia salís, hablado hace poco en la Colombia británica o, de la misma familia, el comox (véase Hagège, 1981).

Los eufemismos de comerciantes

Vemos que las palabras son víctimas de toda clase de agresiones, y que el tabú no es de las menores. Existe bajo formas diferentes en todos los sitios y en todos las épocas, como el eufemismo, hoy muy conocido por las sociedades occidentales; así, por ejemplo, en francés, bajo la presión de comerciantes de ilusión que, edulcorando los hechos, esperan algún provecho, con las palabras *cancer* [cáncer], *aveugle* [ciego], *sourd* [sordo], *vieillard* [viejo], sin salir del todo del uso, dejan paso a *longue et pénible maladie* [larga y penosa enfermedad], *mal voyant* [mal vidente], *mal entendant* [mal oyente], *troisième (ou quatrième) âge* [tercera —o cuarta— edad]. Los ejemplos podrían ser numerosos.

Sobre dos causas de la desaparición de los sentidos

Las circunstancias de la transmisión: la recreación del niño

La transmisión de la lengua a los niños no sigue un proceso continuo. Si fuera así, el niño recibiría la lengua hecha por sus padres. Pero no lo es, porque la ontogénesis de su aprendizaje es también la de su ser físico, de la infancia a la adolescencia y más allá, y en consecuencia, no está en edad de recibir la lengua familiar como si fuese adulto. Recrea, pues, la lengua según su uso, reinterpretando lo que entiende. Modifi-

ca no sólo las formas, que pronuncia como le permiten sus capacidades articulatorias, sino también los sentidos. Designa por analogía, por metonimia, por generalización, llamando *chien* [perro], por ejemplo, a todo animal, o por transferencia de lo poseído al posesor, llamando *papa* [papá] al ordenador o al violín de su padre. Los desplazamientos semánticos se vuelven más sutiles a medida que el niño crece, pero continúan produciéndose. De este modo, cuando una palabra es utilizada de manera concreta en la lengua de los adultos, el niño, que percibe este empleo, concentra sobre él su atención; y desde entonces, el primer sentido de esta palabra, que el adulto le atribuye en la mayoría de las circunstancias, pero que el niño no conoce, termina por diluirse y desaparecer en la generación siguiente. Un caso conocido es el de la palabra *saoul*

> cuyo antiguo sentido es «saciado»; se aplica esta palabra a las personas ebrias, que están «saciadas de bebida»; los primeros en emplear así la palabra *saoul* se expresaban con un tipo de indulgencia irónica y evitaban la brutalidad del propio nombre, *ivre* [ebrio], pero el niño que les oía asociaba simplemente la idea del hombre ebrio a la de la palabra *saoul*, y así *saoul* se convirtió en sinónimo de la palabra *ivre* [ebrio], que incluso se ha reemplazado en el uso familiar; de ese modo la palabra *saoul* es la que hoy expresa la cosa con más crudeza (Meillet, 1958, pág. 236).

La disolución de lazos y el desorden de los sentidos

- El mecanismo de la pérdida

El sentido de una palabra no es sólo el que toma en el contexto en que se emplea, es el que posee en sí, y que da el principio de una entrada de diccionario. Pero además, unas relaciones asociativas construyen un campo de solidaridad entre ésta y otras palabras. Así como los derivados convertidos semánticamente en autónomos están amenazados de extinción porque nada les une a su base, como hemos visto en las páginas 42-43, una palabra que las circunstancias históricas disocian del grupo de afinidades al que se integraba se ve expuesta sin defensa a las presiones que alteran su semántica, pues deja de estar asociado a un contenido susceptible de preservarlo.

- El endeble, el vivo y el nido

La palabra latina *captivus* «prisionero» era poco susceptible de perder este sentido para los hablantes latinófonos, ya que estaba asociada de modo natural para ellos al verbo *capere* «tomar». Pero en las lenguas procedentes del latín, este verbo o bien desapareció, sustituido por los descendientes de *prehendere*, como el francés *prendre* y el italiano *prendere*, o bien adoptó unos sentidos más concretos, como el que aparece en el heredero francés de su derivado frecuentativo *captare*, es decir *capter*. Esta situación, que tiene como efecto aislar a *captivus* del verbo al cual estaba asociado en latín, expone este adjetivo a las presiones exteriores. Los contextos de su utilización acaban por hacerle que tome el sentido de «malo, despreciable», que es el de su forma italiana *cattivo*, o el sentido de «miserable, desgraciado», que es el de su forma en francés antiguo, *chétif*; esta evolución semántica probablemente tenga relación con el sentido de «prisionero del pecado», que los autores cristianos de los primeros siglos daban a *captivus*.

La palabra evoluciona en seguida hacia el sentido actual de *chétif*, pero el sentido de *malheureux* no ha muerto del todo en Francia, ya que es el de [*šti*] (forma dialectal picarda de *chétif*) que encontramos en *ch'ti-mi* «¡pobre de mí!», interjección convertida, desde la Primera Guerra Mundial, en término jocoso para designar, imitándolos, a los franceses del Norte. Una reparación culta, que va a contracorriente de esta evolución espontánea, producirá *captif* a partir de *captivus* y con el mismo sentido. Una evolución semántica comparable es la del adjetivo alemán *schlecht* «llano, simple», que su *e* y su empleo en contextos variados terminan por alejarse del verbo *schlichten* «allanar, aplanar», del que derivó. *Schlecht* toma entonces el sentido nuevo, que es, exclusivamente, el que hoy tiene de «malo»; sin duda porque un hombre simple, en una sociedad feudal muy jerarquizada como la de los pueblos germánicos de la Alta Edad Media, era un hombre sin valor.

Este combate semántico, en el curso del cual las palabras terminan por no poder salvaguardar su sentido, se ve ilustrado también en el caso del adjetivo latino *vivus* «vivant» [vivo], que, al convertirse en el francés *vif*, pierde sus vínculos con el verbo *vivere* «vivre». Desde entonces la acepción de «vivo», que era su sentido principal, desaparece, salvo en expresiones fijas, transmitidas del pasado, como *mort ou vif* [vivo o muerto] o *brûlé vif* [quemado vivo]; y los sentidos secundarios se imponen, los de «chispeante; animado; rápido; brusco».

Un último ejemplo nos lo ofrece la palabra latina *nidus* «nido», que se remonta a la combinación de dos palabras indoeuropeas **ni* «de arriba abajo» y **zdo*, del que procede el verbo latino *sedere* «estar establecido» (incluimos asterisco en las formas reconstruidas). Mientras que en una lengua indoeuropea del Cáucaso, el armenio, la palabra salida de este compuesto, a saber *nist*, ha mantenido el sentido antiguo y significa «residencia», y lo mismo ocurre en otra lengua de la misma familia, el sánscrito (*nīḍáḥ*); por el contrario, en latín y en las lenguas romances, así como en germánico, céltico, eslavo y báltico, la palabra ha tomado el sentido concreto de «lugar en el que se ha establecido un pájaro». En romance, esta palabra ha dado un derivado **nidiacem*, de ahí el italiano *nidiace* y el francés *niais*, designando todos en origen, en la lengua de cetrería, el pájaro cogido en el nido. Pero la relación entre *nid* [nido] y *niais* ya no la perciben los hablantes, el aislamiento de *niais* ha acelerado la evolución semántica y la palabra, que pertenecía, como muchas otras, al vocabulario de la caza, ha tomado el sentido de «torpe, tonto, pánfilo».

Las hecatombes

Desaparición de palabras que a veces consiguen dejar huellas

No tomaré aquí ejemplos más que de una sola lengua, el francés, con el fin de tener a la vista un todo coherente, a través de distintos períodos. Por lo demás, este capítulo, conviene recordarlo, tiene por objeto una caracterización de la manera en que las lenguas, por intermedio de las palabras, luchan contra el desgaste y se adaptan, en virtud de un tipo determinado de instinto vital. No es cuestión, pues, de presentar listas, sino de escoger ejemplos que parezcan reveladores.

Los olvidos léxicos de edades preclásicas

Aunque la mayoría de los francófonos de hoy no pueden identificarlas, los amantes de textos medievales reconocerán seguramente palabras de hermosa factura, como *ardre* [arder], *bloutre* [montículo de tierra volcado por la reja de una carreta], *chaloir* [importar], *convice* [reproche], *cuider* [pensar], *déduit* [divertimento, placer], *dextre* [derecha], *s'é(s)baudir* [alegrarse], *férir* [golpear], *guerdon* [recompensa], *issir* [salir], *los* [alabanza],

piéça [desde hace tiempo], *pilloter* [repartir el botín] y *soulas* [consuelo]. Estas palabras no desaparecieron del todo sin dejar huella. Vemos que *ardent* es el participio presente de *ardre*; nos servimos del adjetivo *outrecuidant*, cuya segunda parte es el participio presente de *cuider*; todavía se emplea un compuesto culto de *dextre*, *ambidextre*, y un derivado, *dextérité*; *férir* sobrevive con su sentido en *sans coup férir*, tomado probablemente, sin embargo, como un todo que no se analiza; *issue* conserva algo de *issir*, del que es participio pasivo femenino; *chaloir* no ha muerto enteramente, ya que se puede seguir diciendo *peu me chaut*, en el sentido de «me importa poco»; pero la utilización de este giro se combina con una sonrisa, lo que es una manera corriente de juzgar su propia expresión guardando alguna distancia, a fin de significar que se la sabe en desuso, o que, por diversión, se la prefiere así; se puede decir lo mismo de *s'é(s)baudir*, empleo voluntariamente arcaizante, como en señal de complicidad; en cuanto a *pilloter*, que, de origen medieval, según A. Rey (1992, pág. 1.521) «había pasado a uso familiar (1829), y luego desapareció», podría pertenecer también a este registro de la tierna ironía, a juzgar por una reciente antología crítica, titulada *Pillotage* (Duhamel, 1995), y cuyo autor, para indicar el provecho que sacó de la lectura de los textos escogidos, pone de relieve estas palabras de Montaigne (*Essais*, I, pág. 26): «*Les abeilles pillotent deçà delà les fleurs, mais elles en font après le miel, qui est tout leur.*»*

Los tristes balances del posclasicismo y de la época moderna

Pueden considerarse como desaparecidos al final de la época clásica, después de buenos servicios y a pesar de valientes esfuerzos por mantenerse, *bobeliner* [remendar], *controuver*, cuyo participio pasivo sobrevive aún en estilo bastante utilizado, en el sentido de «engañoso, completamente inventado», *extoller* [exaltar] y *déclore* [abrir] (que sobrevive en un empleo rebuscado; en un texto escrito, me parece que para ayudar modestamente a esta palabra a no morir, no dudaría hablar, por ejemplo, de «una mirada abierta al misterio»).

Otras palabras, aunque casi fuera de uso desde finales del siglo XVIII, siguen figurando en el Littré (1877 con el Suplemento), que, sin embar-

* La frase de Montaigne está construida sobre el doble sentido del verbo *pilloter*, que significa por una parte «libar» y, por otra, «repartirse el botín»: «Las abejas liban/se reparten aquí y allá las flores, pero luego hacen la miel, que es el suyo [su botín]». (*N. del t.*)

go, les espeta una mención «viejo» propia para apresurar su inhumación: *cavillation* [razonamiento falso, vana sutileza], *chevance* [aunque se tenga] (y *chevir* [disponer de]), *gavache* [hombre miserable y mal vestido], *passefin* [que sobrepasa a los demás en astucia]. Algunos términos son de factura muy latina, como *patavinité*, «provincialismo de la cultura o del estilo (en referencia al historiador romano Tito Livio, a quien se atribuía tal rasgo, y que nació en Padua, en latín Patavium)», o *vécordie* [falta de corazón, dureza], donde se vuelve a ver el viejo prefijo privativo latino *ve-* de *vésanie* [alienación mental].

A principios del siglo XIX desaparece un gran número de palabras que habían logrado sobrevivir hasta el final de la Revolución, como *bailler* [dar] (de sus homónimos *bayer* «abrir mucho la boca [= *beee*]» y *bâiller*, sólo pervive hoy el segundo; el primero sólo está atestiguado en la expresión fija *bayer aux corneilles* [«pensar en las musarañas»]).El gran número de las palabras que mueren entonces se explica por el hecho de que las realidades que evocan han desaparecido, como es el caso de los nombres sufijados que antes he examinado (véanse las págs. 42-43).

No se trata aquí, por supuesto, más que de palabras verdaderamente caídas en desuso en la lengua corriente, y no de términos que, incluso cuando son antiguos, siguen viviendo en la lengua técnica de los tratados cultos. Por no poner más que un ejemplo, hoy se podría encontrar, en una obra de numismática, una expresión como *bractéates et autres pièces incuses* designando unas monedas con la cara acuñada en huecograbado.

Desapariciones y sustituciones del sentido

Los cementerios de palabras son también los de los sentidos. Una palabra se puede mantener sin que persista su sentido. Éste es, incluso, uno de los datos fundamentales de las lenguas, y en la medida en que la historia de las palabras refleje la de los hombres y de sus representaciones, estos cambios se pueden considerar como totalmente normales. Para responder a los empujes externos, los vocabularios se reestructuran de manera permanente, modificando las relaciones entre las palabras que constituyen diversos campos semánticos. Retendré sólo algunos ejemplos. Las palabras *biberon, candide, dévot, galanterie, meurtrir, offenser, route* y *séminaire* han perdido los sentidos que tenían en otra época, ya sea respectivamente «que le gusta beber», «sincero», «venerable», «bús-

queda de aventuras amorosas», «matar», «atacar militarmente», «derrota» y «plantación, vivero».

Las palabras que pierden sus sentidos adquieren otro u otros. En cuanto a las que desaparecen enteramente para alcanzar sin funerales los vastos cementerios de palabras que siguen aumentando su extensión, son reemplazadas por otras. La muerte de las palabras no es más que una cara de un fenómeno complejo; la otra cara es el nacimiento de nuevas palabras, tal como veremos.

Las ricas cosechas de la neología

Me atendré aquí también al único ejemplo del francés. La abundancia de nuevas palabras que los autores del Renacimiento, sobre todo los de la Pléyade, introdujeron en sus obras bebiendo sobre todo en las lenguas regionales y extranjeras fue seguido a principios del siglo XVII, se dice a menudo, por una severa empresa de depuración. Sin embargo, hoy quedan numerosas palabras cuya introducción data del siglo XVI. Unas son de origen provenzal, como *auberge* [albergue], *badaud* [curioso], *bouquet* [ramo], *cadenas* [candado], *caserne* [cuartel], *daurade* [besugo, dorada], *escalier* [escalera], *girolle* [mízcalo], *luzerne* [alfalfa] y *triolet* [tresillo]. Otras que estaban amenazadas antes incluso de esta época, y que eran cada vez más extrañas, pudieron permanecer hasta la lengua moderna. Entre ellas, *affoler* [enloquecer], *émoi* [emoción], *hacher* [picar], *hideux* [horroroso] y *rancoeur* [rencor]. Otras incluso se formaron en esa época por derivación o composición, o por reactivación de formas antiguas: *aboutir* [acabar en], *bigoterie* [beatería], *clairvoyance* [clarividencia], *décomposer* [descomponer], *déplorable* [deplorable], *désordre* [desorden], *marmaille* [chiquillería], *non-dit* [no dicho], *soussigner* [firmar]. Se toma prestado del italiano: *banque* [banco], *balcon* [balcón], *bosquet* [bosquecillo], *(à l')improviste* [de improviso], *soldat* [soldado], *sonnet* [soneto], etc., o del español, como *bizarre* [raro], *escamoter* [escamotear], *fanfaron* [fanfarrón], *hâbleur* [hablador] y *mascarade* [mascarada] (véase Brunot, 1966, III, 1ª parte).

Se suele considerar que el francés sale exangüe de la edad clásica. Las causas que se apuntan son la acción de Malherbe, luego, la Academia, que es más flexible, el magisterio de Vaugelas, del que se citan severas palabras: «No se permite a nadie crear nuevas palabras, ni incluso al soberano». Pero añade:

> [...] Si hay alguien que pueda hacer que haya Cortes, ése es un soberano, o un favorito o un ministro principal [...]; se produce por accidente, porque habiendo inventado esas personas una palabra, los cortesanos la recogen pronto, y la dicen tan a menudo que los demás la dicen también a imitación suya; de tal manera que al final se establece en el uso y es oída por todos (Vaugelas 1647, I, pág. 40).

Ya sea por este camino, o por el de las creaciones más espontáneas, acreditadas por las autoridades que entonces regentaban la lengua, en el siglo XVII el francés se enriqueció con más palabras de las que pudiéramos pensar. Así, diversos sufijos nominales permiten construir sustantivos derivados, como *causerie* [charla], *cirage* [encerramiento], *discernement* [discernimiento], *douanier* [aduanero], *exactitude* [exactitud], *félicitation* [felicitación], *machiniste* [maquinista], *orangeade* [naranjada], *plaisanterie* [broma], *ponctualité* [puntualidad], *républicain* [republicano], etc. Pueden considerarse también nuevos los verbos *débarrasser* [quitar, vaciar], *détromper* [desengañar], *griffoner* [garabatear], *ironiser* [ironizar], *régaler* [invitar, amenizar], y los adjetivos *inconcevable* [inconcebible], *indiscernable* [indiscernible], etc. En esta misma época, el francés sigue tomando muchos préstamos del latín: *diffusion*, *éluder, insidieux, sévir, subordination, surreption*, todos atestiguados, en realidad, desde hacía algunos siglos, pero a los que Vaugelas considera nuevos. Se toma prestado igualmente del griego: *anacronisme, homonyme, polyglotte*, etc.; así como del italiano: *bagatelle, cascade, miniature, riposter*, etc.; del español: *baroque, disparate, sarabande*; y del alemán: *halte, sabre*, etc. (véase Brunot, *ibid.*, págs. 215-223).

El siglo XVIII creará, o consagrará en el uso, un número considerable de palabras nuevas, en particular, aunque no solamente, durante el período revolucionario. Los verbos acabados en *-iser* no son más que un capítulo, entre muchos otros, en que la fuerza creadora se despliega. Los adjetivos *complémentaire* y *supplémentaire*, por ejemplo, o el nombre *éventualité*, el verbo *sauvegarder* son de esta época, por sólo citar unas palabras de aspecto tan moderno que se les podría creer menos antiguas.

El siglo XIX y la época contemporánea son sobre todo, como ya se sabe, momentos en los que afluyen las palabras inglesas. Algunas palabras francesas que la presión del inglés deja en situación precaria o tiende a hacer desaparecer son sinónimos de los que el inglés, tras la conquista normanda, había tomado prestados al normando y luego al francés, del siglo XI al XIII. Así, *approche, challenge, contrôle, initier, majeur, opportu-*

nité, pratiquement, réaliser, réhabiliter, hoy se emplean cada vez más en lugar de *méthode, défi, maîtrise, commencer, important, occasion, quasiment, se rendre compte* o *remettre en bon état* (véase Hagège, 1987, págs. 57-58). En otros campos, las palabras francesas, recomendadas por comisiones de terminología, han logrado imponerse frente a palabras angloamericanas favorecidas no obstante por la potencia económica e industrial de Estados Unidos y, por añadidura, garantizadas por los media, tanto en Francia como en los demás países europeos. Para el éxito conseguido por las palabras francesas como *logiciel, matériel* y *ordinateur*, que, desde hace más de treinta años, se han impuesto frente a *software, hardware* y *computer*, y para otros éxitos parecidos, remito a un libro (Hagège, 1987) donde se estudian esos hechos con detalle.

Así por lo tanto, las palabras viven y mueren como todos los seres de la naturaleza. Es interesante releer lo que en 1862 escribía C. Lyell, partidario de las tesis transformistas que se interesaba por la vida de las palabras, aunque fuera geólogo (véase la pág. 25):

> [... Es] bastante curioso como investigación el estudio de las leyes por las que se inventan e incluso seleccionan algunas palabras o expresiones a las que se da preferencia frente a otras, ya que, siendo limitado el poder de la memoria humana, es preciso también que se ponga límite al crecimiento del vocabulario y a la multiplicación de términos: hace falta que desaparezcan palabras antiguas [...]. Las ventajas más aparentes que resultan de una nueva pronunciación o de una nueva ortografía, por razón de brevedad o de eufonía, pueden hacer inclinar la balanza, como puede haber otras causas más importantes de selección que deciden el triunfo o la derrota entre rivales, como son: la moda, la influencia de una aristocracia de nacimiento o de educación, la de los escritores populares, oradores y predicadores, y también un gobierno centralista que organiza escuelas con miras a propagar la uniformidad de la dicción y a asegurar el empleo de mejores dialectos provinciales y locales.

Este texto, por algunos aspectos de su inspiración, y por añadidura, señala una fecha, ciertamente, a los factores de la evolución de las palabras, que confunde con los de la evolución de las lenguas. Sin embargo, la visión transformista no resulta inapropiada para presentar el juego de fuerzas según las cuales, cuando mueren unas palabras, otras las reemplazan. Podría decirse que, en cierta manera, las lenguas viven porque las palabras mueren. La muerte de las palabras no es una amenaza para la vida de las lenguas; es, al contrario, una condición.

Segunda parte

LAS LENGUAS Y LA MUERTE

Capítulo 5

¿Qué es una lengua muerta?

Lengua muerta y lengua clásica

Se dice corrientemente que una lengua es muerta cuando no tiene usuarios (o «hablantes» en términos más técnicos). Pero una lengua puede estar muerta de muchas maneras. Así, hace mucho tiempo que el latín y el griego dejaron de ser hablados; sin embargo, en Francia, los dos figuran entre las materias de enseñanza (al menos hasta ahora y esperando que no sean apartados cada vez más de los programas). La administración escolar las llama «lenguas antiguas», al griego le da, precisamente, la denominación de «clásico» (en oposición al griego de hoy, al que se llama «moderno», y que se habla). Los estudiantes pueden escoger griego clásico y latín con el mismo criterio que las lenguas denominadas vivas, aunque se trate de lenguas muertas en el sentido más simple que acabamos de exponer.

Sucede que el estatuto del latín y del griego clásico les confiere, en Francia y en los demás países de lengua romance (Italia, España, Portugal, Rumanía), un lugar específico en la cultura. Efectivamente, el francés proviene históricamente en lo esencial del latín, y del griego en una parte importante del vocabulario culto. La presencia de estas lenguas antiguas en la enseñanza oficial tal y como se dispensa en numerosos Estados es el índice de una continuidad, si no real, al menos simbólica.

Para aclarar más lo que cabe entender exactamente por «muerte de una lengua», recordaré a grandes rasgos la historia del latín. Pero junto a este ejemplo revelador, existen otros a través del mundo, y mostraré que, en cada caso, se trata sin duda de una lengua que desaparece del uso, pero dotada sin embargo de prestigio, y contemplada como parte inalienable de la cultura. Finalmente, otro caso merece también un examen. Es el del árabe literario, enseñado en las escuelas de todos los países adscri-

tos a su influencia y ausente sin embargo de la comunicación cotidiana. ¿Quién sostendría que el árabe literario es una lengua muerta? ¿Y quién afirmaría, sin embargo, que se puede oír entre hablantes corrientes en cualquier país árabe? Éstas son las situaciones, ricas en experiencia sobre lo que es una lengua muerta, por las que parece oportuno comenzar este estudio.

¿Cuándo «murió» el latín?

Latín literario y latín vulgar

En Occidente algunas mentes preclaras se sienten tentadas de plantear una pregunta directa: ¿en qué momento dejó de hablarse en latín? Para responder a ello, conviene examinar al menos las últimas etapas. En la mayoría de las sociedades complejas que ocupan un vasto territorio y están jerarquizadas en clases, tienden a establecerse diferencias lingüísticas. Se pueden asumir a menudo, simplificando mucho, bajo una oposición entre lengua literaria y lengua vulgar, siendo definida esta última como la que hablan los que se ven influidos de modo limitado por modelos escolares y escritos, de tal manera que acogen más fácilmente las aportaciones exteriores y contribuyen así a apresurar las evoluciones.

Esta oposición existía en la Roma antigua, desde una época que no podemos precisar, pero que, sin duda, había comenzado mucho antes de la República. Las obras de teatro de Plauto, a finales del siglo III y a principios del II antes de la era cristiana, conservan el ejemplo de un latín vulgar en el que han dado inicio diversos cambios; del latín literario, mucho más estable, nos queda una imagen, por la misma época, en los fragmentos conservados del poeta Ennio, cultivando una norma esmerada, que compensaba los orígenes osco y griego de este calabrés romanizado. Las élites cultivadas de esa época, y sobre todo de las siguientes, tuvieron conciencia de los cambios a los que inducía el desarrollo del latín vulgar. Desde el siglo I a. de C., el gramático Varrón fijaba las normas del «buen uso», mientras que César cincelaba una prosa lo más próxima posible al ideal clásico, y Cicerón, en su *Brutus*, echaba de menos la época en la que los habitantes nativos de Roma, no sometidos a «ninguna influencia bárbara en el seno de su familia, se expresaban como debía ser» y deploraba la alteración que producían en latín «las muchedumbres cosmopolitas que hablan una lengua corrompida» (citado en Banniard, 1992, pág. 243,

del que extraeremos después otros pasajes); un siglo más tarde, el retórico Quintiliano insistía en la elección de hablantes dignos para servir de modelos.

Un hecho es evidente: el latín hablado se estaba imponiendo en el uso desde hacía mucho tiempo, desde principios del siglo IV, mientras que el poderío romano estaba en plena decadencia frente a la continua presión de los bárbaros, Constantino comenzó a conceder a los cristianos una importancia real en la vida del Estado. Desde entonces un problema se plantea: el latín literario, promovido evidentemente por la Iglesia, en vías de convertirse en heredera única de Roma, es el instrumento de la predicación cristiana y, como lengua escrita prestigiosa, no conocerá cambios demasiado considerables en relación con la lengua clásica de Cicerón y César; al contrario, la masa de fieles, a los que se dirigen los Padres de la Iglesia en su misión evangelizadora, hablan un latín vulgar que no deja de evolucionar, como toda lengua oral. Resulta que la «muerte» del latín coincidirá con el momento en que la comunicación vertical entre doctos predicadores y fieles a los que se dirigen en lengua escrita se hará imposible, por el hecho de la distancia cada vez menos franqueable entre esta lengua y el latín vulgar, que evoluciona para acabar finalmente en varias lenguas romances distintas.

Las tres etapas de la «muerte» del latín

Se pueden distinguir tres etapas. Del año 400 al 650 aproximadamente, es decir del último siglo del Imperio romano a la mitad de la dinastía merovingia (fundada en el 481), los predicadores logran hacerse comprender por la masa, aunque sus actitudes sean variables: Gregorio el Grande en la Italia lombarda, y en África, san Agustín, que apreciaba la latinidad rústica en tanto mantillo vivo de la pedagogía cristiana, mantienen sus distancias con respecto a opciones clasicistas del traductor Jerónimo y de su maestro el gramático Donat; por el contrario, Isidoro de Sevilla en la España visigoda, o Gregorio de Tours, en la Galia de los sucesores de Clodoveo, lamentan, aunque adaptándose por necesidad, lo que consideran una degradación del latín. En una segunda etapa, que se puede situar entre el 650 y el 750, la comunicación funciona de modo cada vez más aproximado entre iletrados de un lado, y de doctos en otro en busca de un medio de hacerse entender por estos últimos al precio, a veces, de un latín vulgarizado, como sucede con el monje Marculfo.

Finalmente en la última etapa, después del 750, es decir en la clausura de la época merovingia, se produce una crisis lingüística de manera irreversible. Los esfuerzos de Alcuino, hombre docto de lengua materna nortumbriana (inglés antiguo), al que Carlomagno encarga, a principios del siglo IX, restaurar los estudios latinos, no tienen otro efecto, en una Galia carolingia en la que además la corte y la aristocracia, de lengua tudesca, están apartadas de la población, que hacer más profunda la zanja que separa el latín de esta última, que, como se comprende, no participa del bilingüismo latino-tudesco de las élites intelectuales francas. El corte aún es más radical en España, donde los letrados latinófonos de Córdoba, sobre todo Álvaro y Eulogio, representantes de esos cristianos a los que extrañamente se llamaba mozárabes («arabizados»), cultivan, para afirmarse ante el poder musulmán, que no persigue a la Iglesia, pero que la tiene bajo su yugo, una lengua tan pura como pueden; esto acentúa la brecha con el habla de las masas; sin duda en Andalucía, políticamente árabe, pero de mayoría de lengua romance, desde la mitad del siglo IX, la lengua hablada evolucionaba menos deprisa que en la Galia y no sufría una influencia tan intensa como la que ejerció el francogermánico sobre el latín vulgar para conducir, por efecto de esa convergencia, al antepasado del francés; sin embargo, el habla de las masas romances en España ya estaba tan alejado del latín que la comunicación con los predicadores latinófonos se hizo imposible. La ruptura es más tardía en Italia; sin embargo se consumó a mediados del siglo X.

De este modo, la competencia pasiva de las masas en el Occidente cristiano, con respecto al latín, es decir, su capacidad de comprenderlo más o menos sin hablarlo (véase Hagège, 1996, págs. 266 y sigs.) no dejó de decrecer. Pero consecuentemente, la competencia activa de los predicadores decrecía en razón misma de su esfuerzo de adaptación a sus públicos. La romania había dejado de ser latina para hacerse romance, del nombre que se ha dado a las nuevas lenguas. También se les llama «neolatinas». Y de hecho, durante un largo período, que comienza sin duda antes incluso del final de la República en Roma y continúa hasta la Alta Edad Media, los usuarios debieron considerar que hablaban «en latín», incluso cuando la comunicación con los latinófonos ya se había hecho difícil. Estos últimos eran, por ejemplo, romanos que hablaban a los veteranos mercenarios, de orígenes lingüísticos diversos, que conservaban a mitad del siglo II el *limes*, frontera del Imperio opuesta a las incursiones bárbaras sobre las marcas de la Dacia, de la Panonia o de la Mesia (hoy respectivamente, más o menos, Rumanía, Hungría y Bulgaria); mucho

más tarde, los latinófonos serán los predicadores que se dirigen a las masas, pero no recurren, para cristianizarlos, a la lengua vulgar que utilizaban éstas, de ahí la dificultad de la comunicación.

Se advierte que las lenguas neolatinas no podían haber salido del latín literario. Sólo podían proceder de formas habladas del latín, por lo mismo que el griego moderno no ha salido del griego clásico (ático esencialmente) que escribían los autores antiguos en la época en que Atenas resplandecía, sino más bien de la *coiné* que se había desarrollado tras esta época, es decir, a partir del siglo IV antes de nuestra era. La promoción de los idiomas neolatinos como lenguas de pleno derecho se aseguró a partir del momento en que se comprobó que la escritura en latín se hizo inadecuada para transcribir las palabras de la masa.

Hay que subrayar, pues, que el latín era lengua escrita no sólo en el sentido de lengua literaria y de prestigio, sino también en la medida en que, para los letrados de la Alta Edad Media, en Occidente no se podía pensar en escribir en otra lengua que no fuera el latín. Es, pues, la necesidad de concebir una nueva *scripta* la que firma el acceso de las lenguas romances al reconocimiento. Aunque, por supuesto, se trataba todavía de lenguas nuevas sobre otro plan esencial, el de su forma interna: hay que recordar ese hecho tan conocido de que en todas las lenguas romances, desde esta época, se tienen en cuenta, para atenerse a otros campos distintos del vocabulario, los rasgos siguientes: no queda el neutro (el rumano es un caso particular, véase Rosetti, 1985), las declinaciones están en vías de desaparición en beneficio de un crecimiento del número y del papel de las preposiciones, una nueva categoría de artículos aparecerá, el futuro simple del latín es reemplazado por una forma compuesta, las desinencias de la media y de la pasiva se debilitan, el infinitivo de las proposiciones-complementos es reemplazado cada vez más por un modo personal y el sistema de las conjunciones es renovado.

Algunos sostendrán que la noción de muerte no se aplica de manera evidente al latín, en la medida en que las lenguas neolatinas han salido de él. Ésa es una verdad parcial, porque de hecho aquéllas provienen, acabamos de verlo, de diversas formas del *latín vulgar*, y no del latín que nos han transmitido los grandes textos clásicos. En cuanto al punto de vista de aquellos para quienes las lenguas neolatinas no son otra cosa que latín, no es aceptable. No basta con verificar un origen genético para concluir que el antepasado y su descendiente son un único y mismo objeto. Sólo el orgullo nacionalista de una España cristiana y latina restaurada en la península tras el fin de la Reconquista, que había puesto fin a casi ocho

siglos de ocupación árabe, a fin de cuentas muy brillante, podía explicar la extraña impresión, en algunos españoles, a partir de 1492, de llevar a los indios de América, cuyas lenguas eran tan exóticas, la latinidad misma a través del castellano; de ahí la noción, extraña si nos paramos a pensar, de «América Latina».

De hecho, ya hacía mucho tiempo, tanto en España como en Francia, que las lenguas neolatinas se habían emancipado, y sus formas, en esta época, no estaban tan alejadas como pudiéramos imaginar de las de hoy. Sólo metafóricamente podemos decir que el latín sobrevive en las lenguas romances. Además, hay que subrayar que el empleo, todavía tímido ciertamente, de las lenguas vernáculas, incluso en las ciencias y en los tratados filosóficos, a partir de mediados del siglo XVII, es también el signo de una emancipación del pensamiento con relación a los dogmas de autoridad, que se expresaban en latín.

Dicho esto, también debemos recordar que en la Europa de la edad clásica, como en la de la época medieval, los sabios y los letrados continuaban expresándose a menudo en latín, y ello incluso en países no latinos: Alemania, Polonia, Suecia, Inglaterra o Irlanda. Además el latín no desapareció completamente del uso. Aún es la lengua de la Iglesia romana, como lo fue antaño la del Imperio romano. Su manera particular de no estar ya vivo sin estar muerto es habitual, de hecho, en el destino de todas las lenguas humanas.

Sobre ciertas viejas lenguas de prestigio

Una lengua que ha desaparecido del uso también se puede mantener en un estado que no es el de la vida definida por su presencia en el seno del intercambio cotidiano, pero que, por ello, no es un estado verdaderamente de muerte.

Copto

Así, hoy el copto se sigue utilizando en la liturgia y las solemnidades religiosas de los cristianos de Egipto. Ahora bien, el copto no es otra cosa que la forma «moderna» de una lengua ¡con la antigüedad del mismo egipcio faraónico! Una continuidad directa, a través de más de... 5.000 años, une el copto a la lengua, escrita en jeroglíficos, del antiguo Impe-

rio, fundado en Menfis por Menes el 3400 a. de C.; esta línea continua pasa por el egipcio medio del Imperio tebano (hacia el año 2000 a. de C.), que se sigue sirviendo de jeroglíficos, pero trazados según una escritura cursiva, llamada hierática, luego por el neoegipcio de las nuevas dinastías, las de los Ramsés (a partir del año 1580 a. de C. aproximadamente), y al fin por el egipcio, llamado demótico como la escritura simplificada que lo anota, de las últimas dinastías, las de los saméticos, antes de la conquista de Egipto por los persas de Cambises en el año 525 a. de C., seguida dos siglos más tarde, por la helenización durante las victorias de Alejandro. Así se mantienen, a través de este inmenso período, los estados sucesivos, aunque, por supuesto, muy diferentes entre ellos, de una «misma» lengua, y la vitalidad del copto, último de estos estados, no será vencida, a partir del siglo VII de la era cristiana, más que por la difusión del árabe, en un Egipto convertido mayoritariamente en musulmán. Los aldeanos todavía hablaban copto a mediados del siglo XIX. Sea como fuere, la profundidad vertiginosa de su historia no puede dejar de conferir cierto prestigio a esta lengua que sobrevive en el culto religioso.

Chino arcaico tardío

Así es como puede denominarse, por oposición al chino arcaico de la época de los zhou occidentales y orientales (siglos XI-VI a. de C.) a la lengua clásica, llamada *wén yán*, de la edad de los reinos combatientes (siglos V-III antes de la era cristiana). Es la de las grandes obras consideradas como fundadoras, con las que ilustran el chino arcaico, de la cultura china: discursos y conversaciones de Confucio, escritos de Mencio, Mozi, Zhuang Zhou y otros. Entre los sinólogos, unos piensan que el chino arcaico tardío en el que están redactados estos célebres libros refleja la lengua hablada de la época; otros ven en esta lengua bastante elíptica una construcción artificial que no corresponde a ningún idioma que haya sido hablado jamás; otros finalmente (véase Hagège, 1975, págs. 21-22) ven en él a uno de los estados antiguos del chino literario. Sea como fuere, esta lengua jamás ha evolucionado, mientras que desde finales, si no desde mediados, de la época siguiente, la de la dinastía de los Han anteriores (de 206 a. de C. a 26), la lengua hablada comienza a conocer unos cambios cada vez más importantes. El *wén yán* se enseña desde siempre en China, donde los libros clásicos son leídos y estudiados en el sistema

escolar. Es una lengua no hablada, pero su «muerte» no excluye una presencia constante en la cultura.

Sánscrito y pali

Así es también, en la India septentrional, el estatuto del sánscrito con relación a las lenguas de la familia indoaria, e incluso con relación a las lenguas no indoarias de la India meridional, llamadas dravidianas, y que han tomado prestado del sánscrito, por el hecho de que sus hablantes practican desde hace tiempo la misma religión brahmánica que los de las lenguas del Norte, un importante vocabulario. La fijación de las reglas del sánscrito por el célebre gramático Pāṇini hacia el siglo V antes de la era cristiana, y luego por uno de sus sucesores, Patañjali que, dos siglos más tarde, formaliza sobre todo la interpretación de los textos, ha dado un tipo de rigidez al sánscrito védico, lengua sagrada de los cuatro grandes libros de himnos religiosos versificados, de sus comentarios y glosas especulativas en prosa, y de los manuales relativos a los ritos. Pero en el inmenso período de un milenio que separa de Pāṇini las primeras atestaciones védicas, esta lengua, que se duda que alguna vez haya sido hablada, ha conocido probablemente variantes orales y evolutivas, como los estados que la suceden, el sánscrito búdico a partir del siglo IV a. de C. y, por supuesto, las lenguas que se denominan prácritos, que son formas iniciales del indio medio que, hacia los primeros siglos que precedieron a la era cristiana, comenzaron a desarrollarse para desembocar, hacia el siglo X, en numerosas componentes del indoario moderno, orígenes de las lenguas actuales de la India del norte.

Pero hay otras lenguas de Asia que han bebido, por razones culturales y confesionales, en los fondos prestigiosos del vocabulario sánscrito; es el caso, sobre todo, del jemer, del javanés, e incluso del malayo, del que la islamización debió tomar sin embargo más tarde un préstamo de palabras árabes. Como el latín y el griego en los países europeos de civilización cristiana, el sánscrito se enseña en la India; algunos declaran incluso que allí todavía se habla, pero si ello es verdad, es evidente que no puede tratarse más que de un empleo culto entre letrados. Sea como fuere, hoy día el sánscrito es una de las 20 lenguas oficiales reconocidas en la Constitución de la Unión India.

Otra lengua religiosa célebre, el pali, es la que Buda escogió en lugar del sánscrito para difundir su enseñanza, tomando como base las lenguas

vernáculas de la India del norte. El pali, lengua de cánones búdicos de Ceilán, ha conservado un uso litúrgico en esta isla, igual que en Birmania y en muchas regiones del sudeste asiático donde había sido el vector del budismo. Pero además, y por esta misma razón, el pali ha sido una importante fuente de préstamos de vocabulario religioso, filosófico y administrativo en birmano, en thai, en laosiano y en las lenguas de diversas etnias. Gracias a este estatuto de fuente generosa en la que beben tantos vocabularios modernos, se podría decir que no está muerto del todo.

Guez

Atestiguado desde tiempos menos antiguos, el guez, forma primaria del etiópico, se mantiene también en nuestros días en el uso litúrgico y culto. El guez fue la lengua de Aksum, capital del reino de Abisinia en el siglo IV de nuestra era, donde el soberano introdujo el cristianismo en sus Estados. Las lenguas semíticas de Etiopía, en particular el tigriña y sobre todo el amárico, idioma de Addis Abeba y de la zona mayor de la alta meseta abisinia, han evolucionado fuera de la influencia culta del guez, pero éste ha sido y sigue siendo para ellas un proveedor de préstamos; con esta lengua de África oriental, en relación con los idiomas modernos de Etiopía, ocurre lo mismo que con las lenguas sagradas de Asia en relación con los idiomas modernos de este otro continente.

¿Es el árabe clásico una lengua viva?

Si utilizamos, como para el latín, la definición propuesta al principio de este capítulo, se podrá declarar, con cierta precipitación, que el árabe clásico está muerto. Sin embargo, una experiencia muy corriente demuestra lo contrario. El árabe clásico se utiliza hoy en día en numerosas circunstancias impregnadas de cierta solemnidad, y no sólo en situación de monólogo. ¿Qué podemos concluir en cuanto a la definición de una lengua muerta?

Es conocida la complejidad de lo que se llama lengua árabe. Su singularidad aparece desde el momento de su designación. Si se menciona «árabe» sin adjetivo, unos entenderán que se trata de árabe clásico, que también se denomina literario, o literal, o coránico, pero está lejos de adecuarse a las realidades designadas por tales términos. Otros, quizá menos

numerosos, pensarán que se trata de árabe dialectal, es decir de una de las formas del árabe que se hablan en el Magreb (marroquí, argelino, tunecino, libio), o en el África sahariana (mauritano o hassaniya), o en Oriente (egipcio, sudanés, chadiano, saudí, jordano, palestino, libanés, sirio, iraquí, yemenita, omanés, hablas del Dathina y del Hadramaut), o en uno de los sultanatos de la península sirio-árabe, o del árabe que utilizan los cristianos, como los malteses o los habitantes de Kormakiti en Creta.

Es probable que la situación de diglosia que prevalece en el mundo árabe, a saber la existencia de una variante literaria reservada al uso escrito y variantes dialectales que se hablan en los diversos países árabes, sea muy antigua (véase Hagège, 1973, pág. 3), y que el árabe del Corán no sea una lengua hablada de la que hubieran surgido históricamente los dialectos, sino una norma de prestigio, en la que el profeta recibió y quiso transmitir la revelación del islam. La situación es, pues, diferente a la del latín, a pesar del punto común que es la oposición entre el idioma escrito y el hablado. Además, el árabe literario, contrariamente al latín, hoy se utiliza en toda la literatura árabe, ya que los dialectos, en principio, no se escriben (sobre la distinción entre lengua y dialecto, véase la pág. 157). Es utilizado en la radio, en la televisión, en los discursos oficiales, en las comunicaciones científicas y en cualquier otra circunstancia formal.

Lo que permite, sin embargo, decir que no se trata de una lengua hablada en el sentido ordinario del término, es un hecho simple: el árabe literario no es en principio la lengua materna de nadie; los habitantes de los países árabes no lo hablan en la vida cotidiana, y no transmiten a sus hijos más que el dialecto del país en el que viven. Se sabe que los dialectos árabes pueden ser bastante diferentes, incluso en el seno de un mismo conjunto geográfico y cultural, y con más razón entre dos conjuntos: un yemenita y un marroquí pueden experimentar alguna dificultad para comunicarse hablando cada uno su dialecto. Por eso cabe considerar el recurso de la lengua árabe literaria en ese caso. Pero este recurso supone que cada uno la conozca bastante para servirse en el intercambio oral, lo que está lejos de ser seguro, dada la fuerte heterogeneidad de los niveles de escolarización y de educación. A ello se añade que a la mayoría de los arabófonos la utilización de esta lengua en la comunicación hablada les parece artificial y afectada, ya que los dialectos sólo tienen una realidad de instrumentos de conversación.

De todo lo que precede, resulta que la definición de una lengua muerta como lengua que ya no se habla reclama, a la luz de casos como los del latín, de ciertas lenguas antiguas de prestigio y del árabe, una

precisión importante: en la presente etapa de esta reflexión sobre la muerte de las lenguas, se considerarán muertas las lenguas que no hable nadie, ciertamente, pero que, además, sólo hayan dejado, en la cultura de los descendientes que han desaparecido con esas lenguas, pocas huellas vivas.

LENGUAS MUERTAS Y SIN ESTATUTO CLÁSICO

Otro caso nos permitirá aproximarnos más todavía a lo que conviene entender bajo esta noción de muerte de una lengua. Numerosas lenguas desaparecidas desde hace varios milenios no nos resultan conocidas más que por inscripciones, textos o monedas, materiales sobre los que los epigrafistas, numismáticos, filólogos, gramáticos y otros investigadores ejercen su arte. Estas lenguas, contrariamente a las que acabo de exponer, hoy día no tienen estatuto clásico, en la medida en que no conocen ningún empleo litúrgico, o más generalmente cultural, a través del cual puedan sobrevivir, y por lo demás no se enseñan en la escuela primaria ni secundaria, y apenas en algunas universidades y centros de investigación. Pero precisamente porque tienen esta propiedad de ser objeto de investigación erudita y de enseñanza de nivel académico, se puede considerar que forman parte de la cultura en cada una de las áreas en las que han dejado rastros arqueológicos. El número de estos rastros es, evidentemente, muy variable. Unas veces la documentación es abundante, otras fragmentaria.

Los casos de abundancia de documentos

Sumerio, acadio, ugarítico, líbico

Los rastros que se poseen de una de las lenguas escritas más viejas de la humanidad, el sumerio, siempre enigmático pues no se puede relacionar con ninguna familia lingüística conocida, son considerables: podemos remontarnos en el tiempo hasta el año 3300 a. de C. al menos, gracias a las decenas de millares de textos en escritura cuneiforme: himnos, rituales, contratos, estelas, anales, dedicatorias, escritos jurídicos, médicos, matemáticos. La riqueza es igual de fascinante para el acadio, es decir la lengua semítica oriental que, cuando la potencia asiria comenzó a domi-

nar Sumer, sucedió al sumerio, dejándole florecer todavía largo tiempo y prolongando su notación cuneiforme; antes de declinar hacia finales del siglo VII y ser relegado al uso erudito, luego reemplazado por el arameo, y más todavía después de la conquista persa en el año 539 a. de C. (véanse las págs. 220-221), el acadio y luego sus formas evolucionadas, babilonio, seguido del neobabilonio, conocieron una larga fortuna como lenguas de civilización de poderosos imperios; esto se nos ha descrito todavía con más detalle desde que las excavaciones de Mari, Ebla y Emar sacaron a la luz enormes cantidades de documentos nuevos, entre los cuales se encuentra un cúmulo de correspondencia privada (véase Durand, 1997).

En la época moderna se han descifrado también (1929) dos partidas de testimonios importantes: unos, descubiertos en Ras Chamra en la costa siria, son un número significativo de poemas mitológicos, que revelan la existencia antigua, hacia el siglo XV antes de la era vulgar, del ugarítico, otra lengua semítica, pero occidental y próxima al cananeo; las otras están constituidas por una cantidad importante de breves inscripciones que, diseminadas del Sinaí a las Canarias, restituyen, siempre en el campo semítico, al líbico, antepasado de las hablas bereberes.

Etrusco, lenguas indoeuropeas de Asia Menor (Anatolia) y del Turquestán chino

Del misterioso etrusco, que reinó hasta alrededor del año 300 a. de C. en Etruria, es decir, inmediatamente próximo a los mismos territorios en que Roma y el latín iban a suplantarlo, nos gustaría saber mucho más qué reveló la decena de millares de inscripciones funerarias breves y monótonas o las bandas que portaban una serie de invocaciones y prescripciones rituales o las glosas, es decir, las traducciones de palabras transmitidas en tratados de autores antiguos. Un contemporáneo de Augusto, el historiador griego Denys de Halicarnaso, anotaba ya el aislamiento y la oscuridad de esta lengua, que no se parecía a nada conocido (véase Briquel, 1994, págs. 319-321). Si es verdad, como dice Herodoto, que los etruscos vinieron de Lidia, entonces quizá no sería inverosímil un acercamiento al indoeuropeo de Anatolia (véase más adelante), teniendo en cuenta ciertos puntos comunes en el campo sintáctico, y aunque el vocabulario no tenga nada de indoeuropeo.

En cambio, a principios del siglo XX abundantes textos y millares de tablillas sacados a la luz permitieron salvar del olvido a numerosas lenguas; dos de las cuales son importantes lenguas indoeuropeas antiguas, a saber, el tocario y el hitita. Los testimonios del tocario, es decir de sus dos dialectos, entre ellos el kutchéen, son tratados (religiosos, médicos, económicos) de inspiración búdica, que se han descubierto en el Turquestán chino, y que están anotados en brāhmī (la escritura más antigua de la India, antepasada de casi todas las lenguas indias de hoy, y utilizada mucho tiempo en toda Asia central); en 1908 dos eruditos alemanes establecieron la pertenencia indoeuropea de las lenguas tocarias, cuya extinción debía ser consumada antes del año 1000, poco después de la conquista de los territorios de Agni y de Kutcha por los turcos uiguros en el siglo IX (véase Isebaert, 1994).

El hitita fue, en el corazón de Asia Menor, la lengua de un poderoso imperio entre los siglos XIX y XIII a. de C.; a los muy numerosos textos de las tablillas de terracota encontradas en la antigua capital del imperio, Hattusa (hoy Bogazköy), se han añadido los de las tablillas recientemente descubiertas en Ortaköy, y no explotadas todavía completamente. El Imperio hitita fue relevado por otros Estados, cuyas lenguas, sobre todo el luvita y el licio eran o parientes próximos o formas evolucionadas del hitita. En particular, los epitafios y las leyendas de monedas escritas en licio dan interesantes indicaciones sobre esta lengua de una población de la costa sudoeste de Asia Menor, que mencionan Homero y Herodoto, y que puede rescatarse mejor del olvido gracias al descubrimiento, en 1974, de un texto-dedicatoria en tres lenguas, licio-griego-arameo. En la misma región se han encontrado abundantes inscripciones en diversas lenguas no indoeuropeas, que no se sabe con qué familia relacionar, y que presentan rasgos caucásicos: el hurrita, el elamita y el háttico, idiomas todos cuya extinción había sobrevenido probablemente desde el principio de la era cristiana.

Gótico

Conocemos bastante bien, igualmente, pero esta vez gracias a otro medio diferente al de las inscripciones rituales, administrativas o privadas, a una lengua importante cuya extinción, mucho más reciente, debió producirse a finales de la Edad Media: el gótico, lengua de los godos, uno de cuyos pueblos, el de los visigodos, saqueó Roma en el año 410, y

es el único testimonio no desaparecido de la rama oriental del germánico, a la que pertenecían también las lenguas de tribus que, en los siglos V y VI hicieron temblar Roma, el norte de Italia, la Galia, España y África: burgundios, vándalos y lombardos. El gótico se fundió en Occidente en el medio romano que le rodeaba, y cuando se produjo su declive, en el año 711, la invasión árabe venció al reino visigodo de España. Pero en Oriente el gótico se mantuvo mejor, debido sobre todo al texto que nos lo conserva hasta la época moderna: la traducción que hizo de la Biblia, a mediados del siglo IV, el obispo Ulfila, de la diócesis de Mesia (hoy Rumanía), ocupada por los godos, y de la que se han conservado importantes fragmentos.

Los casos de documentación fragmentaria

Muchas lenguas, desaparecidas desde antes de principios de la era cristiana, y que habían conocido horas de esplendor, sólo aparecen atestiguadas en varios centenares de inscripciones, o en textos breves o listas de vocabulario que, a la espera de nuevos descubrimientos, no permiten que los investigadores se hagan una idea precisa de estas lenguas, más allá de los datos estructurales elementales y dispersos.

Lenguas célticas

En otra época esta familia conoció una amplia difusión en Europa y hasta en Asia Menor, como lo atestigua la onomástica: el nombre del reino de los gálatas, que se instaló en esta región, es de la misma raíz que los de la Galia, del país de Gales y de algunas ciudades como, probablemente Gallípoli («ciudad de los galos»), puerto turco sobre la orilla europea de los Dardanelos. Los celtas iniciaron un declive continuo hacia principios del siglo III a. de C. Hoy en día, las lenguas que sobreviven de entre ellas, algunas en estado ruinoso como veremos más adelante, se hablan, de manera significativa, en cabos limítrofes con el mar, regiones extremas antes del encuentro con el océano, donde el avance de los romanos en la Galia y de los sajones en Gran Bretaña obligó a los celtas a buscar refugio: Escocia, País de Gales, condados atlánticos de Irlanda (Donegal, Galway, Connemara, Kerry), Bretaña (para más detalles véase Hagège, 1994, págs. 242-245, 250-254).

Otras lenguas célticas están muertas desde hace cerca de 2.000 años. No tenemos otras huellas que un centenar de inscripciones para el galo, otras tantas para monumentos funerarios donde no se encuentran casi más que nombres de personas, para el lepontino, que se hablaba alrededor de los lagos del norte de Italia, y menos aún para el lusitano, antaño utilizado en el noroeste de la Península Ibérica; esta pobreza de testimonios es tanto más fastidiosa en cuanto el lusitano, cuyo dialecto portugués de Galicia (¡otro nombre celta!) ha conservado numerosos vocablos, tiene razones para interesar particularmente a los lingüistas; en efecto, éste ocupa una plaza totalmente particular en el seno de su familia: es el único miembro que ha conservado la **p* del indoeuropeo, desaparecida por lo demás en todos los sitios, como lo muestran, frente al latín *pater, porcus, piscis* (respectivamente «padre», «cerdo», «pescado») y en antiguo irlandés *athir, orc, iasc*; al contrario, para *porc* el lusitano tiene *porcom*.

Aquitano

En las inscripciones latinas de principios de nuestra era encontradas en los Altos Pirineos, sólo quedan 200 nombres de personas y de divinidades en una lengua que se supone que es una forma antigua del vasco, por el hecho de que en uno de los dialectos de este último es posible dar un sentido a estos nombres. ¿No podría tratarse, por el contrario, de una lengua anterior que tomó préstamos del vasco? La situación es tan enigmática como la del mismo vasco, sobre el que se hacen muchas conjeturas (asignación a una familia caucásica, o a las lenguas altaicas, etc.), sin que estemos todavía en condiciones de atribuirle un origen que convenza a todos los medios eruditos.

Lenguas eslavas y bálticas

El empuje germanizante ha hecho del alemán la tumba de las lenguas eslavas, así como de las bálticas (véase Hagège, 1994, págs. 57-65). Sin duda, hoy muchas están vivas, pero se lo deben al poder de vastos Estados, con los que Alemania ha guerreado sin reducirlos, o al esfuerzo continuo de una política de afirmación nacional frente a la expansión alemana. Por el contrario, las lenguas eslavas de pequeñas etnias aisladas han desaparecido, absorbidas.

No tenemos más que pequeños textos y listas de vocabulario de una lengua muerta en el siglo XVIII, el polabo, que, como indica su nombre, eslavo, se utilizaba a lo largo (*po-*) de un afluente del curso medio del Elba (*Labe*) en la región de Lüchow, así como en la del eslovince, que hablaban todavía, en 1903, 200 ancianos en dos parroquias de lo más profundo de la Pomerania (otro nombre eslavo que significa «a lo largo del mar [Báltico]»); estos fenómenos dan testimonio de la presión alemana que no ha dejado subsistir más que a unos islotes en un océano antes eslavo que invadió totalmente. Poseemos, de una lengua báltica desaparecida en el siglo XVII, unos pocos textos más: vocabularios, traducciones de catecismos y del *Enchiridion* de Lutero, manual de propagación de la fe reformada; esta lengua es el prusiano antiguo, hablado en el país que iba a convertirse en la Prusia alemana, y que era llamado en este idioma báltico *prūsis* antes de ser triturado en la riada de los caballeros teutónicos.

Lenguas indoeuropeas de los Balcanes: pelasgo, macedonio, tracio, frigio e ilirio

Del pelasgo no se sabe casi más que lo que sugiere la *Ilíada*, cuyo canto II da un catálogo de navíos que poseían los habitantes de la «fértil Larisa», su capital: los patronímicos y los topónimos del pasaje homérico hacen suponer una lengua distinta al griego, pero seguramente indoeuropea (véase Bader, 1994, págs. 19-20).

Otra lengua de dominio helénico, el macedonio, es importante para la memoria europea, así como para la política contemporánea, ya que Grecia, Serbia y Bulgaria se han atribuido cada una, desde la segunda mitad del siglo XIX, derechos ancestrales sobre Macedonia, y los han fundado sobre argumentos «lingüísticos». Ahora bien, el macedonio está muerto desde hace tiempo (no se trata de la lengua eslava de la pequeña república surgida en 1992 tras el desmantelamiento de Yugoslavia), y además la documentación disponible sobre esta lengua es muy pobre: no queda ningún texto escrito en macedonio; no poseemos más que las glosas debidas a Hesiquio y, por supuesto, las menciones sobre ello de historiadores como Herodoto, y más tarde Tito Livio, sin contar un pasaje de Quinto Curcio, que declara que Alejandro Magno (un macedonio) recurría a un intérprete para ser comprendido por los griegos; se puede dudar del valor de esta información, sabiendo que Alejandro había hecho

reconocer sus orígenes griegos para ser admitido en los Juegos Olímpicos, y que en otra parte de la obra del mismo Quinto Curcio, Alejandro sugiere que los griegos comprenden el macedonio (véase Brixhe y Panayotou, 1994b). Sea como fuere, lo poco que se sabe de esta lengua da lugar a las hipótesis: para unos, el macedonio es una lengua mixta constituida por aportaciones tracias e ilirias incorporadas a un fondo dialectal griego; según otros, sería la lengua de un pueblo no griego, históricamente helenizado. Así es como el destino de las lenguas, en muchos casos, precipita al olvido el idioma materno de grandes conquistadores cuyo renombre era clamoroso.

El dominio cubierto antaño por la lengua de los tracios, que habitaban antiguamente en el sudeste de la península de los Balcanes, donde habían llegado a principios del II milenio antes de la era ordinaria, fue sensiblemente ensanchado por su migración siete u ocho siglos más tarde, en el noroeste de los Balcanes (Propontida, Misia, Bitinia). Su lengua la sitúan, una parte de los especialistas, en compañía de las de lejanos antepasados de los rumanos, los dacios, que combatieron a los ejércitos de Trajano, en un conjunto tracio-dacio, pero otros defienden una bipartición en tracio, que se hablaba en el sur del flanco septentrional del Haimos (Balcanes) y dacomesiano o dacogeta, que se hablaba al norte del Danubio (véase Brixhe y Panayotou, 1994a); este debate, que opone, como se adivina, a lingüistas búlgaros y rumanos, está alimentado por una documentación bastante débil: fuera de la toponimia, abundantemente explotada por cada uno, sólo poseemos una breve inscripción tracia encontrada en Bulgaria, y sin la cual no quedaría casi nada de una lengua que tuvo su momento de gloria.

Los frigios, por su parte, ocupaban la actual Macedonia antes de emigrar a Asia Menor hacia el año 850 a. de J.C. y de constituir allí un imperio poderoso que, según la *Ilíada* (cantos II, III y XIV), tenía a los troyanos por vecinos occidentales y aliados; pasaron bajo el yugo de los lidios, luego de los persas, y después su lengua fue engullida en el helenismo tras la llegada de Alejandro en el año 333 a. de C.; queda un centenar de inscripciones funerarias y de fórmulas de consagración o de execración.

Se han contado 200 vestigios epigráficos, al norte de Italia (regiones de Trieste y valle del Piave) para el veneciano, y al sur (Apulia, Calabria) para el mesapiano, lenguas del grupo ilirio, igualmente indoeuropeo, y que incluía al mismo ilirio, atestiguado por una breve inscripción encontrada en Scutari (Albania). Estas poblaciones tenían situada su cuna al

noroeste de los Balcanes, y desempeñaron un papel de unión entre los mundos griego, itálico y germánico. La precariedad de estas lenguas como objetos de un saber no impidió a los patriotas eslavos del Sur, serbios, croatas y eslovenos, apelar a esta prestigiosa herencia para lanzar en 1850 contra los Habsburgo y contra los otomanos un movimiento, llamado ilirio, de reivindicación nacional. No hay que insistir en el valor simbólico que pueden revestir unas lenguas desde hace tiempo apagadas, de testimonio esporádico y no integradas en la enseñanza clásica.

Lenguas del Asia anterior

No se ha sacado todo el partido posible de unas 200 inscripciones votivas y rituales en urarteano o haldo, también llamado vanechí, pues se hablaba en el paraje de Van, que habría de convertirse en el centro cultural de Armenia tras las invasiones indoeuropeas.

No hay tampoco mucha documentación sobre el lidio, que se habló hasta el siglo IV a. de C. en la región próxima, hoy, a Esmirna. El lidio parece muy diferente a otras lenguas anatolias. El centro de la Anatolia y las costas turcas actuales, al oeste (antigua Paflagonia), al sudoeste, al sur y al sudeste (antigua Pamfilia), son los lugares donde se encuentran algunos testimonios de lenguas, respectivamente el palaico (extinto desde el 1200 a. de C.), el cari, el pisidio y el sidético, los tres extintos hacia el siglo III a. de C. Se está más o menos seguro de la pertenencia indoeuropea del palaico, pariente próximo del luvita y el licio. Se presume también para otras lenguas, aunque no se tienen demasiados argumentos para afirmarlo.

Cuchítico antiguo

Las excavaciones en la Alta Nubia han revelado algunos textos escritos tanto en jeroglíficos como en demótico. La lengua que anotan estas escrituras es camito-semítico y parece ser, si se compara con el estado actual del beya, su vecino, una forma arcaica de cuchítico. Se trata del meroítico, que, durante más de un milenio, hasta alrededor del 350, fue, evolucionando intensamente como se puede imaginar, el idioma de relación del reino de Meroe (que correspondía a lo que los griegos llamaban Etiopía), que se esforzaba, con más o menos fortuna, por mantener su in-

dependencia frente al vecino del norte, Egipto, cuya potencia entonces estaba en declive.

Todo lo que precede pone de manifiesto que las lenguas no mueren completamente cuando unos monumentos epigráficos, o más generalmente arqueológicos, y sobre todo unos textos interpretables de cierta extensión, permiten restituir la estructura, o al menos dibujar la fisonomía. Aunque aquí no se trata de lenguas que no tienen descendiente directo todavía vivo, si se dejan aparte los casos del griego antiguo con relación al griego moderno, y del árabe para esos arabistas que quieren ver en la lengua clásica la forma antigua de la que declaran que habrían salido los dialectos actuales. Estos dos casos deberían compararse, entonces, con otros que no han sido tratados y que tampoco lo serán, pues no entran, precisamente, en el proyecto del presente libro: los casos de las lenguas que representan estados anteriores de lenguas vivas de hoy.

En efecto, no se pueden considerar en sentido estricto como lenguas muertas el francés medieval en sus estados sucesivos, ni el inglés antiguo, el alto alemán antiguo, el ruso antiguo, el armenio clásico, el turco antiguo, el mongol clásico, el tamil antiguo, el tibetano clásico, el kawi (javanés antiguo), el japonés antiguo, etc. Pues las lenguas modernas que son los estados actuales de todos esos idiomas del pasado provienen según una *línea diacrónica continua*: la modificación de las lenguas a través del tiempo es un fenómeno natural, que se inscribe en su naturaleza misma. Por ejemplo, el francés de la Edad Media, considerado globalmente, es una etapa del francés y pertenece a su historia, mientras que el latín es otra lengua diferente al francés, siendo el último una de las salidas de una transformación que ha producido la escisión del latín en cinco lenguas divergentes (u once, si se añaden al español, al portugués, al italiano, al rumano y al francés, las lenguas de regiones no constituidas en Estados, es decir el occitano —con el gascón y el auvernés, para simplificar—, el catalán, el gallego, el retorromance, el corso y el sardo). Por lo demás, el vínculo entre las lenguas que acabamos de mencionar y sus estados pasados, a menudo prestigiosos como lo son por ejemplo el armenio y el tibetano clásicos, soportes de textos sagrados cristianos y búdicos respectivamente, se ha acrecentado por un hecho: las lenguas modernas, que ya salieron de ellas, les hacen, además, numerosos préstamos cultos, o les toman por fuente de creaciones neológicas.

En consecuencia, el fenómeno de muerte de las lenguas que voy a describir es necesariamente muy diferente a los que han sido menciona-

dos en el presente capítulo. Es un fenómeno bastante dramático, pues se desarrolla ante nuestros ojos y escapa en gran medida a nuestro poder.

Ya no se tratará, ahora, de lenguas antiguas que la enseñanza clásica conserva como partes integrantes de las diferentes culturas humanas. No se tratará tanto de lenguas arcaicas de las que se han exhumado aquí o allá rastros que examinan los eruditos, sino de lenguas que, en innumerables lugares del mundo contemporáneo, las vemos, por poco que se esté atento, encaminarse en masa a la orilla de la muerte. Se tratará, simple y crudamente, de lenguas hoy amenazadas de extinción. Y como se verá desde el capítulo siguiente, lo que está en juego es de cierta gravedad. Son culturas construidas por sociedades humanas que corren peligro de perderse.

Capítulo 6

Los senderos de la extinción

LOS TRES PERFILES DE LA DESAPARICIÓN

La transformación

Parece que una lengua tiene tres maneras de desaparecer. La primera es la transformación: en el transcurso de un proceso que puede ser largo, la lengua está claramente modificada como para que en un determinado momento se pueda considerar que ha surgido otra nueva; tal es la historia de la transformación del latín en diversas lenguas romances; otro caso es el ilustrado más atrás con el ruso, el turco, etc., lenguas modernas cuyo estado antiguo era el de lenguas clásicas; se ha visto que la continuidad histórica es, en tales circunstancias, bastante estrecha; en ese caso como en el ilustrado por el latín, no se puede hablar estrictamente de desaparición en el sentido de eliminación total, aunque sea verdad que el portugués sólo se pueda considerar por abuso como lengua latina y que el francés moderno esté demasiado lejos de ser francés medieval. No tomaremos pues, aquí, la transformación como caso pertinente de muerte de una lengua.

La sustitución

Se puede decir que una lengua que llega del exterior sustituye a otra, precedentemente atestiguada en un grupo humano, cuando esta última, después de haber coexistido durante un período muy variable con la lengua nueva, termina por absorberse en ella; se trata de un proceso de fusión creciente, al término del cual ni las estructuras, ni las palabras de la lengua de origen se mantienen en el uso general y no sobreviven, en el mejor de los casos, más que en una escasa minoría de usos.

La extinción

La noción de extinción, más metafórica que la de desaparición, evoca adecuadamente, en la imaginación, lo que puede significar el fenómeno. Se trata de una salida total de la escena, concomitante, por definición, a la de los últimos hablantes, que se extinguen sin descendencia. La extinción de una lengua es, pues, la de los últimos ancianos que la balbucean todavía, o a veces la de toda la comunidad que la hablaba, sean cuales fueren sus edades. La extinción termina en sustitución cuando, como sucede frecuentemente, las generaciones siguientes abandonan completamente la lengua de la que se trata y adoptan otra.

Se puede decir pues que una lengua se extingue cuando ya no tiene *hablantes nativos*, utilizadores que la aprendan desde el principio de su vida en el medio familiar y social, y a los que este aprendizaje confiere lo que se puede llamar una *competencia nativa*; esta última se define como un conocimiento completo y una capacidad de uso espontáneo, que hacen de la lengua en cuestión un instrumento de comunicación propio en todas las circunstancias de la vida diaria. En tal perspectiva, una lengua viva será definida como la de una comunidad que renueva sus hablantes nativos; y una lengua muerta, si se decide conservar este término, será la de una comunidad en la que la competencia nativa ha desaparecido totalmente, en la medida en que los hablantes nativos sólo han transmitido imperfectamente su saber, y los descendientes transmiten a su vez una aptitud cada vez más débil para hablar y comprender el idioma del grupo.

De estas definiciones se desprenden dos consecuencias. En primer lugar, aquí está ausente la implicación individual de la noción de muerte. La muerte de una lengua no es ciertamente la de una comunidad física, ya que una sociedad humana que abandona una lengua por otra no muere por ello. Pero la muerte de una lengua es un fenómeno colectivo. El cuerpo social entero deja de hablar esta lengua. Aunque es verdad que la muerte de los últimos hablantes nativos es un fenómeno individual, debemos considerar que la extinción de una lengua que desaparece con ellos es la de una comunidad lingüística.

En segundo lugar, los últimos hablantes nativos a partir de los cuales se inicia el proceso de extinción se pueden encontrar en dos situaciones diferentes: o bien están en el espacio de origen, donde la lengua se habla como patrimonio autóctono, o bien en un lugar de inmigración, donde una comunidad desplazada la conserva todavía en el seno de un entorno

que hable una o varias otras lenguas. Una lengua puede, por lo tanto, extinguirse *in situ*, pero también puede hacerlo en diáspora; este último caso aparece ilustrado en los ejemplos de comunidades de origen noruego o húngaro que viven en Estados Unidos desde hace un siglo o más, y en las cuales el noruego o el húngaro están, según los individuos, o bien apagados o bien amenazados de extinción.

La extinción por etapas

En lo sucesivo, intentaré caracterizar las etapas de un proceso cuyo resultado último es la muerte de una lengua. Hablaré de *precarización* a propósito de las etapas iniciales, y de *obsolescencia* a propósito de las etapas anteriores al desenlace final. Para referirme de una manera más general al conjunto del proceso, emplearé otras nociones, como la de *ruina*, o, tomadas metafóricamente a partir de la geología y el derecho, las de *erosión* y *desherencia*.

El defecto de la transmisión normal

Falta total o parcial de educación en la lengua autóctona

El hecho de que una lengua deje de ser transmitida a los hijos como lo es en sus condiciones naturales de vida es el índice de una precarización importante. En numerosos casos los padres, por razones que serán examinadas más tarde, no suelen enseñar espontáneamente a sus hijos la lengua de la comunidad por un medio tan simple como el de hablarla con ellos con exclusión de cualquier otra. Ello no significa que renuncien enteramente a utilizarla en el marco de la educación. Algunos, sin embargo, sí se encuentran en este caso, y entonces se puede hablar de un defecto radical de transmisión. En otras familias, el defecto de transmisión sólo es parcial. Pero por una parte los elementos que enseñan los padres son insuficientes y, por otra, al no asegurar el comienzo de una transmisión desde la más corta edad como es corriente en toda lengua viva, legan unos conocimientos que sus hijos no adquieren de manera continua.

La falta de continuidad implica, en algunos aspectos de la lengua, una adquisición demasiado tardía, es decir que interviene a una edad, entre la infancia y la preadolescencia, en la que la actividad de escucha y

aprendizaje está decreciendo, y en la que se inicia una estabilización selectiva, cuando no una esclerosis, de una parte de las aptitudes neurológicas de atención y asimilación (véase Hagège, 1996a, caps. I y II). Por circunstancias adversas, esta edad es también precisamente aquella en la que los hijos se interesan cada vez más por la lengua o lenguas diferentes a la de la comunidad, que se presentan en el entorno, próximo o incluso lejano.

Ausencia de hijos entre los hablantes de una lengua como signo que anuncia su muerte

Una lengua que hablan únicamente los adultos de una comunidad, mientras que los hijos sólo conocen otra u otras ajenas a esta comunidad no está condenada a muerte de manera inmediata ni cierta. Los adultos más jóvenes se seguirán sirviendo de ella, en principio, hasta el final de su vida. Y, por otra parte, la fundación de escuelas en las que puedan aprenderla los niños a los que no se les haya transmitido en el medio familiar, sigue siendo una posibilidad. En la mayoría de los casos conocidos, sin embargo, esta ausencia de jóvenes hablantes se debe considerar como un pronóstico sombrío para la supervivencia de la lengua (véase la pág. 162, donde es utilizada como elemento diferenciador).

El bilingüismo de desigualdad y las lenguas en guerra

Los estragos del contacto en situación de desigualdad

La etapa que sigue al defecto de transmisión en el proceso de precarización de una lengua, es la generalización del bilingüismo en sus usuarios. Pero no se trata de un tipo cualquiera de bilingüismo. Los contactos tejen la historia de todas las comunidades humanas, y están lejos de ser deletĕreos por fuerza. No basta con el contacto entre dos lenguas para que se pueda predecir la muerte de una de ellas, ni incluso, en las muy numerosas situaciones en las que ese contacto es estrecho, para que una constituya una amenaza respecto a la existencia de la otra. Aquí se trata en realidad, de lo que se ha dado en llamar (véase Hagĕge, 1996, cap. XIII) bilingüismo de desigualdad, o de disparidad. Aquella lengua de las dos cuya presión se ejerce de manera temible sobre la otra está en posi-

ción mucho más fuerte por razón de su estatuto social o de su difusión nacional o internacional (véase el cap. 7). El defecto de transmisión interviene en el marco así definido. Los poseedores de más edad de la lengua comunitaria, que ya no está en situación de resistir a la competencia de otro idioma, la transmiten de manera imperfecta a sus hijos, quienes la transmiten por su cuenta más imperfectamente aún, o no la transmiten más, a la generación siguiente.

El enfrentamiento entre dos lenguas

La comunicación de los últimos hablantes con sus nietos en la lengua en la que se interrumpe el proceso de transmisión se hace cada vez más inadecuada o difícil. La consecuencia es su abandono creciente, en beneficio de la que está en condiciones de conseguir la victoria. Pues las dos lenguas presentes libran una verdadera guerra.

Los medios utilizados por cada una son diferentes. Se trata de una lucha con armas desiguales entre una lengua empujada al final de su reinado y una lengua que extiende el suyo. Pero sobre todo, el bilingüismo desequilibrado segrega un tipo concreto de hablantes, del que se tratará a continuación.

Los subusuarios

Del bilingüismo de desigualdad ilustrado de este modo, se pasa, en efecto, en el transcurso del inexorable camino hacia la extinción, a otra etapa en la que se inicia la obsolescencia. Para caracterizar a esta etapa, propongo llamar *subusuarios* de una lengua dada a los hablantes que la utilizan, de forma variable según las situaciones, sin poseer lo que he llamado antes competencia nativa. La manera en que los usuarios hablan la lengua de su comunidad es un signo inquietante del peligro al cual está expuesta y, en los casos más avanzados, un anuncio claro de su desaparición próxima.

Diversos autores han estudiado, en grupos concretos, el estado de la lengua del que se trata. Se ha dado en concreto la denominación de *semihablantes* (Dorian, 1977) a los usuarios para quienes el manejo de la lengua de origen se hace cada vez más incierto. Se ha hablado de *semilingüismo* (véase Hansegård, 1968) a propósito de una situación que yo

llamo (Hagège, 1996a, págs. 261-262) *doble incompetencia*. Ésta es la de las familias de inmigrantes recientes que tienen una práctica defectuosa de la lengua del país de acogida, sin haber conservado una competencia completa en su propia lengua. Aquí se trata no de un fenómeno de obsolescencia en ninguna de las dos lenguas, aunque las circunstancias no dejen de presentar analogías, sino de una privación lingüística de los individuos de un grupo social y económicamente desfavorecido. No se puede, por lo tanto hablar, en este caso, de subusuarios, como con los hablantes de diversas lenguas en vía de extinción. Las producciones de estos hablantes serán estudiadas más tarde, y permitirán precisar el contenido de la noción de subusuarios. Quede simplemente precisado desde este momento que los subusuarios se distinguen de los sujetos dotados de una competencia pasiva. Estos últimos ciertamente no producen, la mayoría de las veces, un discurso seguido ni utilizan la lengua como pueden hacerlo los que poseen plena competencia; pero no han perdido el conocimiento del sistema y pueden reconocer, al menos en principio, todos los rasgos en tanto que hablantes, lo que no es el caso de los subusuarios.

La alteración de la lengua dominada y la denegación de legitimidad

El tipo de lengua que hablan los subusuarios en las situaciones de obsolescencia inicial puede ser ilustrado con muchos ejemplos. Retendremos dos a continuación.

El quechua en Bolivia, frente al español

El primer ejemplo es el del quechua de la ciudad y del valle de Cochabamba en Bolivia (véase Calvet, 1987). El quechua es el estado moderno de la lengua que se hablaba en el Imperio inca a la llegada de los conquistadores españoles. La españolización cultural y lingüística no lo redujo a una situación tan frágil como la de otras numerosas lenguas indias de América. El quechua es hablado por casi la mitad de los cinco millones y medio de habitantes de Bolivia; pero está, evidentemente, sometido a la presión del español. En el medio urbano (ciudad de Cochabamba y alrededores inmediatos), los comerciantes, así como la administración y los media, dejan un sitio innegable al quechua, pero la forma utilizada es

bastante diferente de la empleada por los campesinos (valle de Cochabamba).

En el plano fonológico, el quechua de las aldeas posee dos vocales, *i* y *u*, pero no *e* y *o* a no ser como pronunciación posible de las palabras: *i* puede ser pronunciada a veces *e*, a la que se parece, y lo mismo sucede con *u* en relación con *o*; ello significa que no existe, en el quechua menos influido por el español, ningún par de palabras cuyos miembros, idénticos en todo, se opongan únicamente, uno al otro, por la presencia de *i* en uno y de *e* en otro, o por la de *u* en uno y de *o* en otro. Al contrario, en el quechua de la ciudad, que toma muchos préstamos del español, las vocales *e* y *o* son fonemas (conjuntos de rasgos sonoros que sirven para distinguir las palabras) de pleno derecho. Efectivamente, estos sonidos se introducen en el quechua urbano al mismo tiempo que las palabras españolas que los portan. Los sistemas fonológicos del quechua urbano y del quechua rural de la región de Cochabamba son, está claro, bastante diferentes como para que podamos hablar de dos lenguas distintas.

Los hechos no se detienen ahí. Acabamos de ver que la contaminación del sistema fonológico del quechua urbano por el español era corolario del aflujo de préstamos, que es un fenómeno léxico. Sin embargo, la gramática también está amenazada. En el plano gramatical, el quechua más conservador de los campesinos posee unas características muy diferentes a las del español. El verbo, sobre todo, está al final de la mayoría de las frases, que muy a menudo son cortas. En español, el verbo no está al final, como tampoco en francés, donde no es de uso decir *ils ont leur maïs au marché vendu* [ellos han su maíz en el mercado vendido]. Por lo que se puede decir que el orden de las palabras del quechua de Cochabamba se convierte en un orden con verbo en posición no final en la mayoría de las frases por la influencia omnipresente del español.

En un entorno de guerra de lenguas donde la desigualdad es evidente, la lengua legítima es la de las «élites» económicas. Ahora bien, esas élites son precisamente, en Cochabamba, las comunidades de usuarios de un quechua cada vez más españolizado, en vías de desaparecer en tanto quechua cuando el proceso de absorción fonológica, gramatical y léxica que impulsa el español haya llegado a término. Estos semihablantes están, así, lejos de perder categoría, aun cuando su lengua de origen se vea despreciada. El proceso de extinción del quechua es el de una lengua cuya antigua legitimidad se ve recusada. Este proceso queda a su vez legitimado por el estatus mismo de los semihablantes. Vemos pues que la legitimidad de la lengua amenazadora y el destronamiento de la lengua

amenazada forman parte, solidariamente, de un mismo proceso de afirmación.

Pero existe también, por supuesto, otra categoría abundante de subusuarios. Estos hablantes, que pertenecen a las clases desfavorecidas de la sociedad boliviana y que hablan quechua rural, es decir auténtico, se sirven también de un «mal» español, denominado «español andino», que está estigmatizado. Como consecuencia, el esfuerzo de ascensión social les conduce a imitar el quechua cada vez más españolizado de los subusuarios de la ciudad. Si este proceso de crecimiento del número de subusuarios, urbanos por una parte, rurales por otra, se sigue acelerando, es de temer la obsolescencia y después la extinción del quechua en la región.

La situación del criollo hablado en el Caribe

Otro de los ejemplos es el de una de las lenguas de la isla antillana de Trinidad y Tobago, situada en las proximidades de las costas orientales de Venezuela. El inglés es la lengua oficial de este Estado miembro de la Commonwealth. La lengua hablada por la mayoría de la población es un criollo con base inglesa, como en Jamaica y en otras islas del Caribe. Pero la mitad de los habitantes tienen también otra lengua. Son, en efecto, los descendientes de los trabajadores que, después de la abolición de la esclavitud en 1838, afluyeron, hasta 1917, a las plantaciones de caña de azúcar; venían del centro-este de la India septentrional, región en la que se habla el bhojpuri, emparentado con el hindi, lengua dominante de este país, y cuyos dialectos son utilizados por cerca de 700 millones de indios. Los indios de Trinidad tienen, pues, como lengua vernácula la variante local del bhojpuri, o bhojpuri de Trinidad.

Sin embargo, si utilizamos ciertos criterios para probar el nivel de mantenimiento del bhojpuri en Trinidad, constataremos una neta diferencia entre los hablantes de más de 75 años de la India, los de 55 a 75 años nacidos en Trinidad y los que, nacidos igualmente en Trinidad, tienen menos de 55 años. Una experiencia practicada con estos hablantes (véase Mohan y Zador, 1986) establece que el conocimiento del bhojpuri decrece muy sensiblemente del primer grupo al segundo y después del segundo al tercero, si se utiliza como discriminante el empleo correcto y frecuente de algunos elementos, que son propios de esta lengua tal y como se habla en la India, y que están ausentes tanto en inglés como en criollo local. Se trata de los siguientes elementos: pronombres personales honoríficos, verbos compues-

tos, nombres y verbos repetidos con sentido distributivo, formas eco (formas de dos elementos en las que el segundo retoma con alteraciones un primer elemento X, con resultado semántico «X y otras del mismo género»).

Si añadimos a eso que la rapidez de elocución decrece netamente también del primero al segundo y luego de éste al tercer grupo, y que por el contrario la tasa de préstamos del inglés se incrementa considerablemente en la misma dirección, debe concluirse que por oposición a los más mayores, que sólo transmiten imperfectamente su competencia, los más jóvenes se han convertido en subusuarios de la lengua india ancestral. Es característico, a este respecto, que estos últimos no tienen conciencia del hecho de que la lengua en vías de ruina que utilizan de esta manera tan vacilante todavía es bhojpuri; creen que se trata de «hindi malo», según su propia expresión de autoirrisión. La extinción del bhojpuri en Trinidad ya no está muy lejana.

La invasión por el préstamo

El núcleo duro y el léxico frente al préstamo

El préstamo, esencialmente el préstamo local, es decir el de palabras de vocabulario, es una condición de la vida de las lenguas (véase Hagège, 1987, págs. 75-79). No existe lengua, incluso hablada por comunidades que viven en un aislamiento casi completo (islas muy alejadas de cualquier territorio, altos valles separados de los lugares de población vecinos por cortinas rocosas difíciles de franquear, etc.), que no tome préstamos de una o varias lenguas.

Podemos considerar que las partes más estructuradas de las lenguas son su núcleo duro, es decir su comportamiento más resistente frente a la usura del tiempo, y frente a la influencia de una lengua extranjera. Hablamos de la fonología y la gramática. El léxico, por el contrario (inventario de palabras disponibles en un momento dado de la historia de la lengua), es un campo menos estructurado y mucho más abierto al préstamo. Aquí no se trata, ciertamente, de una tendencia general, pero a pesar de los contraejemplos que no dejamos de encontrar, se puede considerar como marco de estudio de los fenómenos.

Es importante reseñar que el préstamo no constituye en sí una *causa* de extinción de lenguas. Es un *signo* inquietante cuando es invasor y no deja intacto ningún campo, como vamos a ver.

La alternancia de los códigos

El préstamo de vocabulario es, en primer lugar, un hecho propio del discurso, cuando las frases en lengua vernácula están atestadas de palabras tomadas de otra lengua. Es el fenómeno llamado alternancia de los códigos en el seno de un mismo enunciado. La alternancia de los códigos está lejos de representar siempre un signo de ruina. Está muy expandida. Cualquier oyente atento, sin ser necesariamente lingüista de su Estado, puede oír a los dos protagonistas de una comunicación cómo pasan de una lengua a otra en el seno de una misma frase, siempre que la escena se desarrolle en un entorno plurilingüe.

¿Quién no ha notado que los hablantes árabes que abundan en el Quartier latin de París, por ejemplo, emplean a menudo palabras francesas e incluso expresiones enteras, insertándolas en medio de un discurso esencialmente árabe? Muchos mexicanos de origen, instalados en California, Texas o en otros territorios del oeste de Estados Unidos (que conquistaron militarmente a México, a quien antes pertenecían dichos territorios, en el siglo XIX), alternan constantemente los códigos de modo comparable, pasando del inglés al español y viceversa. Los malayos cultos hacen lo mismo, insertando numerosas palabras inglesas en un discurso en malayo.

En ninguno de estos casos se trata de bilingüismo de desigualdad. Pues aunque una de las lenguas (el francés para esos hablantes de árabe, el inglés con relación al español o al malayo en los otros dos casos citados) encarna para los hablantes a un país rico en el que se aprecia la enseñanza universitaria o ciertos esquemas socioeconómicos, no se da el rechazo de la lengua autóctona en beneficio de otra que la despojaría de su legitimidad. Y cuando la situación no es desigual o diversos factores compensan una elevada tasa de importación de palabras extranjeras, el préstamo no es signo de amenaza para la lengua.

El bilingüismo de desigualdad y el préstamo por parte de los subusuarios

- Los marcadores discursivos prestados, columna avanzada en dirección a la invasión léxica

Si, por el contrario, nos encontramos en una situación de bilingüismo no igualitario, entonces la afluencia de préstamos, sobre todo cuando se

produce alternancia de códigos, se ve facilitada por la multiplicación de pequeñas palabras tan prácticas como temibles. Son los indicadores discursivos, es decir los términos o expresiones que puntúan las articulaciones del discurso, o atraen la atención del interlocutor, o solicitan su aquiescencia o le toman acta de algo. Éstos son, por ejemplo, los elementos franceses expresivos o de connivencia, insertados en un diálogo entre estudiantes, hablantes árabes o africanos, en una universidad francesa, como *tu vois*? [¿ves?], o *c'est ça!* [¡eso es!], o *voilà!* [¡he ahí!], o *et alors* [y entonces], etc. Puede decirse que se trata de una «columna avanzada hacia la invasión léxica» por la lengua prestataria (véase Tosco, 1992), en la medida en que, cuando la situación es la de un bilingüismo de desigualdad, la proliferación de los indicadores discursivos de la lengua dominante, introducidos en un discurso en lengua dominada con alternancia de códigos, es la que prepara el camino al hundimiento de los préstamos léxicos, siendo la última etapa la sustitución, en el léxico original, del de la lengua prestadora. Este proceso se puede desarrollar incluso sin que los usuarios tengan conciencia del momento en que se pone en marcha.

- Los préstamos y la ofensiva en masa

Hay diversos ejemplos que caracterizan la etapa en que una lengua se ve arrastrada por el peligroso poder del préstamo, en cuanto sobrepasa un umbral de tolerancia. En el kusai, lengua micronesia de la isla más oriental del archipiélago de las Carolinas («asociado libremente» a Estados Unidos), la pululación de los préstamos al angloamericano tiene como efecto tal occidentalización del léxico, que los hablantes casi ya no saben utilizar los cerca de 28 términos que designaban, en el estado no alterado de la lengua, las diferentes fases de la Luna. Este empobrecimiento del léxico es paralelo a la americanización de los usos, y por ejemplo a la desaparición del que consistía en acompañar los saludos de bienvenida por un contacto de las partes genitales, ante el estupor aterrado de los misioneros protestantes, cuyos síntomas de apoplejía frente a este inocente espectáculo se explicaban por el hecho de que en el entorno americano estaban acostumbrados no sólo a unas relaciones de extrema beatería, sino también al mantenimiento de las distancias, estudiado por el fundador de la proxémica, E. T. Hall (1966). Del kusai desaparecieron innumerables palabras por el cambio de las condiciones sociales del discurso, alteradas por el declive de los debates públicos y la invasión de los

media que los sustituían. Podemos considerar este estado del léxico, empobrecido por el despojo de sus recursos propios y acosado por los préstamos, como una fase de empobrecimiento de la lengua.

De manera comparable, para tomar ejemplos de avanzada ruina entre los miembros encontrados en Nepal y en Tailandia de la familia lingüística tibeto-birmana, que, bajo el maremoto de los préstamos del nepalí, ha desaparecido el kusanda y casi va a desaparecer el hayu, mientras que podría extinguirse muy deprisa el ugong, asediado por los préstamos del thai. El mismo thai ejerce también una presión temible sobre otras familias de lenguas en Tailandia. El tin y el mlabri, lenguas de la familia jamú, por ejemplo, los hablan las tribus aisladas de regiones montañosas del este del país. Una y otra han padecido una influencia muy fuerte del thai. Este contacto ha contribuido al empobrecimiento del léxico, originalmente rico en designaciones de fenómenos naturales. El mlabri está en situación más precaria todavía, ya que la tribu está expuesta a los cambios que resultan de sus migraciones a través de la península indochina. Los mlabri utilizan masivamente el thai para todo lo que no se refiere a la vida doméstica, y es fácil predecir una desaparición de su lengua en un corto período, salvo que se considere cada vez más como una lengua mixta y que, en tal medida, el mlabri sea viable (véanse las págs. 192-194).

- La onda rompedora de los préstamos: del léxico a la gramática

En las lenguas tomadas antes como ejemplo, el quechua de Cochabamba y el bhojpuri de Trinidad, los rasgos extranjeros se introducen por intermedio del préstamo de palabras y de modelos de frases en las que figuran esas palabras, del español en un caso, del inglés en otro. Este fenómeno es un indicio claro de ruina: observamos una correlación entre el nivel de préstamo y el de desestabilización de la fonología y de la gramática; la lengua expuesta a esta presión reemplaza sus propios sistemas por otros, cuya expansión creciente anuncia la muerte de dicha lengua. También se precipita de igual forma el declive de las lenguas aborígenes de Australia, el valpiri por ejemplo, que toma prestadas un gran número de palabras del inglés, no sólo por nociones que eran, en origen, extrañas a la etnia (*turaki*, de *truck* = «camión», *pajikirli*, de *bicycle* = «bicicleta», *lanji*, de *lunch* = «almuerzo», etc.), pero incluso para objetos del fondo autóctono: así, en lugar de *karli* y *wawirri*, el valpiri emplea corrientemente *boomerang* y *kangaroo* respectivamente, es decir palabras cuya invasión no deja de ser irónica, cuando sabemos que el inglés, sir-

viendo aquí de puro vector, las había tomado prestadas de otra lengua australiana, el guguyimidjir, según el diario de James Cook, escrito en 1770. En la estela de la invasión del vocabulario, pronto se observa la del mismo núcleo duro, preludio de la obsolescencia de una lengua.

Observamos, en particular, que la indiferencia frente a una lengua cuyo fondo léxico propio decae en su empleo es correlativa a una desactivación de los procesos de formación de palabras nuevas. Los subusuarios, al haber adquirido una competencia superior en la lengua dominante, introducen un número considerable de palabras tomadas prestadas de esta lengua en los discursos que elaboran en la lengua dominada. Luego, estas palabras se integran en el inventario léxico de los temas, y pasan de lo fortuito del discurso a la necesidad del sistema. Paralelamente, las palabras autóctonas, que se repiten con las palabras importadas, comienzan a desaparecer.

El calco morfológico también es característico de los fenómenos de préstamo. Un ejemplo muy simple es el del francés de Welland, en Ontario (véase la pág. 171), donde, por calco del inglés *the one*, *the ones*, se oye *le celui*, *le celle*, *la celle*, *les ceux*, *les celles* (véase Mougeon y Beniak, 1989, pág. 300), empleos en los que se manifiesta la adición del artículo y la mezcla de géneros, con respecto al francés no expuesto a esta influencia morfológica.

El proceso de erosión y los indicios de su desarrollo

Perfil general del proceso

- Diversidad de situaciones

El proceso de erosión es muy variable, y depende en amplia medida de las circunstancias propias de cada comunidad. Así, por ejemplo, hace unos diez años los últimos hablantes del cayuga, lengua iroquesa de los Grandes Lagos, donde sus habitantes habían sido desplazados para ser consignados en reservas de Oklahoma, estaban perdiendo, según una reciente encuesta, los nombres de numerosos animales. Sin embargo, habían conservado en el mismo estado que los cayugas de Ontario (cuya lengua se mantiene mejor) muchas complejidades del sistema morfológico (véase Mithum, 1989), lo que da a entender que a la precarización aún no le había seguido un verdadero estado de obsolescencia, e ilustra la

complejidad y la diversidad de las situaciones de extinción de lenguas, ligadas a múltiples factores, que a veces se contradicen entre ellos. En cuanto al dahalo, lengua cuchítica de la provincia costera de Kenia, está sometido a la fuerte presión de centros urbanos como Lamu, donde domina el swahili, que practican muchos dahalos bilingües, mientras que antes no había más que unilingües; el dahalo ha conservado, sin duda, la abundancia de consonantes, que, en algunos casos son bastante raras (como /ɬw/, consonante que los fonetistas llaman *lateral fricativa con apéndice labiovelar*); pero ha perdido la oposición de géneros, muy arraigada sin embargo en cuchítico, así como otro rasgo que igualmente lo está, a saber, las marcas muy diversificadas del plural, caracterizadas por numerosas reduplicaciones y alternancias.

- Alteración del núcleo duro

Si intentamos establecer, sin embargo, más allá de la considerable diversidad de los casos particulares, un perfil general del proceso de erosión y de la manera en la que se ven afectados los diferentes componentes de una lengua, recordaremos que, en la mayoría de los casos, las partes duras resisten más tiempo que el léxico. Cuando se ven amenazadas a su vez, lo que primero desaparece es la gramática. Se trata, sobre todo, de la pérdida de oposiciones esenciales que constituyen los aspectos más específicos de la fonología, y en morfología, de una fuerte reducción de las variaciones entre formas. También se ven amenazados, en el sistema de categorías gramaticales, en las construcciones sintácticas, en el orden de las palabras y en los mecanismos de subordinación, los rasgos que más caracterizan la lengua en vías de extinción. La distinción de las desinencias de casos en las lenguas que las poseen, las de tiempo, de aspectos y modos verbales, se han perdido. Las reglas más corrientes de formación de palabras, en las lenguas en que tienen un rendimiento importante, dejan de ser productivas, y las más raras desaparecen, como la variedad de formas en algunas lenguas.

Así, el estonio de unos 26.000 inmigrantes que fueron a Suiza al final de la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo el de sus hijos, han perdido la distinción entre el nominativo, el genitivo y el partitivo como marcas del objeto, volviendo al orden de las palabras para marcar las funciones, sobre el modelo del sueco. El kore, lengua de una tribu masai de unos cientos de personas que viven en la isla de Lamu, frente a la costa septentrional de Kenia, ha perdido, con el contacto del swahili y del somalí,

lenguas de relación de la región, numerosos rasgos: la distinción de géneros, la mayoría de los morfemas que marcan el tiempo y el aspecto de los verbos, así como el empleo productivo de los indicios personales. Hay que señalar igualmente la pérdida de la exuberante morfología verbal del kemant, lengua cuchítica de Etiopía, que es un rasgo de los subusuarios tan particular como la conservación de esta morfología en los últimos ancianos de Gondar. Dicho esto, aquí sólo se trata de ver una tendencia general, ya que existen ejemplos contrarios al del kemant. Algunas lenguas, aunque están en vías de ruina, conservan sin embargo durante mucho tiempo buena parte de su gramática.

- Pérdida de rasgos recesivos

Pero sigue siendo un hecho que se tiende a la pérdida de los rasgos recesivos, es decir estadísticamente raros en el conjunto de las lenguas humanas, y estrechamente ligados a una organización muy específica del mundo. Así, en Nueva Guinea se ha podido observar (véase Laycock, 1973) que el buna, el múrico y el arapesh, lenguas papúes, habían perdido, en 25 o 30 años, los sistemas complejos de clasificación nominal que les caracterizaban, y que consistían en una serie de una docena de marcas que diferenciaban otras tantas clases de nombres en función del objeto del mundo al que se referían.

El kiwai, otra lengua papú, había perdido en el mismo espacio de tiempo, más o menos, la diferencia entre el singular, dual y trial; no le quedaba, por otra parte, más que un presente, un pasado y un futuro, cuando antes había poseído dos pasados y tres futuros. Más cerca de París, las hablas bigudino y tregorino del bretón han perdido un rasgo muy original, que consistía en añadir dos veces el sufijo de plural a los nombres con marca diminutiva *-ig*, lo que daba, por ejemplo, en *paotr* «gars» [chico], *paotr-ed-ig-où* «les petits gars» [chiquillos] recibiendo así, donde el nombre recibe la marca de plural de los animados, *-ed*, y el sufijo *-ig*, la otra marca de plural, *-où* (véase Dressler, 1981, pág. 8).

Más lejos de París, en el ayiwo, lengua del archipiélago de Santa Cruz en el extremo oriental de las islas Salomón, las 16 clases nominales, del mismo tipo que las lenguas que acabamos de citar, han desaparecido igualmente, o casi, entre dos investigaciones, la segunda realizada 20 años después de la primera. Entre los usuarios más jóvenes la desaparición es total, entre los más antiguos no quedan más que vestigios del antiguo sistema. El camileroi, lengua australiana hoy moribunda del centro-

norte de Nueva Gales del Sur, ha perdido casi todas las distinciones que hacía su sistema verbal entre los diferentes momentos de la jornada que sirven de marco a un acontecimiento, desde el amanecer al anochecer.

Uno de los rasgos recesivos perdidos más deprisa es el sistema de numeración, a menudo original, que poseían las lenguas en que se contaban los objetos con referencias a las partes del cuerpo: no solamente una mano para decir «cinco», las dos para «diez», un hombre (= dos manos y dos pies) para «veinte», sino también una importante serie de referencias corporales que toman, por convención, valores numéricos asignados a cada uno, como en el wambon, lengua papú de Irian Jaya (véase Hagège, 1998, pág. 51).

- Nivelaciones analógicas, formulaciones diluidas

En el caso más frecuente, el tipo de conocimiento que los subusuarios conservan de la lengua en declive se puede definir por dos características: la eliminación, por una parte, de las irregularidades por nivelación analógica y por otra la pérdida de las estructuras densas y su reemplazo por formulaciones diluidas, en los numerosos casos en los que, al no poseer ya la regla para producir la palabra o la locución adecuadas, se expresan mediante perífrasis; también se sirven de calcos cuando les falta una palabra autóctona, como los subusuarios del finés americano que cambian, para decir «hogar», la palabra finesa *takka*, que ya no conocen, por *tuli-paikka*, calco del inglés *fireplace* (aquí se trata de un finés en vías de desaparición no *in situ* [en Finlandia], sino en diáspora [en Estados Unidos]. Un ejemplo de nivelación analógica nos lo proporciona un hablante de irlandés que utiliza una forma *nócha*, por analogía con *fiche* «veinte», en lugar de *deich is cheithre fichid* («diez y cuatro veintenas») para decir «noventa»; este hablante abandona el antiguo sistema de cálculo vigesimal, que sobrevive en *quatre-vingt-dix*, palabra francesa de Francia, que los belgas francófonos dicen *nonante*.

- Caso de expolición y de reducción de registros de estilo

A veces, un signo de ruina avanzada de la lengua en lenguas bilingües que están en vías de pasar a la extranjera es la expolición. Utilizo aquí este término de la retórica clásica, especificándolo para designar el empleo en sucesión inmediata, en la misma frase, de una palabra de esta lengua dominante y luego de su equivalente en lengua autóctona, como en el ca-

so de un informador del condado de Donegal que dice, en un irlandés contaminado por el inglés, *bhí sé black dubh* («estaba negro negro») «estaba totalmente negro» (véase Watson, 1989, pág. 50). Estos empleos pueden interpretarse como ilustración de una deficiencia de expresividad, ya que el empleo en contigüidad, para dar un sentido intensivo, de dos palabras de idéntico sentido, uno autóctono y otro prestado, supone el olvido de los procedimientos utilizados en el origen para expresar la intensidad. Aparece así otra señal del declive de la lengua en los subusuarios. Esta señal, corolaria de las precedentes, es la reducción de los registros de estilo.

- Supervivencia de estratos

En los casos de desaparición bajo el peso de otro idioma tras un período de mezcla, la supervivencia de estratos, es decir, de rasgos imputables a la lengua en vías de extinción, debe ser considerado como un signo por defecto, porque para todo lo demás está sumergida. Así el vumba y el chifundi, lenguas habladas en el sudeste de Kenia, se consideran hoy dialectos del swahili, que los ha absorbido, aunque pertenecen a otro subgrupo, del que guardan, en su sistema fonológico en particular, algunos vestigios, erráticos pero claramente identificables.

- Fluctuaciones

Observamos en las últimas etapas una fluctuación permanente de un fonema a otro, de una forma a otra; todas las reglas parecen facultativas, en todas partes reina la variación libre y el individuo se orienta a la expresión según los restos de competencia que le queden, como si se tratara no de lenguas, sino de objetos a la deriva sin gobierno en marcha caótica. Por poner sólo un ejemplo, los especialistas que han estudiado lo que queda del francés de Terranova (véanse las págs. 171-172) dicen que a mediados de la década de 1980, no existía ninguna regla que permitiera decidir si el verbo que tiene como sujeto un pronombre plural concuerda en plural o en singular; en particular, mientras que los cinco o seis octogenarios unilingües que todavía estaban vivos hacían una oposición entre *il allont à la côte à tous les matins* (concordancia del verbo) y *ya des gars qui va pas à la côte* (ausencia de concordancia en proposición relativa), los demás hablantes concordaban o no sin ninguna regularidad observable (véase King, 1989, pág. 142).

Los lingüistas a los que les gusta el juego estéril de los enfrentamientos entre formalismos pueden dejarse llevar por las fluctuaciones y llegar a pensar que han localizado en una lengua propiedades muy raras de flexibilidad y de variación individual, con interés teórico, o bien pueden decidir investigar obstinadamente factores subyacentes de invariabilidad que dominarían la apariencia vulgar de las oscilaciones, mientras que en realidad se trata, sin que lo sepan, de una lengua en estado de agonía. La semicompetencia de los subhablantes es, de este modo, susceptible de provocar ilusiones, incluso entre profesionales.

Las diversificaciones que encontramos universalmente en las lenguas humanas válidas están sometidas a variables de sexo, edad, profesión y pertenencia étnica que son muy estudiadas en los trabajos de sociolingüística. No se localiza nada parecido en las lenguas en fase cercana al final de la erosión.

• Los ancianos mudos

La etapa final es la de los informadores mayores a los que interroga el lingüista deseoso de grabar el último testimonio, y que han olvidado literalmente la lengua aunque la hayan practicado de modo corriente en la primera etapa de su vida. Entre las ilustraciones de este fenómeno frecuente, podemos citar el ejemplo de ancianos armenios de Marsella o de otras ciudades de Francia, que no son capaces de mantener un discurso coherente en armenio, y balbucean sílabas que apenas son comprensibles, que no bastan para explicar su emoción (testimonio de la señora A. Malian-Samuélian).

Es desagradable para los lingüistas encontrarse frente a un anciano que parece mudo, porque ya casi no se acuerda de su lengua y sólo puede farfullar algunas palabras incoherentes. Calificar de mudos a quienes no se comprende es, desde hace mucho tiempo, uno de los signos de distanciamiento frente a la imposibilidad de diálogo: varios pueblos eslavos llamaban «mudos» a los pueblos germánicos (las lenguas eslavas modernas todavía designan así a los alemanes; «alemán», en checo, se dice *německý*, y «mudo», *němý*), pues éstos sólo oían en el discurso de aquéllos borborigmos desprovistos de sentido. Pero ahora se trata de un mutismo diferente. Una escena de la película de W. Herzog (*Donde sueñan las verdes hormigas* (Wo die grünen Ameisen träumen, 1984), muestra a un anciano australiano patéticamente mudo (información debida a H. Albagnac). Aquí, la herida lingüística tiene el rostro de una dramáti-

ca circularidad. El usuario todavía posee, sin duda, algunos recuerdos, pero su lengua está casi destruida, pues ya no hay nadie con quien emplearla. La misma conciencia de su insuficiencia da a su expresión una forma cuasicataléptica; y precisamente por un efecto de retorno, esta suspensión entre la palabra y el silencio es un signo de muerte para la lengua en la última etapa de su agonía.

Comparación con el caso de los pidgin

Algunos de los rasgos de las lenguas en desherencia parecen incrementar la transparencia, reduciendo las irregularidades y el número de las formas. Como que la transparencia es una característica de los pidgin (véanse las págs. 282-283), se ha propuesto comparar estos últimos con las lenguas moribundas. De hecho, algunas propiedades son comunes a las dos situaciones: tendencias a la invariabilidad, al análisis, al empleo de rasgos universalmente recurrentes en las lenguas, más que a rasgos recesivos. Otro rasgo común a las lenguas en vías de extinción y a los pidgin es que en ambos casos, los hablantes más jóvenes no están sometidos a la intervención normativa de los adultos, actuando como regularizadores de la adquisición y prescribiendo el rechazo de las formaciones analógicas que violan el uso, como las demás formas desviadas. Efectivamente, los dos tipos de situaciones se caracterizan por la importancia de la variación y la ausencia de norma fija, en un caso (pidgin) porque todavía no se ha establecido, y en el otro (lenguas en obsolescencia) porque se ha desgastado.

Sin embargo, existen otros rasgos para distinguir a los pidgin y a las lenguas en desherencia. El carácter aleatorio de las destrucciones que afectan a una lengua en vías de desaparición es evidente sobre todo en que los subusuarios presentan a menudo una retención de elementos que no tienen ni una función ni un sentido claros, y que son residuos, que sobreviven en medio de la ruina de la lengua. Este fenómeno no ha sido percibido en los pidgin, lengua en la que todo elemento responde a una función precisa.

Hay otras características que diferencian en gran manera a los pidgin de las lenguas moribundas. Así por ejemplo, el procedimiento de expolición, que ha sido ilustrado anteriormente a propósito del irlandés (véase la pág. 92), se encuentra también en algunos estilos escritos de los pidgin, como el de Nueva Guinea (llamado tok pisin), que todavía recientemen-

te, en las columnas de los periódicos de Port Moresby, admitía en medio de una frase la inserción de palabras inglesas, pero seguidas inmediatamente de una traducción (véase Hagège, 1993, pág. 30). Sin embargo, contrariamente al caso de las lenguas en vías de extinción, no se trata de una contaminación: el pidgin está muy vivo, y los usuarios que leen esta prensa dejan de lado a menudo el inglés, de ahí la necesidad de traducir los préstamos empleados aquí o allá.

Ritmo de erosión y conciencia de los hablantes

Los cambios que padece una lengua en vías de destrucción son mucho más rápidos que los corrientes que caracterizan la vida de las lenguas no expuestas al declive. Los subusuarios no son siempre conscientes del ritmo al que su lengua se distorsiona, incluso cuando éste es vertiginoso. A menudo están convencidos de que hablan todavía una lengua normal, aun cuando esté moribunda. Las formas que crean la ilusión de una continuidad son ya, muy a menudo, las de otro sistema en curso de instalación, y que es preludio de la extinción total.

La ilusión por la vida

Las investigaciones en diversos lugares donde las lenguas han entrado en un proceso de ruina pueden revelar fenómenos que parecen desmentir los pronósticos de extinción pero que, al examinarlos de cerca, los confirman. Hay tres fenómenos de este tipo que relacionamos a continuación.

Las intenciones de connivencia

Se han referido varios casos en que la lengua vernácula, en comunidades que están pasando masivamente a otra, resulta comprensible en el discurso de ciertos sujetos. Estos últimos desean establecer un vínculo de connivencia con los interlocutores susceptibles de comprenderlo. Así, un estudio (Mertz, 1989) menciona el caso de hablantes anglófonos de la isla de Cabo Bretón, que forma parte de Nueva Escocia, provincia atlántica de Canadá (donde antes vivían muchos francófonos, de los que hoy

sólo queda el 5 % por extinción creciente del francés en este entorno canadiense anglófono). El gaélico escocés, que, a principios del siglo XX, hablaba todavía un gran número de descendientes de escoceses que vivían en esta isla, ha padecido, a partir de los años cuarenta de este mismo siglo, un proceso de eliminación en beneficio exclusivo del inglés, que ha transformado en unilingües a los miembros de esta comunidad antiguamente bilingüe.

Sin embargo, la lengua no ha desparecido por completo del uso. Se puede oír el gaélico empleado, bajo forma de interjecciones o frases cortas, por locutores que no pertenecen a generaciones más recientes. Se trata de intenciones lanzadas al interlocutor, reflexiones de orden general, o más aún de palabras que expresan una emoción o un vigoroso asentimiento o una reacción humorística o, en fin, saludos, obscenidades o fragmentos de viejas leyendas. Algunas de estas intenciones tienen como blanco al hablante mismo. Este empleo en forma de monólogo puede denotar, sin duda, una relación íntima mantenida todavía con la lengua. Sin embargo, no puede aportar un argumento serio en favor de un mantenimiento verdadero, ya que los hablantes que han sido oídos en esas situaciones se sirven casi únicamente del inglés en las otras circunstancias de su vida.

Se puede decir lo mismo del uso como lengua secreta entre ancianos —y a veces jóvenes— usuarios, que produce así una complicidad de iniciados que excluye a los alógenos. Esta función integradora del empleo del fantasma de una lengua como marca de pertenencia a un grupo se observa también en ciertas comunidades unilingües en español, tanto en Lima con el quechua como en México con el náhuatl (azteca), mientras que ambas lenguas están muy vivas en la mayoría de las comunidades bilingües, y, por supuesto, en las que habitan las zonas rurales, que son unilingües en una de ellas.

La creatividad de los subusuarios

- El aumento de invenciones

Se ha observado que en algunos casos de extinción anunciada, los subusuarios manifestaban una llamativa creatividad. Desde principios del siglo XX al menos, se está asegurando que el húngaro del este de Austria está en vías de desaparición inminente. En la pequeña aglomeración

de Oberwart, por ejemplo, a menos de doce kilómetros de la frontera con Hungría, con 2.000 habitantes, que representan una tercera parte de la población, deberían haber dejado de ser hace mucho tiempo bilingües, y hablar sólo el alemán del Burgenland, abandonando su húngaro ancestral. Pues bien, el húngaro continúa viviendo, por muy contrario que sea para esa supervivencia el entorno enteramente germanófono. Pero la manera en la que vive es bastante singular.

Según una investigación llevada a cabo entre 1974 y 1983 (Gal, 1989), numerosos habitantes de Oberwart, y no sólo los más mayores, construyen nombres y verbos con elementos no atestados en la norma húngara; ya sea porque, al no acordarse de las palabras en uso, inventan nuevas, que aunque no existen están próximas, en cuanto a la estructura, a las palabras que cayeron en el olvido; ya sea porque dan a las palabras que todavía poseen en su inventario léxico sentidos inéditos, a falta de conocer la palabra adecuada para dichos sentidos; fabrican verbos compuestos con ayuda de elementos que la norma húngara combina en ciertos casos, pero no en otros; ya no saben activar algunos mecanismos: por ejemplo, en la investigación de que se trata, se ha notado que uno de los subusuarios decía *tanult nekem* (3ª persona del singular del pasado del verbo estudiar + «a mí») «me ha dado a conocer (cosas)», en lugar de *tánit*, verbo causativo que significa «hacer saber», el único aquí adecuado, pues el sentido es «enseñar». El vocabulario, por lo tanto, de estos subusuarios abunda en neologismos que un húngaro de Hungría puede fácilmente comprender, identificándolos inmediatamente como propios de los hablantes que tienen un conocimiento inadecuado de la lengua.

Existen muchos más ejemplos de creatividad de los subusuarios, y sobre todo el de los últimos hablantes del arvanitika, dialecto albanés meridional que, a finales del Imperio bizantino, fue introducido en el noroeste de Grecia por colonos albaneses. La emergencia de una nación griega y luego de un Estado, tras la revolución de 1821 contra la dominación otomana, redujo el enclave albanés a la fragilidad de un lugar de cultura minoritario, y este proceso aún se vio acentuado por la difusión generalizada del griego en la educación y en la administración. Los subusuarios del arvanitika hablan hoy día un albanés muy helenizado en el plano léxico e incluso gramatical (véase Tsitsipis, 1989). La atención que prestan al modo de encontrar la formulación más adecuada con recursos en declive continuo es un signo indicador de la probable brevedad del tiempo que aún se le concede a la lengua antes de la desaparición que todo deja prever.

- Hablantes nativos y subusuarios

Podríamos considerar que este ejemplo, así como otros del mismo tipo a través del mundo, presentan a los subusuarios como capaces de invención. Su actitud lingüística se explica por el valor concedido a la lengua vernácula, y por el deseo consciente de promoverla cuando se sabe que una temible competencia quiere cercarla y eliminarla. Además, los resultados de los subusuarios, aunque a menudo van contra el uso establecido, no se pueden equiparar a los de los sujetos extranjeros que habrían aprendido mal la lengua, o estarían al principio de su aprendizaje. No se les puede seguir considerando próximos a los de los niños en las etapas iniciales de adquisición de su lengua materna, tal y como se dice aquí o allí.

Los medios a partir de los cuales los niños francófonos de menos de cinco años compensan, por ejemplo, sus lagunas con extensiones analógicas del tipo *ha morido* son menos abundantes que los de los subusuarios, sobre todo en período de obsolescencia todavía no próxima a la muerte inminente.

De este modo, los subusuarios aunque no tengan la competencia nativa antes definida, tienen sin embargo cierta competencia: su relativa facilidad para crear y combinar elementos que generen combinaciones que el uso mayoritario no ratifica denota una competencia intermediaria entre la de los hablantes nativos y la de los extranjeros que no dominan una lengua, pero tienen bastante astucia para saber explotar a fondo sus conocimientos lagunosos, y les permite multiplicar las perífrasis que expresan, al glosarlas, lo que diría más deprisa la palabra única que no poseen. Sin embargo, aunque algunos casos como el de los húngaros de Oberwart impulsen a matizar el tratamiento simplista en términos de vida o muerte y a pulir las nociones de hablante nativo y competencia nativa, hay que admitir que el comportamiento de estos subusuarios creativos revela el empobrecimiento profundo de sus conocimientos lingüísticos. Están obligados a practicar rodeos con la invención y con formulaciones defectuosas aunque comprensibles, respecto a la creciente ignorancia que manifiestan dentro de una lengua en vías de ajarse bajo la presión de otra, y fuera de su país de origen.

Rigores puristas y fluctuaciones laxistas

Las comunidades cuya lengua está en obsolescencia ofrecen a menudo dos signos inconscientes de este estado: por una parte la preocupación de los estilos estereotipados, y por otra un rigor purista que, contradictoriamente, no excluye que la lengua se abandone al mismo tiempo en un estado de fluctuación fuera de toda norma.

- La conservación de usos ritualizados

A menudo la pérdida del uso cotidiano de una lengua en la vida íntima y pública se ve acompañada, en las etapas últimas de un proceso de erosión, cuando no revelada, por la presencia exclusiva de empleos rituales de esa lengua. Su estilo sostenido se opone claramente al de la palabra cotidiana. Así, según un estudio de 1989 (véase Campbell y Muntzel), el último hablante del chiapaneco, lengua otomanga del Estado mexicano de Chiapas, se acordaba entonces casi únicamente de un texto religioso destinado a la recitación solemne, a pesar de que no conocía más que algunas palabras de esta lengua; los habitantes de la isla de Trinidad (distintos a los indios antes mencionados) para quienes el yoruba de sus ascendientes africanos (del valle bajo del Níger) está agonizante, no conocen más que algunos cantos tradicionales; los últimos hablantes del kemant habían perdido no sólo, como acabamos de ver, sus muy diversas formas verbales, sino que además presentaban evidencias de un estado de desaparición cercano, por el simple hecho de que podían recitar oraciones en una variedad arcaica de la lengua, engañando por su competencia.

Los textos todavía memorizados pueden ser largos: los únicos «hablantes» existentes de un dialecto del tzeltal (lengua maya), el del sudeste, hablado en otro tiempo corrientemente en el Estado de Chiapas, eran capaces de recitar algunas oraciones, una de ellas formada por estrofas simétricas y ricas en metáforas, importante en su cultura, y compartida con los usuarios del tojolabal, otra lengua maya, ésta en buena salud. De todos modos, el testimonio único de una fraseología solemne en estilo ritualizado, con exclusión de cualquier empleo natural, demuestra la reducción de la lengua al estado de fósil de museo.

• El purismo de los menos competentes

La mayoría de las sociedades, ya sea a través del poder oficial o a través de los especialistas con autoridad, fijan una norma de su lengua, y pueden concebirla con niveles variables de flexibilidad. Podemos constatar que los defensores más altivos del modelo normativo son a veces, en las comunidades en que la lengua está en estado de ruina, los que la practican de modo más inseguro. Así, por ejemplo, en México, donde el náhuatl resiste bien en algunas partes y menos bien en otras, los últimos semihablantes de los dialectos náhuatl en vías de obsolescencia fijan una norma exigente (véase Hill, 1987). Reprochan a los demás, por ejemplo, que utilicen una estructura española para expresar la posesión, así como que acentúen la última sílaba de los préstamos, incluso cuando esta acentuación es normativa en español; prescribiendo la fidelidad a la acentuación náhuatl, que recae sobre la penúltima sílaba, reclaman que se pronuncie, por ejemplo, «ciúdad» y «lúgar».

Ahora bien, los que prescriben esta norma son los mismos para quienes la lengua está en estado de desestructuración. Desde hace mucho tiempo han perdido algunos de los rasgos gramaticales más típicos del náhuatl, como los verbos con nombre incorporado (ejemplo «yo carnecomo» para decir que se es un comedor de carne), o la construcción de las proposiciones subordinadas. El purismo defensivo de los defensores del náhuatl es aquí el índice de la erosión de sus conocimientos. Sin duda, el purismo puede ser recomendado muy bien por los buenos, e incluso por los muy buenos conocedores de la lengua. Pero se trataría entonces de otras situaciones. En el caso que nos ocupa, esta actitud es típica de la obsolescencia, como si los semihablantes, en una fase preterminal, quisieran hacerse la ilusión de la plena competencia, gracias al mantenimiento artificial de una norma rigurosa opuesta a la imagen de la vida.

• Las hipercorrecciones

Entre las características de la lengua desgastada de los subusuarios, hay una que conviene apartar e inscribir en el informe de las señales de vida renovada que son, de hecho, índices de muerte cercana. Son las hipercorrecciones, o empleos defectuosos por una aplicación demasiado amplia de una regla en un campo estrecho, o por prorrogación artificial de un uso antiguo desaparecido en la lengua moderna. Así, por ejemplo, en dos lenguas quizás aún conocidas por algunas personas mayores, pe-

ro probablemente hoy extintas, el xinca (al sudeste de Guatemala), y el pipil (en El Salvador, y perteneciente a la familia azteca), investigaciones realizadas entre 1975 y 1985 ponían de manifiesto que los hablantes empleaban en todos los contextos algunas consonantes de articulación compleja cuya aparición, dentro de la normativa, estaba estrictamente limitada a algunos contextos. Las hipercorrecciones están lejos de ser desconocidas en las lenguas en buena salud. Así, es una hipercorrección decir en francés contemporáneo, por restauración del uso clásico, *j'y pense* (donde *y* —aquí— se refiere a un humano) o *je n'ai pu m'empêcher de le vous déclarer*. Pero las hipercorrecciones, en el curso normal de la evolución, no tienen la frecuencia que suelen tomar en algunos casos como el citado.

El rasgo dominante de estos fenómenos es, de hecho, la inestabilidad. No hay límite observable en las hipercorrecciones ni regla que organice el reparto. Ya no hay más delimitación precisa, y menos aún concertada, de los campos en los que deberán aplicarse prescripciones puristas. Al contrario, a los semihablantes les falta, evidentemente, una visión coherente de lo que podría ser una defensa de la norma. Las pulsiones puristas, cuando existen, se despliegan sólo a contracorriente, como ya se ha visto en ciertos dialectos náhuatl, y no para aplicar un propósito general de defensa.

Capítulo 7

La multitud de causas

Los tres grupos de causas principales

Las causas físicas

Muerte brutal de una lengua

- Por desaparición de todos sus hablantes: catástrofes naturales, genocidios, epidemias, migraciones

Es el caso más simple, si se puede decir. En él, los hablantes desparecen en su totalidad, sin que se haya asegurado ninguna transmisión de la lengua, ni siquiera a los extranjeros. Puede tratarse de una catástrofe natural, como la erupción volcánica que, en 1815, causó la muerte de todos los tambora, habitantes de la isla de Sumbawa, en el archipiélago indonesio de las pequeñas islas de la Sonda, que separan Java de Timor. Del tambora no queda más que la corta lista de vocabulario que había elaborado un viajero inglés a principios del siglo XIX. Actualmente, las pequeñas tribus de los montes Goliath en Irian Jaya, y sus lenguas, diversas y poco conocidas como casi todas las de Borneo, aún no han sido destruidas, pero se encuentran bajo la amenaza de corrimientos de tierra y terremotos particularmente frecuentes en esta región (véase Dixon, 1991).

El fenómeno de la muerte de las lenguas puede coincidir también con un etnocidio, es decir, la eliminación de una cultura y de una lengua, sin que haya masacre de sus portadores. Pero se puede tratar, asimismo, de un genocidio. Así, por ejemplo, en 1226, los mongoles de Gengis Khan aniquilan a los xixia (o tangut), pueblo tibetano-birmano del oeste de China (región actual de Gansu), que había desarrollado una cultura floreciente e inventado una escritura ideográfica original; su lengua desapa-

reció al mismo tiempo que ellos. En 1621, los holandeses despoblaron el archipiélago de las pequeñas islas Banda, en el centro del conjunto insular de las Molucas, masacrando a sus habitantes. Por la misma razón, ya no nos queda ningún testimonio de la lengua o lenguas que se hablaban en Tasmania, pues sus ocupantes aborígenes fueron aniquilados.

Una masacre (*gran matanza* en la memoria popular) tuvo lugar en El Salvador en 1932, de la que fueron víctimas más de 25.000 indios. Con ellos murieron también dos lenguas, el cacaopera y el lenca. Los andoque, pueblo amazónico del sudeste de Colombia y del noroeste de Brasil, fueron diezmados por una serie de atrocidades que perpetraron las compañías explotadoras del caucho silvestre en el transcurso del siglo XX (véase Landáburu, 1979). En Colombia, todavía en el siglo XX, se han producido masacres de indios. Las guerras fronterizas de 1982 y 1995 entre Perú y Ecuador han llevado al borde de la extinción a numerosas tribus indias de los dos países, y de igual modo la violencia causada por la organización llamada Sendero Luminoso sobre el altiplano andino, en la última década. La destrucción programada de los judíos de Europa de 1933 a 1945 por la máquina hitleriana pudo más que el yiddish y el judezmo (véanse las págs. 174-175). Un programa de exterminio comparable privó igualmente a las hablas romaníes de gran parte de sus hablantes.

Si no se trata de masacres, puede tratarse también de epidemias, que no dejan ningún superviviente, o de guerras de destrucción con el mismo efecto. Pero las causas rara vez son simples y únicas. México, en la segunda mitad del siglo XVI, ofrece un ejemplo claro de lo que puede producir su conjunción: unas bacterias y agentes patógenos de todas clases, con un poder exterminador considerable, como puede imaginarse, causaron muchos estragos sobre poblaciones totalmente desprovistas de defensas inmunológicas y de anticuerpos desde el momento del contacto con los europeos; pero otros factores se sumaron a la nocividad segura: cambios radicales en las relaciones con la agricultura, desplazamientos sobre tierras casi estériles, campesinos expulsados de sus campos fértiles por los españoles que los requisan.

Muchos indios, desposeídos de sus tradiciones, de sus bienes y de su civilización, con el sentimiento de haber sido abandonados por sus dioses, llegaban a perder el deseo de vivir. De ahí su abstinencia sexual, los abortos y suicidios, que explican la desaparición de un gran número de lenguas tribales. A todos esos factores se añadieron las masacres, para hacer de la muerte de los hombres una causa esencial y espantosa de la muerte de las lenguas. Y lo que es válido para las etnias de los indios de

México lo es más o menos para los aborígenes de Australia, devastados por la sífilis, la varicela o la gripe, y diezmados por la violencia de los blancos (que defendían así los territorios de caza donde se volvían a introducir los que habían excluido).

En fin, una lengua puede desaparecer como consecuencia de la partida de sus hablantes a otras tierras diferentes. A menudo se trata de comunidades cuya actividad tradicional está en declive, y que buscan por lo demás empleo para vivir. Entonces adoptan la lengua del lugar de inmigración. Este proceso puede ser lento. También puede ser rápido, como en el caso de los habitantes de las pequeñas islas instaladas en el continente y sometidas a la influencia de la lengua, con fuerte poder de expansión, que allí se habla.

- Por desaparición de los últimos hablantes sin transmisión

La muerte de una lengua puede, igualmente, estar ligada a la pura y simple desaparición física, sin que esa lengua haya adquirido descendencia, no de una etnia entera, sino de los últimos hablantes, los ancianos que conocían todavía el idioma del grupo. Diversos trabajos citan los nombres de los últimos usuarios unilingües de numerosas lenguas, sobre todo amerindias, que, tras la muerte de estos usuarios acostumbrados a utilizarlos entre ellos, no pudieron, evidentemente, sobrevivir a ellos.

La ocultación por estrategia de supervivencia

Aquí no se trata de una desaparición física, pero se pueden imputar a las causas físicas, al menos indirectas, las situaciones de opresión o de peligro en las que se encuentran unas poblaciones. Para escapar a graves peligros, persecuciones insoportables o a la muerte, una comunidad abandona bruscamente su lengua, por estrategia de supervivencia, en la medida en que es un acto negativo de defensa disimular como hablantes, frente al trágico destino de los que hacen alarde del uso de esa lengua. Así es como en El Salvador, durante las matanzas de 1932 antes mencionadas, los hablantes del pipil, al ver que una gran parte de los suyos corría la misma suerte que los cacaopera y los lenca, renunciaron bruscamente a hablar su lengua. El pipil estaba moribundo en los años que siguieron, y hoy día probablemente se ha extinguido.

La deportación

En este caso tampoco se trata de desaparición física. Sin embargo, la deportación es una coacción física con las consecuencias que ello acarrea. En Australia, Estados Unidos y Canadá, muchas comunidades han sido arrancadas de sus tierras ancestrales y transportadas contra su voluntad a otras. El efecto que esta violencia produce sobre las lenguas es fácil de comprender: en todas partes las tribus deportadas se encuentran mezcladas con otras, igualmente deportadas, que no conocían y de las que ignoran la lengua. Las de los opresores, o diversas jergas de urgencia que nacen de estas situaciones, se convierten en los únicos medios para comunicar. Las lenguas tribales, reducidas desde el principio a un único uso familiar, pierden cada vez más su razón de ser, dada la nueva vida a la que se ven confrontadas las poblaciones y las estrechas relaciones que comienzan a vincularlas entre sí. Estas lenguas a menudo acaban desapareciendo. Éste es el escenario que ha dominado desde hace doscientos años la historia de muchas lenguas australianas y, en Estados Unidos, la de las lenguas de comunidades deportadas en Oklahoma.

Las causas económicas y sociales

Presión de una economía más poderosa

Podríamos preguntarnos por qué el neerlandés no se mantuvo en los Estados de Nueva York, Delaware y Nueva Jersey, posesiones de los colonos de los «Nuevos Países Bajos» desde 1623 hasta 1664, por qué el francés ha desaparecido en el Estado del Maine, donde los inmigrantes francófonos de Acadia eran sin embargo muy numerosos, por qué, en fin, las lenguas africanas no sobrevivieron en las comunidades negras americanas (véase Mufwene, 1999). La respuesta no hay que buscarla muy lejos. La máquina económica y, consecuentemente, las estructuras administrativas coloniales y poscoloniales, tenían un único medio de expresión: el inglés. Sin duda, esta preeminencia no fue inmediata: los colonos dominaron en seguida la agricultura, pero la Revolución industrial, que se había iniciado en las primeras décadas del siglo XVIII en Inglaterra, fue más tardía en Estados Unidos, donde fue preciso construir las estructuras políticas y reparar los daños de la guerra de Secesión. Pero desde el último tercio del siglo XIX, el inglés, y no las otras lenguas, se con-

vertiría, y cada vez más, en el vector lingüístico, e incluso en uno de los signos del progreso económico.

Esta misma causa explica sin duda el declive de las lenguas amerindias: las estructuras económicas dispuestas por la población anglófona convertida en mayoritaria hacían cada vez más necesario el conocimiento del inglés a los indios desde que estos últimos, convertidos en minoritarios y dominados en sus propios territorios, deseaban entrar en verdadera relación con el nuevo sistema, y encontrar en él espacios de inserción profesional. Desde entonces, la conservación de una aptitud bilingüe se hacía cada vez menos justificable, si atendemos al razonamiento ordinario, evidentemente criticable, de las comunidades, en las que la mayoría de los padres plantean el problema del aprendizaje de las lenguas en términos de coste y rendimiento: la transmisión de las lenguas indias tendía, según un movimiento de amplitud creciente, a ser juzgada demasiado onerosa a la vista de los dividendos, medidos en términos de oficio y de integración, que podría reportar a los hijos.

Creación de una clase social superior

En el seno de una comunidad se constituye a menudo un grupo de individuos que se inspira en modelos extranjeros, para destacar. Si ese grupo logra imponerse, y si crece, entonces puede llegar un momento en que la lengua, exterior al grupo, que éste ha adoptado por lo que representa de fuerza económica, ejerza una presión sobre la lengua vernácula. Por poco que la lengua intrusa extienda su audiencia gracias a la aparición de hablantes nativos, su presión se hace cada vez más fuerte.

Tal es, en términos generales, el proceso que se puede considerar responsable del declive del galés en el País de Gales, a pesar de la apariencia de salud que ofrece, si se compara con la precariedad de las otras principales lenguas célticas, como el bretón y el irlandés. Efectivamente, desde la época de los Tudor se había constituido en el País de Gales una clase superior políticamente dominante; esta clase se sentía cada vez más atraída por Londres y su dominación económica y cultural; y en la segunda mitad del siglo XVIII el declive del galés, que había comenzado a provocar esta situación, se encontró además acelerado por la inmigración de los hablantes anglófonos en las minas de carbón del sudeste del País de Gales.

Es verdad que existen aparentes contraejemplos. Pues los fenómenos lingüísticos, que ponen en juego una materia humana, no son del orden

de predicción sin excepciones, y más todavía cuando intervienen factores externos, como los económicos y sociales. Así, se señala el caso del dialecto frisón (véase Poulsen, 1981) hablado en las islas de Föhr y de Amrum (en el mar del Norte, a lo largo de las costas orientales de Schlesvig-Holstein). Después del declive de la tradicional pesca del arenque, se fundó una escuela, en el siglo XVI, para enseñar la navegación a los muchachos de estas islas, que encontraron en seguida empleos en las compañías neerlandesas cuyos navíos surcaban los mares. Hablar dicho dialecto frisón era una ventaja, y los inmigrantes tenían interés en aprenderlo si querían llegar a ser miembros de ese medio bastante cerrado de marinos. Fue uno de los principales factores del mantenimiento de un dialecto previamente en peligro de desaparición. Pero, por una parte, los contraejemplos de este tipo son bastante raros; por otra, se trata de un microsistema económico y de un medio profesional restringido, que no son imaginables para una vasta comunidad confrontada con una lengua dominante.

Lengua dominante y lengua dominada. Interpretación ecológica de los modelos socioeconómicos

Es posible interpretar en términos ecológicos los fenómenos que acabamos de reflejar. Si se extiende la noción, propuesta es su momento (véase Hagège, 1985, págs. 246-247), de *ecolingüística*, diremos que las lenguas, para sobrevivir y continuar llevando una vida normal, deben adaptarse a las nuevas necesidades del entorno ecolingüístico. Las presiones que ejerce un entorno ecolingüístico desconocido hasta entonces se hacen demasiado urgentes para que las comunidades confrontadas a un modo de vida radicalmente nuevo tengan los medios y el tiempo de enfrentarse adaptando sus lenguas. El cambio de estas lenguas por otras, al representar un estatus económico y social más potente, se dibuja desde entonces, a sus ojos, como la consecuencia de esta situación. En otros términos, la renuncia a la lengua autóctona y la adopción de la lengua que es considerada como la más eficaz en el mercado de los valores lingüísticos, parece que son los medios de la promoción económica y de la ascensión social.

Se enfrentan aquí una lengua dominante y una lengua dominada. La lengua dominante está en la posición del agresor. El territorio que una ha de conquistar y la otra de defender es un verdadero yacimiento explota-

ble. Ese territorio no es otro que la comunidad lingüística misma que se había constituido alrededor de la lengua de origen, y que pasó al estatuto de lengua dominada. Podemos hablar de una *erosión* funcional de la lengua dominada, en el sentido de que su rendimiento como medio de comunicación no deja de decrecer a medida que se extiende, simétricamente, el de la lengua rival, que está asociado a una revolución de las costumbres económicas.

La selección natural

El fenómeno por el que la lengua de una población económicamente más potente tiende a amenazar a la de una población más débil también podría interpretarse en términos darwinianos de selección natural. Pero hay que considerar entonces la confrontación entre sistemas económicos como el teatro de fuerzas producidas por la naturaleza y por las condiciones del entorno. Un tratamiento así es concebible. Sin duda, la voluntad consciente que produce la dominación económica diferencia de manera profunda las sociedades humanas y las otras sociedades animales. No se puede olvidar que la lengua, especie natural por muchos de sus aspectos (véase el cap. 2), también es, por una parte, el producto de una aptitud cognitiva innata, y por otra una institución social. Pero se puede admitir que las relaciones de dominación son, por sí mismas, datos naturales, representación metafórica de las circunstancias sociales. En la lucha de las lenguas por la vida, varios factores hacen que algunas sean dominantes. Eso es así en cualquier territorio y a todas las escalas, como reflejará otro ejemplo, esta vez tomado de África.

Cazadores-recolectores y criadores-agricultores

Las lenguas de las sociedades de cazadores-recolectores están expuestas al declive de un modo concreto. Este fenómeno se observa sobre todo en el este de África. Se trata de pequeños grupos a menudo miserables, cuya reputación, para agricultores y ganaderos, era tradicionalmente mala, pues su actividad de nómadas, en busca de caza y de plantas y viviendo sin higiene, era considerada como próxima a los animales. Aunque los hechos evolucionan en razón misma de las iniciativas que toman estos grupos para modificar sus condiciones de vida, su estatuto social es bas-

tante bajo. Padecen, pues, una presión muy fuerte del modelo pastoril, que les permite a la vez menos pobreza y un mejor estatuto.

De lo que resulta que las sociedades de cazadores-recolectores se ven arrastradas, por razones económicas y sociales, a abandonar sus lenguas en favor de las del grupo al cual desean integrarse. Los ejemplos de esta situación son bastante numerosos. Expondremos sólo dos. Los kwegu del sudoeste de Etiopía, sedentarizados en parte en pobres pueblos a lo largo del río Omo, practican un cultivo sumergido, bastante reducido, de maíz, pero viven sobre todo de la caza del hipopótamo y de la apicultura; venden su aguamiel, cuyo poder embriagador es apreciado en las mesetas altas etíopes, pero guardan la carne para su propio consumo, pues sus vecinos, los mursi y los bodi, consideran tabú la carne de numerosos animales.

Los kwegu mantienen relaciones de clientela con estos vecinos, que velan por sus intereses y a los que guardan los rebaños con la esperanza de convertirse en propietarios de cabezas de ganado; a menudo se casan con las hijas de sus protectores. Las parejas que se forman de ese modo se verán mucho menos incitadas a transmitir el kwegu, ya que las madres no lo hablan y lo consideran difícil, aunque tiene muchos puntos en común con el mursi y el bodi, que pertenecen como él a la familia lingüística nilosahariana; y sobre todo el bilingüismo de desigualdad que se generaliza no aprovecha al kwegu, lengua sin valor socioeconómico. Otro ejemplo, también africano, es el de los dahalo, cazadores-recolectores en número de unas centenas, que viven en la provincia costera de Kenia, frente a la isla de Lamu, y que, como hemos visto (en la pág. 90) su lengua está fuertemente desgastada bajo la presión del swahili, hablado por la mayoría de la población en las ciudades.

Los cazadores-recolectores que tienden a convertirse en criadores y agricultores guardan algún tiempo la conciencia de pertenecer a cierta etnia. Pero abandonando su modo de subsistencia y cambiando de estatuto social por el hecho de los matrimonios intertribales y las relaciones de clientela y protección, abandonan también las actividades culturales y las tradiciones que están ligadas al uso de su lengua; los dos abandonos se acumulan para conducirles a sacrificar la lengua propia. Desde entonces, el mantenimiento de una verdadera identidad distinta, incluso si se desea con firmeza, se hace muy ilusorio. Lo mismo ocurre en otras sociedades, como la de los pescadores. Por no poner más que un ejemplo, también aquí los elmolo, antiguos pescadores de las orillas meridionales del lago Turkana, en Kenia, casi han perdido su lengua (de la familia cu-

chítica), pasando a la de los samburu, pueblo nilótico al que se han asimilado económica y culturalmente.

Declive de la vida rural

Igual que los cazadores-recolectores y los pescadores se asimilan a los agricultores y ganaderos, de los que quieren adquirir el estatuto superior, así los campesinos se ven atraídos por la vida urbana, donde esperan encontrar una mejor situación económica. La consecuencia lingüística, a mayor o menor brevedad de plazo es, también, la extinción. Es lo que podría suceder, en las ciudades al menos, con el nubio, lengua de la familia nilosahariana, hablado todavía por 200.000 personas en Egipto y en Sudán. En Egipto, los nubios más jóvenes, atraídos por las mejores perspectivas de empleo que ofrece a sus ojos la ciudad, se van en gran número a El Cairo o a Alejandría. La presencia de la electricidad y, por lo tanto, también de la radio y de la televisión hace mucho por promover entre ellos el árabe, y los hombres se convierten así en vectores, pues están más presentes en el hogar, por el hecho de la proximidad de sus lugares de trabajo con relación a los pueblos, y tienden a hablar en árabe a sus hijos.

Sólo el nubio de las zonas rurales escapa todavía al declive que amenaza la lengua en las zonas urbanas.

Se podría considerar que este esquema, con algunas variantes, se aplica en todos los sitios. El declive de las lenguas regionales, de los dialectos y de los *patois* en Francia estuvo ligado a la desertización de los campos, a la movilidad profesional y al atractivo del confort (relativo) de la vida en la ciudad. Según cierta opinión, los campesinos franceses que renunciaron a sus lenguas locales omitiendo o soslayando las medidas vejatorias de los maestros encargados de expandir la lengua de la nación en exclusiva, actuaron libremente, pues se sentían atraídos por el progreso o lo que así se designa. Pero ¿acaso la evolución rápida de los modos de vida les ponía en situación de elegir?

Abandono de las actividades tradicionales

Cuando una población renuncia a su modo de vida por razones económicas y sociales, uno de los efectos de esa elección es la reducción, y pronto el abandono, de las antiguas actividades. Ahora bien, la lengua en

la que esas actividades se expresaban era la de la tradición, conjunto de símbolos culturales en los que se reconocía la etnia. La lengua étnica está expuesta a desaparecer al mismo tiempo que la cultura de la que era vehículo. Entre los ejemplos de este proceso podemos retener el de las lenguas de los aborígenes de Australia. En la mayoría de los grupos, la caza y la pesca han desparecido o no se practican más que a pequeña escala. Lo mismo sucede con las fiestas nocturnas llamadas *corroborees* (por reinterpretación según la palabra inglesa más próxima, pero sin ningún parentesco semántico [*to corroborate* «corroborar»], de la palabra *korobra*, que significa «danza», probablemente en wunambal, hablado todavía en el norte de Australia occidental). En el transcurso de estas festividades, que celebraban la victoria de una tribu o cualquier otro fasto, se danzaba y se hablaba, evidentemente en lengua vernácula. Al principio los aborígenes se servían de sus lenguas en estas circunstancias, como en todas las de su vida personal y familiar, y del inglés en sus actividades profesionales y en sus relaciones con los blancos. Pero a medida que la asimilación acarreaba el declive de las costumbres, consagraba cada vez menos tiempo a estas últimas; como consecuencia de ello, cada vez se servían de menos lenguas que eran mucho más el soporte del inglés. Así es como el cambio de referencias culturales puede conducir a la muerte de las lenguas.

Observamos incluso casos de correlación directa entre el declive de las actividades tradicionales y la erosión del sistema gramatical. Así, puede comprenderse por qué los últimos hablantes del camileroi (véanse las págs. 92-93) habían perdido casi completamente, en la última investigación de los años setenta, el sistema muy elaborado por el que los verbos permitían distinguir en él morfológicamente los momentos de la jornada en los que se realiza una acción. La importancia cultural de este sistema se basaba en que estaba fundado sobre los ciclos de comportamiento adoptados, entre el amanecer y el anochecer, por los animales que los camileroi tenían antaño la costumbre de cazar. Precisamente, los últimos ancianos habían cesado desde hacía mucho tiempo toda actividad de caza, y los miembros más jóvenes de la tribu se habían apartado de este modo tradicional de relación con el entorno.

Las causas políticas

Las lenguas inmoladas en el altar del Estado

• Los Estados y el plurilingüismo

El establecimiento de poderes políticos centralizados y preocupados por extender su dominio sobre todas las regiones que se supone dependen de su autoridad no siempre es compatible con el mantenimiento de pequeñas etnias diseminadas sobre vastos territorios. El desarrollo de los Estados conscientes de su peso político se ha visto a menudo acompañado por empresas particularmente nefastas para estas etnias: destrucción del hábitat, deforestación, desplazamiento de poblaciones y asimilación forzada. Ésta es, por ejemplo, la historia de la colonización española en América Central y meridional, y de la colonización inglesa y luego americana en Norteamérica. Las políticas coloniales de otros países, Portugal, Holanda, Francia, no han sido muy diferentes en este esquema.

Las consecuencias lingüísticas de esa relación de fuerzas son fácilmente percibibles. La ideología de los Estados construidos alrededor de la dominación de una nación apenas es favorable para la abundancia de lenguas y para las tentaciones de dispersión que implica. La constante reducción del papel de las lenguas regionales es el efecto más visible de la política lingüística en Francia, tanto bajo la monarquía como bajo la República. La ordenanza de Villers-Cotterêts no hace más que apuntar, en 1539, una serie de actos reales que, desde antes del reinado de Luis XI, no habían tenido otro objeto que la extensión de la lengua del Estado rebajando las posiciones del latín, sin duda, y también de las lenguas regionales. Bajo la Revolución, las palabras del abate Grégoire, invocando la necesidad de una sola lengua, sin la cual es imposible comprenderse a escala nacional, y en consecuencia imposible asegurar la circulación de mercancías y de ideas, son significativas.

Esta política es una de las causas (aunque no la única) del declive de las lenguas regionales, así como de los dialectos y de los *patois*, en la Francia contemporánea (véanse Hagège, 1987 y 1996b). Francia está lejos de ser un caso aislado. En la mayoría de las sociedades erigidas en Estados, una característica fundamental de la concepción que se hace de las bases de la unidad nacional es construir estas últimas sobre la unidad lingüística. Podría ser que la concepción de la cohesión nacional ligada a la unidad lingüística se propagara sobre todo en Europa y América, a juz-

gar por la actitud más flexible que se encuentra, frente al plurilingüismo, en la India, Tailandia, Malaisia e incluso, en cierta medida, en China (véase Fodor y Hagège, 1983-1994).

- El Estado y el lingüicida

Los poderes políticos no se acogen a medidas que limitan el uso de las lenguas minoritarias. A menudo no hacen nada por impedir una muerte que todo anuncia como segura. Pero a veces van más lejos. Ocurre también que persiguen las lenguas sin exterminar por ello a sus hablantes. El lingüicida de Estado, es decir, la eliminación concertada de una o varias lenguas con medidas políticas explícitas, está ilustrado sobre todo por la guerra que libró Estados Unidos durante las primeras décadas del siglo XX a las lenguas habladas en diversas islas de Micronesia, como el chamorro (o guameño) en Guam, así como en Saipán, Rota, Tinian, Pagan, Anatahan y Alamagan. El poder norteamericano, más aún que el poder español antes que él, se esforzó, con disposiciones administrativas muy estrictas, por aniquilar el chamorro, y logró una reducción espectacular del número de sus hablantes. Parece sin embargo que la lengua no está muerta.

En la misma región se sitúa otro ejemplo bien conocido. Desde los primeros años del siglo XX, en Filipinas, las autoridades políticas estadounidenses, tras la desposesión de España entre 1898 y 1901, emprenden, mediante el envío de auxiliares anglófonos hasta incluso en los pueblos de la montaña, una verdadera extirpación del español, que había sido introducido con igual energía entre las élites durante quinientos años de poder colonial y criticado sin duda desde principios del siglo XVII por una larga serie de rebeliones.

A veces, la empresa del lingüicida ha sido perpetrada por un grupo dominante que pertenecía a la misma población de hablantes de origen. Por ejemplo, el Acta sobre la educación adoptada por el Parlamento escocés en 1616 estipula que, en cada parroquia, las escuelas deberán generalizar el uso del inglés y desterrar el gaélico-escocés, descrito como fuente de toda barbarie. En consecuencia, «abolirlo y suprimirlo» de toda enseñanza.

Los instrumentos de ejecución diferida

Los Estados no están ciertamente obligados a tomar medidas administrativas explícitamente adaptadas a la empresa del exterminio contra

las lenguas que han condenado. También disponen de instrumentos de ejecución que, aunque más lentos, son también eficaces. Estos instrumentos son muy conocidos y sólo serán recordados aquí muy brevemente. Son el ejército, los medios de comunicación y la escuela. Aquí se tratará sólo del ejército y de los medios de comunicación. Más tarde examinaré la acción de la escuela.

- El ejército

Es sabido que la mezcla de reclutas fue en Francia, bajo la tercera República, si no lo fue desde la primera, cuando la Revolución alistaba en masa para hacer frente a los peligros en las fronteras, uno de los medios de difusión general del francés, por razón misma de la asignación de las lenguas regionales, dialectos y *patois*, a un reducto de idiomas de la intimidad. El ruso ha desempeñado un papel parecido en el siglo XX en relación con las numerosas lenguas de los combatientes de base de los ejércitos zaristas y sobre todo soviéticos, ya fueran originarios del Cáucaso, de las repúblicas musulmanas de Asia central, de las regiones de Siberia oriental donde viven etnias turcas dispersas, mongoles y tunguses o de otros lugares; en todas las zonas de este país, la lengua más dominante, el ruso, con vocación de lengua de unión, asimilaba a las demás.

- Los medios de comunicación

El bombardeo sobre las masas que efectúa la radio y la televisión expresándose en cualquiera de las lenguas de difusión mundial (inglés, español, francés, portugués) sólo puede tener un papel deletéreo para las lenguas tribales y regionales que están ausentes en ese bombardeo pero que forman parte de la vida de los oyentes y espectadores. Resulta inútil insistir en esta causa tan clara de desaparición de lenguas mal defendidas. Nos contentaremos recordando que entre las tribus aisladas en selvas inaccesibles, el número de las que, al no disponer de receptores, escapan a este asalto cotidiano, es cada vez más reducido. Hay que subrayar también que los más expuestos son los menos provistos de conocimientos, aquellos para quienes la transmisión de las lenguas en estado precario se limita cada vez más, aunque sean la clave de su supervivencia, es decir, las nuevas generaciones, mercado ideal para la difusión masiva de los cultos (¡remuneradores!) difundidos por los medios de comunicación con dominante anglófona, sobre todo la música pop, la moda y los deportes.

El imperialismo del inglés

• La jerarquía de las lenguas

El imperialismo del inglés ocupa, hoy en día, un lugar de privilegio entre los factores de la muerte de las lenguas. Las causas económicas y sociales deben tomarse, desde luego, en consideración antes que todas las demás. Pero el inglés, que, al ser la lengua de las sociedades más industrializadas, es el principal beneficiario del choque entre comunidades cuando una es más fuerte que otra, adquiere, por el hecho mismo de esta supremacía, un peso todavía más considerable y de naturaleza política, que, a su vez, acrecienta su poder de presión. El inglés norteamericano recoge para su beneficio todos los frutos de la oposición cuasijerárquica, y cada vez más ruda en el mundo de hoy, entre una lengua local reservada a las relaciones privadas y una lengua internacional que tiene vocación de ser el vector de transacciones comerciales a gran escala, y por lo tanto también de las ideologías políticas y culturales.

• La promoción del unilingüismo y de la mentalidad unilingüe

Una consecuencia de este estado de hecho es la supremacía de los que no hablan más que una lengua, y el favor que recoge su apego a esta única lengua. Esta promoción del unilingüismo y de la mentalidad unilingüe se hace en beneficio del inglés. La competencia de los individuos multilingües, en lugar de ser apreciada en lo que es, a saber, una riqueza, se encuentra desvalorizada como un hándicap. El unilingüismo en beneficio del inglés se contempla como garantía, o como condición necesaria, del modernismo y del progreso, mientras que el multilingüismo se asocia al subdesarrollo y al retraso económico, social y político, o se considera como una etapa, negativa y breve, en el camino que debe conducir solamente al inglés. Los hablantes se encuentran implícitamente confinados en la estrecha celda de una opción: o conservar su lengua materna, minoritaria, o políticamente sin peso incluso cuando es mayoritaria, y entonces no aprender correctamente el inglés, o aprender el inglés y no conservar su lengua materna. Diversos trabajos (véase, sobre todo, Lambert, 1967) muestran que esta opción es la que siguen muchas comunidades, por ejemplo las de los inmigrantes en provincias canadienses que no sean Quebec. La desvalorización del bilingüismo olvida, incluso, que se puede aprender una lengua sin renunciar por ello a la que se hablaba por nacimiento.

Es evidente que los anglófonos nativos, en esta situación profundamente desigual, no pierden nada. Ya que para ellos, la adquisición de otra lengua es concebida, al contrario, como posible sin que implique el menor coste para su lengua de origen, lo que significa que el aprendizaje es adición, como es natural, y no sustitución. En cambio, para los demás se trata claramente de sustitución, pues todo se hace para persuadirles de que el bilingüismo es un lujo costoso, y que sólo la lengua dominante vale la inversión de realizar el aprendizaje, ya que sólo ella aporta un resultado gratificante y remunerador. Pero esta presión explícita no ha sido siempre necesaria: el bilingüismo de desigualdad, en la mayoría de los pueblos dominados, se desvaloriza a sí mismo y termina condenando a la lengua autóctona, ya que ésta se enfrenta a un modelo económico y social en apariencia más prestigioso.

- La escuela anglófona en Norteamérica, maquinaria de muerte para las lenguas indias

Acabamos de ver que los Estados son capaces de tomar medidas escolares con vistas a erradicar pura y simplemente una o varias lenguas. Las medidas explícitas de abolición o de promoción no son más que uno de los aspectos del papel de la escuela en la muerte de las lenguas. La escuela es, por añadidura, el lugar y el instrumento de una agresión de larga duración.

La política de los gobiernos federales, en Canadá y Estados Unidos, consistió, desde finales del siglo XIX, en integrar en la escuela anglófona a las comunidades indias. Se había dicho explícitamente (véase Zepeda y Hill, 1991) que el único medio de «civilizar» a los niños indios era sustrayéndoles a la influencia «bárbara» de sus ambientes de nacimiento, trasladándoles a internados alejados de sus pueblos. Esta operación de desarraigo fue llevada a cabo a veces por la fuerza. Las familias estaban demasiado desprotegidas para poder hacer regresar a sus hijos, incluso durante las vacaciones de verano. En todas las escuelas, ya fuesen federales, parroquiales o establecimientos secundarios a escala local de una poblacion, la utilización de las lenguas amerindias estaba absolutamente prohibida, y toda infracción era castigada de manera tan severa como humillante, incluso cuando los niños eran aún muy jóvenes. En ciertas zonas, este sistema aún existía a principios de los años setenta.

En otros sitios no había sido necesario mantenerlo, pues las vejaciones corporales y morales infligidas a los niños indios que osaban servirse

todavía de su lengua materna eran muy eficaces. Ancianos de las etnias tlingit y haida, cuyas lenguas, antaño habladas en el sudeste de Alaska y hoy moribundas, aseguran que, cuando por casualidad hablan entre ellos la lengua de su comunidad, se ponen a temblar con su solo recuerdo; una culta puesta en escena con figuraciones llenas de muecas y personajes espantosos se aplicaba en la escuela norteamericana para extirpar todo apego a las culturas indias, presentar a esas lenguas como creaciones diabólicas y expulsar con el terror toda veleidad de utilizarlas. ¿Acaso era posible conservar así algún deseo, cuando además se oía decir a los maestros que a Dios, a quien se debía obedecer en todo, no le gustaban las lenguas indias?

Podemos mencionar, por no poner más que un ejemplo, las escuelas dirigidas, en Alaska, por misioneros jesuitas, moravos (orden de inspiración husita, nacida en Moravia) y ortodoxos. Hasta los primeros años del siglo XX (véase Krauss, 1992), estas escuelas utilizaban, para la formación de niños indios en sus propios idiomas vernáculos, materiales en aleuta, yupik central, lenguas de la familia esquimo-aleuta, así como en varias lenguas de la familia atapasca. Pero hacia 1912 la última escuela religiosa aleutiana había cerrado. Se instituyó una política rigurosa al término de la cual cualquier recurso a las lenguas indias en la educación era expresamente rechazado. Esta medida de ostracismo absoluto permaneció en vigor durante sesenta años.

Esta política, que llevaba a las familias indias a considerar que sus lenguas vernáculas no tenían porvenir alguno y que la enseñanza de estas lenguas no podía, pues, más que dañar a sus hijos, tuvo unos efectos devastadores: en 1979 no quedaba en el sudeste de Alaska más que una sola lengua atapasca, el cuchín (o luché, hablado entonces a lo largo del bajo Mackenzie y en el curso medio del Yukón), y una sola comunidad aleutiana, que tuviera todavía hablantes niños; las lenguas esquimales, es decir el yupik y el inupiaq, estaban en vías de desintegración; las investigaciones más recientes confirman que su deterioro les conduce al borde de la agonía.

- Idénticos comportamientos e idénticos éxitos en Australia

Lo que precede concierne a las lenguas amerindias víctimas de la escuela anglófona, pero se aplica igualmente, y casi en los mismos términos, a las lenguas de otra parte del mundo, las de los aborígenes de Australia, conducidas también a la agonía por la presión del inglés en todos los cam-

pos, y en particular en la escuela: allí fueron enviados, después de haber sido secuestrados a sus familias durante casi un siglo a partir de 1814, el 30 % de los niños autóctonos, es decir varias decenas de miles de criaturas que se situaban en familias blancas, en orfelinatos o simplemente en internados de estilo carcelario, donde estaba, por supuesto, formalmente prohibido utilizar otras lenguas distintas al inglés. A finales de los años sesenta, cuando ya era demasiado tarde, el gobierno australiano revisó su política de erradicación completa de las lenguas aborígenes.

La presión política ejercida por lenguas diferentes al inglés sobre «pequeñas» lenguas

La política escolar de Francia y, en menor medida, de Portugal, en sus imperios coloniales (el caso de España en Hispanoamérica es otro), fue de asimilación. Y aunque no tuvo un efecto negativo sobre las masas, sí repercutió en las élites, a veces ganadas por la tentación del unilingüismo en beneficio de una lengua europea.

Pero además, otras lenguas diferentes al inglés, elevadas por ciertos Estados al estatuto de lenguas oficiales, ejercen sobre las lenguas étnicas una presión temible. África ofrece claras ilustraciones de esta situación. Contrariamente a lo que a veces se cree, el peligro para las lenguas regionales y tribales de África ya no viene, hoy día, de las lenguas europeas, como es el caso de Asia septentrional (ruso), de Centroamérica y América del Sur (español), de Norteamérica (inglés) y de Australia (inglés). En África, si las lenguas europeas pudieron ejercer una presión en la época colonial, en el presente su empleo está limitado a la sociedad favorecida, lo que las hace compatibles con el mantenimiento de identidades étnicas y pequeñas lenguas. El verdadero peligro proviene más bien de las lenguas africanas de gran difusión y con vocación federalista, cuya promoción coincide con la de las estructuras del Estado. Es el caso del swahili en Tanzania. La importancia del swahili como lengua oficial elevada a la categoría de base de la unidad nacional lo convierte en una fuente de préstamos, hasta el punto de que incluso lenguas que pertenecen a su mismo grupo genealógico en el seno de la familia bantú toman del swahili numerosos neologismos, cuando podrían construirlos cómodamente, ya que poseen propiedades derivativas idénticas a las suyas.

Aquí se produce una paradoja. En los años que siguieron al acceso a la independencia de las antiguas colonias británicas y francesas de Áfri-

ca, la política de exoglosia de los primeros gobiernos, es decir la adopción del inglés o del francés en tanto lenguas oficiales, era presentada como medio de preservar la unidad nacional evitando promover la heterogeneidad lingüística que caracteriza a África, y favorecer con ella las tentaciones separatistas. Ahora bien, en realidad en el entorno africano, la opción de una lengua exógena favorece a las lenguas regionales. Efectivamente, las élites y la clase dominante son las únicas en conocer bien las lenguas europeas. Las masas permanecen apegadas a sus idiomas vernáculos. Y al contrario, la promoción de una lengua africana, considerada por el poder como una acto de afirmación nacional, pone en peligro los idiomas minoritarios, que no se encuentran en condiciones de rivalizar con ella, ya que recibe el refuerzo de las medidas escolares y de los medios de comunicación. Si sus hablantes escogen masivamente la lengua promovida, los idiomas minoritarios se encuentran amenazados.

Ésta es, hoy en día, la situación de muchas lenguas en Tanzania, y en cierta medida en Kenia, y el swahili es el beneficiario en ambos casos. Podemos prever una evolución parecida en favor de otras dos lenguas habladas por un buen número de habitantes, el peul, expandido por casi todos los países de África central, Senegal, Chad y la República Centroafricana, y el hausa, que ha servido como el peul de vehículo del islam en vastas zonas; la presión del peul sobre otras lenguas es particularmente sensible en el norte de Camerún (bajo su variante local o fulfulde del Diamaré); la del hausa lo es igualmente en el norte de Nigeria. ¿El porvenir de estas dos lenguas, en sus respectivos países, será tan brillante como el que parece que le espera al swahili? En Tanzania, el éxito de este último anuncia una suerte incierta para el mismo inglés. Es evidente, por lo demás, que el lingala está adueñándose, según un proceso comparable, de las posiciones del francés en Kinshasa y en una parte del norte de la República del Congo, lo que no es muy favorable a las pequeñas lenguas de este país.

Las sustituciones múltiples

La consecuencia más común de las agresiones de todas clases que padece una lengua desprovista de medios eficaces para defenderse es que es suplantada por otra lengua, que termina reemplazándola completamente. Pero puede suceder incluso que sea asediada no sólo por una lengua sino por varias. En ese caso, la lengua acosada debe hacer frente a di-

ferentes peligros a la vez y a menudo se ve obligada a eclipsarse. Un ejemplo de esta situación lo podemos encontrar en África occidental. El basari, cuyos hablantes en su mayoría ocupan la región fronteriza entre Senegal y Guinea, se ve expuesto, en Senegal, a la conjunción de tres presiones, a nivel local, regional y nacional. Localmente, es vecino del peul, cuyos hablantes están en constantes relaciones comerciales con él, sin contar que las mujeres basari se casan a menudo con los fulbé (peuls). Los hijos de estas uniones se convierten en unos fulbé de estatuto y de lengua. A escala regional, el basari se encuentra en desventaja en relación con el malinké, que tiene estatuto oficial en el sudeste de Senegal y que, por tal hecho, se ve elevado de modo activo como lengua escrita de educación, se utiliza en los medios de comunicación y se enseña en las escuelas. A escala nacional, un senegalés que desee desarrollar otras actividades diferentes a las tradicionales tiene interés en conocer el wolof y el francés, el primero porque es practicado en todas las zonas urbanas del país y conocido por la mayoría de los senegaleses, lo que le convierte en verdadera lengua nacional del país, y el segundo porque está omnipresente en la enseñanza superior y en los aledaños del poder.

Sin embargo, fuera de Senegal, en Guinea, donde dominan igualmente el peul y el malinké, el basari se vio beneficiado de cierta promoción bajo el régimen de Sékou Touré, que favoreció las lenguas indígenas. Pero después de la muerte de éste en 1984, el régimen militar que le sucedió, considerando esta política indigenista responsable de los males del país en los campos de la educación y de la economía, lo abrogó por completo. De este modo el basari se encuentra expuesto a la competencia temible de lenguas mucho más armadas que él para imponerse, tanto fuera de Senegal como en el seno de este país. La extinción del basari es más que previsible.

Los invasores invadidos

El esquema corriente de desaparición de las lenguas bajo la presión política de una fuerza superior, a menudo la de los invasores que crean en el territorio de aquellos a quienes han vencido las estructuras de un Estado, presenta algunas aparentes excepciones, que interesa examinar. Sabemos que los francos no impusieron su lengua a los galo-romanos, a los que habían vencido, y que de los merovingios de Clodoveo a los carolingios, la Galia fue el teatro de formación de una nueva lengua, el fu-

turo francés, que, aunque tenga en su fonética y en su léxico rasgos germánicos debidos a este contacto, es esencialmente neolatina.

En cuanto a los guerreros del jefe danés Rohlf (Rollón), esos vikingos que, entre finales del siglo IX y principios del X, habían espantado durante mucho tiempo a las poblaciones de la Galia causando estragos, recibieron, sin duda, de Carlos el Simple, rey de los francos, la provincia que todavía lleva su nombre de «hombres del Norte» (normandos); pero adoptaron, al sedentarizarse allí, las costumbres del país e incluso su lengua (la variante normanda del francés en vías de formación), sin conseguir ni implantar su lengua ni salvaguardarla, a pesar de esfuerzos como los del hijo de Rollón, Guillermo I Larga Espada, que envió a su hijo a Bayeux, donde se había mantenido una escuela escandinava, para aprender en ella el dialecto de normando antiguo que hablaban sus antepasados (vĕase Hagĕge, 1996b). De este modo, los vikingos se fundieron en lo que hoy es Normandía, igual que adoptaron la lengua romana de otro país conquistado, Sicilia. En otros sitios sus parientes, los varegos, actuaron del mismo modo cuando, a finales del siglo IX, tras crear el primer Estado eslavo, embrión de la Rusia kievina, se eslavizaron cultural y lingüísticamente. Hay otros casos comparables, como el de los tutsis, pueblo nilótico que, apoyado en la fuerza que le confería su economía pastoril, tomó el poder a expensas de sus huéspedes los hutus, y que, sin embargo, adoptó, sedentarizándose, sus lenguas bantúes, kirundi y quiñaruanda (véase Mufwene, 1998).

¿La potencia política y militar de estos invasores no habría tenido que constituir, sin embargo, un factor de extinción para las lenguas de los pueblos a los que sometieron? Dos razones, las dos necesarias, explican que no haya sido así. La primera es que los francos, normandos y varegos no eran numerosos, y de todas formas lo eran mucho menos que las poblaciones sitiadas por ellos. Pero eso no basta, pues ¿cómo explicar que la intrusión del castellano se haya revelado tan mortífera para una gran cantidad de lenguas indias de América, cuando los españoles, aunque feroces y armados, sólo eran una tropa reducida de guerreros, aumentada ocasionalmente con poblaciones locales con las que contraían alianza? En realidad, los españoles, escoltados por sus misioneros, no eran simplemente visitantes ávidos y famélicos con modales brutales, también detentaban una altiva ideología civil y religiosa, y estaban convencidos de su superioridad sobre cualquiera.

Podríamos deducir que para que un idioma de invasores pueda llegar a dominar la lengua del pueblo vencido hasta hacerla desaparecer, es pre-

ciso que refleje una civilización muy consciente de sí misma. A falta de ello, el destino habitual de las minorías nómadas, que surgen entre una comunidad sedentaria y la deshacen por las armas, es sedentarizarse como ella, absorberse en ella, adoptar incluso su lengua, como ocurrió también mucho más lejos, en el Extremo Oriente, con los invasores de China, los yuán (mongoles). Y más tarde, como habían hecho los mongoles, la potencia de absorción de la vieja cultura china engulló en una total sinización la dinastía de los Qing (manchúes) que duró hasta la muerte de la emperatriz Tseu-Hi en 1911; nada les distinguía, ni a los mongoles, ni a los manchúes, de las dinastías puramente chinas de los Han, Tang, Song y Ming. Mientras el manchú era todavía la lengua de la diplomacia y de las notas oficiales en 1664, fecha en la que es expulsado de Pekín el último emperador Ming, la fascinación que ejerce sobre los recién llegados la civilización china y el respeto que sienten por el chino mandarín acabará por llevarles a reemplazar su lengua ancestral por esta última; hoy día, el manchú está virtualmente muerto entre los cuatro millones de chinos de origen manchú que viven en China, y que llevan desde hace mucho tiempo nombres chinos.

Si la lengua de los árabes no ha experimentado la misma suerte es porque, como los españoles, eran soldados de una ideología religiosa segura de sí misma y conquistadora, que les condujo, casi como un rayo, a llevar el islam hasta la costa atlántica de Marruecos por el oeste, y al este hasta el Cáucaso y el Sind, llegando a dominar sobre todo, bajo los tres primeros califas y después bajo los omeyas, España, el norte de África, Siria, Mesopotamia, Persia, Egipto y la Transoxiana, a la espera de que, a finales del siglo X, los turcos se ocuparan de expandir el islam más lejos todavía, y que a principios del siglo XIV éste penetrara hasta en Malaisia.

¿Por qué, entonces, el árabe, portador de una de las civilizaciones más brillantes del mundo en la Edad Media, no dominó hasta su extinción las lenguas de los países conquistados? La razón es simple: la mayoría poseían una vieja cultura, y la islamización ha sido una fecundación recíproca, sin que las lenguas que expresaban esas culturas hubiesen perdido su resplandor. Por no poner más que un ejemplo entre muchos otros de esta simbiosis cultural, los grandes gramáticos cuyos análisis profundos del árabe constituyen, entre el siglo VIII y el XI, uno de los capítulos más notorios de la historia de la reflexión lingüística, eran de hecho árabe-persas. Y en los países cristianos, como España, el apego a la religión y la convicción sostenida en cuanto a su superioridad tenían como efecto, muy a menudo, el rechazo de la islamización y por lo tanto del árabe, que era el vec-

tor. Una situación parecida encontró más tarde el turco en los Balcanes conquistados, frente al griego, al búlgaro y al serbio, que le dieron préstamos de vocabulario, pero a los que no reemplazó.

La pérdida de prestigio y la muerte de las lenguas

La pérdida de prestigio no parece tener un papel causal directo. Algunas lenguas sin renombre específico se mantienen fácilmente, puesto que no actúan los factores económicos, sociales y políticos, cuyo poder es decisivo. La pérdida de prestigio es, de hecho, una de las consecuencias más comunes de estos factores. El prestigio, cuando está desigualmente repartido entre las poblaciones confrontadas, es como una especie de moneda de cambio en la bolsa de los valores lingüísticos. Cuando por el contrario no está desigualmente repartido y se establece una rivalidad entre los grupos, que cada uno reivindica, el prestigio es capaz de reducir los efectos devastadores que una presión masiva ejerce en la vida de las lenguas.

El prestigio, moneda de cambio en el mercado de las lenguas

El prestigio y las lenguas

- La transferencia de atributos

Es una ilusión creer que el prestigio de una lengua sea un atributo inherente. Las lenguas son complejas estructuras evolutivas que desempeñan un papel esencial en el desarrollo cognitivo de los individuos y que son, por otra parte, utilizados por éstos en la comunicación. No hay nada en sí, en la fonología, la morfología, la sintaxis o el léxico de una lengua, que sea portador de prestigio. El prestigio, es decir, la reputación de valor y de eminencia, no puede, dadas las implicaciones de estas nociones, vincularse sólo a los humanos. Cuando se dice, pues, que una lengua es prestigiosa, se trata, en realidad, de los que la hablan o de los libros que la utilizan. Por un proceso de transferencia, que es corriente en la relación con el mundo y los valores que se le otorgan, el respeto o la admiración que inspira una colectividad o sus realizaciones se traslada a sus atributos. Ahora bien, la lengua es uno de los atributos principales de toda comunidad humana.

• Extinción del galo

El prestigio depende, evidentemente, de las circunstancias y de los lugares. El galo desapareció a principios de la era cristiana porque las clases superiores de la sociedad se romanizaron, apartándose tanto de su lengua como de su cultura, tal y como lo atestigua la historia del druismo, religión floreciente en tiempos de César, que bascula más tarde en la imagen envilecida de una práctica de brujos relegados al fondo de las campiñas aisladas (véase Vendryes, 1934). El latín inundó hacia el siglo III los últimos islotes lingüísticos galos, que aún sobrevivían en las masas forestales del centro del país.

• Declive del irlandés y del escocés

A principios del siglo XVII, las lenguas celtas de los escoceses e irlandeses experimentaban desde hacía largo tiempo en las islas británicas cierto declive y, por lo tanto, una pérdida de prestigio: estaban asociadas a la cultura popular y a las manifestaciones folclóricas; no eran medios de expresión de hombres, instituciones, obras literarias o de una educación escolar, que tuvieran una importancia nacional. Este declive todavía se acrecentó en el siglo XVIII por el hecho de la Revolución industrial, cuya lengua era el inglés y, más tarde, de la gran hambruna que provocó en Irlanda, a mediados del siglo XIX, una dramática sangría. Pero escoceses e irlandeses emigrados a América, que con los ingleses fueron los primeros cultivadores que se apoderaron de las tierras, muy a menudo en detrimento de los indios, ocuparon en inglés el Nuevo Mundo y desde finales del siglo XIX, para los supervivientes de las masacres de las comunidades indias, el prestigio de los colonos se había convertido en el prestigio del inglés. Lo mismo que en todo el resto de América, el castellano (designación antigua, y siempre viva, del español en estos lugares), lengua de conquistadores, de misioneros, de los más ricos y poderosos, se convirtió desde el siglo XVI, a pesar de (o por el hecho de) las violencias, masacres y confiscaciones de tierras, en la lengua de prestigio, y el portugués a su vez en Brasil.

• El prestigio y la bolsa de las lenguas

Así pues, el prestigio de las lenguas no es otro, en su origen, que el de sus hablantes, el cual se fundamenta sobre factores económicos, sociales

y políticos. Pero se convierte, por su traslado a las lenguas, en una especie de moneda de pago que cada uno aprecia en su justo valor. Las lenguas más prestigiosas resultan las más demandadas, como lo son en bolsa los valores que más remuneran. Las lenguas menos prestigiosas aparecen como menos aprovechables y suscitan una demanda inferior. Así es como sus propios hablantes llegan a apartarse de ellas y a juzgar poco rentable su transmisión a las generaciones siguientes. Así es también como el prestigio, moneda de cambio en el mercado de valores lingüísticos, decide, en apariencia, la fortuna de las lenguas.

Las varas de medir y la pérdida de prestigio

El prestigio de una lengua no es un dato objetivo ni fácilmente mensurable. Pertenece al orden de la representación. No se puede, pues, evaluar más que con los valores que el pensamiento simbólico se construye como referencias. Y esta construcción es obra de los hablantes en quienes la relación entre las lenguas, tal y como la interiorizan, es vivida ya sea positivamente, ya sea como generadora de una crisis. En este último caso, la lengua se convierte en víctima de una pérdida de prestigio.

- La asociación con la vida campesina y con el pasado

Numerosas lenguas están asociadas por los hablantes con la vida campesina o con el pasado. Las oponen a lenguas que consideran con respeto porque están asociadas, por el contrario, con el trabajo industrial en las ciudades y con el porvenir. Éste es, por ejemplo, el tipo de confrontación que presenta, en el pueblo austríaco de Oberwart, el alemán y el húngaro (véanse las págs. 97-99). La minoría húngara asocia el alemán con el poder político, la educación moderna y la movilidad que facilita el acceso a profesiones mejor remuneradas y menos penosas que las de la agricultura. Sobre todos esos puntos, el húngaro es juzgado retrógrado, lo que le resta todo prestigio y le hace incluso aparecer como inútil.

- La pulsión mimética con respecto a los emigrantes que regresan

En las comunidades que llevan una vida tradicional, pero donde algunos miembros se han marchado a la ciudad o al extranjero y luego vuelven, la pulsión de imitación de las novedades que traen consigo es

muy fuerte entre las generaciones más jóvenes. El prestigio se define ahora en función de los modelos innovadores y del desinterés con relación a los modelos antiguos. Las maneras de habla ocupan un lugar de privilegio en este esquema de pensamiento y de acción. Todos se quieren expresar de la misma manera que los que han vuelto con dinero y experiencias o relatos nuevos. Sobre las altas mesetas de Nueva Guinea, por ejemplo, el pidgin inglés que se habla en las ciudades de la costa, y particularmente en la capital, Port Moresby, es adoptado por un número creciente de papúes que han abandonado sus pueblos de las alturas. Cuando vuelven, el pidgin se convierte en el vehículo a través del cual se introducen nuevos esquemas de pensamiento, que dislocan los esquemas antiguos y, por lo tanto, las lenguas locales que los portan. Un proceso paralelo afectó al bretón cuando los soldados que salieron de las zonas de Tréguier, Finisterre, Vannes, etc., volvieron de la Primera Guerra Mundial, donde habían aprendido a designar en francés innovaciones que solicitaban su interés.

- La falta de conciencia nacional

Cuando una comunidad no reconoce su identidad nacional, puede llegar a imaginar su lengua como desprovista de todo calor simbólico. Esta comunidad, por poco que viva en vecindad con otra que considere superior, llega, en los casos extremos, a identificarse con ella, hasta el punto de negarse a sí misma en tanto grupo. Es lo que se observa, en el Cáucaso, con los suanos que, atraídos por sus vecinos georgianos, más numerosos y potentes, terminan por recusar su propia identidad y por hacerse pasar por georgianos, llamando georgiano a su lengua que, sin embargo, aunque genéticamente esté emparentada, es bastante diferente al suano. Los suanos más jóvenes rechazan aprender la lengua de sus padres.

- La ausencia de tradición literaria

Los hablantes de una lengua dominada, incluso cuando apenas son letrados, a menudo señalan, como para darse mejores razones todavía para despegarse de ella, que su lengua no ha sido escogida por grandes escritores para elaborar una obra literaria y que, en consecuencia, está desprovista de todo prestigio, al no haber dado lugar a buenos libros que todos conozcan y pueda citar.

Los estigmas de la vergüenza

• La ilusión de inadecuación

Una lengua con buena salud es valorada gustosamente por sus hablantes, que la encontrarán bella, rica y precisa por el hecho de que, por conocerla mejor que cualquier otra al no ser bilingües perfectos, sólo se expresan verdaderamente a su conveniencia en esta lengua. Por el contrario, los usuarios que son requeridos por otra lengua dejan de dar valor a la suya, e incluso comienzan a sentir vergüenza de y por ella, lo que les lleva a su vez a desprenderse más todavía de la misma. Una especie de ansiedad les atormenta con la sola idea de que deben servirse todavía de una lengua que nada ni nadie recomiendan y ésta se convierte en motivo de toda clase de asociaciones negativas, de las que les cuesta mucho liberarse. Están persuadidos, sobre todo, de que no es apta para la expresión de la modernidad, y que es incapaz de expresar las ideas abstractas sin saber, evidentemente, que cualquier lengua tiene este poder, en cuanto alguien se toma la molestia de emprender una acción neológica.

• El abandono de una lengua envilecida

Tal es el sentimiento que los investigadores de campo han observado, por ejemplo, en la comunidad tlingit, en el sudeste de Alaska. Los padres, que han aprendido a desprenderse de su lengua en su infancia (véase la pág. 118), llegan incluso a pensar que seguir hablando en tlingit, es arriesgarse a parecer retrasado o zafio, y temen que la enseñanza de esta lengua a los hijos retrase en ellos no sólo la edad de aprendizaje del inglés, sino incluso su desarrollo mental. Temen también que esta enseñanza no mantenga las creencias tradicionales, de las que quieren alejarse como de una marca humillante. Según una inspiración más o menos parecida, los rama (Nicaragua) declaran que el rama es «feo», que «no es una lengua», y que sienten vergüenza al hablarlo (véase Craig, 1992). Otro ejemplo es el de los nubios más jóvenes y más urbanizados, que aseguran que el nubio no es una lengua, «ya que no se escribe», al contrario que el árabe, y que sólo los ancianos retrasados utilizan el nubio, cuando en realidad esta lengua todavía la utilizan poblaciones rurales de diversas edades.

Una consecuencia brutal de la pérdida de prestigio: el abandono voluntario

• La decisión pública de los yaaku

Se conocen algunos casos espectaculares en los que la pérdida de prestigio, en lugar de conducir a una extinción por etapas de la lengua devaluada, provoca en cierto momento una decisión colectiva de abandonar esa lengua. El caso más conocido es el de los yaaku. Esta población del centro-norte de Kenia hablaba una lengua que pertenecía a la rama oriental de la familia cuchítica. Los yaaku practicaban la recolección, la caza y la pesca, y vivían bastante pobremente, como es corriente en los nómadas que ejercen esencialmente esta actividad de subsistencia. Para mejorar su condición, muchos hombres se empleaban con los masai vecinos, a los que guardaban los rebaños. La cultura y la lengua masai ejercieron en los yaaku una influencia creciente. Abandonaron la estricta endogamia de antes. Los casamientos se hicieron cada vez más frecuentes entre las dos etnias y los yaaku comenzaron a cambiar de modo de vida, pasando, del hecho de adquirir el ganado, a una economía pastoril. El proceso fue el mismo que con otros cazadores-recolectores (véanse las págs. 109-111): si las mujeres yaaku adoptaban la lengua de sus maridos masai, las mujeres masai no adoptaban la de sus maridos yaaku. Lo que generó una reducción del número de hijos que hablaran el yaaku.

La consecuencia de estos cambios rápidos y profundos fue una reunión pública de los yaaku con todos sus notables, que tuvo lugar en los años treinta. En el transcurso de esta reunión se subrayó que la lengua y las costumbres de los masai tenían más prestigio que las de los yaaku y que, en particular, el yaaku, cuyo vocabulario dedica un lugar importante a la caza, no estaba adaptado para una sociedad de criadores de ganado. Se decidió, pues, que no se podía transmitir a los hijos yaaku una lengua tan poco propicia para su porvenir y que, en consecuencia, se abandonaría en adelante el yaaku en favor del masai como medio de expresión de la etnia en todos los terrenos.

• Otros casos de negación

Hay casos comparables atestiguados en una escala más reducida. Varias comunidades sames (laponas) que viven a lo largo de los fiordos rechazan transmitir el same a sus hijos, y les educan en noruego. Otro

ejemplo es el de ciertas lenguas de la familia khoisan del sur de África, como el kheokoe, cuyos hablantes decidieron, desde principios del siglo XVIII, pasar en adelante al neerlandés, lengua de los colonos de quienes eran esclavos, y que tenía necesariamente, por esa situación, más prestigio. No conozco otro caso de paso voluntario de toda una etnia africana a una lengua europea.

Los cambios de fortuna: lenguas de los aztecas y de los incas, o del prestigio a la sumisión

La mecánica del prestigio y de su declive es implacable. La roca Tarpeya está cerca del Capitolio, y cuando las causas objetivas del declive comienzan a sentirse, y la pérdida de prestigio avanza sin demora, el recuerdo de una antigua gloria se ve impotente para restaurar el esplendor pasado. Los aztecas habían extendido muy lejos su Imperio desde la formación, en 1429, de la triple alianza entre Tenochtitlan (hoy México), su capital, fundada un siglo antes, y los Estados de Texcoco y Tlacopan. En esta alianza, habían conseguido pronto una posición dominante. A principios del siglo XVI, gracias a sus conquistas, poseían el dominio de importantes territorios, extendidos desde el norte de la futura Veracruz en el Atlántico hasta lo que hoy es el Estado de Guerrero, en el Pacífico, y al sur, hasta el istmo de Tehuantepec. Sobre todos estos territorios habían asegurado a su lengua, el náhuatl, un estatuto de prestigio, ligado a esta dominación política y militar. Los mismos nombres con que bautizaban a los pueblos sometidos dicen bastante de la condescendencia con que les trataban y cuánto poder les confería la posición dominante del náhuatl: Popoloca «ininteligible», Chontal «extranjero», Totonac «basto» (véase Heath, 1972, pág. 3).

Ahora bien, precisamente a esta hora de su historia, en el momento mismo en que se encuentra en la cima de su potencia y de su esplendor, el destino hace surgir a los españoles y con ellos, casi desde el principio de ese choque brutal, los estragos de la extrema violencia. Cortés y sus tropas, después de reveses sin verdadera importancia, aniquilan este Imperio en un tiempo asombrosamente breve, incluso si se tiene en cuenta la eficacia mayor de su armamento (artefactos de fuego), de su equipamiento con caballos, desconocidos entonces en América, y de su habilidad para sembrar por doquier la división. Las consecuencias lingüísticas de esta exorbitante imposición, y de la agresión cultural perpetrada por

los conquistadores son, como sabemos, catastróficas: desde la primera mitad del siglo XVI, un número considerable de lenguas mueren por causas violentas al mismo tiempo que la mayoría de sus hablantes.

En cuanto al náhuatl, tras cierto período, pasa del estatuto de lengua de vencedores al de lengua de vencidos; su prestigio, hasta entonces, era grande: incluso los mayas, ajenos al área de extensión azteca, lo conocían, a decir de la leyenda que asegura que Malinche, compañera y traductora de Cortés, era una princesa azteca que, durante su cautiverio en el Yucatán, se comunicaba sin problemas en su lengua con los habitantes, de lengua maya yucateco, antes de que ella misma aprendiera esta última lengua. El español se convierte en la lengua dominante. Hoy día el náhuatl sigue sufriendo por haberse convertido entonces en lengua dominada. Tanto es así que en el mercado de los valores lingüísticos, el precio que vale una lengua está estrechamente ligado al lugar que ocupan sus hablantes en la escala de prestigio.

Los incas habían extendido también su Imperio desde el último tercio del siglo XV, a partir del valle de Cuzco y sobre un espacio muy amplio: al norte hasta Quito y al sur, más allá de las regiones que hoy coinciden con una gran parte de Bolivia y con las porciones septentrionales de Chile y Argentina. Paralelamente, el quechua, convertido en lengua oficial del Imperio, había comenzado a extenderse, rivalizando con las lenguas del universo andino, pero sin haber llegado aún, por falta de tiempo, a suplantarlas. La guerra civil que, tras la muerte del último emperador inca en 1527 opuso a sus dos hijos, facilitó ciertamente la conquista de Pizarro. Esta conquista fue, como en México, violenta y muy rápida. El español reemplazó al quechua como lengua de prestigio. Pero a pesar de ello, el quechua desempeñó, y lo sigue haciendo, un papel cuyas víctimas son los idiomas de pequeñas etnias todavía más dominadas: el español, lejos de impedirle desempeñar ese papel, le dio los medios, como se verá más tarde.

La promoción de las lenguas de relación

- La *lingua franca*

Las lenguas a las que la dominación de otra comunidad y de su idioma ha hecho perder su prestigio no siempre están expuestas a esta única competencia. Sus posiciones están tan cercenadas por la difusión de al-

gunas otras, que circunstancias diversas las han promovido al estatuto de lenguas de relación. Pero estos idiomas no son todos tan peligrosos. Puede tratarse, en efecto, de una simple jerga de fortuna, que no tiene otro papel que permitir una relación elemental entre dos individuos de los cuales uno habla al otro una lengua opaca. Una forma histórica de estas jergas sirvió de medio de comunicación, a partir de la época de las Cruzadas, entre los musulmanes y los europeos, quienes desde los enfrentamientos entre descendientes merovingios de Clodoveo y ejércitos árabes detenidos en Poitiers en el 732, eran llamados francos; de ahí el nombre de *lingua franca* que recibe esta lengua.

En una gran parte de los contornos mediterráneos, costas de Italia, de Francia, España y del Magreb, la *lingua franca* estuvo en uso, durante toda la Edad Media, época clásica, y hasta principios del siglo XIX, en las relaciones comerciales, políticas, diplomáticas o guerreras que tuvieron con los franceses los soberanos de Argel y Túnez, así como los comerciantes y viajeros, militares y marinos. La dinámica de estas relaciones bastante inestables, y sin duda también el carácter colorido y pintoresco de una jerigonza en la que se mezclaban palabras de orígenes heteróclitos (sobre todo italianos, pero también provenzales, catalanes, castellanos, franceses, griegos, turcos y árabes) hicieron de la *lingua franca* un tema de fantasías literarias, como es evidente en las obras teatrales de Goldoni, Calderón y de Molière, en el célebre cuadro de tema turco de una de las escenas de *El burgués gentilhombre*.

• La promoción comercial espontánea

La *lingua franca* no poseía un prestigio definido e incluso podía ser objeto de irrisión. Pero tenía las propiedades de una lengua de relación, como puede motivar el contacto entre comunidades lingüísticas heterogéneas. Puesto que una lengua de relación no es una jerga, sino uno de los idiomas que están presentes en una zona plurilingüe en la que se permite la comunicación y las relaciones comerciales, su promoción con preferencia a la de otra, y la costumbre que tienen de servirse de ella la mayoría de los habitantes de esa zona, pueden terminar confiriéndole un modo de primacía. Es cierto que las situaciones son variables y que entran en juego muchos factores, que tienen la naturaleza de modificar este proceso y no permiten la emergencia de una lengua de prestigio.

Así, en la costa del noroeste de Estados Unidos y en una parte de las tierras interiores de Washington y Oregón, los chinucos, que viven, des-

de su origen, en el valle del río Columbia, eran hasta principios del siglo XIX la etnia indígena más importante en términos demográficos y una de las más dinámicas en el plano comercial. Uno de los dialectos de su lengua, el chinuco bajo (*lower Chinook*) se expandió, bajo el nombre de *Chinook jargon*, en numerosos pueblos indios, entre los que facilitaba la circulación de las mercancías hasta el norte de California por un lado y hasta el sur de Alaska por otro.

En muchas otras partes del mundo, y a muy variables escalas, encontramos situaciones comparables. Por ejemplo, en la isla de Timor, en el extremo oriental del archipiélago indonesio, se utiliza un idioma nacido recientemente del tetun, lengua de la familia austronesia, como medio de comunicación en las relaciones comerciales y, más generalmente, sociales, entre hablantes de lenguas diferentes. Incluso se está convirtiendo en una especie de lengua nacional en este dañado país (véanse las págs. 283-284).

• La promoción política esperada

La promoción de una lengua de relación puede que no sea sólo el simple resultado de una costumbre práctica tomada por las poblaciones locales, sino el de una llegada masiva de extranjeros. Así fue como el araucano se convirtió en la lengua de relación, e incluso materna, de los tehuelches y otras poblaciones del sur de Chile, cuando los mapuches (véase la pág. 161), sus hablantes, tras atravesar la cordillera de los Andes, se instalaron en los territorios de estos últimos. La lengua de los tehuelches desapareció por este hecho (véase Clairis, 1991, págs. 4-5).

En otros casos, la promoción de una lengua de relación surge de una opción oficial sostenida por la autoridad política y entonces puede desempeñar un efecto de prestigio. Así sucedió con el sango, lengua reconocida como nacional en la República Centroafricana (véanse las págs. 280-281). Tal promoción no puede dejar de conferirle un estatuto privilegiado, con las consecuencias predecibles en las lenguas cuya función reduce el prestigio.

Una situación comparable a la del sango en Centroáfrica fue la del quechua en el Imperio inca antes de la llegada de los españoles. Las conquistas se habían visto acompañadas, como se ha dicho, con un principio de difusión del quechua, probablemente bajo la forma practicada a finales del siglo XV en la región de Cuzco. Un testimonio contemporáneo de este fenómeno es precisamente la diversidad dialectal del quechua hoy en día, presente en siete países. Esta diversidad es la consecuencia de va-

rios siglos de evolución independiente a través de un vasto territorio, de Colombia a Argentina. Pero otro factor, del que se va a tratar ahora, debía asegurar al quechua, como a otras lenguas del mundo, una difusión mayor todavía, en detrimento de los idiomas desfavorecidos.

- Las decisiones de los conquistadores y de la Iglesia misionera

Los misioneros franciscanos que llegaron a México en 1523, dos años después de la conquista, por las tropas de Cortés, del asentamiento azteca de esta ciudad, constataron pronto que el panorama lingüístico era de una gran variedad. Ésta les pareció sin duda toda una fragmentación. Por eso, al ver en esta multitud de lenguas indígenas un obstáculo para la evangelización, e igualmente para la dominación de la Iglesia, los misioneros emprendieron la promoción de algunas como lenguas de relación. Escogieron para ello aquellas cuyo número de hablantes o su nivel de difusión ya alcanzado les parecían más recomendables. Redactaron notables trabajos sobre algunas de las lenguas de América del Sur: en sesenta años de presencia de los franciscanos aparecieron más de 80 libros, gramáticas, vocabularios y catecismos, entre ellos las célebres descripciones del náhuatl por A. de Olmos (1547) y A. de Molina (1555).

Según las costumbres de la época, estas obras imponen el modelo latino como marco de estudio; el prestigio del latín en las élites católicas de España era tal (véanse las págs. 61-62), ¡que los franciscanos enseñaban incluso a ciertos sujetos dotados, entre sus fieles indios, el arte de componer poesías latinas! (véase de Pury Toumi, 1994, pág. 492). Hoy las gramáticas náhuatl sobre modelo latino serían inconcebibles. Sin embargo, estas obras nos dan una idea precisa de lo que era el náhuatl a finales del siglo XVI, como las gramáticas del quechua y el tupí, que otros misioneros, en la misma época, redactaron en Perú y Brasil o, a principios y mediados del siglo XVII, las que fueron compuestas, respectivamente, sobre el aymara en Bolivia (Alto Perú, en aquella época) y sobre el guaraní en Paraguay.

Sin embargo, en México, entre los misioneros franciscanos por una parte y por otra los conquistadores y después gobernadores así como la jerarquía del clero secular, las relaciones no fueron siempre sencillas. Los vencedores españoles, en el siglo XVI, habían constatado la difusión del tarasque en el reino de Michoacán y del otomí en una parte de la meseta central mexicana. Se habían dado cuenta también de que las lenguas mayas aún conocían una extensión mayor, desde el Yucatán hasta el sur de la actual Guatemala, a pesar de la dispersión en ciudades-Estados no fe-

derados sino por alianzas locales, lo que había facilitado la conquista española desde 1511. Los españoles vieron que esos tres grupos de lenguas eran casi las únicas que tenían todavía una difusión más allá de sus hablantes de origen, desde que los aztecas habían comenzado un siglo antes, por sus conquistas, a implantar el náhuatl en numerosas regiones. Cortés y sus sucesores comprendieron en seguida que esta hegemonía lingüística podía, por la unidad y las facilidades de comunicación que permitía, servir a sus propósitos de dominación.

Sin embargo comenzaron, al mismo tiempo, a propagar el castellano, a fin de que reemplazase un día al náhuatl. Pero aunque estuvieran apoyados por el poder político en España, chocaron con la voluntad de los misioneros franciscanos, que veían en su misión una obra de conversión de los indios al cristianismo, y no de castellanización. Fue preciso, en 1550, un decreto de Carlos V recomendando el empleo generalizado del español, no sólo en la evangelización y educación de la aristocracia india, como había empezado a realizarse, sino para todos los indios. Sin embargo, en México, siguió todavía durante mucho tiempo el enfrentamiento entre los que, para servir a la dominación colonial, querían imponer el español, y los que deseaban promover algunas grandes lenguas indias; este antagonismo no finalizó hasta la llegada de los jesuitas, que admiraban mucho el azteca, pero que, al contrario que los franciscanos, evangelizaban en castellano: se trataba de una población que ya no estaba simplemente conquistada, como en tiempos de los franciscanos, sino colonizada. Contrariamente al deseo de los franciscanos (véase de Pury Toumi, 1994), el náhuatl no fue «lengua general», como el tupí en una parte del Brasil (véase más adelante). Sin embargo, en Europa los jesuitas defendían la causa de las lenguas indígenas de América.

La política lingüística de los misioneros españoles tuvo más éxito en Perú. El quechua ofrece un ejemplo típico de su acción. Paradójicamente las numerosas lenguas de los Andes todavía no eliminadas por él en el momento en que los invasores llegados de Castilla se apoderaron del Imperio fueron las víctimas de la elección que los sacerdotes católicos hicieron del quechua como lengua de evangelización, del cual tomaron partido por imponer su uso a todos sus neófitos. Esta promoción de una lengua de relación, convertida en prestigiosa por este mismo hecho, pudo más que el puruhá, el kañari, el kaka, el kul'i, el uru-puqina y que muchas otras lenguas. El movimiento se prolongó en el siglo XX: los zaparos de las bajas tierras occidentales de Ecuador se pasaron masivamente al quechua. Los evangelizadores consiguieron implantar incluso el quechua

en zonas que no había alcanzado la conquista inca, como la provincia, hoy argentina, de Santiago del Estero, o las regiones del alto Caqueta y del alto Putumayo en el sudoeste de la actual Colombia.

Otra lengua de los Andes fue también promocionada por los misioneros como instrumento de catequismo: el aymara, que hablan en Perú y Bolivia más de un millón y medio de personas, cifra probablemente más elevada que la de principios del siglo XVI, pues desde entonces a nuestros días, numerosas comunidades indias perdieron su lengua para adoptar el aymara.

Continuando en América del Sur, pero esta vez en la región que hoy ocupan Brasil meridional y Paraguay, los misioneros utilizaron dos lenguas emparentadas y ya importantes a gran escala, pues las hablaba un gran número de indios, el tupí y el guaraní. Los jesuitas, que gobernaron y evangelizaron el Paraguay hasta su expulsión en 1768, hicieron mucho por la difusión del guaraní (véanse las págs. 199-201). Al jesuita A. R. de Montoya se debe la más célebre descripción del guaraní, hoy todavía en uso a pesar del carácter anticuado de sus análisis latinizantes. Y en Brasil, durante el período colonial, el tupí costero fue, bajo el nombre de *língua geral* («lengua general»), el idioma de comunicación en los países de la baja Amazonia y en el sudeste. Como en los ejemplos antes citados, este estatuto elegido de lengua de relación fue uno de los factores de extinción de diversas lenguas tribales, que no resistieron la presión de idiomas que favorecía su difusión natural y el peso demográfico de sus usuarios.

Todo lo que precede no podría hacernos olvidar que los verdaderos beneficiarios de la política colonial en Iberoamérica fueron, en última instancia, las lenguas europeas: español y portugués. Algunos se maravillarán, sobre todo, de la asombrosa historia del español, que se expandió por tan vastos territorios, y en tal cantidad de países, hoy día unificados por él. Pero el precio de ese éxito fue la muerte de un gran número de lenguas indias.

- El ruso, lengua de relación en la Unión Soviética

Al contrario que el régimen zarista, que no tuvo una verdadera política lingüística, la Unión Soviética concedió una gran importancia a las lenguas de numerosas etnias diseminadas en su inmenso territorio, en cuanto piedras angulares de la definición de las entidades nacionales. Hasta principios de los años treinta del siglo XX, éstas conocieron, con la

multiplicación de diccionarios y manuales, un período evidentemente fasto. Sin embargo, es revelador que, en la terminología oficial de entonces, el ruso haya sido denominado «lengua común», o «lengua internacional», o incluso «segunda lengua materna». En un imperio en el que se hablaban más de 130 lenguas, este estatuto parecía casi responder a una necesidad natural. Una importante reforma escolar de 1958, que dejaba que los padres eligiesen la lengua de educación tenía como intención, y tuvo como efecto, una gran promoción del ruso, lengua de prestigio, pues no era sólo la del socialismo, sino también la de los oficios de la industria y del progreso científico y económico (véase Hagège, 1994, págs. 220-238 y 255-264).

La mayoría de las repúblicas, salvo la de Rusia, promulgaron leyes lingüísticas desde 1988, es decir, en una época en que la Unión Soviética todavía no se había disgregado pero comenzaba a sufrir fracturas cada vez más graves. Estas leyes reconocían el estatuto de relación del ruso, designado explícitamente como «lengua de las relaciones entre nacionalidades», pero también defendían a las otras lenguas, muchas de ellas frágiles por la importancia del porcentaje de préstamos del ruso en todas las zonas del vocabulario que reflejan la vida moderna. Si se añade a ello que en muchas repúblicas y regiones autónomas o distritos nacionales, la población rusófona era importante y a menudo mayoritaria, y que además una gran fragmentación dialectal caracterizaba a numerosas lenguas de la URSS, se puede comprender que el estatuto de una lengua de prestigio que sirve de instrumento de relación ordinaria entre tantos pueblos haya desempeñado un importante papel en la desaparición de las hablas uralianas, turcas, mongolas, tungusas y siberianas que, salvo en casos muy raros, apenas tenían medios para oponer resistencia.

- Las implicaciones y consecuencias de la opción del inglés

La pérdida de prestigio de numerosos idiomas enfrentados a una lengua de relación y a la eficacia que tiene para la comunicación a vasta escala es, en el mundo contemporáneo, todavía más temible para la supervivencia cuando la lengua en cuestión es el angloamericano. En efecto, ya no se trata de un simple medio de intercambio lingüístico que posea cierta reputación, y cuya selección, que parece responder al principio a un consenso, acrecienta todavía su prestigio. Pues todas las lenguas de este tipo sólo tienen una difusión regional. El mismo ruso ha ejercido por supuesto en la Unión Soviética, como acabamos de ver, una

fuerte presión, pero por muy vasto que fuera el país, el fenómeno seguía siendo regional.

Por el contrario, adoptar el inglés como lengua de relación no significa sólo facilitar las relaciones en un medio plurilingüe. Significa integrarse en un espacio lingüístico al que pertenecen, como hablantes nativos, los ciudadanos de países que se encuentran entre los más poderosos del mundo, en los terrenos económico, político, científico y cultural. Es probable que estas consideraciones no hayan desempeñado un papel decisivo en el espíritu de los hablantes de tantas lenguas amerindias o australianas comprometidas en un proceso de extinción, o ya extintas. Estos hablantes adoptaban «simplemente» la lengua de la sociedad dominante, presente en sus lugares de trabajo y en sus entornos, y que permitía echar abajo las barreras que parece levantar la abundancia de lenguas tribales. Pero la opción del angloamericano no podría ser inocente dadas las circunstancias que gobernaban el mundo desde mediados del siglo XIX. Una lengua de relación que es también, en todas partes, la del poder y el dinero, no es un medio neutro para comunicar.

Las rivalidades de prestigio y sus efectos sobre el destino de las lenguas

Los hablantes que son requeridos por otra lengua aparentemente bien armada para asegurarse una dominación, no siempre ceden ante el intruso. En dos casos al menos, han seguido creyendo en el prestigio de su lengua de origen y en los valores culturales que porta, de tal manera que esta lengua salió indemne de la confrontación. El primer caso es el de los préstamos masivos saldados por una conciencia nacional aguda. El segundo es el de las élites bilingües.

Cuando los préstamos masivos no acarrean la absorción

Cuando no hay bilinguismo de desigualdad, el préstamo masivo de vocabulario puede producirse, sin anunciar de ningún modo una desaparición de la lengua prestataria por absorción de la lengua prestamista. Hay tres casos que merecen ser citados. Uno se sitúa en Inglaterra, otro en el Oriente musulmán y el último en el Este y el Sudeste asiáticos.

- El anglonormando y la tenacidad del inglés

Los lingüistas llaman anglonormando a la forma que tomó en Inglaterra, tras la conquista de este país, en 1066, por Guillermo, duque de Normandía, el normando, con mezclas de picardo, que hablaban los conquistadores, y que recibió en el siglo XII, con la llegada de numerosos comerciantes, un importante contingente angevino relevado más tarde por aportaciones de la Isla de Francia. La influencia francesa se incrementó un poco más por el hecho de que los usuarios de este dialecto neolatino de Francia occidental reivindicaban el modelo del francés literario en vías de formación y de unificación alrededor de la corte de Francia, con la que algunos estaban en relación permanente. Pero estos usuarios estaban, de hecho, en minoría. Sólo la corte, la aristocracia feudal, los ricos comerciantes, los obispos, los curas y otros privilegiados hablaban esta variante normanda del francés en gestación.

En cuanto a la mayoría de la población, sólo hablaba el inglés (véase Hagège, 1996b, págs. 32-36). Sin embargo, absorbió los préstamos masivos que se hicieron, según las épocas, en diversas formas del francés, y que dan al inglés, a los ojos de un francófono, esta fisonomía tan particular de lengua germánica latinizada. No se trata, de momento, más que de la nueva etapa de una latinización que había comenzado desde la cristianización del país en el siglo VI, poco después de la instalación de los jutos, de los anglos y de los sajones, primeros hablantes, que hicieron retroceder hacia el oeste a los celtas autóctonos, de la lengua germánica de la que nació el inglés. De este modo la aportación considerable de palabras anglonormandas es la consecuencia natural de una hibridación latinizante iniciada mucho antes. Entre estos hechos de sobra conocidos, sólo recordaré la conservación del sentido antiguo de palabras anglonormandas tomadas prestadas que hoy han perdido este sentido en Francia, la alteración del sentido de otras palabras («falsos amigos», véanse las págs. 53-54), y el mantenimiento en inglés de palabras medievales que el francés moderno ha perdido, como *to remember* «recordar», *mischief* «daños» o *random* «azar», etc. (véase Hagège, 1994, pág. 36).

Esta forma de independencia en la manera de asimilar una lengua de conquistadores da la medida y la explicación de la resistencia del inglés. La anexión de Normandía por Felipe Augusto en 1204 había aislado a Inglaterra del continente y contribuido a la aparición de una conciencia nacional inglesa, que ejercerá una presión nacionalista, sobre todo a través de la crítica de la política de apertura a los extranjeros bajo el reino

del hijo de Juan sin Tierra, Enrique III. Desde finales del siglo XIII se forma una burguesía que se afirmará cada vez más en el siglo XIV. Ahora bien, esta burguesía anglófona no tiene ninguna actitud de humildad frente a la variante de francés de la que se sirven los medios dirigentes. Esta lengua extranjera de descendientes de invasores es para ella el símbolo de una esclavitud y suscita, pues, en sus filas una impaciencia creciente. Esta burguesía espera imponer el uso del inglés y hacer saber que ya no se debe considerar como idioma de masas poco escolarizadas.

Así es como en 1362 el canciller del Parlamento de Londres pronuncia, por primera vez, su discurso en inglés. A finales del siglo XIV, el francés perdió su lugar privilegiado en la enseñanza. Los escritores, como Chaucer, no escriben más que en inglés. La llegada de Enrique IV en 1399 será la del primer monarca de lengua materna inglesa. De este modo, en Inglaterra la aristocracia normanda reencontraba de forma similar el destino de sus antepasados franceses en el siglo X. Ellos se habían afrancesado, ella se anglicanizó. Los descendientes de los barones normandos, lejos de afrancesar definitivamente Inglaterra, se habían hecho finalmente anglófonos al cabo de tres siglos por haber perdido sus bases en Normandía, tras haber concertado con mujeres de la aristocracia local, a falta de mujeres normandas en número suficiente, unos matrimonios que además tenían la ventaja de dar alguna legitimidad a un poder obtenido en primer lugar por la invasión violenta y, sobre todo, por chocar contra una población apegada a su lengua.

La dominación del francés en Inglaterra está, pues, lejos de haber perjudicado al inglés, y menos aún de haberlo llevado al camino del marchitamiento. Las estructuras de la sociedad feudal impidieron a la variante normanda del francés imponerse más allá de las minorías privilegiadas. Desde entonces la clase comerciante autóctona y anglófona que surgió del pueblo pudo afirmarse y asimilar los préstamos, a pesar de su enorme número, dando forma al primer rostro del inglés moderno. Como no había ninguna razón, a pesar del prestigio inicial del anglonormando, para ver a su lengua despojada de todo prestigio, los ingleses de la Edad Media digirieron bien el choque del francés.

- El persa y el turco a prueba del árabe

La conquista e islamización de Persia se llevó a cabo bajo el reinado del segundo califa, Omar, entre el 634 y el 644, y más tarde tuvo lugar la islamización progresiva de los turcos por los iraníes musulmanes con los

que comerciaban; en cuanto a la islamización de los mamelucos, mercenarios turcos al servicio de los abasidas, ésta acabó en la fundación por uno de ellos, Alp-Tkin, del primer Imperio turco-musulmán, el de los ghaznevidas, en el 962. Según un proceso extendido durante varios siglos, el persa y el turco tomaron prestadas miles de palabras del árabe. En el caso del persa, una estrecha simbiosis de cerca de un milenio con el árabe, lengua de la religión musulmana adoptada, en su versión chiíta, por casi todos los iraníes, y lengua de la ciencia y de las relaciones internacionales con el resto del mundo musulmán, tuvo como efecto una penetración del mismo núcleo duro: el persa, indoeuropeo, poseía, como las demás lenguas de este conjunto genético, los procedimientos usuales de formación de palabras por fijación y composición, pero añadió, al tomar prestadas familias enteras de palabras árabes, el procedimiento semítico de derivaciones múltiples sobre la base de un radical de tres consonantes; la sintaxis y la fonología del persa estuvieron sometidas, asimismo, a la influencia del árabe.

Pero evidentemente el vocabulario fue el que se vio más profundamente marcado: sin renunciar totalmente a extraer de las existencias léxicas del avestano por una parte, su antepasado codificado bajo los sasánidas en el siglo IV, pero desaparecido desde hace tiempo como lengua hablada, y por otra parte del pahlavano, medio persa, en uso durante la conquista árabe, el persa tomó, en el transcurso de los siglos, muchos préstamos del árabe en todos los campos. Sin embargo la alta posición del árabe no tuvo poder para hacer perder al persa su privilegio. La revolución de 1906 en favor de un gobierno constitucional fue seguida de un movimiento nacionalista exaltador de las glorias de la antigua Persia, pero preconizando al mismo tiempo la modernización; uno de los aspectos de esta última fue, a partir de los años veinte, el debate sobre los méritos comparados de las palabras árabes y del persa puro, ya que la empresa neológica necesitaba la adaptación a las novedades del mundo occidental: los partidarios de la defensa del persa declaraban, sobre todo, que ésta era una lengua de cultura urbana, mientras que el árabe estaba adaptado a la vida del desierto antes de encontrarse en contacto fecundo con la brillante cultura iraní, y que por otra parte sus procedimientos de formación de palabras eran menos claros que los del persa (véase Jazayery, 1983).

El despertar de la conciencia nacional turca en el momento de las derrotas militares de principios del siglo XX puede explicar también las asombrosas medidas del régimen kemalista. Las clases dirigentes del Imperio otomano, Estado islámico teocrático, estaban sometidas desde ha-

cía muchos siglos a una intensa culturización árabe-persa, que invadía la lengua escrita hasta el punto de hacer un idioma culto inaccesible a las masas, y en el que se decía que sólo eran turcas las palabras de unión con función puramente gramatical. Desde entonces, cuando en 1928 Atatürk anunció el cambio del alfabeto árabe por el latino se trataba, bajo la aparente modificación puramente técnica, de una revolución; pues lo que escribían las letras árabes era esa lengua del antiguo poder otomano, mientras que las letras latinas anotaban la lengua tal y como existía en las masas (al contrario de lo que había sido su función en la Europa cristiana, para el latín, antes de la consagración de las lenguas habladas).

La revolución kemalista fue de inspiración populista y nacionalista. No se contentó con un cambio en la escritura. En adelante, para formar nuevas palabras, se bebería de los fondos léxicos del turco osmanlí y de otras lenguas turcas, así como de la lengua popular, que desde hacía mucho tiempo, en esta tierra del islam, había asimilado muchas palabras árabes y persas, pero mucho menos que el otomano oficial; y en las escuelas, donde no había derecho de ciudad, el turco ocupó el sitio del árabe y del persa; en fin, se procedió a la depuración de los elementos árabe-persas cuya necesidad no se impuso. Si consideramos el nivel de impregnación desde una época tan lejana, esta empresa sería inmensa. Y todavía podría seguir en nuestros días, según dicen...

Así que, a pesar de la profundidad y de la duración de la islamización, ni el persa ni el turco han desaparecido por fusión en el seno del árabe. ¿A qué puede atribuirse esta preservación, cuando Persia y el Imperio otomano han encarnado largo tiempo, sobre todo el segundo, el poder musulmán, si no es al mantenimiento de una conciencia tenaz de sus culturas, incluso en los turcos, que descienden sin embargo de los nómadas?

Otras lenguas ligadas por las mismas razones a la islamización de sus hablantes, se han visto expuestas a un flujo de palabras árabes, sin desaparecer por ello en esta aventura. Es verdad, sin embargo, que los préstamos no han sido tan numerosos como en el turco y el persa. Sabemos que el malayo comporta un estrato árabe que proviene, sobre todo, del Hadhramaut, y que el indostaní (para volver a este término que no designa ni al hindi sanscritizado, ni al urdu persanizado, sino al fondo de lengua que les es común) comporta cierta cantidad de términos árabe-persas que ha asimilado bien, y que se siguen empleando muy corrientemente en la lengua hablada, a pesar de la importante aportación contemporánea de palabras inglesas.

- La afirmación del japonés, del coreano y del vietnamita frente a la presión del chino, matriz cultural de Asia oriental

Una parte considerable del vocabulario del japonés, del coreano y del vietnamita está constituida por préstamos chinos. Su importancia es tal que los componentes léxicos que forman se llaman, respectivamente, sino-japonés, sino-coreano y sino-vietnamita. Se han añadido en la estela del préstamo de los ideogramas de la escritura china, que sólo se abandonaron en Annam en 1651, fecha del primer diccionario escrito según la notación en alfabeto latino del padre jesuita A. de Rhodes. En Corea del Norte se prohibieron oficialmente en 1949, y en Corea del Sur, tras una serie de medidas contradictorias, un decreto de 1974 limitó a 1.800 el número de «caracteres de base» que se debían aprender en la enseñanza secundaria. En cuanto al japonés, desde hace más de 15 siglos se sigue escribiendo esencialmente en caracteres chinos, combinados, por supuesto, con sílabas autóctonas.

La cuestión de la escritura es fundamental. Igual que la eliminación del alfabeto árabe en Turquía, que era de palabras árabes que se escribían por este medio, conducía lógicamente a su cambio por palabras turcas, el abandono de caracteres chinos en Annam apuntaba al mismo chino. El annamés había estado particularmente expuesto a su influencia, ya que Annam, conquistado por China dos siglos antes de la era cristiana, no fue independiente hasta el siglo X. Incluso después de esa fecha, el país quedó muy impregnado, sin embargo, por la moral confuciana, que servía al interés de los reyes annamitas por su concepción de la sociedad como sistema jerárquico en el que cada cual tiene asignado un sitio. El chino permaneció como la lengua de los famosos concursos de reclutamiento de los mandarines funcionarios que no fueron abolidos hasta 1919. Durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses habían sustituido a los franceses, que habían intentado, en la lógica colonial que entonces era la suya, situar el francés en condiciones de suplantar al chino. Pero nada consiguió reducir verdaderamente la importancia de este último, a pesar de la promoción del vietnamita como lengua de la enseñanza en 1945, y los préstamos del chino continuaron abundando, sobre todo en la lengua oficial y periodística en Vietnam del Sur, y en la fraseología política marxista en el Norte. Sin embargo, una conciencia nacional aguda ha permitido siempre a los vietnamitas mantener confianza en su lengua, y esta última nunca ha perdido su prestigio.

A partir de la invención del rey Sejong, en 1446, de un alfabeto coreano, que sigue estando en uso, se dejaron de escribir en ideogramas las

palabras sino-coreanas. Pero era tal su proporción (60 % del vocabulario) y estaban tan sólidamente establecidas (los contactos del antiguo país de Choson con la cultura china se remontan al primer milenio antes de la era cristiana), que no se intentó su cambio. Algunas son préstamos del sino-japonés y entran como palabras sino-coreanas en la estructura de una masa de palabras compuestas que no pudo suprimir Kim Il Sung, durante mucho tiempo mandatario de Corea del Norte, autor de numerosos ensayos de coreanización del léxico y despreciador del coreano del Sur, a sus ojos demasiado japonizado y americanizado. Sea como fuere, ni los préstamos chinos de no hace mucho ni los préstamos ingleses de hoy han desarraigado al coreano, y el nacionalismo cultural de sus hablantes ilustrados ha tenido como efecto el mantenimiento de su prestigio frente a las lenguas «intrusas».

Lo mismo se puede decir del japonés cuando vemos, en nuestros días, un maremoto de palabras anglosajonas suceder al enorme flujo de palabras chinas. Pero aunque sin duda esté más impregnado todavía del inglés que del coreano, el japonés ha conservado los caracteres chinos a pesar de algunos intentos abortados de latinizar su escritura. Estos últimos anotan no sólo las palabras que pululan en la terminología culta, y que corresponden a raíces griegas o latinas de palabras técnicas francesas, sino también, simplemente, la mayor parte de las palabras del vocabulario corriente. En japonés, igual que en persa, turco, vietnamita o coreano, se continúan fabricando palabras mixtas con ayuda de un término prestado que acompaña a un verbo, «hacer», del fondo autóctono. Estos procedimientos son antiguos. Los préstamos no impiden de ninguna manera a los usuarios tener una conciencia clara de su cultura. Su lengua rebusca desde hace siglos en las lenguas prestigiosas pero, por la misma razón, no pierde de ningún modo su prestigio. El japonés tiene un excelente estado de salud.

Cuando el bilingüismo sólo implica a las élites: el griego en Roma, en tiempos de Cicerón

- Acerca de dos célebres frases de Julio César

En el bagaje cultural de antiguos alumnos de latín figuran dos frases célebres que se atribuyen a Julio César en dos momentos decisivos de su vida. Cuando, volviendo de la conquista de las Galias, franqueó en el 49

a. de C. el Rubicón, violando la orden del Senado y la costumbre, habría dicho: *alea jacta est!* «¡la suerte está echada!», y en los idus de marzo del 44 a. de C., día de su asesinato, le habrían oído decir a Brutus, que le asestaba las últimas puñaladas: *tu quoque, mi fili!* «tú también, hijo mío!». En realidad, César no profirió ni una ni otra de las frases históricas. Y ello por la simple razón de que, de haberlas dicho, lo habría hecho en griego, y no en latín. Por lo que concierne a las últimas palabras de César, Suetonio escribe expresamente (*De vita Caesarum* [*Vida de los Césares*], «Julio César», pág. 79): «Cuentan que viendo a Marco Bruto presto a apuñalarle, habría dicho en griego: "¡Tú también, hijo mío!"». Dión Casio corrobora este testimonio («Historia romana», tomo XLIV, 19, pág. 5). César dijo pues καὶ σύ, τέκνον! [kaì sú téknon], o sea, palabra por palabra, «¡También tú, hijo!». El *tu quoque, fili mi*, que se repite en todos los sitios y que no figura en ningún texto antiguo, es una traducción de los gramáticos del Renacimiento, retomada por Lhomond en su *De viris illustribus* (véase Dubuisson, 1980).

Además esta traducción es inexacta, pues καὶ σύ «¡Tú también!» en realidad era una forma de maldición, y lo que César quiso expresar fue no una constatación dolorosa al ver al hijo de su amante Servilia, que consideraba como su propio hijo, abalanzarse sobre él para matarlo con su estilete, sino más bien un anatema; él dijo a Brutus al morir: «¡Ojalá te ocurra lo mismo!». En cuanto a las palabras pronunciadas al franquear el Rubicón, está constatado (véase Dubuisson, *ibid.*) que fueron también en griego: ἀνερρίφθω κύβος [anerríphthô kúbos], es decir, literalmente «¡Que (el) dado (= la suerte) haya sido tirado!». La traducción latina que es autoridad, y en la que el equivalente español *la suerte está echada* se emplea cuando se toma una decisión audaz, todavía es más inexacta que la precedente, pues ανερρίφθω es, en griego antiguo, un imperativo perfecto pasivo; se trata por lo tanto de una orden retroactiva que indica el resultado de una acción, y convendría adoptar, para la traducción latina de este proverbio griego bien conocido, la corrección de Erasmo *jacta alea esto*, sin contar que *alea jacta est* significa, de hecho, «La suerte *está* echada», lo que resulta raro: el perfecto latino refiriéndose al pasado y no, como el perfecto griego, con resultado siempre actual de un acto que se acaba de cumplir.

- El griego, primera lengua de los patricios romanos

¿Por qué habló César en griego en dos circunstancias en las que su emoción era grande, por un lado cuando llevaba a cabo una opción arries-

gada, y por otra cuando sentía la muerte? Precisamente porque el griego era la lengua aprendida desde la infancia, la que surge, pues, cuando el desconcierto llega a su punto culminante, y el control sobre sí mismo a su nivel más bajo.

Sobre el estatuto del griego en la educación de los niños de familias privilegiadas de Roma, todos los textos son perfectamente claros. Uno de los más célebres es el del libro I de las *Institutiones Oratoriae*, donde Quintiliano puede escribir todavía, más de un siglo después de la muerte de Cicerón:

> Prefiero que el niño comience con el griego, porque del latín, al ser más utilizado, ya nos impregnaremos de todos los modos [...]. No quisiera, sin embargo, [...] que el niño sólo hablase o aprendiese durante mucho tiempo el griego, lo que sucede con la mayoría. Esta costumbre acarrea gran número de faltas de pronunciación, [...] así como incorrecciones de lenguaje.

¿De dónde procedía esta situación? Conocemos la frase de Horacio: *Graecia capta ferum victorem cepit* [«La sometida Grecia sometió a su grosero vencedor»]. De hecho, el descubrimiento de la esplendorosa civilización griega, desde que en el 146 a. de C. Roma había vencido a Grecia y había creado una provincia bajo su autoridad, produjo entre las élites romanas un sentimiento de inferioridad, muy vivo todavía en la época de Cicerón. Bastante deprisa, el aprendizaje del griego les pareció que era el del refinamiento y de la única cultura verdadera, y su ignorancia como el hecho de un grosero o, en un representante de las clases superiores, como una anomalía. El gramático Varrón defendió incluso la teoría descabellada del origen griego del latín, sin ningún argumento que hoy pueda convencernos, ni que le persuadiera sin duda a él mismo puesto que se trataba sobre todo de realzar el prestigio del latín (véase Dubuisson, 1981). La helenización de la aristocracia romana poseía aspectos más ocultos. El conocimiento del griego entre las clases dirigentes se convirtió en una postura política, en la medida en que la práctica de la retórica ateniense, al mejorar el arte de la oratoria, les proporcionaba un arma eficaz de conquista, y de conservación, del poder; desde finales del siglo II a. de C. incluso fueron tomadas medidas para impedir la formación de escuelas de retóricos latinos.

- Las ambigüedades del bilingüismo en Roma (finales de la República y comienzos del Imperio)

A finales del siglo I, el poeta Juvenal en una de sus *Sátiras* arremetió contra el uso que harían del griego algunas mujeres romanas (de las clases acomodadas) hasta en las dulzuras privadas. Esta penetración, si se puede llamar así, del griego en la vida íntima de los ricos no deja de tener relación con la idea, extendida en muchos hombres de letras, de la inferioridad del latín con relación al griego. Lucrecio, al escribir en el siglo I antes de la era cristiana su *De rerum natura* [*De la naturaleza de las cosas*], se queja de la *patrii sermonis egestas* («indigencia de nuestra lengua paterna») para exponer la doctrina de Epicuro. Cicerón, como muchos otros intelectuales bilingües, adopta en público una actitud nacionalista y antigriega, rechazando ratificar la frase de Lucrecio, que aseguraba intrépidamente que el latín es más rico que el griego, acreditando, antes de Séneca y Quintiliano, el latín de fuerza y seriedad en la elocuencia por oposición a la delicadeza y a la sutilidad del griego, pero su correspondencia recurre, naturalmente, al griego cada vez que no encuentra en latín la formulación adecuada.

El bilingüismo de las élites, y la fuerte presencia del griego, que afectaba incluso a la vida oficial romana, no dejaban de acarrear reacciones bastante vivas. Un texto célebre de Valerio Máximo, contemporáneo de Tiberio, lamenta el tiempo en que los romanos defendían más su lengua:

> [...] los magistrados de antes buscaban preservar [...] su propia dignidad y la del pueblo romano [...]. Podemos citar [...] su constante preocupación por no acordar nunca respuesta a los griegos más que en latín. Aún más, eliminaban la facundia que era su ventaja forzándoles a servirse de un intérprete, y esto no sólo en Roma, incluso también en Grecia y Asia, a fin de, por supuesto, hacer más respetable y de extender por todos los pueblos el honor de la lengua latina. Estos hombres no carecían sin embargo de cultura; pero pensaban que el capote griego debía supeditarse a la toga: era una indignidad, según ellos, ofrecer a los atractivos y al encanto de las letras el peso y la autoridad del poder.

Sigue un elogio de Mario, cálidamente aprobado por no haber «abrumado a la curia con intervenciones en griego», y del que se sabe que, aunque conociera muy bien el griego, juzgaba ridículo (al contrario que su adversario Silla, de origen social más alto) aprender la literatura de un pueblo que los romanos habían reducido a la esclavitud, puesto que ese

refinamiento no había servido para conceder la libertad a esos que hacían de ella su profesión.

Valerio Máximo, además, se refiere implícitamente a los romanos que defendían el latín contra el griego, sobre todo a Catón, que en el año 191 a. de C., al llegar a Atenas en calidad de tribuno militar, había decidido hablar en latín a la multitud, ayudándose de un intérprete, mientras que los patricios como él eran capaces, ya en esa época, de expresarse en griego. Lo que pide Valerio Máximo son verdaderas medidas de protección contra un bilingüismo que a sus ojos concede excesiva importancia al griego.

Que los modelos antiguos que él reclama ya no se sigan un siglo después es lo que muestra, entre otros muchos ejemplos, la decisión tomada por Cicerón, no sin indignar a sus enemigos, de hablar en griego, en el año 70 a. de C., en el Senado de Siracusa. El emperador Tiberio había sido educado en griego y lo hablaba perfectamente (lo utilizaba incluso cuando escribía poemas), pero rechazaba dirigirse en esta lengua al Senado, aunque fuera para decir sólo unas palabras, y mostraba un purismo altivo frente a los helenismos de los romanos cultos y al aparente exceso de préstamos griegos en latín. Lo mismo sucedió con el emperador Claudio.

Así, en Roma el bilingüismo en los últimos siglos de la República y el primero del Imperio, es, a la vez, general en privado y a menudo condenado en público por los personajes oficiales. Es interesante destacar que en latín clásico el adjetivo *bilinguis* es una calificación peyorativa de la mezcla de lenguas y que, en otro de sus sentidos, se refiere, como si el que tiene dos lenguas no pudiera ser más que un bribón, a la duplicidad, que recusa la exigencia romana de rectitud, e incluso la maledicencia y la mentira, como su heredero en francés medieval. Baste con recordar la desconfianza que inspiraba, al lado de la fascinación que ejercía, esta lengua griega que se aprendía a temprana edad. Si Augusto animó a Virgilio y a Tito Livio a escribir sus obras fundadoras, fue sobre todo porque quería que la poesía y la historia tuvieran en Roma sus cartas de nobleza, a fin de compensar la influencia de las grandes obras griegas. Era preciso, a sus ojos, que el latín no siguiera dejando al griego solo en su condición de lengua de relación principal de los países mediterráneos y de instrumento de una cultura prestigiosa.

- El griego y las masas romanas

No eran necesarias, sin embargo, tantas medidas de protección, tanta frialdad y tantos temores. Pues el griego nunca penetró más allá de la

sociedad patricia, ya que la plebe no tenía los medios de estipendiar unos preceptores helenófonos. Ahora bien, sólo un verdadero arraigo del griego en los medios plebeyos habría podido concederle un estatuto bastante poderoso para poder rivalizar con el latín. En otras palabras, una lengua intrusa no se implanta sólida y profundamente más que si afecta a toda una comunidad, y no únicamente a sus élites. El deslumbrante y amplísimo destino del latín en Occidente (véanse las págs. 58-62), mientras que hoy el griego es la lengua de un pequeño país de Europa sometido durante casi 400 años al yugo otomano, debía mostrar que el bilingüismo de la aristocracia romana en la época clásica no era más que un episodio sin porvenir. El prestigio del griego no había matado al del latín, aunque hubiera acomplejado a los romanos cultos. Y una lengua que guarda intacto su prestigio, a pesar de la rivalidad de otra, aunque sea muy prestigiosa, de ninguna manera está en situación precaria.

Pero a los graves riesgos que conlleva, cuando se produce, la pérdida de prestigio, pueden añadirse otras circunstancias, que reducen todavía las capacidades de resistencia de una lengua, si factores como los que se han estudiado debilitan estas capacidades. Son circunstancias que habrá que examinar ahora.

Acerca de algunas circunstancias «favorables» para la extinción de las lenguas

Entre las circunstancias que participan, sin tener un papel causal directo, en la desaparición de las lenguas, podemos situar el purismo defensivo y la falta de normalización por una parte; por otra, la falta de escritura y finalmente el hecho de tratarse de un grupo minoritario.

El purismo y la falta de normalización

Las aporías del purismo

- La exaltación del fondo léxico autóctono

Un exceso en la actitud o en la prescripción purista puede acelerar el proceso de precarización de una lengua enferma. Se observan los efectos parecidos en casos aparentemente contradictorios. Unos rechazan prés-

tamos a favor de palabras del fondo local que desde hace muchísimo tiempo nadie emplea; así, en las lenguas célticas en estado precario, como el irlandés, algunos hablantes mayores utilizan términos autóctonos totalmente arcaicos y desconocidos por los interlocutores, donde unas palabras de origen inglés integradas desde antiguo son las únicas que utilizan los que aún practican esta lengua. Los demás aplican esta actitud a la gramática, aferrándose con recelosa obstinación a unas formas o construcciones anticuadas. Éste es el caso, sobre todo, de los puristas que defienden una norma arcaica del náhuatl, en las zonas de México en que esta lengua se ve amenazada por el enfrentamiento con el español. Hemos dicho en el capítulo 6 que éste es uno de los signos de la obsolescencia de las lenguas. Esos garantes del buen uso, que, por la insistencia artificial sobre una norma exigente, buscan convencerse de su propia competencia sin querer admitir que ésta se debilita, son a veces vilipendiados por los que estiman que el purismo es enemigo de la lengua.

- El rechazo del préstamo y su efecto perverso: el abandono

Hay otra forma de purismo que ejerce una acción perniciosa. Es la actitud de los hablantes que rechazan tomar prestadas palabras extranjeras para referir realidades del mundo y de la técnica modernas, bajo pretexto de que tales préstamos desnaturalizan la lengua. No se puede pedir a los hablantes que sean lingüistas profesionales, evidentemente. Pero este rechazo sistemático de un fenómeno como el préstamo, natural y bastante poco perjudicial cuando aparece contenido en ciertos límites, denota una ignorancia de cuanto rodea a la vida de las lenguas. Esta ignorancia se hace deletérea cuando produce el efecto notado en otras comunidades náhuatl: a falta de disponer de los términos necesarios, porque la lengua no los ha creado, ahora los puristas juzgando que el préstamo de los términos españoles no es admisible en un discurso en náhuatl, ¡renuncian pura y simplemente a hablar en su lengua y se pasan al español!

- Las circularidades de la reivindicación purista

A veces se observa una extraña circularidad. Los hablantes empiezan por multiplicar los préstamos de la lengua de prestigio y tras ello declaran ¡que la lengua en la que ellos mismos han provocado la implosión es impura! Según un testimonio recogido hace 23 años (Hill y Hill, 1977), los hablantes con un porcentaje más elevado de préstamos del español

eran también los que afirmaban que un náhuatl contaminado hasta ese punto produce una impresión de vergüenza, ¡y no merece ser preservado más tiempo!

La generalización de estas actitudes está encaminada a acelerar la desaparición de la lengua ancestral, mientras que, en las comunidades aztecas donde el náhuatl goza de buena salud, los hablantes han asimilado los préstamos españoles y no se reprochan el utilizarlos cuando es necesario.

El desorden de los códigos no normalizados

Aquí se observa una asombrosa contradicción. Los mismos que prefieren renunciar a una lengua en la que les sería preciso introducir demasiados préstamos, no se preocupan de hacer lo que permitiría, precisamente, reducir el número de estos últimos. Esta empresa de la que desconocen la necesidad es la que ha contribuido a modelar el vocabulario de muchas lenguas, como el francés o, por citar ejemplos más exóticos, el húngaro, el finés, el turco, el estonio y muchas otras (véanse Fodor y Hagège, 1983-1994). Se trata de la normalización, o acción consciente que expertos, garantes, solicitados o no, de la autoridad pública, verifican en el vocabulario de una lengua conocimientos y costumbres, para adaptarlos a la evolución de las técnicas. El ajuste de las lenguas en diversas épocas de su historia ha sido a menudo un factor eficaz de su adaptación a los cambios, como lo demuestra claramente, entre otros, el estudio de las que acabo de mencionar. En el campo del vocabulario, a menudo los reformadores han preferido soluciones nacionales (palabras derivadas del fondo antiguo, y por lo tanto en principio motivadas) que las soluciones internacionales (préstamos directos y por lo tanto opacos, incluso bajo un revestimiento local).

Dicho esto, cuando la falta de normalización ha erosionado las fuerzas de una lengua, puede ocurrir que sea demasiado tarde para intervenir. El ejemplo de las lenguas célticas lo demuestra. El gobierno irlandés ha promovido a partir de 1958 una forma escrita, fundada en ciertas variantes modernas, y se ha esforzado por darle una autoridad real organizando su enseñanza en todos los niveles del sistema educativo y utilizándola en la administración y en los documentos oficiales cada vez que se aconseja una versión irlandesa junto a la versión en inglés. Pero no parece que tal empresa haya ralentizado el declive que padece el irlandés desde hace más de un siglo y medio frente a la competencia del inglés. Pues

la minoría de los que manejan, en los condados de Occidente, de modo natural esta lengua, se sirve de las variantes dialectales, cuya existencia viva es más real que unas creaciones artificiales.

Estas consideraciones son más ciertas aún para el bretón. El irlandés al menos aprovecha su estatus oficial en la Constitución del país, que hace menos ilusoria la promoción de una norma. Pero cuando la lengua supradialectal que se desea promover sólo tiene un estatus regional, entonces los usuarios de las variantes locales tienen más razones para considerarla artificial, y no desear servirse de ella. El bretón unificado que se intenta favorecer tiene el mérito de existir y debería, evidentemente, permitir un renacimiento de la lengua. Pero los usuarios de las hablas desconfían a menudo de un bretón construido, que no es lengua materna de nadie. Conviene, a fin de cuentas, no exagerar la dispersión dialectal del bretón. La experiencia prueba que todos los bretones se entienden cuando utilizan su habla local. Es cierto que se plantea el problema de un bretón unificado, pero el declive del bretón también es explicable por causas diferentes a la ausencia de esta norma federalista.

La marginalidad de las hablas entre las que se dispersa una lengua puede desalentar al esfuerzo de normalización, sobre todo cuando las comunidades que intentan este esfuerzo tienen frente a ellas a una lengua de vasta difusión regional o internacional y de potente capacidad de absorción. ¿Qué poder tienen, por ejemplo, las lenguas uralianas, altaicas o siberianas de Rusia, que ya, en los enclaves en que todavía existen, están rodeadas de vastos territorios dominados por el ruso? Su aislamiento y la ausencia de un deseo cultural que se exprese en una política escolar y editorial desaniman de todo intento de extraer una norma unificada a partir de los fuertes contrastes dialectales que las dinamitan. Así es como, salvo que se produzca un feliz retorno del que no se aprecian los signos, parecen abocadas a una extinción próxima el enets (península de Taimir), el yucaguiro (Yakutia), el nivejí (isla de Sajalín) y muchas otras. Pero hay que volver a decir que, por sí misma, la ausencia de normalización no es una causa suficiente, y que sirve sólo para agravar la situación al sumarse a otras causas.

La ausencia de escritura

La ausencia de escritura no es en sí misma una causa directa de extinción de una lengua. Por muy importante que sea el papel desempeña-

do por la escritura en la historia de las lenguas de civilización, se trata de una invención tardía y de un revestimiento exterior que no podría contemplarse entre las propiedades inherentes. La existencia de una escritura no ha impedido que se apaguen algunas lenguas que antes fueron prestigiosas y estuvieron esparcidas, y al revés, en el mundo de hoy existen en África y en Oceanía sobre todo, numerosos pidgin que no se escriben y que, sin embargo, ofrecen bastantes servicios a los que pueden entrar por este medio en comunicación, por encontrarse muy bien y no parecer expuestos a desaparecer en breve plazo.

Dicho esto, entre dos lenguas a las que otros discriminantes designan como sometidas a los mismos riesgos de obsolescencia, la que posee un sistema de escritura estará generalmente más armada que la otra para resistir. Aquí no se trata de factores de mantenimiento ni de medios de lucha, sino más bien del prestigio superior que confiere, en la mayoría de las sociedades (no en todas), la notación gráfica, y del complemento esencial que ésta constituye, del poder que da a una lengua difundir la palabra reproduciéndola más allá de las situaciones concretas de su intercambio. La existencia de una escritura permite otras cuatro empresas que, también, hacen mucho por afirmar las lenguas: la literatura escrita, que facilita la conservación en soporte material y no apela, como la oral, únicamente a la memoria, la educación escolar, la difusión de impresos y la normalización. Sobre esta última se recordará un punto importante: por no poseer escritura, muchas lenguas son llamadas «dialectos» por las masas, y este término que, para la mayoría, no evoca la realidad puramente técnica que ven los lingüistas (véase la pág. 157) sino un modo de expresión devaluado cuando no despreciado, tiene un efecto inverso en los mismos hablantes, y acentúa la falta de estima que pueden tener por su propia lengua.

El estado de nación minoritaria

El estatuto de las minorías entre las naciones homogéneas

En ciertas sociedades las minorías están estigmatizadas y, para una lengua, el hecho mismo de ser hablada por un pequeño número de personas puede contribuir, al querer reforzar otros factores, a ponerla en situación de fragilidad. Éste es sobre todo el caso cuando el entorno está constituido por una comunidad homogénea y muy consciente de su iden-

tidad. Los thais son una ilustración de este tipo de comunidad. Su orgullo nacional se ha forjado en quinientos años de unidad fundada en la dominación previa de grupos importantes, como los mons y los jemeres. Los thais (al menos los de Siam) no fueron nunca colonizados, ni por un pueblo asiático, ni por un país europeo. El sistema monárquico y el budismo theravada son, junto a la conciencia nacional, los pilares de la identidad thai (véase Bradley, 1989). Resulta que a pesar del reconocimiento del que se benefician oficialmente, las minorías no thais, descendientes de poblaciones antaño conquistadas o que quedaron periféricas, son vistas en Tailandia con hostilidad por su estatus de grupúsculos aislados. Para escapar a su aislamiento, algunos intentan asimilarse por el matrimonio. Es el caso de los ugong. La consecuencia es la amenaza de extinción sobre su lengua.

El sentimiento de identidad como forma de reducir el efecto del pequeño número

Incluso cuando viven fuera de las grandes corrientes comerciales que laminan las individualidades, a las pequeñas tribus les es difícil seguir siendo ellas mismas cultural y lingüísticamente. Esto es más cierto todavía cuando están expuestas a la rapacidad mortífera de prospectores y comerciantes, como ha sucedido con los andoque del Amazonas colombiano (véase la pág. 104). El pequeño número, sin embargo, puede compensarse con un poderoso sentimiento de identidad y entonces ya no será uno de los factores de la precariedad de una lengua. Así, el bayso, lengua cuchítica oriental del sur de Etiopía, ha resistido durante un milenio a la competencia de lenguas más extendidas que el entorno, cuando el número de sus hablantes (500 en 1990) siempre ha sido débil.

Asimismo, vemos que se oponen de manera significativa el hinuj (nordeste del Cáucaso) y el neguidal (lengua tungusa de la región de Jabarovsk). Entre uno y otro no tienen más que 200 hablantes aproximadamente, pero el primero se apoya en una fuerte conciencia de identidad, que no es el caso en el segundo. Los hinujs son incluso la prueba de que un fuerte sentimiento de identidad tiene el poder de neutralizar los efectos de uniones alógenas. Los hombres hinuj se casan con mujeres del pueblo vecino donde se habla el dido, y las mujeres hinuj dejan también la comunidad al esposar hombres de otros grupos étnicos (véase Kibrik,

1991, pág. 259). Sin embargo, la conciencia étnica no se disuelve en estas uniones, por lo muy arraigada que está.

Así pues, incluso cuando las circunstancias son contrarias, la voluntad de vivir y la pasión de la identidad pueden salvar a una lengua de la aniquilación.

Capítulo 8

El balance

Definiciones y criterios

Evaluación del número de lenguas habladas actualmente en el mundo

Antes de hacer un balance de la muerte de las lenguas, resulta útil conocer la cifra aproximada de las que están vivas. Esta evaluación puede ser bastante variable según los criterios que se adopten para decidir qué es lo que ha de determinarse por lengua. Una de las causas de esta variación es que si lo que se considera son las lenguas, deberán entonces excluirse los dialectos; ahora bien, la atribución, a un idioma dado, de uno u otro de estos dos estatutos varía según los lingüistas, y todos no se ponen de acuerdo en la definición que parece la más simple: una lengua es aquel dialecto presente (en un momento dado) que establece una autoridad política, al mismo tiempo que su poder, en un determinado lugar; si existe su escritura, de función administrativa y literaria, y si la tuviere, al servicio de dicho dialecto.

Como esta definición no es necesariamente la de todos los lingüistas, no podrán dar todos las mismas cifras según los elementos diferenciadores que utilicen para decidir si tal idioma es un dialecto o una lengua. Otra causa de fluctuación en las cifras propuestas tiene que ver con la decisión tomada de hacer figurar o no en el balance al menos ciertas lenguas cuya supervivencia a corto o medio plazo esté lejos de asegurarse. Una última causa, ligada a la precedente, es la necesidad, preconizada por algunos, de incluir sólo en el cálculo lenguas habladas tanto por adultos como por niños. De hecho, una lengua desconocida por todos los niños de una comunidad, y que sólo conocen los adultos, debe considerarse como inscrita en la vía de extinción.

Habida cuenta de estas dificultades para llegar a un acuerdo, las eva-

güistas oscilaban entre 4.500 y 6.000 lenguas. Podemos considerar como cifra razonable la de 5.000, y tomarla como base sobre la que serán evaluadas las pérdidas actuales en lenguas. Añadamos que el número de lenguas habladas en el mundo conoció probablemente su cima a principios del siglo XVI, y comenzó a declinar hacia esta época, sobre todo en la estela de la expansión y de la dominación europeas, y de las brutalidades que las acompañaron, ya se trate de la conquista de América del Sur por los españoles, del reclutamiento de mano de obra servil en los pueblos de África o de otras violencias de dimensiones comparables. En Norteamérica y Australia, estas violencias comenzaron un poco más tarde pero se han extendido hasta finales del siglo XIX y han producido resultados del mismo triste final en las lenguas inmoladas.

Relaciones entre el estado de la lengua amenazada y diversos parámetros

Lenguas en peligro y lenguas amenazadas

Denominaremos «lenguas en peligro» a aquellas en las que numerosos signos induzcan a pensar que les amenaza una extinción inmediata. Denominaremos «lenguas amenazadas» a aquellas que, en un futuro próximo, coincidiendo como mucho con la duración de la vida humana, estén en peligro. No es fácil mantener siempre rigurosamente esta distinción, por la variedad de las situaciones y la rapidez de los cambios, que precipitan aún más el ritmo actual de los acontecimientos. Pero la podemos conservar al menos como marco global para clarificar su estudio. Aquí hablaremos de lenguas amenazadas como una categoría general que incluye el caso más radical de las lenguas en peligro.

Relación entre lenguas amenazadas y subdesarrollo, y entre lenguas amenazadas y número de lenguas

En la base de cifras establecidas en 1990 (véase Krauss, 1992), constatamos que las mayores concentraciones de lenguas amenazadas se encuentran en las regiones del globo en que dominan unas condiciones de subdesarrollo.

Constatamos igualmente una correlación entre el número de lenguas amenazadas y el número global de lenguas, como si este último produjera, a partir de cierto umbral, unas relaciones de lucha por la vida, de las que ciertas lenguas salen victoriosas y otras vencidas.

Relación entre número de lenguas y subdesarrollo

La mayoría de los 170 Estados que podemos considerar soberanos (no dependientes —políticamente— de ningún otro y que constituyen una entidad de derecho a la que se ha acordado reconocimiento internacional) tienen como lengua oficial, única o no, una de las siguientes, que se encuentran también, por número de hablantes, entre las más habladas del mundo: inglés, francés, español, árabe y portugués. En otras palabras, las lenguas más extendidas son también las que pertenecen a las entidades políticas más estructuradas.

Según una evaluación un poco antigua (véase Fishman, 1968), pero que hoy bien se podría revisar al alza, se observa que en los Estados lingüísticamente homogéneos, la renta nacional bruta por habitante tendía, a mediados de los años sesenta, a una media de al menos 300 dólares, mientras que en los Estados lingüísticamente heterogéneos este índice barajaba cifras que iban de un nivel bajo a un nivel muy bajo que son características, todavía más en el momento presente, de Estados subdesarrollados. Los niveles variables de prosperidad económica imponen los niveles variables de prestigio, así como, por la vía de la consecuencia, los movimientos de emigración e inmigración, y como he apuntado, dicha situación no deja sin efectos al mantenimiento o la desaparición de lenguas de etnias pobres.

Así pues, el número de lenguas de un país y el nivel de vida de sus habitantes tienden a ser inversamente proporcionales. Dicha observación no resulta insustancial. Una larga controversia ha enfrentado en Papúa-Nueva Guinea, precisamente el país más rico del mundo en lenguas, a partidarios y adversarios de la diversidad lingüística (véase Dixon, 1991, pág. 247). Los primeros han hecho valer que esta diversidad era sana, ya que enriquece el número de perspectivas que podemos tener del mundo y ayuda a resolver los problemas individuales, sociales y técnicos. Los segundos arguyen la ineficacia que se deduce de esta abundancia y su poder nefasto de división y establecen una correlación directa entre subdesarrollo y diversidad lingüística. El gobierno ha decidido que en el parvulario la educación se haga sobre la base de las lenguas vernáculas. La de-

cisión es afortunada, pero imaginamos la cantidad considerable de materiales que implica y, en consecuencia, el número de trabajos todavía necesarios que eso representa sobre lenguas papúes que en un importante número no están todavía ni siquiera descritas.

Relación entre salud de lenguas y número de hablantes

Sobre la cifra de alrededor de 5.000 lenguas que he establecido como evaluación más probable en el mundo contemporáneo, 600, es decir, poco menos de una octava parte, las hablan más de 100.000 personas. En el extremo opuesto, 500 las hablan menos de 100 personas. Además, el 90 % de las lenguas del planeta las utilizan alrededor de un 5 % de la población mundial. Esto sólo está débilmente compensado por casos como los del hinuj y el bayso (véanse las págs. 154-155). Examinemos ahora dos correlaciones, que poseen un valor general.

- Correlación entre débil volumen demográfico y mala salud lingüística

El escaso número de hablantes puede ser considerado, sobre todo cuando no deja de decrecer, como uno de los signos frecuentes, aunque no universales, del declive de una lengua y de las amenazas que pesan sobre ella. En él hay causas, que han sido examinadas en el capítulo 7. El número de hablantes no siempre es fácil de evaluar, pues en muchas etnias cuya cultura está en peligro de extinción, los miembros del grupo que se reivindican como tales no son todos necesariamente hablantes de la lengua autóctona: así por ejemplo, en 1989 se contaban alrededor de 2.500 itelmenos en Rusia, entre los que 1.400 vivían en Kamtchatka, su territorio tradicional (donde tienen como vecinos a los hablantes, igualmente escasos y dispersos, de otras lenguas del mismo grupo, a los que los investigadores rusos llaman «paleoasiático» o «paleosiberiano»: guilakí, ketita, yucaguiro y chucoto, idiomas también en peligro); pero más del 80 % de los itelmenos señalaban al ruso como lengua materna, y el itelmeno ya sólo lo hablan, hoy día, 200 o 300 personas, que son todas bilingües (itelmeno + ruso).

Independientemente de esta frecuente falta de rigor entre la cifra de una etnia y la de los hablantes reales, el hecho importante es la correlación entre el pequeño número de usuarios y la mala salud de su lengua. En Norteamérica, si hacemos una vasta comparación de todas las lenguas de esta parte del continente (Canadá por una parte y por otra Estados Unidos con Alaska),

constatamos que la que muestra más vitalidad es el navajo, y también la que más hablantes tiene, alrededor de 140.000, aunque esté lejos de ser cierto que todos hablan la lengua, o al menos que la hablen como es normal en los hablantes nativos. Pero además, el mismo navajo está en situación netamente más precaria que el náhuatl, y justamente no podemos dejar de correlacionar este hecho con otro, de orden igualmente numérico: el náhuatl, que no muestra siempre los mismos signos de salud en México, como se ha visto, y que conserva, sin embargo, en el presente, 1.400.000 hablantes.

La correlación va todavía más allá. El quechua, el aymara y el guaraní están en mejor situación que el náhuatl, y precisamente, los tres los habla un número mayor de usuarios que el último. El guaraní, en particular, que por el momento tiene buena salud, es conocido por las tres cuartas partes de la población del actual Paraguay (tres millones de habitantes), es decir 2.250.000 personas; está igualmente presente, en efectivos más pequeños de hablantes, en el sur de Brasil y en el nordeste de Argentina.

En Chile, hay que mencionar además al araucano o mapodungun, lengua de los mapuches, cuyo número de hablantes varía considerablemente según las fuentes y estimaciones, es decir, entre 150.000 y un millón; el mapuche, sólidamente implantado en este país, es defendido además con energía por sus hablantes que, sin embargo, están lejos de hablarlo todos (Clairis, 1991, propone una evaluación optimista en 400.000). No se puede negar pues, razonando por lógica, que el débil volumen demográfico de una comunidad no sea una de las caras del proceso general de precariedad de su lengua.

Sin embargo, cuando hay defecto de transmisión, un número relativamente importante de hablantes, a pesar de la apariencia tranquilizadora que puede producir, no tiene poder de compensación. Este caso es muy frecuente. Un ejemplo mexicano es el del forépecha (o tarascano), hablado en el Estado de Michoacán por unos 90.000 habitantes, pero no transmitido a los hijos, al menos en la región del lago de Patzcuaro, por oposición a la montaña, más conservadora como casi siempre, y donde se encuentran niños unilingües (véase Chamoreau, 1999). Hay que considerar al forépecha como una lengua amenazada.

- Correlación entre número de lenguas amenazadas y número de comunidades restringidas

Esta correlación, para una región dada, refuerza la que acaba de ser establecida entre importancia demográfica y salud de la lengua. Es inte-

resante señalar, en este sentido, que ciertos grupos, que se sienten amenazados por el hecho mismo de su debilidad demográfica, resuelven espontáneamente este problema buscando la fusión en un conjunto más importante. Las consecuencias pueden ser benéficas para las lenguas. Así, en Guayana (ex Guayana Británica), los mapidian, que pertenecen a la familia de los arawak, y los taruma, diezmados por diversas catástrofes, se situaron bajo la protección de los waiwai, tribu caribe más numerosa. En este nuevo marco, están en posición de preservar su lengua durante varias generaciones.

- Utilización del número de hablantes como elemento diferenciador

Las estadísticas de las que se dispone informan sobre el número de hablantes considerado como una señal, en general fiable, de salud de una lengua, o, por el contrario, de amenaza sobre su supervivencia. Algunos sistematizan el valor de esta señal, por el cálculo del índice de vitalidad de una lengua, obtenido dividiendo el número de niños que hablan esta lengua por el de los niños que hablan la lengua dominante del país (método utilizado a propósito de México por T. Smith Stark, 1995). Estos cálculos se pueden considerar un poco rígidos con relación a una realidad muy flexible. Pero el valor del índice del número de hablantes es seguro cuando se trata de niños. Por eso, en lo que sigue, las cifras concernientes a este punto, cuando existan, serán utilizadas como indicadores de la etapa relativa a su destino a la cual parece haber llegado una lengua dada. Conviene examinar ahora los elementos de un posible balance.

Datos numéricos sobre la extinción de las lenguas en diversas partes del mundo

Datos generales

Lenguas de países plurilingües

Un grupo de 22 países destaca con particular nitidez por el número considerable de lenguas que se hablan, o que todavía se hablaban a principios de los años noventa (véase Krauss, 1992). Entre estos 22 países, 9 poseen cada uno más de 200 lenguas: Papúa-Nueva Guinea tiene 850 e In-

donesia 670; vienen después Nigeria (410) y la India (380); le siguen Camerún (270), México (240), República del Congo (210), Australia (200) y Brasil (200). Los otros 13 países poseen de 100 a 160 lenguas cada uno. Son, en número decreciente, Filipinas, Rusia, Estados Unidos, Malaisia, China, Sudán, Tanzania, Etiopía, Chad, Vanuatu (ant. Nuevas Hébridas), República Centroafricana, Birmania y Nepal.

Muchas de las muy numerosas lenguas de la mayoría de estos países están amenazadas, e incluso, en muchos casos, en peligro, según las definiciones dadas anteriormente. En efecto, todas estas lenguas, o casi todas, presentan características estudiadas en el capítulo anterior como causas de extinción. Las cifras que acabamos de dar son, evidentemente, optimistas. Se incluyen en el cálculo las lenguas que rechazamos considerar como totalmente muertas, por el hecho de que las últimas investigaciones llevadas a cabo sobre el terreno mencionan a uno o varios ancianos capaces todavía de hablar una. Pero es muy probable que, desde 1992, muchos de estos últimos hablantes hayan desaparecido llevándose con ellos la aptitud de proferir palabras de dichas lenguas. Por añadidura, la ausencia de niños hablantes en estos casos debería, si se aplicasen estrictamente los criterios adoptados, hacer eliminar estas lenguas.

Caso concreto de países con lengua dominante única

Rusia, China, Brasil, Estados Unidos, Australia y México figuran en la lista precedente, pero sabemos que todos estos países poseen una lengua oficial muy promocionada por los medios de que dispone el poder político y que, en consecuencia, las lenguas que están amenazadas son las de las numerosas minorías, que no se benefician, por supuesto, de ninguna promoción que compense de alguna manera el abandono voluntario por los mismos usuarios. Todos los demás países, es decir, 16 de los 22 mencionados, poseen también una, o más de una, lengua oficial, pero ya sea ésta tomada prestada del antiguo colonizador o de la comunidad económica y políticamente dominante, un hecho es claro: en ningún caso se trata de la lengua vernácula de una etnia cuyo número sea superior al de todas las otras etnias juntas. Sin embargo, la promoción, en esos 16 países y en muchos otros, de la lengua hablada por el grupo al que pertenece el equipo en el poder es igual de temible para las lenguas de las minorías, en particular cuando la lengua oficial ni es extranjera ni está recusada por los demás grupos.

Así pues, las lenguas en peligro padecen no sólo la presión de lenguas en perfecto estado de salud y cuya difusión internacional, ya de por sí vasta, va todavía en aumento, sino que sufren también la de las lenguas localmente poderosas y además promocionadas por numerosos medios. Los resultados de esta situación los ofrecemos a continuación.

Datos particulares: extinción de lenguas *in situ*

No se trata evidentemente de ofrecer aquí un catálogo de lenguas que acaban de extinguirse, o que están en peligro de extinción a corto plazo. Sólo serán mencionados los fenómenos más característicos, de los que se puede extraer una enseñanza general.

¿Todas las lenguas extinguidas lo están realmente?

En numerosos casos, la situación parece muy clara: los detentadores de la lengua están muertos sin haberla transmitido jamás, y se vaya donde se vaya, en su entorno o fuera de su comunidad, ya no se habla en ningún lugar. Pero incluso entonces, nadie sabe cómo se habla en la intimidad del hogar. Con mayor motivo, para las lenguas totalmente moribundas, pero que no se sabe a ciencia cierta si están verdaderamente muertas, no hay que precipitarse en decretar su inhumación. El cholón, lengua del grupo quechua del valle de Huallaga, en las pendientes orientales de los Andes peruanos, estaba dado por muerto cuando se descubrió, todavía vivo, en algunas familias (véase Cerrón-Palomino, 1987). Por eso los datos que siguen deben considerarse con los matices que impone la complejidad de las situaciones.

África

Al menos 200 lenguas están muriendo en África o han desaparecido ya en el momento de escribir estas líneas (julio de 2000). Algunas familias están particularmente amenazadas, como las que los lingüistas llaman khoisan, que se hablan en Sudáfrica.

Tanzania puede constituir una verdadera ilustración resumida del fenómeno. En efecto, es el único país africano en el que están representa-

das todas las familias de las lenguas africanas más importantes en número. También es un país en el que, en todos los sitios, se están muriendo las lenguas de pequeñas etnias. Carecemos de datos absolutamente fiables de cada situación en particular, o de elementos bastante precisos para saber si una lengua dada ha desaparecido por completo o, en el caso de que aún exista, qué tiempo de vida es posible asignarle. Pero un hecho es claro: el swahili es la dominante. Cierto que el bilingüismo generalizado que caracteriza a este país no es perfecto, y que los usuarios nativos de otras lenguas no siempre tienen un absoluto dominio del swahili. Pero se entiende en todas partes. Podemos considerar que ha sustituido, entre las clases favorecidas que antes recibían una educación occidental, al inglés de los tiempos coloniales, lo que no debe quitarnos el sueño. Pero además, ejerce una presión sobre las otras lenguas, que son muy numerosas. Uno de los políticos tanzanos más célebres, el antiguo presidente J. Nyerere, declaraba en 1984 que la expansión del swahili era un fenómeno natural en Tanzania. El peso del swahili es tanto más temible cuanto que a su prestigio como gran lengua africana convertida en oficial, hay que añadir el hecho de que goza de cierta popularidad por su utilidad como idioma de relación, incluso en las pequeñas comunidades bilingües en las que, sin embargo, pone a las lenguas directamente en peligro.

Por esta situación, podemos considerar que sólo cuatro o cinco lenguas gozan de algún prestigio regional: el sucuma, el ñamwezi, el macondé, el shambala y sobre todo el masai, del que ya comentamos anteriormente el fuerte y peligroso poder de absorción que ha ejercido o ejerce todavía sobre algunos idiomas de pequeñas etnias. Existen igualmente en Tanzania lenguas que sólo tienen «prestigio» a escala local. Todas las demás carecen de renombre. Como se podía esperar, las lenguas étnicas a las que los usuarios permanecen apegados al ser bilingües están más amenazadas que aquellas cuyos hablantes son unilingües. Además no existe, para los idiomas de pequeñas etnias, ningún apoyo oficial para una política escolar o para la alfabetización. Y sin embargo en ese país se observa una conciencia regional creciente y no se excluye que esto tenga como efecto que se retrase en alguna medida y durante un tiempo el inquietante proceso de desaparición de lenguas, que ya está muy avanzado.

América, en sus distintas zonas

• Iberoamérica

La situación es muy variable según los idiomas y las regiones. Hemos visto, cuando se ha propuesto establecer una correlación entre el nivel de resistencia de una lengua a la precariedad y el número de sus usuarios, que el náhuatl, más aún el quechua, el aymara y sobre todo el guaraní, poseen un gran número de hablantes, si se comparan con muchas otras lenguas amerindias. Las lenguas que pertenecen a la gran familia maya, si las consideramos en conjunto, las hablan grupos de individuos incluso más abundantes. Sólo Guatemala abriga a más de 6.000.000, y encontramos cantidades significativas en los Estados mexicanos de Yucatán, Quintana Roo, Chiapas, Tabasco, Campeche y San Luis Potosí. Se nota que las dos lenguas mayas que están menos expuestas, el yucateco (hablado en la península de Yucatán, en México) y el quiché (hablado en Guatemala), suman entre ambas más de 500.000 hablantes; el quiché tendría incluso más de un millón, según un censo de 1993. Otras tres lenguas mayas las utiliza un número de personas que varía entre 400.000 y 700.000 hablantes: el quecchí, el cachiquel y el mam.

Cabe esperar que todas estas lenguas sigan siendo válidas durante un período relativamente largo. Sin embargo, están expuestas a la peligrosa competencia del español, lo que aún es más real para las otras lenguas mayas: estas lenguas las habla un número de individuos que varía, según las poblaciones, entre 100.000 y 100, y cuatro de ellas sólo existen en un solo municipio. Ya no se enseñan como primeras lenguas a los niños, o sólo se hace en pocas escuelas del campo, o no dejan de perder hablantes, sobre todo los que, atraídos por las ciudades, abandonan las comunidades rurales, donde las lenguas están mejor preservadas.

Hay que decir que se trata sólo de una familia de lenguas relativamente resguardada de unas pérdidas demasiado graves a corto plazo, pero este caso está lejos de ser el general. Basta, para convencerse, con examinar el de la familia caribeña, que estaba sana y abundantemente representada antes de la llegada de los españoles en el siglo XVI. Hoy día, fuera del macusí, que tiene alrededor de 15.000 hablantes, las lenguas caribeñas tienen menos de mil; ignoramos qué ha sucedido con el matipú, el amapá y el sikiana, que, en 1990, tenían, respectivamente, 40, 37 y 33 hablantes. Los wayana (Guayana Francesa) son unos cientos (véase Launey, en prensa).

Si tomamos como marco el presente y a países enteros, limitándonos a tres ejemplos, examinaremos brevemente el caso de Brasil, México y Colombia. La mayoría de las aproximadamente 200 lenguas indias de Brasil se hablan en comunidades muy pequeñas, lo que no nos ofrece buenos augurios sobre las que todavía son válidas. Muchas lenguas de la familia tupí antes presentes a lo largo del valle medio del Amazonas y en el Estado de Rondônia, próximo a la frontera boliviana, están hoy día con toda probabilidad muertas, sobre todo el apiacá y el puruborá. De la gran familia gê, que antes comprendía un importante número de lenguas, sólo quedan unos pocos miembros y ahora probablemente ya estén extinguidos, el nakrehé (Minas Gerais) y el pataxó (Bahía); sin embargo el fulnió (Pernambuco), con 4.000 hablantes, es la única lengua india no extinguida del nordeste, que antes era un verdadero mosaico de idiomas. Las cuatro lenguas de la familia yanomami, habladas en el Roraima y también en territorio venezolano, al otro lado de la frontera, han perdido recientemente muchos hablantes por la intrusión brutal de buscadores de oro (*garimpeiros*): sus lenguas, igual que la cultura original y bien conservada de estas tribus, hoy están amenazadas.

Desde la toma de la capital de los aztecas, Tenochtitlan, en 1521, por los españoles, los indios del territorio correspondiente hoy en México han sufrido enormes pérdidas humanas y culturales, en particular en los siglos XVI, XIX y XX. La población indígena de México, que era de 25 millones en 1519, ¡había pasado a un millón en 1605! Es muy probable que, en lo que concierne a las lenguas, esta erosión hubiera comenzado en el siglo XV, con las conquistas realizadas por los mismos aztecas. En el otro extremo cronológico, es decir a principios del siglo XX y hasta el presente año 2000, podemos considerar que al menos 130 lenguas más se han extinguido en México, pertenecientes a todas las familias lingüísticas representadas en el país.

En Colombia, por la diversidad geográfica y climática del país, existen, aparte del español, muy firmemente establecido como se puede imaginar, y de los criollos, el habla de Palenque (palenquero), con base léxica española, y el de las islas San Andrés y Providencia, con base léxica inglesa, 65 lenguas indias muy variadas. Diez de estas lenguas constituyen otros tantos grupos aislados, según sabemos hoy, y los otros 55 se reparten en 12 familias. Unas son importantes en Centroamérica y América del Sur: familias chibcha, caribeña, arawak y tupí; las demás sólo están representadas en Colombia: familias guahiba, huitota, tucana, etc. En 1995, entre esta gran diversidad de lenguas colombianas, 5 estaban moribundas y 15 en peligro (véase Landáburu, 1995).

- Norteamérica

Las evaluaciones varían de un autor a otro, y las informaciones de que se dispone presentan muchas lagunas. Hace 40 años (véase Chafe, 1962), sólo había, en Estados Unidos (con Alaska) y Canadá reunidos, 213 lenguas, en lugar de las 600 o 700 que existían a principios del siglo XVI. Respecto a esas 213, sólo había 89 cuyos hablantes tuvieran todas las edades, desde la infancia a la vejez. Desde 1962, al menos se han extinguido 50 lenguas, que sólo hablaban de 1 a 10 personas mayores: se conoce, sobre todo, el nombre de la última hablante del cupeño, que murió en 1987, a los 94 años de edad, en Pala (California). Otras 35 lenguas, que sólo eran practicadas por entre 10 y 100 hablantes, están sin duda moribundas y podemos considerar próxima su muerte.

Siberia

Hay numerosas lenguas de pequeños grupos nómadas o sedentarios dispersos a través de las extensiones de la Siberia central y meridional que están al borde de la extinción. Así sucede con el yugh (región de Krasnoyarsk) y el kerek (región del estrecho de Bering). En situación más o menos peligrosa se encuentran el oroko (Sajalín), el ulchi y el orocho (región de Jabarovsk). Está muy amenazado el alutor (nordeste de Kamtchatka), así como otras lenguas que pertenecen también a las familias siberiana, turca y tungús, algunas ya mencionadas anteriormente. Un caso revelador es el del evenquí, la más importante lengua tungús, una rama de la familia altaica genéticamente ligada a las ramas turca y mongol. Los evenquíes eran alrededor de 30.000 en 1989; de esas personas trilingües, que también hablaban en yacuto y sobre todo el ruso, sólo el 30 % consideraban al evenquí como su primera lengua. La situación es peor todavía para el udihé, también tungús y estrechamente emparentado con el evenquí: sólo el 4 % de la población posee una competencia real en esta lengua.

Lenguas andaman

Las lenguas de las islas Andaman, archipiélago situado entre el sudoeste de Birmania y el noroeste de Sumatra, no se vinculan con certeza a ninguna familia conocida. El número de indígenas era de 460 en 1931.

Podría ser que muchas de las lenguas que pertenecieran a los tres grupos del norte, del centro y del sur, se hayan extinguido en el presente.

Sudeste asiático: lenguas tibetano-birmanas, austro-asiáticas/mon-jemer, thai, miao-yao y austronesias continentales. Japón

De este vasto conjunto, retendremos sólo algunos puntos importantes ligados al peligro de extinción. Este peligro amenaza a las lenguas muón, palaungo, jamú y bahnar de Vietnam y de Laos, muy importantes desde el punto de vista comparativo e histórico, en la medida en que proporcionan la prueba del origen austro-asiático del vietnamita a pesar de la gran influencia del chino que ha sufrido y de su carácter monosilábico y tonal, que disimula este origen (véase Matisoff, 1991). Otras lenguas austro-asiáticas, pertenecientes al grupo mon-jemer, las del subgrupo pear, están en vías de extinción o ya extinguidas en Tailandia. El ainú, al norte de Japón, está moribundo.

Indonesia

Las informaciones de que disponemos sobre este país, que se cataloga, como se ha dicho, entre los más ricos en lenguas del planeta, contienen muchas lagunas. Más de 15 lenguas se han extinguido durante el siglo XX. De las 670 lenguas de Indonesia, 52 tienen menos de 200 hablantes, 121 tienen de 200 a 1.000 y 200 cuentan entre 1.000 y 10.000.

Papúa-Nueva Guinea

La tierra más rica del globo en lenguas es también la que presenta los riesgos de extinción más elevados. Encontramos 130 lenguas habladas por menos de 200 personas; 290 lo son por menos de 1.000, y entre las que los son por más de 1.000, muchas no son conocidas más que por los adultos. La presión del tok pisin y del hiri motu, las dos lenguas pidgin habladas en las ciudades, en particular en Port Moresby, la capital, casi pudo vencer al coyarí, que se hablaba en una región próxima, y podría también acabar con el yimas, hablado en el bajo valle del Sepik, aunque las mujeres sigan apegadas a su uso.

Australia

Australia es sin duda el continente en el que los estragos infligidos a las lenguas, como a los hombres, han sido los más rápidos y los más violentos. Hace 200 años, había, muy probablemente, de 1 a 2 millones de aborígenes que hablaban alrededor de 250 lenguas, más de 50 muertas desde la llegada de los europeos. Otras 150 están moribundas en el presente. Sobre las 50 restantes, existe un número creciente, quizá más de la mitad (véase Dixon, 1991), que los niños de menos de 15 años no conocen. Sólo de 5 a 10 lenguas, cifra que varía según los autores, son habladas por más de 1.000 personas. Se sitúan sobre todo en las zonas en las que los blancos entraron más tarde, y en las que aún no están más que parcialmente establecidos: territorios del norte, partes septentrionales de Australia del sur, de Australia del oeste y del Queensland.

Filipinas y Taiwan

En Filipinas, ciertas lenguas de la familia indonesia, como el tagalo, lengua oficial con el inglés, o como el cebuano y el ilocano, las hablan varios millones de personas, y no están en peligro. Sin embargo, 6 lenguas de esta familia tienen menos de 200 hablantes y es probable que 3 de estas últimas estén hoy extinguidas. Las lenguas indígenas de Taiwan, pertenecientes a la familia austronesia, eran al menos unas 30 en el momento de la llegada de los colonos holandeses en 1622. Pero fueron sometidas dos veces a la dominación del chino: por una parte, en 1661, unos oponentes chinos a la dinastía manchú de los Qing, que se había instalado en Pequín 17 años antes, fueron a Taiwan, echaron a los holandeses, y emprendieron la sinización de la población; por otra parte, en 1949, según el mismo esquema, el gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek, expulsado de la China continental, se instaló en Taiwan. El resultado es que no quedan más que 10 lenguas autóctonas, y la situación de las que hablan menos de 2.000 personas es bastante precaria.

Casos concretos de extinciones de lenguas en diáspora

Numerosos ejemplos en el mundo

Se ha comprobado que ninguna de las lenguas mencionadas como caso de extinción *in situ* (en los lugares donde vive la mayoría de sus hablantes) no pertenece a Europa (si exceptuamos las lenguas célticas), ni al Magreb, ni a Oriente Próximo ni al Asia anterior. Éstas son, en efecto, unas tierras donde se hablan lenguas sólidamente instaladas, o que se usan para la difusión internacional. Sin embargo, las lenguas no mueren sólo en su tierra. Pueden desaparecer también en una diáspora en la que se ha instalado una parte de sus hablantes. Hemos podido ver, en el capítulo 6, que éste es el caso del húngaro de Austria oriental, del dialecto albanés arvanitika de Grecia, del bhojpuri de Trinidad o del armenio en Francia.

Sobre la suerte de las francofonías de Terranova y Ontario

Hay dos ejemplos sorprendentes que conciernen al francés, en dos lugares cuya potencia de absorción es elevada y que están evidentemente situados en la Norteamérica de mayoría anglófona. Uno se encuentra en la península de Port-au-Port en la provincia canadiense de Terranova, donde los acadienses se instalaron entre mediados del siglo XIX y los primeros años del XX. En esa época, la población francófona era de 2.000 almas, mientras que ahora apenas tiene 1.000, sobre todo en los pueblos de Cabo Saint-Georges y La Grand'Terre; los otros dos, L'Anse-à-canards y Stephenville no tenían, en 1980, más que subusuarios de más de 50 años. El futuro del francés de Terranova, lengua de una ínfima minoría rodeada de anglófonos a los que las nuevas generaciones sólo sueñan con imitar, parece muy sombrío, a menos que surja un prodigio. El segundo lugar de francofonía en peligro es la ciudad de Welland, en Ontario, próxima a las cataratas del Niágara. Allí fueron a instalarse después de la Primera Guerra Mundial, atraídos por el desarrollo de las industrias del hierro, del acero, del caucho y de los textiles, unas 40 familias francocanadienses de Quebec, que constituían, en el censo de 1981, un 15,5 % de los 45.000 habitantes de la ciudad. Sin embargo, el peso de la mayoría anglófona y su presencia en todos los lugares de trabajo, el constante aumento de los matrimonios mixtos, así como la

enorme presión de los medios de comunicación, traen como efecto un desinterés de los más jóvenes con relación con el francés, a pesar de las numerosas medidas que lo apoyan.

Sólo Quebec es hoy capaz, en Norteamérica, de defender eficazmente, por ley, una lengua francesa que habla un grupo aislado de 6.000.000 de personas, sumergido en un océano de casi 250.000.000 de anglófonos. Y a pesar de lo que digan algunos anglófonos deseosos de defender la libertad de lengua, la situación es la misma que evoca la célebre frase atribuida a Lacordaire: «Entre el fuerte y el débil, está la libertad que oprime y la ley que libera».

Sobre la historia del noruego en Estados Unidos

Ya expusimos (véase la pág. 92) un ejemplo de lo que pasaba con el finés en el medio norteamericano, en cuanto a las estructuras lingüísticas. Otro caso es el del noruego. A partir de 1825 y durante una parte del siglo XIX, más de medio millón de noruegos emigraron a Estados Unidos en busca de empleos agrícolas, esencialmente al centro de la parte septentrional del país: norte de Illinois y de Iowa, oeste de Wisconsin y de Minnesota, este de Dakota del Sur y casi la totalidad de Dakota del Norte, con algunas implantaciones más limitadas en Nebraska, Montana, Washington, Oregón y California. La Iglesia luterana y la solidaridad creaban tales lazos que a finales del siglo XIX, en algunas de estas regiones, se podía discurrir por numerosas granjas sin oír otra lengua que el noruego. Pero en la década de 1910, una necesidad de integración de los más jóvenes a la sociedad anglófona comenzó a provocar una caída del aprendizaje del noruego. ¡La idea según la cual los noruegos no perdían su identidad ni dejaban de ejercer actividades típicamente noruegas si daban al inglés un puesto de privilegio se abrió paso! El noruego se siguió acantonando sobre todo en el uso familiar. Por el volumen creciente de sus préstamos del inglés, que invadieron el vocabulario y luego la gramática, se convirtió en un noruego americanizado. Podemos imaginar (véase Haugen, 1989, pág. 73) que, entre los 4.120.000 norteamericanos que reivindicaron su origen noruego en el censo de 1980 en Estados Unidos, los 184.491 que se declararon hablantes del noruego tenían una práctica que permite asegurar que allí la lengua está todavía muy viva.

Lenguas de insulares, lenguas regionales y lenguas judías

Hay que considerar como casos aparte los de las comunidades que, durante mucho tiempo, no se han organizado en Estados, o siguen sin hacerlo, pero además unas (lenguas de pequeñas islas costeras) han vivido en un largo aislamiento y otras (lenguas regionales y lenguas judías) han sido víctimas, a través de los siglos, de discriminaciones o de persecuciones permanentes, bien en el seno de Estados constituidos, bien a través de sus migraciones y transhumancias. Las lenguas de estas comunidades no están amenazadas por igual. Pero algunas de ellas están moribundas o muertas.

Lenguas de pequeñas islas costeras, o las variedades moribundas de lenguas con buena salud

Es evidente que las lenguas de insulares están lejos de estar todas en peligro. No es el caso ni del inglés británico ni del japonés ni del islandés ni de otras numerosísimas lenguas, que se hablan en Estados independientes establecidos desde muy antiguo y comprometidos a menudo desde hace mucho tiempo en unas empresas de gran expansión. En cambio, existen lenguas de pequeñas islas costeras cuya situación se transforma y que, a menudo, se encuentran en peligro. Tal es el caso, en Estados Unidos, de dos islas de la costa atlántica. Una, la isla Smith, perteneciente al Estado de Maryland, está situada en la bahía de Chesapeake, a 16 km de la península de Delmarva, en el continente. Otra, la isla Ocracoke, perteneciente a Carolina del Norte, forma parte del banco insular que bordea toda la costa septentrional de ese Estado. Estas islas, pobladas ambas por colonos que llegaron del sur de Inglaterra a mediados del siglo XVII, han estado hasta época reciente aisladas del continente, al que hoy no les une todavía ningún puente. Allí se han desarrollado unas formas de inglés específicas y conservadoras, tanto para la gramática como para la fonología.

Estos dialectos del inglés están desapareciendo, según un proceso que se acelera en el momento actual, pero que no es idéntico en los dos casos. En la isla Smith, la desaparición se explica por la reducción del número de habitantes, que eran 700 en 1960 y 450 en 1990 (véase Schilling-Estes y Wolfram, 1999). La despoblación la causa el declive de las actividades tradicionales de pesca, esencialmente de cangrejos y ostras, y como conse-

cuencia se produce el éxodo de insulares que parten al continente en busca de empleo ya que su isla está amenazada, además de que la bahía se está hundiendo y de que, tras cien años, el terreno casi es inhabitable. En la isla de Ocracoke, el turismo ha sustituido a la economía tradicional, fundada también sobre las actividades de la pesca. La instalación de un número creciente de habitantes del continente que construyen en Ocracoke segundas residencias y los matrimonios con los insulares acarrean la pérdida de las particularidades del dialecto y su fusión con el inglés continental de Maryland, mientras que el dialecto de la isla Smith, al desaparecer sólo por falta de hablantes y no bajo el empuje del contacto con otra lengua, conserva todos sus rasgos y no se altera. Vemos pues que no sólo hay hablas que mueren entre las diversas formas de una lengua sana, como aquí el angloamericano, sino que, además, las causas del fenómeno son diversas.

Lenguas regionales

La conciencia política de los vascos españoles no es ajena al mantenimiento del vasco en Francia, y lo mismo sucede con el alsaciano por la vecindad de Alemania o con el catalán hablado en Cataluña. El corso está asistido por el tradicional aislamiento insular, y sobre todo por el sentimiento de identidad que proviene de la originalidad de esta lengua en la que, mucho tiempo antes del milenio de impregnación toscana, se había desarrollado ya un sustrato prelatino y más tarde unos arcaísmos romanos propios de la cuenca tirrena. Pero la omnipresencia del francés y la importancia de lo que éste representa en la historia de la nación gala no son unos factores favorables, a pesar del reciente cambio de política, para el desarrollo de las lenguas regionales.

Lenguas judías

Las lenguas judías, es decir las que se han constituido a partir de idiomas en uso en los países de la diáspora, han seguido la suerte de las mismas comunidades judías. El judeoalemán (= yiddish) era la lengua de los judíos de Europa, cuya aplastante mayoría ha sido exterminada entre 1939 y 1945. Parecería que el mundo expresado por el yiddish sea casi mítico (véase Szulmajster-Celnikier, 1991, cap. XI). Sin embargo, parece que se esboza una especie de Renacimiento (véase el cap. 11).

La situación es muy precaria, y por la misma razón (véase Séphiha, 1977) en lo que concierne al judeoespañol (= judezmo). El judeoárabe magrebí, bajo sus tres variantes, tunecina, argelina y marroquí, no ha sido transmitido por sus últimos hablantes, y por las mismas razones que las otras lenguas judías: la partida a Israel, Francia o Estados Unidos implicaba la adopción de las lenguas de estos países en la vida diaria, tras romperse las condiciones naturales del mantenimiento de las lenguas judías con la desaparición de los marcos tradicionales de su vida. Los hablantes que no salían eran personas mayores, por ejemplo algunos usuarios del judeoespañol de los Balcanes o de Turquía. Así, todas esas lenguas están hoy en día moribundas.

Lo que se pierde cuando las lenguas mueren

Después de esta travesía rápida pero edificante por los territorios de extinción, podría decirse que el destino de todas estas lenguas que desaparecen es el de muchas otras manifestaciones de culturas humanas, y que no hay lugar para cansarse con lamentaciones. Puede ser útil, sin embargo, preguntarse qué significa esto en cuanto al patrimonio de los hombres, y qué se pierde cuando las lenguas mueren. Las lenguas, sin agotar el contenido de las culturas, son un componente fundamental de éstas, la parte de genio que se deposita en cada una de ellas es tan grande como para que la muerte de un gran número sea una especie de catástrofe, y lo que desaparece se pierde para nuestro fondo universal de humanidad.

Lengua y cultura

La coartada de la adaptación

Como sabemos, hay otros componentes distintos a la lengua que definen una cultura. Por ejemplo, en Estados Unidos las numerosas comunidades de antiguos inmigrantes que conservan, aunque americanizadas desde hace mucho tiempo, sus costumbres culinarias, y que se ven ayudadas por la cuasiinexistencia, en la cultura norteamericana como tal, de algo que se parezca a una gastronomía, pueden persuadirse con todo el derecho de que no han perdido, al asimilarse, todo lo que les definía. Es cierto, por lo demás, que el apego a una comunidad no desaparece con la

pérdida de la lengua, como podemos ver, en este mismo país, entre las que mantienen el recuerdo de sus orígenes por medio de organizaciones de solidaridad en las que los descendientes se vuelven a encontrar en fechas fijas, así como a través de los estudios e investigaciones universitarios, o de trabajos históricos y genealógicos.

Pero algunos van más lejos. No faltan comunidades que, al cambiar de lengua bajo el pretexto de la necesidad que sienten de adaptarse a un nuevo entorno, intentan convencerse de que perder su lengua no es perder su identidad, y que al adoptar el idioma dominante pueden ser más eficazmente ellos mismos, porque se hacen entender más fácilmente por la mayoría. En realidad, se trata de justificar un abandono a móviles puramente económicos. ¿Es necesario subrayar que este argumento, utilizado por comunidades de inmigrantes en los nuevos países donde van a hacer fortuna, es una coartada no exenta de hipocresía? Conviene reconocer que, en realidad, la pérdida de la lengua equivale a perder el instrumento mismo por el que una cultura se expresa más directamente. Es una pérdida grave para el mantenimiento de una identidad y para la fuerza simbólica que el uso de la lengua confiere a esta última. En las comunidades indias de Norteamérica ése es, hoy, tema de debate apasionado. Algunos aseguran que no es necesario hablar el idioma de la tribu para participar en danzas en las que éste se reconoce, o en actividades sociales que son signo de la cultura étnica. Consideran incluso que es concebible un discurso en inglés sobre temas tradicionales, y que se pueden incluir algunos rasgos importantes del discurso en lengua vernácula. Tenemos derecho a dudarlo.

Las actividades verbales y la cultura

Las expresiones verbales de una cultura tienen su origen en su historia y llegan hasta lo más profundo de su identidad. «Si no hablas la lengua», decía una mujer de la tribu iroquesa de los oneida que había realizado investigaciones etnológicas sobre los suyos, «no puedes comprender la cultura» (véase Jocks, 1998, pág. 219). Se refería a las ceremonias durante las cuales se instauraban intercambios oratorios entre los miembros de la tribu, y que pertenecían al fondo primordial de la cultura iroquesa. Hemos visto, por otra parte, a propósito de los cazadores-recolectores yaaku de Kenia y de las sociedades tradicionales australianas, que la desaparición del modo de vida y de las costumbres acarrea la pérdida de la

lengua. Si la lengua está lejos de ser la única expresión de una cultura, sí que engloba a todas las demás, ya que las traduce en palabras; por lo tanto conserva un lugar importante, y su pérdida puede, a largo plazo si no es de inmediato, causar la de la cultura entera.

Las lenguas y el género humano

Prodigios de las lenguas iniciáticas

En Australia, como en África o en la América precolombina, existían lenguas iniciáticas, es decir lenguas secretas que, reservadas exclusivamente para períodos de iniciación de los jóvenes, les eran enseñadas durante esos períodos, y ya no debían, según la tradición, ser utilizadas más. Un ejemplo es el damin, lengua de iniciación que antes existía en la población de los lardil, en la isla de Mornington (en el Queensland del norte de Australia). Se aprendía en un estado avanzado de noviciado. El lingüista a quien fue revelada su existencia en 1960 sólo pudo recoger unos restos a través de unos hombres muy mayores (véase Hale, 1992). Sólo podían acordarse, en efecto, los hombres que habían sido iniciados antes de las primeras décadas del siglo XX, es decir antes de la llegada de la misión cristiana que entonces llegó para administrar la isla. Pues por esa fecha los sacerdotes, hostiles a los ritos animistas y a la educación sexual que comportaba la iniciación, prohibieron la práctica, según la inspiración general de los misioneros cristianos que, evidentemente, siempre y en todos los sitios (aunque a veces con algunos escrúpulos), desde Guinea a la Amazonia, desde Alaska a la Patagonia y desde el siglo XVI al XXI, han destruido y destruyen las culturas tribales por ser (así lo creen) incompatibles con el Evangelio.

El damin es una lengua inventada, como lo son en general las lenguas de iniciación. Y lo que se descubre de invención es totalmente asombroso. En fonética, el damin contiene sonidos conocidos en una única parte del mundo, Sudáfrica, a saber, las consonantes «chasqueantes» de las lenguas bantúes de la familia ngoni y de las lenguas khoisan: estas consonantes se producen por aspiración del aire, en lugar de la espiración que es propia de todas las demás, lo que da, por ejemplo, en las bilabiales, sonidos parecidos al ruido del beso; el damin comprende sonidos que tampoco se encuentran en ninguna otra lengua del mundo, sobre todo una lateral sorda ingresiva, es decir, en términos más simples, una consonante *l* realizada tra-

gando el aire y sin vibración de la voz. Pero lo verdaderamente notable es, sobre todo, el vocabulario del damin (la morfología y la sintaxis son las del lardil). El damin estaba concebido para ser aprendido en un día. Eso implicaba un número reducido de palabras, menos de 200 en total, y en consecuencia un nivel muy alto de abstracción, que permitiera la existencia de términos de espectro semántico muy amplio: toda palabra damin debía poder cubrir el número considerable de sentidos que son expresados en cualquier otra lengua por una palabra distinta.

Así, no existen más que dos verbos para el sentido general de «actuar», que se emplean uno cuando el efecto de la acción es perjudicial y el otro cuando no lo es; cualquier otra distinción semántica, es decir los demás sentidos que son, en cualquier lengua, los de todos los verbos tanto transitivos como intransitivos, se deducen del contexto, puesto que la acción que ejerce, ya sea X sólo, o X más Y, se puede concebir en función del sentido de X o de Y. Sin embargo, importa que haya un límite a la abstracción, pues para que una lengua pueda funcionar, hay que dejar un sitio al poder expresivo. Por eso el damin contiene también ciertos términos de semántica tan precisos como los correspondientes al lardil, por ejemplo, uno para los pescados óseos, otro para el conjunto homogéneo de los pescados con cartílago, tiburones y pastinacas y otro finalmente para el conjunto heterogéneo de las tortugas de mar y de las vacas marinas.

Esta sabia dosificación de abstracción y de preocupación por lo concreto reclama un conjunto de actividades sutiles del espíritu para sentar las bases de una lengua que las tradiciones destinan a unos usos rituales concretos. Sabemos muy poco, aparte de lo dicho más arriba, sobre el damin; no conocemos nada de su pasado, ni de la evolución que ha podido o habría podido conocer. Pero lo poco que se vislumbra de esta lengua permite adivinar toda la pérdida que su desaparición representa en materiales preciosos para el conocimiento de las actividades mentales, y más generalmente para las ciencias cognitivas.

Cinco maneras de correr y otras tantas de estar sentado

Algunas lenguas expresan con asombrosa precisión las circunstancias, variables según la identidad y el número de participantes, en las que se efectúan diversos movimientos o se adoptan diversas posiciones. Así, por ejemplo, para un único verbo como el español «correr», se destinan

en el pomo central, hablado todavía por algunos ancianos que viven en las reservas a 160 km al norte de San Francisco, cinco formas verbales que combinan diferentes afijos y radicales; una significa que la carrera es emprendida por una sola persona, otra que son varias personas, la tercera que el corredor tiene cuatro patas y que se trata, literalmente, de un coyote, un gamo o un perro o bien, metafóricamente, de una persona mayor; la cuarta indica que tenemos, en lugar de uno solo, varios corredores del tipo precedente, y la quinta se refiere a un grupo de humanos en un coche. En esta misma lengua se designa con cinco verbos diferentes el hecho de estar sentado; en un caso se trata de una sola persona en una silla o de un solo pájaro en una rama, en otro de varias personas o pájaros, en un tercero de una persona sentada en el suelo, en un cuarto de varias en esta misma posición y, en el último, de un recipiente con líquido puesto sobre la mesa (véase Mithun, 1998, así como para los tres ejemplos siguientes, sacados del pomo).

Se puede pensar que esta actitud en la descripción de las acciones o de las posturas es un lujo que se pueden permitir las civilizaciones occidentales modernas, orientadas hacia la eficacia y el rendimiento. Pero por una parte nada indica que el empleo de una lengua como ésa constituya un obstáculo para actuar, y por otra parte, su desaparición nos priva de una preciosa huella del talento humano, tal y como se manifiesta en la reconstrucción verbal del mundo.

La división del trabajo lingüístico

En español se dice *parar de coger* (fruta, etc.). Los dos elementos de este conjunto son verbos plenos, aunque sea verdad que en *él para de coger*, el segundo se ha reducido al estatuto de nombre verbal. El equivalente pomo de *parar de coger* es *š-yé-w*, es decir, palabra por palabra, *š-* = PREFIJO indicador de la acción de coger + *yé* = verbo «pararse» más *-w* = SUFIJO que significa finalización de la acción. En otros términos, mientras que el español expresa la acción de coger con un verbo, el pomo lo hace con un prefijo, y expresa con un verbo la acción de parar. Esta lengua india revela, así, una posibilidad que las lenguas indoeuropeas generalmente no permiten sospechar, que es confiar la expresión de nociones absolutas, como «coger», a unas herramientas gramaticales como los prefijos. El fenómeno no se limita al pomo: en zuní, que en 1990 hablaban 8.000 personas de un pueblo de Nuevo México, y que debe considerarse

como amenazado, más de un tercio del vocabulario está constituido por elementos que se distinguen de los nombres por el hecho de ser invariables y no utilizar un afijo de nombre singular o plural; por esta razón, esos elementos son llamados «partículas» por los especialistas de la lengua; a esta categoría pertenecen ciertas palabras que expresan nociones que, en español, son nombres o adjetivos, como *tepi* «gato salvaje», *citta* «madre» (así como todos los nombres de parentesco), *šiwani* «hacedor de lluvia» o *kìayu* «fresco».

Lo que precede ilustra una asignación de sentidos a las palabras instrumentales invariables, en pomo central o en zuní, que en inglés, francés o español son dados por verbos o por nombres. Estos hechos son bastante singulares si los relacionamos con las características de la mayoría de las lenguas. El conocimiento de estos fenómenos permite hacerse una idea, mejor que sólo con el examen de las lenguas occidentales bien descritas y vivas, sobre las posibilidades de disponer de instrumentos de expresión.

El reagrupamiento sutil de los sentidos

Si examinamos la manera en que una lengua puede emparentar los sentidos, vemos cómo se reúnen de manera lógica algunos sentidos diferentes entre sí, que un español nunca habría juntado en la misma palabra. Así, por ejemplo, las tres palabras del pomo *ba-yól*, *s-yól* y *š-yól*, significan respectivamente «introducir palabras de repente en una canción que estamos tarareando», «bajar —a la garganta— las galletas con café o té» y «remover con una cuchara». A un español, de ordinario, no se le ocurriría considerar emparentadas estas tres acciones que, por el contrario, le parece que no guardan relación entre ellas. Ahora bien, observamos que en pomo el radical *yól* «mezclar» figura en las tres palabras; como ya hemos oído, que *ba-* significa «oralmente», *s-* «chupando» y *š-* «teniendo un mango», las tres palabras significan literalmente «mezclar oralmente», «mezclar chupando» y «mezclar con un objeto con mango».

Si se considera que las comunidades humanas construyen sus lenguas según las asociaciones que sus culturas establecen entre las cosas y que, recíprocamente, el reflejo de estas asociaciones en las palabras hace más tarde que sus descendientes restablezcan las mismas relaciones entre las cosas, se entiende que el pomo encarna una concepción muy original de los objetos con relación a la que denotan las lenguas occidentales. Tesoros de este tipo se pierden cuando las lenguas mueren.

La riqueza de maneras de no asumir

He llamado *mediafóricos* (véase Hagège, 1995), es decir referentes (*fóricos*) a un intermediario (*media-*), a las herramientas gramaticales que poseen numerosas lenguas, y que permiten al hablante imputar a otro lo que él asevera, a saber, hacer conocer que él lo dice por oídas o por deducción, según otro testimonio distinto al suyo. El francés no posee para ello una herramienta exclusiva, pero conoce un empleo *mediafórico* del condicional. Si, por ejemplo, los evangelistas hubieran escrito en francés, podrían haber querido emplear este modo, en caso de duda. Leeríamos entonces, en san Marcos, 9,2, tomado aquí como ejemplo: «*Six jours après, Jésus* aurait pris *avec lui Pierre, Jacques et Jean, et il les* aurait conduits *seuls à l'écart sur une haute montagne. Il* aurait été *transfiguré devant eux; ses vêtements* seraient devenus *resplendissants*».*

Ciertas lenguas disponen de un rico inventario de medios para señalar que el locutor no asume lo que se dice; algunas de ellas se encuentran en vías de extinción. El pomo central sigue proporcionando todavía un asombroso ejemplo. Al lado de un sufijo *-ya*, que indica que lo que se dice proviene del conocimiento por observación directa, existen al menos otros cuatro que son mediafóricos, *-do, -ìdo, -nme* y *-ka*, que denotan, respectivamente, la información que se tiene de una persona específica, el saber por oídas, la conciencia por percepción de un ruido que indica que el acontecimiento es seguro y, en fin, la suposición por deducción lógica. Se puede considerar con todo el derecho que la extinción de una lengua que posea tales medios produce una seria laguna en nuestro conocimiento de los vastos recursos cognitivos de los idiomas humanos.

Las enseñanzas de la diversidad

- El ejemplo amerindio

La mayor parte de las lenguas de Europa (véase Hagège, 1994) pertenecen a una sola y única familia, llamada, como se sabe, indoeuropea. El contraste con las lenguas indias de Norteamérica, en su mayoría en pe-

* El español podría obtener el mismo empleo del condicional: «Seis días después, Jesús *habría tomado* con él a Pedro, Santiago y Juan, y les *habría llevado* a solas aparte a una alta montaña. Se *habría transfigurado* ante ellos; sus vestimentas se *habrían vuelto* resplandecientes». (*N. del t.*)

ligro, es asombroso. Éstas constituyen más de 50 familias distintas y puede que más de 60, a decir de algunas clasificaciones (véase Campbell y Mithun, 1979). Algunas de las familias se reducen, como el zuní antes citado, a una sola lengua, en acusado contraste con otras, como el atapasco —eyaco— tlingit, que contiene al menos 40 lenguas. Se ha intentado, evidentemente, realizar reagrupamientos para reducir esta abundancia, por ejemplo en tres grandes familias (véase Greenberg, 1987), pero estos intentos están lejos de haber encontrado el asentimiento general (véase Campbell, 1988).

La diversidad genética de las lenguas amerindias se duplica con una diversidad tipológica muy notable: estas lenguas, desde el punto de vista de sus rasgos estructurales, difieren todavía más entre ellas de lo que difieren juntas con las lenguas indoeuropeas en su conjunto. En algunas, las realidades que genera el contacto con los extranjeros han sido designadas por asociación ingeniosa de palabras autóctonas en conjuntos complejos, adaptados a las costumbres morfológicas. Así, en la más oriental en otros tiempos de las lenguas de las cinco tribus de la liga iroquesa, el mohaqués, idioma en el que la mayoría de los nombres vienen de frases en verbos, «escuela» se dice literalmente «la utilizan para enseñarnos a conocer las palabras». Otras cien maneras de designar el universo y de acomodar los préstamos se encuentran en otras lenguas en peligro, limitándose incluso al conjunto amerindio en concreto.

- Si sólo existiera el inglés...

Si no existiera en la tierra otra lengua más que el inglés, ¿qué conoceríamos del funcionamiento del espíritu humano, tal y como se refleja a través de las estructuras de la lengua, y qué sabríamos de los principios fundamentales de la gramática? Seguramente conoceríamos mucho, pues el inglés, como cualquier otra lengua, ilustra gran número de esos principios. Pero es evidente que ignoraríamos también un número mayor de otros principios, que encuentran su aplicación en la inmensa diversidad de las lenguas humanas.

Ésta es una de las razones científicas por las cuales la muerte de las lenguas no puede dejarnos indiferentes: de sus propiedades, que son las manifestaciones históricas y sociales de la facultad de lenguaje, sólo podemos conocer, si nos atenemos a una sola lengua de la que se hiciera un estudio muy atento y profundo, lo que cierta cultura seleccionó, a través de milenios de elaboración refinada, en los que ha construido sus mo-

dos de expresión, de manera inconsciente o más a menudo semiinconsciente. Es imposible, con una base tan limitada, llegar a conocer el conjunto de los rasgos universales que definen una lengua. Algunos de los rasgos planteados podrían, en realidad, ser propiedades específicas del inglés, pero faltarían otros, que forman parte integrante de la definición, y que el inglés no permite percibir.

- La extinción de las lenguas y la ciencia lingüística

En el universo de las lenguas humanas, lo que aquí es aparente, allí está enmascarado. Así, como el ejemplo que antes he apuntado, lo que en una lengua se considera un radical, fundamento primero de una palabra, se confía en otra a un prefijo o a un sufijo, elementos periféricos. Lo que aquí es un hecho gramatical rutinario, allí es un fenómeno excepcional. Lo que una comunidad lingüística considera digno para recibir a una palabra, otra lo pasa por alto y no le concede ningún acceso directo al habla propia.

La ciencia del lenguaje y de las lenguas no se puede contentar con ser una axiomática con fundamento unilingüe. Debe explotar, con toda necesidad, todo su material, que es considerable. Y precisamente porque las lenguas mueren, o se encuentran en peligro de muerte, la lingüística está amenazada por derivaciones retóricas que alientan la indigencia de la base factual concreta. Así pues, el debilitamiento de la diversidad de lenguas es, a largo plazo, el de la misma lingüística. Podría incluso ser una gran pérdida para otras ciencias humanas. Pues ¿cómo podemos hacernos una idea fiel y completa de las capacidades creativas del espíritu, si los testimonios de las realizaciones que no están atestados en ninguna parte se sumen en el olvido?

El perjuicio ecológico y genético

Las previsiones más pesimistas, fundadas en el número de lenguas en estado de obsolescencia o de agonía, evalúan en un 90% las pérdidas probables en el horizonte del año 2100, lo que representa 4.500 lenguas sobre 5.000.

Se puede hacer una comparación con las especies zoológicas y botánicas. Según un estudio de especialistas del que la prensa se ha hecho eco recientemente (véase el diario *Le Monde*, 10 de marzo de 2000), el ritmo

de desaparición de las especies vivas es hoy de mil a diez mil veces superior al de los grandes períodos geológicos de extinción. Contribuyen a este notable resultado la agricultura intensiva (menos del 30 % de las especies vegetales procuran más del 90 % de los alimentos de la población mundial), la deforestación masiva y metódica (aunque anárquica) y la urbanización e industrialización. El resultado es que una proporción considerable de alrededor de 1.650.000 especies actuales, que se reparten en 45.000 vertebrados, 990.000 invertebrados y 360.000 plantas, se encuentra en peligro de extinción inmediata. Para dar algunos detalles, podemos retener que de 4.400 especies de mamíferos, 326, es decir el 7,4 %, y de 8.600 especies de aves, 231, es decir el 2,7 %, se encuentran en peligro. Con todo, esas cifras son optimistas y los que las propagan consideran que, teniendo en cuenta los problemas de recuento de los animales, sería más exacto hablar de 10 % en los mamíferos y de 5 % en las aves. Si la progresión continúa al ritmo actual, el 25 % de las especies animales corren el riesgo de ser borradas del globo antes de 2025, y el 50 % antes de 2100, es decir, en unas proporciones sensiblemente iguales a las de las lenguas.

Sin embargo, también podría suceder que si la tendencia no se invierte, sí se reduzca al menos el ritmo. En efecto, los Estados más prevenidos del peligro inmenso han adoptado o adoptan medidas. Existen más de 40 organismos internacionales de las Naciones Unidas para la salvaguarda de la naturaleza. Y además la iniciativa privada no está ausente: se cuentan más de 300 asociaciones para la protección tanto del mundo animal como vegetal.

La desaparición de las lenguas se debe considerar como un grave daño sufrido por lo que se ha dado en llamar «genoma lingüístico» de la especie humana (véase Matisoff, 1991, pág. 220), o patrimonio de genes lingüísticos que representa el conjunto de lenguas vivas y muertas desde el origen de los tiempos. ¿No hay nada que podamos hacer para reaccionar contra ese daño? Las lenguas que todavía están vivas, ¿son acaso menos dignas de ser protegidas que las especies animales o vegetales?

Capítulo 9

Factores de mantenimiento y lucha contra el desastre

LOS FACTORES DE MANTENIMIENTO

La conciencia de identidad

La actitud actual de una parte de los bretones, escoceses y occitanos, por no poner más que unos ejemplos, puede ser considerada como una novedad. Mientras que los factores esenciales del abandono de estas lenguas han sido el alejamiento en los planos económico, social y político y la pérdida de prestigio resultante, se nota que desde hace poco aparece un resurgimiento de orgullo entre los más conscientes. Éste es un factor que puede obrar en un sentido opuesto al de las fuerzas de dislocación. Como herederos de una tradición de humillación, se rebelan contra ella y extraen un alto sentimiento de identidad de lo mismo que les hacía despreciar la lengua ancestral: su marginalidad o la de sus hablantes.

Un fenómeno análogo se ha puesto de relieve entre los aborígenes de Australia, despreciados por los blancos no contentos con haberles desposeído de sus tierras. Estas mismas lenguas que son, junto con la cultura que expresan, el blanco del desprecio, se convierten a menudo en el objeto de un renovado interés por parte de los aborígenes que las abandonaban para adaptarse. Pues les permiten afirmar su identidad, sobre todo en las situaciones en que pueden, por añadidura, desafiar a la autoridad de sus adversarios, los policías blancos, frente a los cuales los idiomas aborígenes se emplean como lenguas secretas (véase Wurm, 1991, pág. 15). Poder hablar entre sí una lengua secreta que los adversarios no comprenden es, por supuesto, un factor de apego a esta lengua, en la medida en que tal situación confiere el sentimiento de una superioridad, que el rechazo racista de los opresores recusa obstinadamente. Pero este

empleo de lenguas aborígenes para provocar a los blancos no es más que uno de los aspectos de un despertar general de la conciencia de identidad en los australianos autóctonos. En julio de 2000, los aborígenes más determinados reclamaron un reconocimiento del grave perjuicio causado a los niños que se arrancó por la fuerza de sus familias y de sus lenguas durante casi todo el siglo XIX.

La conciencia de identidad es particularmente fuerte en las comunidades estructuradas con solidez, como lo están ciertas tribus de las pendientes orientales de los Andes, sobre todo los chuars (Ecuador), los campas (Perú) y, a escala numérica más importante, los aymaras de Bolivia. Se cuenta incluso que un dirigente de la tribu de los cogui (grupo aruaco de la familia lingüística de los chibcha, que vive a media altura en la Sierra Nevada de Santa Marta en el departamento de Magdalena en Colombia) había prohibido a la población hablar español, con el deseo de preservar su identida cultural y su homogeneidad (véase Adelaar 1991, pág. 51).

La vida separada: hábitat particular, aislamiento y comunidades rurales

El hábitat autóctono

La preservación de una lengua autóctona parece favorecida por el apego al territorio originario de los hablantes. Por el contrario, los desplazamientos, reinstalaciones y deportaciones de los hablantes fuera de su patria tienen efectos negativos sobre la conservación de sus lenguas. Ya dijimos antes (véase la pág. 89), que el cayuga se mantiene mejor en la región de los Grandes Lagos norteamericanos y canadienses, hábitat original de los iroqueses (Ontario es una palabra iroquesa que significa «bello *[io]* lago *[ontar]*»). El cayuga está, en cambio, más amenazado en Oklahoma, Estado donde han sido desplazados en reservas, al comienzo (1834), los indios de las «cinco naciones», y más tarde otros pueblos indios expulsados de sus territorios.

Del mismo modo, en la antigua Unión Soviética los desplazamientos, voluntarios o impuestos, y en particular las reagrupaciones, durante los años cuarenta, en granjas colectivas, han tenido consecuencias nefastas sobre las lenguas de varias poblaciones, sobre todo el naukán y el nivejí, que deben su supervivencia presente a una conciencia étnica bastante fuerte; ésta neutraliza, casi hasta hoy, los efectos de otro factor ne-

gativo que afecta al nganasan, la dispersión; por el contrario, numerosas lenguas, incluso cuando el número de sus hablantes es muy débil, se mantienen bien en las regiones, en particular montañosas o de acceso difícil, donde viven desde hace mucho tiempo sus usuarios: éste es el caso, por ejemplo, de las del Daghestán (este del Cáucaso), del bat en Georgia, o de los idiomas del Pamir (yazgulamí, bartangi y otras lenguas iraníes).

La opción del gueto y la endogamia

Lo que causa el aislamiento debido a condiciones naturales, puede causarlo también una opción social. Los chinos norteamericanos de la tercera generación residentes en los guetos de los barrios que ellos pueblan exclusivamente (*chinatowns*) pasan menos a menudo al inglés que es su lengua materna que los que viven fuera de estos lugares de segregación voluntaria. La endogamia constituye también un factor de mantenimiento, ligado al precedente, ya que la salida fuera del grupo favorece la exogamia, y cuando concluye deja a la lengua en peligro.

La vida rural

- Apartados de grandes ejes y ríos

La vida en el seno de las comunidades rurales es otro factor importante para el mantenimiento de las lenguas. Pero ese factor sólo actúa verdaderamente cuando dichas comunidades viven apartadas de los grandes ejes de circulación. Como se ha señalado (véase Dixon, 1998, pág. 82), la mayoría de las lenguas indígenas que han podido sobrevivir en la cuenca del Amazonas se encuentran entre las de las etnias que viven bastante apartadas de los principales ríos; si vivieran en su vecindad inmediata, estarían expuestas a los contactos con las comunidades más numerosas, que son también aquellas en las que la actividad económica está fundada en la explotación de los recursos hidrográficos. En un entorno diferente, citaremos el de los nubios, que continúan viviendo en el campo desde que la construcción de la presa de Asuán y la creación del lago Nasser provocaron desde 1960 la inundación de su antiguo territorio y eso les ha hecho emigrar un poco más al norte; no sólo están muy lejos de El Cairo,

sino además a unos diez kilómetros de las orillas del Nilo. Ellos conceden mucha más importancia que los nubios urbanizados a la conservación de su lengua como símbolo de su pertenencia étnica, y podrían contribuir a su salvaguarda al menos provisional frente al prestigio del árabe y a la arabización total de una parte de la sociedad nubia (véase la pág. 111), que se aparta cada vez más del nubio. Veremos sin embargo, más tarde, que un factor de mantenimiento que debería obrar en favor de este último, la religión, es, en realidad, una amenaza más para él.

- El mantenimiento por una prosperidad repentina: valle de Aosta y Tirol del sur

Lo que hemos dicho arriba posee un valor general, pero no universal. Unas circunstancias concretas pueden hacer que no sea la vida rural, sino al contrario, la renuncia a esta vida, la que se convierta en un factor de mantenimiento de las lenguas. El valle de Ayas, en la región autónoma del valle de Aosta en Italia, conocía una economía agrícola y pastoril hasta los últimos decenios. Pero el paso a una economía fundada en el esquí y el turismo ha traído la prosperidad, y se ha hecho posible financiar un programa preescolar de enseñanza trilingüe para los niños de 3 a 5 años; en este programa, el dialecto francoprovenzal, cuya situación general es precaria, tiene su lugar junto al italiano y el francés.

Las hablas ladinas, que con las de los grisones suizos al oeste y las del Friul al este, constituyen uno de los tres conjuntos dialectales muy frágiles que se agrupan bajo el nombre de retorromance, también se han beneficiado de una asombrosa promoción; sin embargo, los distritos del Tirol meridional (al norte de Italia) donde se encuentran estas hablas son pequeños y discontinuos: son cuatro valles que forman una cruz alrededor de un macizo montañoso de los Dolomitas. Pero se ha desarrollado una industria turística floreciente, articulándose sobre el esquí de lujo. El turismo, que es, ya se sabe, internacional, ha introducido no una lengua amenazante única, sino varias, que además no pueden ejercer un efecto duradero, pues se trata de una actividad estacional y sus habitantes quedan durante las otras partes del año en un claro estado de aislamiento. No hay que desechar la idea de que estos factores hayan favorecido el reforzamiento de las hablas ladinas que se observa desde hace un tiempo.

- Las grandes lenguas de la unión hindú, las menores y el papel de las ciudades

Se sabe que en la India, lo que ha servido a muchas lenguas es la urbanización y no la exaltación de la vida en el campo. El papel desempeñado por Calcuta en el siglo XIX frente al desarrollo del bengalí, y el que tuvo Delhi en la promoción del hindi han sido subrayados a menudo (véase Mahapatra, 1991, págs. 185-186). El Estado acuerda un reconocimiento a las lenguas habladas en un territorio en el que al menos se encuentra una ciudad grande, y este caso, aunque no se recuerde el argumento original, es el de 18 lenguas mencionadas en el famoso artículo VIII de la Constitución de la unión hindú; para algunas como el telugú, el gujaratí, el maratí, el assami y el pendjabí, ello significaba la creación de un nuevo Estado dotado de poderes políticos, y poseer por lo tanto un centro urbano importante. Y a partir de tales centros se han dirigido luchas a veces violentas contra el gobierno federal por el reconocimiento, desde la década de los años cincuenta hasta principios de la de los setenta.

De este modo, el país ha pasado de los 14 Estados y 6 territorios de 1956, todos definidos, hay que subrayarlo, sobre bases lingüísticas, a 22 Estados y 9 territorios. La situación fue, durante mucho tiempo, muy tensa en el extremo nordeste, alrededor del Assam, en las altas mesetas y la cadena del Arakan. En esta zona, que bordea, del sur al norte, diversos países y provincias también plurilingües: Bangladesh, Birmania, Tíbet, y que se une al oeste con la franja oriental del Himalaya, algunas regiones han obtenido finalmente el reconocimiento de Nueva Delhi. Éstas constituyen, pues, nuevas entidades políticas, definidas otra vez bajo el criterio de las lenguas dominantes en las aglomeraciones: Estados del Manipur, del Meghalaya y del Nagaland, territorios del Mizoram y del Arunachal Pradesh. En estos lugares se hablan lenguas de las familias tibetano-birmana (sobre todo garo y manipurí), o mon-jemer (khasi, entre otras); el número de hablantes es variable; llega para algunas hasta unos cientos de miles, pero todas son frágiles, y esta promoción oficial les refuerza contra la potencia de las lenguas que les rodean: bengalí, birmano, assami. En cuanto a las lenguas tribales del resto de la India, habladas por minorías a veces bastante desabastecidas cuando no miserables, su modo de vida rural, aunque contribuye quizás a mantenerlas, no es, en el contexto hindú de hoy, un factor favorable a su promoción.

La cohesión familiar y religiosa

La cohesión familiar y religiosa, que a menudo son solidarias, desempeñan ciertamente un papel como factores de mantenimiento de lenguas. Una y otra han hecho mucho por la permanencia del noruego en Estados Unidos durante un largo período hasta que fue eliminado por la omnipresencia creciente del inglés (véase la pág. 172). Las relaciones entre estos factores son lógicas: la cohesión religiosa da más fuerza a las tradiciones, y una de estas últimas es el respeto por las personas mayores, que son las garantías más seguras para la continuidad de las lenguas ancestrales que han transmitido. Además, en el siglo XIX, la cohesión religiosa llevaba a los noruegos de Estados Unidos a cerrar sus filas alrededor de su Iglesia luterana, en oposición altiva a la dispersión de numerosas obediencias protestantes anglófonas rivales entre ellas.

Además, el papel desempeñado por la religión se observa en Estados Unidos, mina de ejemplos pertinentes, en la medida en que sólo las lenguas poderosamente defendidas son capaces de resistir, incluso sin librarse completamente, al peso del inglés. Existen en el centro y sudeste de Pensilvania, así como, más esporádicamente, en Ohio, Illinois, Indiana y Virginia del Norte y del Sur, unas comunidades alemanas, descendientes de las que se instalaron en los tiempos coloniales. En todos esos hablantes el alemán presenta importantes huellas de erosión, sobre todo la confusión entre los casos de declinación, que se encuentran también en diversos dialectos renanos y otros en Alemania, pero en un estadio menos avanzado. Ahora bien, se constata que estas ruinas son menos acentuadas en los germano-norteamericanos que pertenecen a una de las dos sectas de los menonitas y de los amish, de estricta observancia religiosa, sobre todo la segunda. Podemos deducir, aunque existen contraejemplos sorprendentes (véase Huffines, 1989), que la religión tiene el poder de contribuir al mantenimiento de una lengua. Es probable incluso que si el alemán estuviese destinado a desaparecer en Pensilvania en el empleo cotidiano, se conservaría en el uso confesional.

Sin embargo, en ciertas circunstancias el efecto de la religión puede actuar en el sentido opuesto. Los nubios del Alto Egipto, por ejemplo, que como ya dijimos preservan lo que pueden de su lengua en los pueblos aislados donde siguen viviendo, han caído, paradójicamente, en la trampa de la renovación islamista, que se manifiesta tanto en Egipto como en otros países musulmanes. En efecto, la lengua en la que se expresa esta fe vigorizada a través de una asistencia continuada a las mezqui-

tas, es y no puede ser otra que el árabe. Los sermones se hacen en árabe clásico; los niños nubios que recitan convenientemente los versículos del Corán son recompensados; las mujeres nubias, que no son las menos entusiastas entre los promotores de esta renovación religiosa, estudian el árabe a fin de practicar correctamente la lectura del Corán y servir al islam en general. El nubio está ausente de todas estas actividades. Es más: es la víctima, a corto plazo.

La escritura

En ciertos entornos culturales, el hecho de que una lengua se escriba es un instrumento de promoción importante. Este caso está bien ilustrado por la India. Ya en el pasado la notación de los prácritos por una variante u otra de la escritura brahmi y luego de la devanagari, ha constituido para ellos el medio de conquistar una dignidad nacional real en cada una de las regiones donde se han formado. Pero además, en el momento actual, las lenguas que la Constitución reconoce y que están seguras de mantenerse son las que se escriben por oposición a las de las pequeñas etnias, que la ausencia de escritura hace frágiles.

Sin embargo, en éste como en otros casos, las situaciones no son simples. La escritura se puede convertir en instrumento de opresión, por poco que su forma sea impuesta desde lo alto y no sea la que las poblaciones habían escogido. Es lo que se produjo en la Unión Soviética cuando el poder, después de haber promovido la escritura latina durante los años veinte, generalizó, durante los años treinta, la escritura cirílica. Se sabe que detrás de esta decisión, la intención real era la rusificación de las lenguas y de las etnias, lo que fue bien percibido por los intelectuales rusos, como el lingüista Polivanov, o los de las repúblicas turcas, de Uzbekistán, a Kirguizistán, que asumieron el riesgo de oponerse a esta política de apariencia anodina.

El unilingüismo

No insistiré aquí sobre este factor. Baste con recordar que las lenguas étnicas a las cuales los usuarios quedan apegados siendo bilingües están más amenazadas que las que sólo tienen hablantes unilingües. Este hecho se puede ilustrar, entre otras, con diversas lenguas tribales de Tanzania,

que están expuestas a los maremotos de los hablantes de swahili (véase la pág. 165).

La mixtura

Llamaré lenguas mixtas a los híbridos lingüísticos que genera el contacto entre dos lenguas, cuyos sistemas se mezclan totalmente. No se trata, pues, de alternancia de códigos, que no es una mezcla en el nivel de la estructura de una lengua, sino en la sucesión lineal de la frase, cuyos elementos pertenecen alternativamente a una u otra de las lenguas presentes. Se trata del resultado de una influencia recíproca, que puede haberse prolongado durante un período bastante largo. Daré algunos ejemplos.

Comunicarse en la isla del Cobre

La isla del Cobre pertenece al pequeño archipiélago de las islas del Comendador, situadas a unos 90 km de la costa oriental de la península de Kamtchatka y a 150 km de Attu, la más occidental de las islas Aleutianas. En esta isla se habla una extraña lengua mixta (véase Vakhtin, 1998). En 1812, la Compañía ruso-americana había instalado en la isla del Cobre a unos 15 aleutianos; durante el siglo XIX siguieron transportando allí a varias familias aleutianas provenientes de diversas islas vecinas, y en 1900 la población era de 253 personas, esencialmente aleutas, hablantes de su lengua y del ruso, además de rusos y de algunos esquimales y kamtchatkales (habitantes de Kamtchatka). El hecho asombroso es que en ese lugar se desarrolló una lengua mixta. Para medir su interés, hay que comparar la situación lingüística de la isla del Cobre con la de la isla vecina de Bering. En Bering, donde viven unos centenares de aleutas, la mayoría de la población, como en todo el nordeste de Rusia, se ha pasado al ruso; en 1990 el aleuta no sobrevivía más que en unas 20 personas mayores. Se trata de una lengua en extinción.

Por el contrario, en la isla del Cobre se formó, durante un siglo y medio de contacto muy estrecho entre el idioma indígena y el ruso, una lengua híbrida en la que se dice, por ejemplo, *axsa-yit* «él muere», *axsa-chaa-yiš* «tú matas», *sagyi-ggii-yis* «tienes un fusil», o *ni-ayuu-li* «no eran largos». Vemos que, en estas frases, todas las desinencias verbales son rusas: *-yit* = 3ª persona del singular de presente, *-yiš* = 2ª persona del singular del pre-

sente y *-li* = plural de todas las personas del pasado; también es rusa la señal de negación *ni*. Por el contrario, son palabras de la lengua aleuta el verbo-adjetivo *ayuu* «ser largo», el radical verbal *axsa*, el morfema de factitivo *-chaa-* (= «hacer», como en «hacer morir», es decir «matar»), el nombre *sagyi* «fusil», el verbo auxiliar *-ggii*, que significa «poseer» e indica que se posee lo que expresa el nombre que le precede (aquí el nombre es *sagyi*, y en consecuencia, *sagyi-ggii* significa «poseer un fusil»).

En otras palabras, la lengua mixta en cuestión asocia, por fijación (prefijos y sufijos) algunas desinencias verbales, negaciones y otros morfemas tomados del ruso, con radicales que pertenecen al aleuta. El interés del procedimiento proviene de su rareza, como es fácil reconocer comparando la lengua de la isla del Cobre con la de los habitantes de la isla Atka, situada al este de las Aleutianas: en esta lengua, las desinencias son autóctonas y a menudo los radicales son prestados, en este caso del inglés, como en la frase *fish-iza-xx* «va habitualmente a pescar», donde el radical verbal *fish*, prestado, va seguido de dos morfemas aleutas, *iza*, que indica un presente habitual, y *xx*, que es la desinencia verbal de 3ª persona de singular.

Podríamos preguntarnos cuál es la razón de que la lengua de la isla del Cobre no sea un pidgin del ruso, es decir una lengua con vocabulario ruso y morfología reducida. La razón, parece ser, es que aquí las relaciones no son de desigualdad, como lo eran entre los esclavos deportados a las plantaciones del Caribe, y sus amos (véanse las págs. 278-279). En la isla del Cobre, los rusos y los aleutianos eran trabajadores de mismo estatus, y la impregnación lingüística era recíproca. Según los investigadores que han estudiado esta lengua mixta, los habitantes están persuadidos de que hablan en ruso. Y además, esta lengua está muy viva y no parece, a pesar de su pequeño número de hablantes, estar amenazada de extinción. Podemos deducir que aquí es el aleuta el beneficiario de una extraña *salvación por la hibridación*. Para una lengua amerindia del gran norte siberiano y canadiense que corría el riesgo de desaparecer, la estrecha simbiosis con el ruso, realizada a través de la de dos comunidades, rusa y aleuta, se presenta como un factor de mantenimiento inesperado, pero eficaz.

Otros casos de hibridación

Existen otros casos de hibridación profunda. El maga, o mbugu, es un ejemplo. El mbugu, hablado en el nordeste de Tanzania, es una len-

gua de la familia cuchítica que ha tomado prestadas a las lenguas bantúes vecinas un gran número de particularidades de su morfología y de su sintaxis, conservando un vocabulario cuchítico en lo esencial. Otro ejemplo es el de la lengua de un grupo cíngaro de Gran Bretaña, que asocia una gramática inglesa con un léxico romaní. Otro es el de la «media lengua», hablada en Ecuador, que posee una gramática quechua y un léxico español. Y otro finalmente es el del mitchif, lengua mixta hablada en una reserva india cerca de la localidad de Lac La Biche y del lago del mismo nombre, a 220 km al nordeste de Edmonton (Alberta, Canadá), en una comunidad de mestizos de indios cri y de franceses llegados de Quebec a principios del siglo XX: esta lengua híbrida asocia raíces cri (algonquinas) y una gramática francesa.

En todos estos ejemplos, no se trata del peligro que se derive de una situación de contacto intensa, que hace perder a una lengua algunos de sus rasgos, como en el caso del dahalo que abandona, bajo el peso del swahili, su oposición entre los géneros y sus señales diversificadas y pluralistas. Tampoco creo, contrariamente a otros autores (véase, por ejemplo, Myers-Scotton, 1992), que el préstamo de una morfología extranjera sea el signo de un estado moribundo, y menos todavía el préstamo de un léxico extranjero que se asocia con una base gramatical autóctona. Está claro que el hibridismo molesta. Las lenguas muy compuestas como las que acaban de ser citadas parecen, a ojos de algunos, que no son lenguas «normales». Pero lo que falsea el juicio es la miopía de lo contemporáneo. La historia de las lenguas contiene muchos casos de préstamos en una vasta escala. La mixtura puede ser el resultado de una lucha por adaptarse. Lejos de ser una etapa que conduzca hacia la muerte, aparece, en los casos aquí citados, como la imagen de la vida, es decir un aplazamiento del final.

La lucha contra el desastre

Hay factores de mantenimiento de las lenguas que contribuyen a impedir que éstas desaparezcan. Pero también existen iniciativas concretas que toman las sociedades para retener, al borde del desastre, las lenguas que los antepasados han construido. Estudiaré sucesivamente, en esta sección, la escuela, la oficialización, la implicación de los hablantes y el papel de los lingüistas.

La escuela

Se ha visto que la escuela norteamericana era para las demás lenguas, en Estados Unidos y Canadá, un temible factor de extinción. En general, no es una paradoja que, en todo país en el que domina una lengua, la ausencia, en ciertos lugares aislados, de escuelas donde se enseña es una oportunidad para la lengua dominada, si no un elemento incluso negativo, de salvaguarda. Esto se ve, por ejemplo, en las regiones de Tailandia donde unas lenguas de minorías resisten a la influencia del thai. Por el contrario, la creación de escuelas que enseñen la lengua dominada puede tener un efecto decisivo para salvarla, incluso cuando está a punto de desaparecer. Es lo que atestiguan la historia del maorí y la del hawaiano. El éxito es menos evidente en el caso del irlandés y de las lenguas de Siberia.

El renacimiento del maorí

En 1867, el gobierno neozelandés impulsó un programa de educación en el que el inglés era la única lengua presente. El éxito de este programa fue tanto más grande cuanto que los maoríes habían sido alfabetizados desde 1835 por los misioneros y, diez años más tarde, el número de ejemplares del Nuevo Testamento era igual a la mitad de la población maorí. La alfabetización había tenido un efecto totalmente nefasto para el maorí, despreciado, además, por la población blanca y en vías de ser expulsado por el inglés. Sin embargo se produjo un sobresalto nacional, es decir, en una época que se podría considerar demasiado tardía, pues el maorí estaba enfermo: de los 300.000 miembros de esta nación, alrededor de una cuarta parte se servían de su lengua y los niños ya no lo aprendían. Los maoríes reclamaron oficialmente la creación de escuelas donde enseñaran sólo su idioma vernáculo. A finales de los años ochenta, fueron creadas seis escuelas primarias y secundarias, en las que el maorí es la principal lengua de instrucción. Desde 1982 había comenzado a ser aplicado un programa de inmersión, en el que en 1994 13.000 niños se encontraban integrados. Había entonces 400 *kohanga reo*, es decir «nidos de lenguas», donde alrededor de 6.000 niños aprendían el maorí. Este programa es, pues, en alguna medida, un éxito. Algunas circunstancias son favorables. Por una parte, hoy el maorí es la única lengua indígena de Nueva Zelanda, y su promoción no compite, pues, con otras empresas.

Por otra parte, existe una voluntad afirmada de los maoríes de reanimar su lengua y de no dejarla desaparecer, en la medida en que expresa valores que ha perdido, según ellos, la sociedad blanca, y a los que están apegados, sobre todo la tolerancia y la solidaridad.

La lucha por el hawaiano

En este caso se trata de una empresa muy reciente. El ejemplo del maorí ha inspirado a los miembros de la comunidad hawaiana, decididos a intentarlo todo para salvar a su lengua del borde del precipicio. Pues Hawai es uno de los 50 Estados norteamericanos, y es fácil imaginar lo que eso significa para una lengua minoritaria, como lo es el hawaiano en su propio país. Al principio los centros de inmersión para niños de edad preescolar eran una iniciativa privada, dirigida por un profesor de universidad. En 1987, los tres que existían fueron reconocidos por el Ministerio hawaiano de Educación, y recibieron una financiación del Estado (véase Zepeda y Hill, 1991). Los promotores llegaron incluso a obtener una dispensa en cuanto a los títulos puramente pedagógicos requeridos para enseñar, pues el poder quiso convenir que la urgencia no justificaba tal precaución, ya que la selección de personas capaces simplemente de hablar a los niños e instruirlos a través de este diálogo no era evidente para una lengua moribunda. Sin embargo se esfuerzan por formar a profesores para que esta enseñanza se extienda a los niveles superiores, al menos hasta el colegio. Chocan, en este punto, con un obstáculo que aparece de manera recurrente en las lenguas amenazadas de extinción: los únicos interlocutores naturales del hawaiano frente a los niños, que se afanan en formar cada vez un mayor número, son los más mayores, en cantidad bastante limitada y que desaparecen progresivamente. Para responder a este desafío, invitan a los padres a aprender la lengua al mismo tiempo que sus hijos, y a intentar hablarla con ellos en sus hogares; y ofrecen cursos para adultos. En 1987, unos 15 niños de entre 2 y 5 años hablaban el hawaiano.

Las tribulaciones del irlandés

No insistiré aquí sobre este punto, ya tratado en otro lugar (véase Hagège, 1994, págs. 242-245). Recordaré solamente la existencia de los

gaeltachtai, es decir, las zonas, situadas en la periferia de los condados del oeste (enclaves históricos de los celtas), donde los modos de vida tradicionales han mantenido el uso del irlandés y donde éste es el vector de la enseñanza en las escuelas. Son los únicos conservatorios vivos de esta lengua. Hay dos factores que han conjugado sus efectos para hacer muy difícil una verdadera restauración: la política británica de eliminación del irlandés, llevada a cabo durante varios siglos a partir del XVII y, claro está, entendido el prestigio universal del inglés en el mundo contemporáneo.

Las lenguas de Siberia

Varias lenguas de Siberia son objeto, desde hace algunos años, de un esfuerzo de introducción en la escuela elemental entre las materias de enseñanza, en las regiones en que se hablan. Se trata del yucaguiro, del nivejí, del ulchi, del selcupo y del ketita. Es demasiado pronto para saber qué resultados producirá esta política, aplicada a unas lenguas en muy mala salud, habladas por poblaciones dispersas y, desde hace mucho tiempo, rusificadas.

La oficialización

Lengua oficial y lengua nacional. Del luxemburgués y del retorromance

Un reconocimiento oficial por parte del Estado significa, de hecho, la inscripción de una lengua en la Constitución del mismo. Tiene la reputación de oficial la lengua que apoya la ley, aquella que el Estado tiene derecho a utilizar en sus relaciones diplomáticas, y en la que todo ciudadano está habilitado para pedir cualquier prestación, judicial, de servicios, etc. Las lenguas nacionales no son necesariamente oficiales, aunque se les acuerde un reconocimiento *de facto*. Tal es el caso, en Luxemburgo, del luxemburgués, dialecto medio-alemán del grupo fráncico moselano que es la lengua de la familia, de los negocios y de los tribunales y a la que están apegados los habitantes, como a la identidad misma de su personalidad, sin haber escogido, sin embargo, oficializarlo, atribuyendo este estatuto al francés y asignando un lugar cultural importante al alemán. El conjunto formado por las hablas retorromances de los grisones también es lengua nacional en Suiza, pero no lengua oficial, lo que implica sim-

plemente un apoyo financiero del cantón y de la Confederación (véase Hagège, 1994, págs. 154-155). Muchas lenguas dominadas, que no gozan de estatuto de lengua nacional, por no decir nada del de la lengua oficial, han sostenido un largo combate por el reconocimiento. He subrayado anteriormente que en la unión hindú este combate ha desembocado, para algunas lenguas, en el reconocimiento de un Estado o de un territorio, organizado alrededor de un gran centro urbano.

Tímidos balbuceos en Norteamérica

Evidentemente no es concebible en el contexto político y cultural de hoy en día que una lengua, sea cual fuere, diferente al inglés y, en Quebec, al francés, reciba un estatuto de reconocimiento oficial en Norteamérica. Sólo habrá más interés con los casos recientes y muy aislados de dos territorios canadienses. Los North Territories han acordado un estatuto oficial, junto al del inglés y del francés, a las lenguas de las comunidades indias. Quedaría por saber en qué estado se encuentran actualmente estas lenguas. Podemos hacernos una idea cuando sabemos que hace poco se ha tomado otra medida positiva para un segundo territorio, el Yukon, que, sin reconocer el estatuto oficial a las lenguas indias, declara que su preservación es un objetivo explícito.

Las luchas de las lenguas por su reconocimiento en Iberoamérica

Iberoamérica es un caso muy representativo de esas luchas por el reconocimiento, concebido como un medio de resistir al español y no dejarle suplantar las lenguas autóctonas hasta su extinción. Los resultados son desiguales, como se verá.

- El náhuatl, el aymara y el quechua en el callejón

Si tenemos sólo en cuenta las lenguas habladas por más de un millón de hablantes, ni el náhuatl, ni el aymara han obtenido estatuto oficial, en México el primero, en Bolivia, Perú o Ecuador el segundo. El quechua, para el que fue creada en Perú, en 1953, una Academia de valor sobre todo simbólico, conoció un breve período de esplendor en ese mismo país cuando, en 1975, el gobierno militar del general J. Velasco Alvarado lo

declaró segunda lengua oficial junto al español, por un decreto sin que ningún trabajo previo de promoción y de explicación hubiese preparado ni posibilitado su aplicación, sin contar con que el derrocamiento del régimen el mismo año de la promulgación de este decreto lo inhabilitó por nulo.

Esta situación es preocupante. Pues aunque el náhuatl, el aymara y el quechua no parezcan por el momento estar amenazados si hacemos caso al criterio del número de hablantes, la audiencia mundial del español hace de este último, hoy como ayer, un temible rival para dichas lenguas. Es lo que han comprendido todos los que han luchado y continúan luchando por un reconocimiento oficial de esas lenguas en los países donde tienen una importancia demográfica real.

- El guaraní en la gloria

Sólo el guaraní ha sido hasta ahora vencedor de este combate. Es cierto que estaba favorecido por un largo pasado de promoción en su país de difusión principal, Paraguay. Su historia es tan ejemplar como para ser recordada a grandes rasgos. Desde mediados del siglo XVI había sido instituido el régimen de la *encomienda* o repartición de los indios y de sus tierras a los colonos españoles. Entre estos últimos, decepcionados por no haber encontrado más que las humedades y las víboras de Chaco en la carretera que debía conducirles a las profusiones de oro de Perú, y la población india sometida y pronto esclavizada, el período es, desde luego, el de un mestizaje general, la base de la sociedad paraguaya de hoy en día. Además, a menudo los colonos conocían el guaraní. Pero explotaban a los indios y multiplicaban los abusos, que generaban revueltas, aunque la Corona española, buscando una salida a la crisis, instituyó el sistema de las Reducciones, o reagrupamiento de los indios en grandes tierras alrededor de un centro urbano, bajo la autoridad de los misioneros (véase Villagrá-Batoux, 1996, págs. 183-218). Allí, los indios son «reducidos» a vasallos del rey, pero también salvados de la servidumbre por los sacerdotes que, para lograr los medios con los que evangelizarlos, los aíslan de los explotadores, es decir, de una parte de la sociedad española. Son «invitados» a dejar de ser nómadas, paganos y «perezosos». Los dirigieron, desde 1575, los franciscanos; luego, a partir de 1605, los jesuitas.

Resulta que en el momento mismo del debate que se extendía por las cortes europeas sobre las lenguas que se utilizarían para cristianizar, los jesuitas tomaban posición en favor de los «vernaculistas» antes que de

los «latinistas». Eran animados por el propio rey Felipe II que, más tolerante sobre ese punto que su padre, recomendaba no obligar a los indios a abandonar sus lenguas por el castellano brutalmente impuesto. La consolidación de las Reducciones, la estrecha relación entre misioneros e indios y las necesidades de evangelización, sustituyendo a los malos tratos bajo el régimen precedente, tuvieron como efecto hacer indispensable el dominio del guaraní y condujeron a una política lingüística bastante diferente de la que otros jesuitas adoptaban en México. El guaraní ocupó pronto una plaza casi igual a la del español en la vida civil.

A la vista del contexto cultural de la época, marcado por el pasado y por la historia del latín, esto significaba también el acceso a la escritura, situación tanto más asombrosa cuanto que la imposición del castellano se vivía como la de una lengua que había raptado al latín, pero al mismo tiempo heredado de él, el prestigio de ser escrita. Los jesuitas se prendaron tanto del guaraní, lengua bella y sutil, que le dieron la dignidad literaria de un idioma indio cultivado. Finalmente, este «guaraní jesuítico» fue incluso promovido por ellos como única lengua oficial en toda la provincia. Permaneció, bajo su régimen, como única lengua de enseñanza para todas las asignaturas escolares. Conservando el sistema de transcripción gráfica del hermano dominico Luis de Bolaños, hicieron también por el guaraní lo que asegura a tantas lenguas europeas un estatuto sólido, y lo que he dicho antes que es tan perjudicial si falta: un trabajo de normalización, fijando una forma de la lengua que, entre las variantes dialectales, será la que adquiera autoridad.

La edad de oro llega a su fin con la salida de los jesuitas, y un nuevo período se abre a finales del siglo XVIII, que desemboca, hacia mediados del siglo XIX en otra política diferente: el mercantilismo liberal, preocupado de abrir Paraguay a la modernidad y a los modos de producción del capitalismo europeo, se apresura a desterrar al guaraní de la escuela secundaria y de promover sólo el español. Pero una nueva paradoja del bello y dramático destino del guaraní supuso su renacimiento a partir de 1870, en reacción con la terrible guerra de la Triple alianza, intento de genocidio de la población de este país por sus vecinos de Argentina, Brasil y Uruguay, inquietos por sus progresos económicos y azuzados contra él por Gran Bretaña. A la intención de genocidio se añadía la del lingüicida: un representante de los intereses de Estados Unidos recomendaba la exterminación de los guaraníes y de su «lengua diabólica» (Villagrá-Batoux, 1996, págs. 276-277).

Durante la mayor parte del siglo XX, y sobre todo bajo la dictadura militar que, sucediendo a otras, gobernó el país de 1954 a 1989, el guaraní

estuvo lejos de conocer, ni en la escuela ni en la vida pública, el esplendor que había conocido de 1575 a 1768. Por eso conviene considerar el acontecimiento de 1992 como una revolución tanto como un cumplimiento: el artículo 140 de la nueva Constitución declara al guaraní lengua oficial de Paraguay junto al español; sin embargo el artículo 77 estipula la obligación de la educación bilingüe. Dos años más tarde, los trabajos del Consejo Asesor de la Reforma Educativa desembocan en la introducción de la educación bilingüe en todas las escuelas de Paraguay, haciendo de ese país el único de Iberoamérica, hasta el presente, en haber dado tal estatuto a una lengua amerindia. A pesar del número de hablantes, esta novedad debe considerarse como un factor de lucha necesaria, pues en el contexto del mundo moderno todas las lenguas amerindias, sin excepción, están expuestas al peligro de desaparición.

No es ocioso añadir que, en un país poco alejado de Paraguay, las lenguas indias no han gozado del mismo privilegio. Uruguay es un país sin indios, único en este caso entre todos los de Iberoamérica, pues las poblaciones de origen fueron exterminadas, en particular los charrúas, que el general Rivera atrajo a una emboscada mortífera en 1831. Sin embargo, los rastros de lenguas indias son numerosos, comenzando por las que se observan en su mismo nombre, que es guaraní (en esta lengua, *uruguá* significa «caracol» e *y* «río». Hoy se duda que todas las lenguas de Uruguay estén emparentadas con el guaraní, cuya presencia en la toponimia se podría deber a la de un gran número de guaraníes, que dejaron las Reducciones de los jesuitas tras la expulsión de estos últimos (véase Pi Hugarte, 1998). Pero estamos seguros de que hubo numerosas tribus indias de cazadores cuyas lenguas han desaparecido junto con sus hablantes, como el lule y el vilela, a las que se relaciona a veces con el charrúa, así como con una lengua igualmente desaparecida, el chaná y tantas otras de las que no se conservan otros rastros que breves vocabularios establecidos por misioneros.

La implicación de los hablantes

Por implicación de los hablantes se debe entender tanto la sensibilización de los hablantes emprendida desde fuera, como el compromiso espontáneo de la comunidad en favor de la promoción de su lengua amenazada. Se trata, por lo tanto, de una obra, necesariamente artificial por una parte, de reanimación o de revitalización.

Los programas de reanimación de lenguas que hay en el mundo son numerosos, en razón misma de la toma de conciencia de los riesgos asumidos por muchas de ellas. Examinaré algunos ejemplos de Norteamérica y de Iberoamérica.

Estados Unidos y Canadá

- «US English» y las reacciones indias

En Norteamérica, uno de los continentes donde las lenguas diferentes al inglés están más amenazadas, la toma de conciencia de los indígenas se ha visto favorecida, en alguna medida, por un fenómeno bastante curioso. Estados Unidos, como se sabe, no tiene lengua(s) oficial(es) (¿tradición de «pragmatismo anglosajón», como les gusta decir a los amantes de los tópicos?), y allí el inglés sólo posee estatuto de aplastante dominación según la costumbre, y no según la ley. Al menos hasta mediados de los años ochenta. Efectivamente, a partir de entonces comenzó a actuar un movimiento llamado «US English», surgido inicialmente, en 1983, de una organización (¿racista?) de padres hostiles a la inmigración.

Este movimiento, rico en adhesiones a través de todo el país, induce a los Estados a legalizar el inglés como lengua oficial, esperando obtener este estatuto a nivel federal. Su propósito proclamado explícitamente es impedir «la institucionalización de las lenguas de los emigrantes en competencia con el inglés». Resulta que un aspecto del programa de «US English» presentaba la preservación de las «lenguas americanas autóctonas» como «una obligación intelectual» con respecto a estas lenguas, que «no son habladas en ninguna otra parte del mundo» (véase Zepeda y Hill, 1991). Ahora bien, paradójicamente, como este aspecto no recibió ninguna publicidad, voluntariamente o no, las comunidades indias sólo retuvieron de «US English» un hecho: al oponerse a la financiación de los programas de educación bilingüe, este movimiento amenazaba a las lenguas amerindias.

Así es como «US English» se ha convertido en el motor indirecto de un florecimiento de iniciativas tomadas por los indios en favor de sus lenguas, motivadas por el temor de ver que el inglés se convertía en lengua oficial de Estados Unidos, a través de una enmienda de la Constitución. Aunque está claro que el programa de «US English» no es la única causa de este florecimiento. Sea como fuere, en 1990 los órganos directores de

las tribus sioux, chippewa, ute, yaqui, havasupai, apache y navajo, apoyándose en su estatuto legal de naciones soberanas con capacidad de poseer relaciones de gobierno, tanto con los Estados como con las autoridades federales norteamericanas, habían adoptado unas medidas lingüísticas por las que la lengua india se consideraba lengua oficial de la tribu y el inglés segunda lengua. Después de diversas peripecias, los indios lograron que fuera votado por las dos cámaras del Congreso una Ley de lenguas nativas americanas, que garantizó la preservación, protección y promoción de las lenguas americanas autóctonas (incluidas las de Alaska, más las de Hawai y de las islas del Pacífico —Micronesia— bajo administración de Estados Unidos), así como el derecho de utilizar y desarrollar su práctica. El gobierno canadiense había tomado medidas parecidas poco antes.

- La reanimación del mohaqués

Los principios recomendados por un voto oficial no dejan de ser ideales. Aunque deberían contribuir, por supuesto, si son aplicados, a salvar lo que se pueda; pero resulta útil examinar algunos casos prácticos de implicación de los hablantes en la defensa de su lengua gravemente amenazada. Comenzaré por una lengua iroquesa, perteneciente a una tribu cuyo contacto con los blancos se remonta al siglo XVII, el mohaqués. Los hablantes de esta lengua eran conocidos por su elocuencia y gusto por la elegancia verbal. Sin embargo, el mohaqués, como tantas otras lenguas de Norteamérica, ya no se oía casi en público a principios de 1970 y sólo los ancianos se servían de ella en privado. En 1972, los principales representantes de la nación mohaquesa que vivían en Quebec organizaron en Kahnawà:ke un sistema escolar de inmersión, utilizando manuales confeccionados por los investigadores (véase, más adelante, «El papel de los lingüistas»). Los adultos decidieron hablar mohaqués entre ellos. Pronto los niños se acostumbraron a ver en esta lengua un bien propio de su nación. Se aportó la prueba de que el aprendizaje del mohaqués no era un obstáculo para el inglés ni para el francés, que a menudo era necesario en Quebec para encontrar trabajo. Queda mucho por hacer, desde luego, pero se ha traspasado un umbral psicológico y la lucha para salvar a esta lengua en peligro se ha puesto ya en marcha.

- El hualapai y la experiencia de Peach Springs

El hualapai, otra lengua de Norteamérica perteneciente al grupo yuma de la gran familia hokasiux y hablada en otro tiempo en el valle bajo del Colorado ha sido objeto, a partir de 1975, de un programa de educación bilingüe destinado a contener la progresión alarmante de su erosión. En los años ochenta, la llamada experiencia de Peach Springs, nombre de la localidad de Arizona septentrional, en la franja sudoeste del Gran Cañón, donde fue instalada, era citada sin falta por los indios de Estados Unidos. Cuando se lanzó el programa, cerca del 50 % de los hualapai tenía el inglés como primera lengua. Parece que la situación mejoró, pero a pesar de los esfuerzos prodigados y del desarrollo y competencia del personal, la reducción de la financiación federal constituye un elemento negativo (véase Zepeda y Hill, 1991, pág. 146).

Guatemala y Nicaragua

Hemos visto que de las casi 20 lenguas de la familia maya, sólo 5, el yucateco, el quiché, el quecchí, el cachiquel y el mam parecen relativamente válidas, con un número de hablantes que varían entre 400.000 y un millón. Para consolidar y preservar a todas las demás, cuya situación es mucho más precaria, los mayas de Guatemala, después de la guerra civil que arrasó el país a principios de 1980, establecieron una Academia de lenguas mayas que ha sido reconocida oficialmente por el Estado en 1991. Por decreto presidencial se ha elaborado y legalizado un alfabeto válido para el conjunto de la familia. Existen también otras instituciones, que tienen como objetivo dar a las élites mayas una formación lingüística, para que puedan organizar la normalización.

Un caso extraordinario es, en Nicaragua, el del rama, lengua de la familia chibcha, hablada a mediados de 1980 por cerca de 25 personas, y víctima de una profunda depreciación a los ojos de sus propios hablantes, en correlación con el paso al inglés por influencia de los misioneros moravos en la segunda mitad del siglo XIX (véase Craig, 1992). La revolución sandinista, tras haber querido promover una educación general en español, se adaptó a las demandas de las poblaciones de la costa atlántica, para las cuales estableció un estatuto de autonomía. A este factor favorable, pero insuficiente, se añadió la implicación de los hablantes y en particular de una mujer que, tras quedar prendada del rama, se compro-

metió con energía para preservarlo de la muerte. ¡Aunque ella no era, sin embargo, una hablante nativa!

El papel de los lingüistas

Los lingüistas, o por lo menos los lingüistas que se interesaban por lenguas concretas del mundo, se encuentran necesariamente entre aquellos a los que la muerte de las lenguas deja menos indiferentes. Este fenómeno les preocupa bastante por haberse convertido en una nueva temática dentro de los estudios lingüísticos y porque es objeto, ya, de un gran número de trabajos y de reuniones científicas. Por eso el papel que los lingüistas pueden desempeñar en la lucha contra el desastre de las extinciones de lenguas humanas en masa y por doquier no es en realidad desdeñable. Este papel se lleva a cabo en los dos planos del trabajo lingüístico propiamente dicho y en la acción sobre poblaciones de hablantes, como se verá a continuación.

Las tareas habituales del lingüista profesional y el tributo al terreno

- Los trabajos eruditos

La lingüística propone, como cualquier ciencia, unos modelos teóricos, pero también debe ponerlos a prueba, so pena de que resulten estériles. Algunos lingüistas alimentan la teoría lingüística de su propia sustancia deglutida indefinidamente. Otros, también lingüistas profesionales y por lo tanto teóricos, practican y defienden una lingüística de las lenguas, como acción previa y como resultado a la vez de una investigación de los rasgos lingüísticos universales, así como una lingüística del lenguaje.

Eso supone una confrontación de las realidades de muchas lenguas, a través sobre todo de estancias temporales sobre el terreno. Como en el lugar al que se retira para reflexionar y componer, las tareas ordinarias que allí esperan al lingüista son múltiples. Sobre la base de lo aprendido en el contacto con sus informadores, debe redactar una fonología, una gramática, un diccionario, una selección de relatos tradicionales o más comúnmente de literatura oral, que transcribirá, cuando la lengua no posea un sistema reconocido de escritura, según un modo de grafía que a él mismo le corresponde fijar, con la asistencia de los más motivados de en-

tre sus informadores. Este aspecto ortográfico de su labor habla claramente de la importancia de la colaboración que se supone que aporta a las poblaciones. Pues la ortografía que elabora y que, en general, al tener un objetivo científico, sólo indicará lo que es distintivo entre los sonidos y no cada detalle de la producción sonora global, a menudo la toman como modelo los informadores para responder a sus propias necesidades de plasmación en la escritura.

- La urgencia del combate contra el tiempo

El lingüista que sabe que una lengua está amenazada es mucho más proclive a llevar a cabo su descripción que si ésta la utilizan numerosos hablantes de todas las edades. Recoger de los labios de un anciano las últimas frases que todavía puede producir de una lengua que no puede hablar con facilidad por no tener interlocutor natural con quien compartirla es una tarea dolorosa, al mismo tiempo que exaltante. Y frecuentemente el lingüista sabe que en su próxima estancia el viejo informador ya no estará allí para transmitirle aquello de lo que se acordaba todavía. Cuanto más aislada está una lengua amenazada en el plano genético (es decir, desprovista de parientes en el seno de una misma familia lingüística), y cuanto más aislada está en el plano tipológico (es decir, como único testigo del tipo de estructura, fonológica, gramatical o léxica que ilustra), más urgente resulta describirla antes de que muera.

Pero la descripción que haga el lingüista no servirá sólo a la ciencia. Un motivo suficiente para obrar más deprisa sería tomar conciencia de la dramática realidad: si los lingüistas no se dan prisa por ir a explorar las muy numerosas lenguas todavía desconocidas que están amenazadas de muerte, la lingüística podría ser la única ciencia que haya dejado desaparecer tranquilamente ¡del 50 al 90 % del material sobre el que trabaja! Por sólo poner un ejemplo de las tareas que quedan por hacer, baste con decir que sobre las casi 670 lenguas de Indonesia, a pesar de los buenos y numerosos trabajos que han llevado a cabo los lingüistas de Leyde y de otras universidades de Holanda en la época en que el país era una colonia neerlandesa, sólo son conocidas de modo satisfactorio el 6 %. Pero a esta imperativa razón de obrar con prisa se añade otra: los trabajos que deja el lingüista son los únicos testimonios que existen de una lengua, en los numerosos casos en que no ha sido nunca descrita antes de ir a estudiarla sobre el terreno. Sin los trabajos del lingüista, una lengua desconocida antes que él intervenga y en vías de ex-

tinción quedaría sepultada en el olvido y, con ella, toda la cultura que expresa.

- La vocación eminente de testimonios y apoyos: libros, grabaciones sonoras e Internet

Por eso el trabajo del lingüista reviste una significación tan alta. Es el germen de una posible resurrección. En otros términos, si una lengua que está gravemente amenazada no se salva de la extinción, él o ella procuran al menos dotar los elementos que permitan devolverle el aliento, a condición de que se manifieste un deseo poderoso de restaurarla. Se podría sostener, evidentemente, que los trabajos dejados por el lingüista confieren a la lengua extinta un perfil de conservación de un objeto de museo. Pero hay que recordar que aparte de los libros que escribe, todo lingüista, en principio, se sirve también de elementos sonoros. Es cierto que esos soportes también son materiales y pueden degradarse un día, pero su duración es, a pesar de lo que se diga, bastante larga, y tienen mucho valor para los que estén determinados a servirse de ellos. Hoy, esos elementos se enriquecen con una nueva aportación: las direcciones de Internet, de las que hablaré como conclusión de este libro.

- El esfuerzo compartido de estandarización

A menudo los responsables de la política lingüística solicitan a los lingüistas, en particular en los países plurilingües, que den su opinión o aporten sugerencias en cuanto al trabajo, a menudo necesario, de puesta a punto y de promoción de una norma dialectal que incumbe a diversos hablantes. Un trabajo así favorece la supervivencia de una lengua amenazada. Por ejemplo, las lenguas kheokoe, en otra época llamadas «hotentotes», de la Unión Sudafricana y Namibia han seguido un régimen durante dos siglos de política colonial, desde la época (finales del siglo XVII) en que la Compañía de las Indias orientales comenzó a imponer el neerlandés a los africanos, cuyas interesantes lenguas de consonantes chasqueantes (pronunciadas por expulsión del aire: véanse las págs. 177-178) eran consideradas por los colonos como puros borborigmos e hipos de salvajes.

Hoy, los únicos supervivientes de esta familia lingüística son el nama y el damara, bastante próximos uno del otro. Aunque los sigan hablando unos 125.000 habitantes, están en peligro por la presión del afrikaans y

del inglés (véase Haacke, 1989). Sólo la acción de los lingüistas podría, recomendando una estandarización, favorecer la supervivencia del nama, el más extendido de los dos, que muchos usuarios abandonan con la idea de que no tiene prestigio, por esta dispersión en dos lenguas próximas, y que se encuentran por lo tanto en mala posición para incorporarse al mercado laboral si lo hablan.

El lingüista también tiene a menudo como tarea la neología, ya que debe proponer, en función de las necesidades de adaptación del vocabulario y de lo que él sabe sobre las reglas de formación de palabras en la lengua estudiada, términos nuevos, ya sea porque se lo pidan explícitamente los hablantes o porque él mismo, personalmente, sienta esa necesidad. Los lingüistas que han ido a países lejanos para describir lenguas saben también que a veces las autoridades políticas les invitan a aportar una colaboración técnica en la obra de edificación de una terminología moderna en numerosos campos.

La acción junto a los hablantes

- Ayudar a tomar conciencia

Observamos que los hablantes, muy a menudo, sólo toman conciencia del peligro en que se encuentra su lengua cuando es demasiado tarde para que se pueda emprender una acción eficaz. El lingüista, que reconoce los signos de precariedad y obsolescencia (véase el cap. 6), tiene como deber advertir lo más pronto posible a los hablantes del proceso que observa. La mayoría de los lingüistas, que asisten activamente a las poblaciones cuando éstas han decidido poner en pie un programa de educación bilingüe para salvar su lengua, lo comprenden y les ayudan, entonces, a respetarla y a sentirse orgullosos de ella.

Una de las mejores maneras de favorecer la toma de conciencia es simplemente formar a lingüistas profesionales entre sus hablantes. Es una tarea que llevan a cabo numerosos lingüistas, que confían la continuación de su empresa, cuando abandonan definitivamente un terreno, e incluso cuando proyectan volver de nuevo, a informadores bien entrenados, que unen a su actitud de descriptores la ventaja de que ellos mismos son hablantes nativos. El lingüista extranjero que prepara un trabajo científico tiene intención de someterlo a los que, en su país, lo juzgarán. Le preocupa, pues, su promoción universitaria, pero también tiene el deber de preo-

cuparse por las poblaciones, y no sólo por los especialistas autóctonos a los que ha transmitido su saber técnico. Por ello le importa que sean legibles, al menos para una parte de los habitantes, las descripciones que redacta, aunque haya que admitir que no pueda disponer de una terminología profesional. Muchos lingüistas de campo que realizan investigaciones sobre lenguas amenazadas dejan también manuales a los autóctonos para promocionar la enseñanza de los niños. Los mejores informadores proporcionan así, por una especie de paradoja, la materia, y el lingüista, formado para interpretarla y sistematizarla, ¡la sirve de nuevo como mantillo de enseñanza a la masa de autóctonos que están en vías de olvidar su lengua! Los hablantes, que a menudo no tienen medios para poner en marcha un programa de reanimación de su lengua en peligro, aprecian que el lingüista deje una descripción, destinada a impedir que se olvide. Tal es el caso, por ejemplo, de los yimas de Papúa-Nueva Guinea.

- Ayudar a reanimar

En algunos casos raros, pero atestiguados, la acción de los lingüistas desempeña un importante papel al contribuir a reanimar una lengua en desherencia. El urat, lengua papú de la provincia de Sepik oriental, en Nueva Guinea, estaba en vías de ser abandonada en beneficio del tok pisin, pero los lingüistas que han ejercido su actividad en esta región han hecho tanto por revalorizar el urat a ojos de los usuarios, que conoce una especie de nuevo florecimiento. Otro caso es el del atacameño, en otro tiempo hablado en la región desértica del mismo nombre, al norte de Chile. Los investigadores extranjeros, sin llegar a reintroducir en el uso cotidiano esta lengua, que estaba moribunda desde la segunda mitad del siglo XIX, le han devuelto la estima de los propios usuarios, que la abandonaban por el español, hasta el punto de que hoy muchos indígenas pueden producir palabras y expresiones si se les pide (véase Adelaar, 1991, pág. 50). Es verdad que una solicitud inesperada que llega del exterior tiene el poder de conservar la memoria, por el placer que procura a los que ya no creían en su lengua.

Las exigencias de los mayas

Una de las actitudes más interesantes es la de los mayas de Guatemala. Un grupo de mayas, muy conscientes del valor cultural de su herencia

y preocupados por hacerse entender por especialistas, organizó en Antigua, en 1985, un taller, que dirigió tres conminaciones explícitas a los lingüistas extranjeros: no contribuir a las divisiones internas de cada lengua maya, no aislar a los hablantes en el trabajo sobre su propia lengua y no monopolizar la metodología lingüística y los conocimientos sin hacer partícipes a los pueblos mayas. Cuatro años más tarde, en un nuevo taller, este mismo grupo afirma que hacer una tarea de lingüística es un acto esencialmente político, y que la financiación de tal investigación frente a otra responde a opciones políticas. El más determinado de los miembros de este grupo declara abiertamente (Cojtí Cuxil, 1990, pág. 19) que el antiguo reino del colonialismo español en Guatemala ha reducido las lenguas mayas a un estatuto subordinado, y las condena a morir, de modo que los lingüistas no pueden ser neutros o apolíticos de ningún modo, y enfrentan a una disyuntiva: o mantener una complicidad activa con el orden colonial, o un compromiso en favor de un orden lingüístico nuevo, que respeta los derechos de todas las comunidades.

Un detalle que puede sorprender concierne a estos ejemplos. Los mayas de este grupo aprecian poco que los verbos que significan «matar» o «golpear» aparezcan en muy numerosos ejemplos y estiman que el lingüista que da estos ejemplos ofrece una imagen negativa de su pueblo como un conjunto de asesinos y de seres violentos. Los mayas que han recibido una formación lingüística saben, sin embargo, que en toda lengua humana en que se estudia el fenómeno de gramática llamado transitividad, las nociones «matar» o «golpear» presentan una ventaja importante: los que participan en esas acciones pueden ser indistintamente un «yo», «tú», «él», etc., tanto en singular como en plural; esta ausencia de restricción gramatical facilita mucho el examen de las frases que están construidas sobre una estructura de transitividad pura; esta última es aquella en la que los agentes (los que golpean o matan) someten a unos pacientes (los que son golpeados o matados) a un proceso llevado a término, ¡y ese término en uno de los dos casos, es la supresión del paciente! Las estructuras como ésta, sintácticamente reveladoras, son las que llaman la atención de los especialistas en lenguas. ¿Es acaso un yerro interesarse por las formas? Los hablantes no admiten fácilmente la vocación del lingüista, pues para ellos la lengua está hecha principalmente para producir sentido a partir de situaciones reales, y no ejemplos gramaticales.

Pero los mayas no son los únicos que lo piensan. Los lectores británicos son también muy sensibles sobre este punto: a finales de los años setenta (véase Sampson, 1980, pág. 66 n. 1), el director de una respetable

editorial retiró de la venta todos los ejemplares de una obra de lingüística en la víspera de su aparición; en efecto, esta obra ilustraba, también, los hechos de transitividad con profusión de ejemplos en los que los John, Bill y Mary no tenían otra ocupación que masacrar metódicamente a su entorno; el editor temió que los lectores que llevaban estos nombres, muy corrientes, tuvieran la tentación de emprender acciones judiciales para obtener reparación del ultraje que les atribuía una acción innoble de asesinos en serie. Podemos comprender que el lingüista se encuentre en un aprieto ante estas actitudes, si incluso los hablantes de las lenguas que no están amenazadas en absoluto se oponen a la imagen diabólica que daría de ellos, según su opinión, un tratado de lingüística muy alejado de tener tal intención.

No se puede esquivar el problema que plantean, a los lingüistas, reivindicaciones como las de los mayas. Los lingüistas están formados en el rigor científico, preocupados por un examen «objetivo» de los hechos y alejados de toda posición subjetiva o normativa, en busca de modelos de frases que den la imagen más fiel posible del funcionamiento de una lengua, sobre todo de la relación que mantiene el verbo con su sujeto, así como con su complemento eventual. Y sin embargo es verdad que la demanda de las poblaciones directamente relacionadas con su trabajo no se debe omitir. Lo mejor que podría hacer sería proporcionar todos los instrumentos que reclaman, mostrarles gran atención y hacer, en interés propio, el trabajo de la manera más profunda posible.

La voluntad de los hablantes de abandonar su lengua

Un solo en otra tonalidad

Frente al concierto de voces que advierten de los peligros, se ha manifestado otra opinión casi contraria y que probablemente no está aislada. Según tal opinión (véase Ladefoged, 1992), se considera paternalista el hecho de pretender que vuelvan a emplear sus lenguas hablantes que tomaron la decisión de alejarse de ellas, y no compete a los lingüistas oponerse a las decisiones de los hablantes. Que yo sepa, realmente ningún lingüista ha ejercido nunca ninguna presión directa, física por ejemplo, para forzar a los hablantes de una lengua en vías de desaparición a hablarla de nuevo; y de todas formas, la imposibilidad de tal conducta es bastante evidente por lo risible de su propio planteamiento. He analiza-

do en el capítulo 7 las causas de extinción de las lenguas y debe quedar claro que los que dejan de hablar su lengua no actúan por capricho, sino llevados por la presión de los acontecimientos y que hacen o creen hacer libremente lo que les parece. Si es cierto que para sus descendientes la práctica de una lengua que no es la de los ancianos es lógica y natural, pues han nacido con ella y no saben del mundo en que reinaba su lengua materna otra cosa que la que se les ha contado, en cambio, buena parte de los que viven ese cambio de lengua lo perciben como una desgracia. Así lo atestiguan numerosas reacciones positivas al trabajo de los lingüistas.

La defensa con motivaciones políticas o económicas

He oído a los adversarios de lenguas indias de Estados Unidos, a los que no puedo llamar por su nombre pues se trataba de anónimos encontrados en viaje o en misión, sostener que las tribus que fingen promover estas lenguas, de las que ya no se sirven, tienen motivaciones distintas que las puramente culturales. La exigencia de restauración lingüística no sería, pues, sincera. Se trataría en realidad de un noble estandarte, detrás del cual se daría cobijo a reivindicaciones económicas, como la posesión de un territorio cuyo subsuelo oculta abundantes recursos. O bien la defensa de la lengua escondería objetivos políticos, como la autonomía administrativa de una región habitada por tal o cual etnia. No tengo medios para verificar lo bien fundado de estas declaraciones. Si se demostrara que así es en efecto, no vemos en qué podría afectar a la promoción lingüística el haber sido tomada como pretexto, si ello se lleva a cabo. Además, la muerte de las lenguas indias de América está estrechamente ligada a la expulsión violenta de sus territorios tradicionales, de la que fueron víctimas las tribus autóctonas en el transcurso del siglo XIX. La reivindicación de estos territorios sólo puede favorecer a las lenguas indias.

La libertad de elección

Es cierto que el abandono de una lengua que ya no tiene, a los ojos de sus poseedores, ni prestigio, ni valor en el mercado del empleo, ni perspectivas de futuro para sus hijos, se decide a menudo en plena libertad y sin ninguna coerción. «¿Es acaso más humano —se pregunta Georges Mounin (1992, pág. 157)— intentar salvar artificialmente a unas lenguas

no viables que querer mantener con vida por medio de heroicas intervenciones quirúrgicas a un paciente condenado sin esperanza?» Está claro que el factor esencial es la voluntad de los hablantes.

Pero esta voluntad es también, en sí misma, un resultado. Surge de las causas económicas y sociales analizadas en el capítulo 7, que no dependen de la voluntad de aquellos que esas causa obligan a abandonar sus lenguas.

Podemos admitir, ciertamente, que la muerte de las lenguas es un fenómeno tan natural como la muerte de las culturas, pero debemos comprender también que al perder su lengua, una sociedad sufre un gran daño, y que los que tienen vocación de describir las lenguas ven en su muerte la desaparición de preciosos testimonios de la creatividad de los hombres. Eso ya es suficiente para que sea legítimo luchar contra este fenómeno, mientras todavía es posible hacerlo, sin ceguera, por supuesto, sin una exageración artificial, pero también sin debilidad.

Tercera parte

LAS LENGUAS Y LA RESURRECCIÓN

Capítulo 10

El hebreo: de la vida a la muerte y de la muerte a la vida

La lengua de los hebreos en el antiguo Israel

Una lengua que, desde hace más de 3.000 años, se llama «hebreo»

El hebreo que llaman hoy «bíblico» para distinguirlo del hebreo moderno, denominado también «israelí», fue una lengua hablada durante un tiempo considerable. Por lengua hablada hay que entender lengua que no sólo existía como sistema, sino que además poseía la dimensión, esencial, que F. de Saussure llamaba «habla» (véase el cap. 3). A menudo da un poco de pena imaginar que unas lenguas muy antiguas hayan podido ser medios de comunicación cotidiana. Ahora esta pena está muy atenuada, pues la lengua que hoy se habla en el Estado de Israel, donde posee un estatuto oficial, se designa con el mismo nombre que la que se hablaba, en el mismo suelo, hace... alrededor de 30 siglos. Éste es el caso también de sus hablantes, hebreos, habitantes del Estado hebreo. Por el contrario, los pueblos con los que esos hebreos estuvieron relacionados se han hundido desde hace milenios en los abismos del olvido. O más bien, esos pueblos no tienen otra existencia que la de las menciones que hacen los manuales de historia antigua, o la de los estudios eruditos que publican los arqueólogos sobre el tema: esos pueblos de la antigüedad son los asirios, babilonios, acadios y muchos otros más, cuyos testimonios de vida yacen en la polvareda de las excavaciones. El hebreo está, pues, estrechamente ligado a los hebreos y lo ha estado indefinidamente, a pesar de una muerte que se podía creer sin remedio, puesto que los hebreos han sido contemporáneos de naciones y Estados desaparecidos desde hace mucho tiempo.

El hebreo prebíblico

No puedo profundizar aquí sobre detalles que es fácil encontrar en los trabajos especializados. Bastará con recordar que el hebreo pertenece a la rama occidental de la familia camito-semítica, cuya rama septentrional, el cananeo, comprende también al moabita, el fenicio y otros, desaparecidos todos desde tiempos inmemoriales. Los modestos principios del hebreo son, pues, los de una lengua semítica entre otras, hablada, en un territorio exiguo, por un número reducido de hablantes. No le han faltado ocasiones para desaparecer definitivamente; y a pesar de lo que han pensado y escrito después unos eruditos adoradores de la unicidad mítica del hebreo como lengua sagrada, nada lo predestinaba a convertirse en lo que es ahora sino el hecho de estar ligado al destino excepcional de una pequeña nación que lleva la cabeza bien alta.

No existe *corpus* escrito del hebreo prebíblico, es decir, del período situado entre los siglos XX y XII a. de C. Pero poseemos varios cientos de topónimos y de palabras aisladas, transcritos en silabarios acadio y egipcio, y que corresponden claramente a un estadio del hebreo próximo al cananeo. Se le llama a menudo amorita, de la palabra acadia *amurru* «oeste», por la que los acadios, que estaban situados originalmente al este del territorio semítico, designaban la rama occidental. Otro testimonio importante del hebreo prebíblico se remonta a principios del siglo XIV a. de C. Se trata de documentos recientemente descubiertos a 300 km de El Cairo, las glosas del yacimiento de Tell el-Amarna, unas 80 traducciones en hebreo unidas a unas cartas dirigidas por los faraones Amenofis III y Amenofis IV a sus legados o aliados en Canaán: aparentemente, el escriba hebreófono de turno anotaba en hebreo, en el margen, las traducciones exactas de términos acadios cuyo sentido no era, para él, seguro.

Estos documentos revelan una forma arcaica del hebreo, que posee, sobre todo, marcas de declinación del nombre (casi desaparecidas en hebreo bíblico), un sistema de expresión del dual más desarrollado que en hebreo posterior (donde el plural se extiende a muchos nombres antes susceptibles de una forma de dual), y unas conjugaciones más variadas que las del hebreo bíblico. El hebreo, pues, parece haber conocido una muy larga historia.

El hebreo bíblico, como cualquier lengua: duración, cambios, dialectos y préstamos

La edad de oro del hebreo bíblico

La composición de los libros que constituyen el monumento principal del hebreo antiguo, es decir la Biblia misma, se extiende a través de un importante período, pero se puede considerar que fuera del canto de Débora (*Jueces*, 5), probablemente anterior al año 1000, la mayor parte ha sido escrita a partir de la segunda mitad del siglo IX. La edad clásica de la literatura bíblica dura hasta finales del siglo VII: en ese momento se fija el texto fundamental, el del *Pentateuco*, cuando se escriben los libros de *Josué*, de los *Jueces*, de *Samuel* y de los *Reyes*, y cuando se recogen las profecías de *Amós*, de *Oseas* y de los primeros capítulos de *Isaías*; los textos más recientes de la Biblia no son posteriores a finales del siglo VI antes de la era cristiana. La lengua en la que está escrito todo este conjunto refleja lo que era el uso corriente de los hebreos, pero en la forma literaria. Los hebreos utilizaban la variante hablada de esta misma lengua. La Biblia testimonia este hecho en muchos lugares, por ejemplo aquel en que el arameo Laban y el hebreo Jacob firman un pacto, concretado por un monumento que delimita los territorios lingüísticos; otro pasaje es aquel en que los espías enviados por Josué a Jericó antes de la toma de la ciudad y la conquista del país de Canaán se entrevistan sin dificultad con Rahab; y otra página es aquella en que los gibeonitas se hacen comprender sin dificultad por Josué.

Evolución histórica. Diversificación dialectal. Préstamos

Así, el hebreo fue durante al menos 8 siglos y sin duda mucho antes, una lengua hablada en el amplio sentido de la palabra. Eso no significa que no haya conocido, como cualquier lengua, y dada sobre todo su extensión en el tiempo, cambios, como su corolario, es decir, diferenciaciones dialectales entre los territorios; una, en particular, se había creado en fechas remotas, y acentuó, en el 931 a. de C., en la muerte de Salomón, el cisma de su reino, dividido desde entonces, como consecuencia del antagonismo inveterado entre tribus del sur y del norte, en dos monarquías, que fueron creadas respectivamente en estas dos zonas, es decir Judá (con Jerusalén) e Israel. Un testimonio bíblico citado a menudo sobre las

diferencias dialectales en hebreo lo encontramos en *Jueces*, 12,6, donde, en el transcurso de la guerra que enfrenta a unos contra otros, los efraimitas, reconocidos en el vado del Jordán por la gente de Galaad por el solo signo de su pronunciación *s* en lugar de *š* al principio de la palabra *šiboleth*, son degollados uno a uno por estos últimos. A la evolución de su forma y a su reparto en hablas distintas se añadió, durante la larga vida del hebreo, otro fenómeno muy natural para una lengua viva: el préstamo de las lenguas vecinas, es decir el acadio, y, a través de este último, el sumerio, el egipcio faraónico y también, aunque mucho menos que en una etapa ulterior del destino del hebreo, el arameo.

Escritura del hebreo

El hebreo no sólo se hablaba, también se escribía. Para ello utilizaba un heredero del sistema que los asirios, renunciando a la escritura jeroglífica en cuneiformes, adoptaron alrededor de 7 siglos a. de C., es decir el alfabeto arameo cuadrado. Este último sólo anotaba las consonantes, dos de las cuales, *w* e *y*, se utilizaron muy pronto para señalar, fuera de su empleo consonántico, las vocales largas *ū* e *ī*. Es el alfabeto del que se sirven todavía hoy, y que no recurre más que en casos particulares (en todo el texto de la Biblia, así como cuando hay ambigüedad) a los signos que anotan las vocales breves, fijadas en los siglos IX y X, al mismo tiempo que otros signos fonéticos diversos, los masoretas de la escuela de Tiberíades, para guiar el canto de los textos sagrados y de las oraciones. La ortografía actual multiplica incluso esas *matres lectionis*, es decir esas «madres de lectura» que son la *w* y la *y* cuando se anotan vocales, ya que facilitan la lectura de una vieja lengua semítica en la que, como en árabe, no es de uso escribir las vocales.

El principio del fin: el exilio de Babilonia y sus consecuencias lingüísticas

La toma de Jerusalén y el exilio

Recordemos brevemente unos hechos históricos de sobra conocidos, cuyas consecuencias son evidentemente esenciales para el destino del hebreo. El reino de Judá, demasiado débil para tener los medios de llevar una política de independencia frente al conflicto que enfrentaba a sus

dos poderosos vecinos, oscilaba peligrosamente entre la alianza egipcia y la alianza babilónica. En el año 600 a. de C., Jejoyakim I creyó que podía aprovechar un revés babilónico frente a Egipto para rebelarse contra la tutela de Nabucodonosor II. Éste replicó marchando sobre Jerusalén, que tomó en el año 597 a. de C. La familia real, así como la aristocracia, los sacerdotes y los grandes propietarios judíos fueron llevados cautivos a Babilonia. Diez años más tarde, el rey Sedecías, que había intentado enviar una coalición contra los babilonios, es aplastado por estos últimos y esta vez Jerusalén es arrasada, el templo destruido y se produce una nueva deportación (véase Briant, 1996, pág. 56).

El regreso del cautiverio en compañía... del arameo

Ahora bien, la lengua que reinaba en Babilonia ya no era el acadio, cuyas dos formas, asirio en el norte y neobabilonio en el sur, estaban en vías de ser eclipsadas por el arameo, a pesar del esplendor del reino de Nabucodonosor II. Este movimiento favorable al arameo continuó tras la toma de Babilonia, en el año 539 a. de C., por el ejército persa de Ciro el Grande, que la población, harta de las impiedades de Nabonid, acogió como libertador. Ciro, tras establecer, según el *Deutero-Isaías*, una alianza con el Dios de Israel, publica, poco después de su victoria sobre los babilonios, un reescrito ordenando el regreso de los habitantes de Judea a su patria, la reconstrucción del templo de Jerusalén y la restitución de los utensilios de oro y plata que se había llevado Nabucodonosor. En el año 538 a. de C. vuelve un primer convoy de exiliados a Jerusalén, a expensas de los judíos de Babilonia. En el año 520 a. de C., a principios del reinado de Darío I, vuelve del cautiverio un nuevo contingente. Conocemos estos hechos por el libro bíblico de *Esdras* (1 y 6, págs. 2-12), titulado con el nombre del sacerdote y sacrificador que sucedió a Nehemías.

Este último fue nombrado gobernador de Judea a mediados del siglo V a. de C. por Artajerjes I. Nehemías volvió a levantar las murallas de Jerusalén y realizó importantes reformas. Esdras continuó su obra, y desempeñaron ambos, en la historia del judaísmo, un papel eminente, en tanto restauradores del culto y autores de la fijación definitiva de la ley mosaica, tal y como la recoge el actual libro del *Pentateuco*. La restauración de Esdras intentó favorecer también un uso extendido de la lengua hebrea en detrimento del arameo. Pero fue en vano. En efecto, los 60

años de vida en deportación habían acentuado más la presión del arameo, lengua ya muy presente entre los hebreos mucho tiempo antes de la pérdida de su independencia. Los exiliados de Babilonia habían vuelto a Jerusalén en compañía del arameo.

Fortuna del arameo

Los vencedores persas no intentaron imponer su lengua en los vastos territorios conquistados. Paradójicamente, el reino del arameo estaba bastante establecido para que los que se hicieran sus amos no se vieran tentados de sustituir nada: con los sardos en la meseta iraní y Egipto en Babilonia e incluso en Persépolis, las cancillerías de los sátrapas no tenían otra opción que recurrir a escribas locales, y entre estos últimos la lengua de relación, en una situación de plurilingüismo, era casi en todas partes el arameo, pues los persas no podían comunicar directamente su lengua con todos sus administrados. Los escritorios aqueménidas tuvieron que apoyarse, pues, en las élites y en las tradiciones locales (véase Briant, 1996, pág. 88).

Extraño y brillante destino el del arameo, lengua próxima al cananeo y que forma con él una de las dos ramas septentrionales del semítico occidental. Aunque era una lengua de vencidos, es decir, la de los reinos arameos que había destruido Sargón a finales del siglo VIII a. de C., se convertía un siglo más tarde, al suplantar al acadio, ¡en la lengua de las relaciones en todo el Imperio asirio, su vencedor! Los arameos, que al principio eran nómadas y comerciantes que recorrían las extensiones situadas al norte de Arabia hasta Siria-Palestina y Babilonia, y que emigraban a todos los lugares de Oriente Próximo, proporcionaron mandos y funcionarios a los acadios y más tarde al Imperio persa, hasta el punto que se ha podido hablar, por encima de las diferencias dialectales, de un «arameo imperial», que toma prestado del persa, por supuesto, una gran cantidad de términos del vocabulario administrativo. Así, el arameo dominó mucho tiempo como lengua de poder buena parte de Oriente Próximo, aunque ni siquiera hubiese autoridad política, ¡y menos aún Estado, propiamente arameo!

El hebreo posterior al exilio y la influencia del arameo

Hebreo y arameo

Cualquier atento observador estaría en condiciones de notar el parecido entre el hebreo y el arameo. *Vicina est Chaldaeorum lingua sermoni hebraico*, escribió san Jerónimo en el siglo IV. La adopción del alfabeto arameo para transcribir el hebreo acentuaba la impresión de proximidad. El sistema de los sonidos presentaba, además de notables diferencias, evidentes homologías. El léxico abundaba en raíces idénticas y las correspondencias fonéticas, cuando no había identidad, eran suficientemente claras para impresionar a un hablante que sabe escuchar y para permitir, a todo candidato al bilingüismo que disponga de un mínimo de agilidad, adivinar a menudo una palabra aramea a partir de otra hebrea y viceversa. Las formas de la conjugación y de los pronombres personales eran muy parecidas de una lengua a otra. En muchos casos no resulta fácil determinar si el parentesco formal y semántico entre una palabra hebrea y otra aramea se debe a un préstamo o a una comunidad de origen. Esta proximidad entre los dos idiomas fue, probablemente, un factor favorable para la presión del arameo, lengua de vecinos convertida en lengua de relación de un poderoso imperio, en cuya capital se encontraron las élites judías deportadas.

Presión del arameo

Efectivamente, mucho antes del exilio los hebreos habían estado ya al norte y al nordeste de su territorio, en estrecho contacto con el arameo, lengua vernácula de numerosas poblaciones vecinas. La arqueología revela la presencia aramea en la misma Palestina desde el siglo IX (véase Hadas-Lebel, 1976, pág. 95). En el año 721 a. de C., la toma de Samaria, capital del reino de Israel, por los asirios, había provocado la llegada de una población de lengua aramea en sustitución de una parte de los israelitas, víctimas de un primer exilio en el Imperio asirio, antes del que golpeara a Judá en el año 597 a. de C. En el 701 a. de C., los delegados de Ezequías, bloqueado en Jerusalén por Senaquerib, rey de Assur, se dirigieron en arameo al general asirio para negociar la entrega de un rescate.

Las élites de Judea deportadas a Babilonia adquirieron pronto una práctica total del arameo, lengua implícitamente oficial del Imperio, has-

ta el punto de que el hebreo de los profetas del exilio, como Ezequiel, está lleno de influencias arameas; además, las masas que permanecieron en Judea sólo habían ofrecido una débil resistencia a la fuerte presión del arameo, hablado por una numerosa población. La Biblia se hizo eco de esta situación: «Sus hijos hablan la mitad en asdodeo [= arameo], y no son capaces de hablar en judío» (*Nehemías*, 13, 24).

Literatura bíblica posterior al exilio; hebreo hablado tras el regreso del cautiverio y la restauración

Se sabe que parte de los capítulos 4 (8-6,18) y 7 (12-26) del libro de *Esdras*, así como los capítulos 2,4 a 7,28 del libro de *Daniel*, están escritos en arameo. Pero el hebreo de los libros posteriores al exilio de la Biblia, que se puede denominar hebreo bíblico tardío, está repleto también de elementos arameos. Generalmente, dentro de la literatura posterior al exilio se clasifican las partes de la Biblia que relatan o comentan los acontecimientos posteriores al cautiverio y al regreso: los libros de *Ageo* y de *Zacarías*, profetas de la restauración, así como los libros proféticos de *Daniel, Joel, Abdías, Jonás* y *Malaquías*, y el último *Isaías* (capítulos 55 a 66), y también los libros históricos de *Ruth, Esdras, Nehemías* y *Esther*, de las *Crónicas*, y por último los libros poéticos del *Cantar de los Cantares, Cohelet* (= *Eclesiastés*), *Job*, de los *Proverbios* y la mayor parte de los *Salmos* (véase Hadas-Lebel, 1976, pág. 95). Uno de los criterios de unidad de todos estos libros con relación a las partes anteriores de la Biblia es que están escritos por autores cuyo hebreo bíblico no parece ser la lengua hablada. Así, en *Esther* y en *Jonás* encontramos un intento claro por compensar el fluir de términos nuevos por la imitación apresurada de la sintaxis y del estilo del hebreo anterior. Ocurre lo mismo, aunque en menor medida, en el libro de *Nehemías*, así como en los de *Esdras* y *Daniel*.

Es interesante comparar el texto de las *Crónicas* con los pasajes de los libros de *Samuel* y de los *Reyes* a los que sigue de cerca. Pues se puede descubrir, en las diferencias, el esfuerzo por adaptarse a los hablantes que ya no tienen la práctica del hebreo de los grandes libros clásicos. Eso da la medida probable de la evolución de la lengua hablada. El *Cohelet* y el *Cantar de los Cantares* parecen reflejar igualmente el hebreo popular de la época posterior al exilio y la influencia del arameo, que es una característica de esta nueva forma de hebreo. No sólo se observan numerosos préstamos de vocabulario, sino que no hay orden de palabras en la

frase que no haya sido modificado según el modelo arameo, que incluso sirve de intermediario para pasar al hebreo palabras acadias que el mismo arameo ha tomado prestadas, como algunas palabras persas.

El hebreo míchnico

Una etapa en la historia del hebreo hablado

Los hechos son conocidos e incluso estudiados (véanse, por ejemplo, Segal, 1927, y Hadas-Lebel, 1976). Debemos recordar solamente que, al suceder al hebreo posterior al exilio, el hebreo llamado míchnico recibe este nombre por la *Michna* (de *šanah* «repetir» [la palabra, para la transmisión oral]), enorme colección de comentarios, consagrada a la manera de aplicar la ley escrita. Los primeros elementos de la *Michna* se remontan muy lejos, por lo menos, al siglo III antes de la era cristiana; la elección y ordenación de los textos, debidos a Judá HaNassi, datan de finales del siglo II, cuando se fija la versión que servirá de base para los nuevos comentarios redactados, en arameo, en los dos grandes centros espirituales del judaísmo, es decir en el *Talmud* de Babilonia y en el de Jerusalén. Es probable que, en la continuidad del hebreo bíblico y luego del hebreo posterior al exilio, con relación a los cuales representa una nueva etapa de la evolución histórica, el hebreo míchnico fuera, al menos en Judea si no también en Galilea, la lengua vernácula de los hebreos, como lo dejan intuir las particularidades de los libros posteriores al exilio. Sin embargo, antes que el sucesor del hebreo bíblico, propiamente dicho, que es una lengua literaria, el hebreo míchnico se debe considerar como heredero de la forma de lengua que *hablaban* los hebreos antes del exilio de Babilonia.

La reverencia religiosa con respecto al hebreo bíblico y la ignorancia general en cuanto a la evolución natural de las lenguas han hecho creer durante mucho tiempo a los rabinos y letrados judíos que el hebreo míchnico era una invención de los talmudistas y no se correspondía con ninguna lengua realmente en uso. Por supuesto, esta opinión no era compartida por todos, y un gran talento como el filósofo y médico español del siglo XII Maimónides, por ejemplo, en su *Kitāb al-sirāǧ [Libro de la elucidación]*, comentario a la *Michna*, afirmaba que el hebreo míchnico era una lengua hablada. Pero nadie le secundó, y la tesis sobre la artificialidad del hebreo míchnico fue, durante mucho tiempo, autoridad.

Entre los argumentos que la rechazan, podemos retener uno solo: el hebreo bíblico presenta dos formas para el pronombre de 1ª persona del singular (de hecho no intercambiables si analizamos los detalles) *anokhī* y *anī*: la segunda se convierte en dominante en hebreo bíblico tardío, y se impone, con exclusión de la primera, en hebreo míchnico; si esta última era una lengua artificial, no vemos con qué criterios los rabinos habrían decidido retener sólo una de las dos formas. Es difícil sostener que el hebreo míchnico no haya sido una lengua hablada. Lo que sin embargo podemos considerar como cierto es que no era el único hablado. El arameo también se hablaba, al menos entre los hebreos, lo que no dejaba de tener consecuencias en la forma de la lengua hebrea.

La lengua míchnica, forma arameizada del hebreo

El contacto antiguo y permanente de dos lenguas había tenido como efecto la abundancia de arameísmos en el hebreo míchnico. Los préstamos de vocabulario son muy numerosos, y cuando no hay préstamo hay reactivación de una palabra o de un sentido poco frecuentes en la Biblia, pero de los que el arameo posee homólogos utilizados corrientemente. En morfología, el hebreo míchnico no llegó a adoptar esta particularidad típica del arameo, que consiste en posponer el artículo al nombre. Sin embargo se formaron, sobre el modelo del arameo (pero con palabras únicamente autóctonas), dos instrumentos gramaticales punto menos que desconocidos para el hebreo bíblico: por una parte *še*, pronombre relativo y conjunción de subordinación, que suplantó al *'ašer* del hebreo bíblico; y por otra parte *šel*, conector equivalente al *de* francés en *le livre de l'enfant* [«el libro del niño»], y constituido, según una formación evidente, de *še* «*qui*» + *le* «*(est) à*» [«que» + «(es) del»], es decir *le livre de l'enfant = le libre qui est à l'enfant* [«el libro del niño = el libro que es del niño»]. El conector *šel* debía tener cierto éxito en la historia del hebreo, y es hoy día una de las herramientas gramaticales más corrientes del hebreo israelí.

¿Cuándo dejó de hablarse el hebreo?

Esta pregunta es tan compleja como la del final del latín (véanse las págs. 58-62). Intentaré responder con los medios de que dispongo.

¿En qué lengua se expresaba Yehosuá de Nazaret (= Jesús)?

En el siglo I de la era cristiana, ¿poseía el hebreo míchnico, que era la lengua hablada por los hebreos al menos desde el regreso del exilio de Babilonia, es decir desde hacía casi cinco siglos y medio, este estatuto? ¿Acaso no hablaban ya arameo una gran parte de los hebreos? ¿Se hablaba todavía hebreo en Judea, donde la vida judía había seguido su curso tras el regreso del cautiverio, y las provincias situadas más al norte, Samaria y Galilea, no habían sido, tras la deportación a Babilonia, repobladas por comunidades que hablaran arameo, antes de que en el año 100 a. de C., la unión de Galilea con el reino hasmoneano le permitiera, más tarde, estar rejudeizado? ¿En qué lengua hablaba Yehosuá de Nazaret? Hoy se está de acuerdo en pensar que hablaba en arameo. Los textos parecen indicarlo claramente: las palabras proferidas en los momentos de los milagros (*Marcos*, 5,41 y 7,34), e incluso la invocación a Dios en el momento en que el crucificado va a morir (*Marcos*, 15,34), son relatadas por los evangelistas en arameo. A estos testimonios hay que añadir el de una práctica de la vida litúrgica, a saber los *targums* o comentarios, hechos en arameo en las lecturas en las sinagogas. Pero se ignora si esta práctica era antigua y si no estaba destinada, en Palestina, a los fieles de las únicas regiones de lengua aramea, o a las comunidades babilónicas establecidas en Jerusalén, antes que a los habitantes de Judea que desconocerían todos el hebreo.

Siglo I de la era cristiana: bilingüismo hebreo míchnico-arameo en la mayor parte de los hebreos; trilingüismo hebreo míchnico-arameo-griego en las élites urbanizadas

- El bilingüismo de masas

Por eso lo más probable es que en Judea, en el siglo I de la era cristiana, reinase una situación de bilingüismo: arameo-hebreo, al menos para la mayor parte de la población, y que esta situación se remontara al último tercio del siglo IV a. de C. Debió prolongarse al menos hasta principios del siglo II (véase *supra*, a propósito de Barcoquebas). Aparte del arameo, se trataba evidentemente de una forma evolucionada del hebreo míchnico, con relación a lo que había sido este último, 5 siglos antes, en el retorno del exilio. Yehosuá de Nazaret, como la mayoría de los judíos

de su tiempo, hablaba muy probablemente el hebreo, igual que el arameo. Puede que este hombre, que no era inculto, hablara también la tercera lengua entonces presente en Palestina.

- La helenización de las élites y el trilingüismo

Efectivamente, los hebreos más instruidos estaban bastante helenizados y conocían el griego. Por supuesto, al principio, es decir, después de la conquista del Imperio persa por Alejandro y la muerte de Darío III en el año 330 a. de C., las barreras religiosas mantenían a los hebreos relativamente al margen del mundo griego. Pero la helenización de los pueblos paganos que rodeaban por todas partes a las tierras judías había terminado por propagarse en estas últimas, cuyas élites, al menos, estaban en constantes relaciones con los colonos griegos instalados desde hacía mucho tiempo por Alejandro en Samaria. La abominación de las prácticas del gimnasio a los ojos del judaísmo tradicional había dejado sitio, en las ciudades, a la adopción de algunas costumbres griegas ligadas a la vida teatral y deportiva. Entre los hebreos de la sociedad favorecida era corriente poseer un buen conocimiento del griego, e incluso una familiaridad con la retórica griega, de la que se encuentran rastros en la *Michna*. Este libro contiene más de 500 palabras griegas. En cuanto al *Talmud* de Jerusalén contiene, según evaluaciones recientes, hasta 1.100. El hebreo míchnico tomó numerosos préstamos del griego y una parte de estas palabras griegas, fonéticamente hebraizadas, se ha conservado en hebreo israelí, como, entre muchas otras, *avir* «aire», *teatron* «teatro» o *dugma* «ejemplo».

- El breve sobresalto antihelénico de los macabeos

Sin embargo, es cierto que del año 167 al 134 a. de. C., los macabeos se habían rebelado contra la política de helenización del rey seléucida de Siria Antíoco IV Epifanio, que quería imponer la cultura griega en sus Estados, entre ellos Palestina. Eso, para los judíos, significaba participar en los ritos religiosos del helenismo y, en consecuencia, al adoptarlos en concierto con la lengua griega, que los expresaba, renegar del monoteísmo y de la ley mosaica. De manera reveladora, los macabeos habían asociado defensa de la Torá y promoción del hebreo bíblico, reivindicado igualmente como un ideal, en esa misma época, por los esenios cuya lengua purista nos la ha revelado el descubrimiento de los llamados manus-

critos del mar Muerto, entre 1947 y 1956, en las cuevas de Qumran, en el desierto de Judea.

Sin embargo, la lucha entre el regreso a las fuentes y las tentaciones modernistas se resuelve a menudo con la victoria de estas últimas: una vez obtenida la independencia nacional, los amigos del helenismo retomaron la superioridad bajo los reyes de la dinastía (¡sacerdotal!) siguiente, la de los asmoneos, a los que les gustaba llevar nombres griegos, igual que numerosos judíos acomodados, entre los que, además, se utilizaba a menudo la versión griega de la Biblia (la de los Setenta). El movimiento no había hecho más que acentuarse bajo la dominación romana; el latín quedó al margen como lengua de poder extranjero, y surgió la romanización en muchos puntos, en esta época y en este contexto, como un instrumento de la helenización, sin que podamos ver en ello una paradoja. Podemos comprender las razones (véanse las págs. 144-149).

- El judeoarameo

En el siglo I, una parte, al menos, de los hebreos eran trilingües. Y entre los que no conocían el griego, presente sobre todo en las ciudades, la mayor parte eran bilingües. El arameo de los judíos, que se podría llamar judeoarameo, no coincidía ni con los principales dialectos presentes en las poblaciones arameas ni con el arameo imperial, que había promovido el poder aqueménida y que aún vivía en la época romana. Era un arameo hebraizado, tanto en su fonética como en algunos aspectos de su sintaxis. La tradición considera al arameo, o más exactamente a su forma hebraizada, como una lengua perteneciente a los judíos, y la ve, pues, con simpatía y respeto. Sin embargo, este favor no es unánime. Algunos no olvidan que el momento en que el arameo se superpone al hebreo, esperando suplantarle 6 siglos más tarde, corresponde a un episodio trágico de la historia judía, el del exilio. Así, el *Talmud de Babilonia* (tratado Baba Qama, 82) atribuye al compilador de la *Michna*, Judá HaNassi, que nació durante la revuelta de Barcoquebas, la frase siguiente: «¿De qué nos sirve, en tierra de Israel, la lengua de los sirios? ¡O la lengua sagrada, o el griego!».

La destrucción del segundo templo y el comienzo de la dispersión

Las torpezas de la autoridad romana y las vejaciones ligadas al imperialismo del poder de Tito en una Palestina cortada en tres partes desde

la muerte de Herodes, suscitan en el 66 una sublevación nacionalista y mesiánica que desemboca en la primera guerra judía, que termina trágicamente, como se sabe, por Judea. Los celotes, últimos resistentes judíos, siguen teniendo en jaque a los romanos en la fortaleza de Massadá hasta el año 73. Pero se puede imaginar fácilmente que la destrucción del segundo templo en el año 70 por las legiones de Tito, lo que pone fin a la existencia de un Estado en el que se encarna la pasión de independencia, es un golpe muy grave para la lengua hebrea, al mismo tiempo que una señal de la dispersión de los hebreos (en el sentido habitual de este término, aunque ya existiesen otras dispersiones precedentes, como los dos exilios de los habitantes de los reinos de Israel y de Judá). A pesar de la derrota del año 70 y en el recorrido, irreversible desde ahora durante mucho tiempo, de los judíos obligados, en gran número, a la salida, un último sobresalto honra a la lengua en la que se expresa el destino de una nación. Se trata de la segunda guerra judía, es decir, del episodio de Barcoquebas.

La revuelta de Barcoquebas y las últimas palabras conocidas pertenecientes al hebreo míchnico vivo

- El hebreo míchnico y el arameo en la escuela de Yabneh

Durante el asedio de Jerusalén en el año 70, un rabino de gran prestigio, Rabban Johanan ben Zakkai, había conseguido de Tito la creación, en Yabneh, cerca de la costa, de una escuela en la que el pueblo judío, disperso pero cohesionado por su fe y su vigor espiritual, reconstituyó una especie de centro nacional y religioso, dirigido por un patriarca, jefe de la comunidad judía de Palestina y pronto reconocido por los romanos. Otras comunidades se formaron en Babilonia y en Alejandría. El hebreo míchnico y el judeoarameo continuaban viviendo como expresiones de la existencia judía. Pero menos de 35 años después de la caída de Jerusalén y la destrucción del segundo templo, todos esos centros se sublevaron contra la opresión romana.

- La revuelta de Barcoquebas y las cartas en hebreo

La violenta represión no impide que de nuevo, el año 132, bajo el emperador Adriano, estalle una revuelta en Palestina, dirigida por Simón

Barcoquebas. Éste, con el apoyo de los rabinos, proclama la restauración de la independencia y del Estado judío, promueve la lengua hebrea, libera numerosas ciudades y comienza incluso a acuñar moneda. Excavaciones llevadas a cabo en 1952 en Wadi Murrabaat, en el desierto de Judea al sudeste de Jerusalén, han revelado numerosas actas jurídicas contemporáneas de esta segunda guerra judía. Cinco de ellas están en hebreo, todas las demás en arameo. Pero se han descubierto igualmente unas diez cartas de este mismo período, escritas todas en hebreo, dos de ellas por el jefe de la insurrección. En 1960 se hallaron en Nahal Bever, en Israel, quince cartas de Barcoquebas, cinco de ellas redactadas en hebreo, ocho en arameo y dos en griego.

Sean cuales fueran las razones de estas opciones, queda claro que Barcoquebas y los nacionalistas judíos de su Estado mayor eran capaces de escribir y de leer en tres lenguas, y que el hebreo seguía siendo practicado. Se trata incluso de un hebreo bastante corriente, que expresa las instrucciones de un jefe a sus lugartenientes sobre diversos aspectos concretos del desarrollo de las operaciones; sin embargo, un hecho interesante es que la lengua de estos documentos está menos arameizada que de costumbre, y que atestiguan incluso un esfuerzo por acercarse a la norma clásica del hebreo. Es posible que haya que relacionar este fenómeno con la fuerte connotación mesiánica de la insurrección, cuya inspiración divina fue reconocida por un célebre rabino, Rabbi Aqiba (muerto durante esta guerra).

- El *Talmud*, el arameo y el fin del hebreo míchnico

La revuelta de Barcoquebas fue finalmente aplastada en el año 135. Los judíos fueron cruelmente perseguidos y se les prohibió entrar en Jerusalén. La persecución cesa bajo los sucesores de Adriano. Apoyados por la autoridad moral del patriarca de Yabneh, los doctores de la ley continúan entonces edificando obras religiosas. Pero en adelante lo hacen en arameo, y lo mismo sucederá en Mesopotamia, donde, bajo la autoridad de un exilarca se concentra la vida espiritual del judaísmo tras la cristianización del Imperio romano por Constantino en el año 325. A este acontecimiento le siguen, en la Palestina sometida al emperador, persecuciones de judíos y finalmente la abolición del patriarcado por Teodosio II en el año 415.

Cuando los sabios, para mantener viva la enseñanza religiosa, estiman necesario llevar a cabo el estudio de los comentarios de la ley a través de

un esmerado examen comparativo de las formulaciones de todas las reglas, la lengua en la que se escribe, durante un largo período de trabajo intenso que dura hasta el siglo VI, este compendio de sabia piedad, que llamamos *Talmud* (*talmud tora* = «estudio de la ley»), es, por supuesto, el arameo. El hebreo ha dejado de vivir como lengua hablada. Ha cedido la plaza al arameo, por el hecho sobre todo de la concentración, en Jerusalén, de judíos arameófonos de la diáspora oriental (véase Segal, 1927, introducción).

En el *Talmud de Jerusalén*, que aborda varias veces el problema de las lenguas (así, en el tratado Péa, 1, se autoriza el estudio del griego literario, aunque con reticencias), está claro que el hebreo está considerado como la lengua sagrada, que no tiene más empleo que el litúrgico y no se habla en la vida corriente (véase, sobre todo, el tratado Sota, *passim*). Se trata, sin duda, del hebreo bíblico. Pero el mismo hebreo míchnico, desde el aplastamiento de la revuelta de Barcoquebas, se había convertido en una lengua literaria, y su uso oral estaba en constante declive. Es verdad que la conservación o la reivindicación de un hebreo hablado, sea cual fuere la etapa de la evolución de la que se trate, ha estado siempre estrechamente ligada, en la historia de Israel, al mantenimiento de la independencia política o al combate por la identidad judía y por la afirmación nacional. Aquí la desaparición de la lengua ancestral se conjuga con la pérdida del Estado.

LAS LENGUAS JUDÍAS, LA MUERTE DEL HEBREO EN EL USO ORAL Y SU CONSERVACIÓN EN LA LITERATURA

El arameo, el nacimiento de las lenguas judías y el estatuto del hebreo en la diáspora

El arameo decae a partir del siglo VII, frente al árabe, pero hoy, después de 3.000 años, sigue resistiendo a la muerte

Tras la conquista árabe a principios del siglo VII, cambia el estatuto del arameo, tanto en Palestina como en Siria y en Mesopotamia. Los hebreos no son los únicos en abandonarlo progresivamente, lo mismo sucede, según un movimiento irreversible, con muchas poblaciones que lo tenían como lengua materna o lo utilizaban como idioma de relación. Así, al menos en lo que concierne a sus hablas occidentales, el arameo

inicia una fase de declive que llama la atención cuando pensamos cuál fue su prestigio en Oriente durante más de 13 siglos.

Sin embargo, la historia del arameo, sin presentar esa imagen excepcional, propia del hebreo, de un idioma muerto que resucita, no es menos única. Esta lengua, la más antigua que sigue con vida junto al chino (si exceptuamos el copto, que no se habla), sigue siendo hablada hoy en día, en dos lugares: por una parte en la región montañosa que forma, al norte de su territorio, la extremidad oriental y por alrededor de 200.000 personas; se denomina neoarameo oriental, o neosiríaco, el conjunto de dialectos que se han conservado, no sin serias transformaciones como se puede imaginar, en el distrito de Tur 'Abdin en Irak, así como alrededor del lago Urmia, en comunidades uniatas, nestorianas y jacobitas; por otra parte, aún sobrevive un neoarameo occidental en tres pueblos sirios del Antilíbano, a 30 kilómetros al nordeste de Damasco.

Las lenguas de los judíos en los países de Levante tras la conquista árabe

En Palestina, Mesopotamia y Egipto, los judíos siguen, tras la conquista árabe (siglo VII), viviendo según su ley y costumbres, pero el árabe, que se impone cada vez más en su existencia cotidiana, termina suplantando al arameo y, donde estaba en uso en la sociedad, al griego.

Las lenguas de los judíos en Europa y en el Magreb

- Lenguas de los judíos de África, España y otros países de la diáspora

Las comunidades judías dispersas por la Galia, Germania e Iberia, o las que huyeron tras la destrucción del segundo templo, se añaden a las que, desde finales de la República romana se habían instalado no sólo en estos territorios, sino incluso también en Roma. En esta ciudad, los judíos, que dominaban el importante comercio marítimo de cereales y aceite de oliva con África (lo que hoy es Túnez), poseían viviendas en un barrio del monte Coelius situado entre el Coliseo y la Vía Apia (véase Hagège, en prensa). El hebreo seguirá siendo la lengua religiosa de toda la diáspora, pero durante casi 20 siglos los judíos dejarán de hablarlo. Adoptarán las lenguas de los países de «acogida». Lo mismo harán más

tarde las comunidades a las que expulsan en 1492 los Reyes Católicos de Castilla y Aragón. Los judíos, obligados al exilio y huyendo, tanto en España como en Portugal de las «amabilidades» de la Inquisición, encontrarán refugio en diversos lugares: Magreb, Holanda, Francia meridional, Italia, Bosnia, Grecia y Turquía, conservando en algunos de ellos su lengua judeoespañola.

• Judeolenguas

Pero sobre todo se formarán, en la mayoría de los países de la *galout* (diáspora), unas lenguas específicas, denominadas lenguas judías o judeolenguas, y estudiadas como un capítulo especial de la lingüística, presentando tanto interés como ilustraciones del fenómeno de hibridación: todas, en efecto, se han constituido sobre la base de la lengua local o de la lengua llevada al exilio, pero con una aportación léxica, más o menos importante, del hebreo. Estas lenguas están hoy en día en situación precaria (véanse las págs. 174-175). Las aportaciones hebreas que encontramos en todas ellas testimonian la poderosa fascinación que el hebreo, mucho tiempo después de su desaparición como lengua viva, continúa ejerciendo en las mentes, a través de préstamos que recibe, y que facilita el contacto permanente, en los hablantes más religiosos, con el texto de la Biblia.

Además de las lenguas judías, se han formado incluso lenguas calcadas, trabajadas por piadosos doctos. Su vocabulario es el de tal o cual lengua de la diáspora, mientras que la sintaxis y la morfología son calcadas del hebreo, lo que da un resultado asombroso. El judeoespañol-calco, o ladino, es un conocido ejemplo de ello. Se trata no del judeoespañol (judezmo), lengua hablada, sino del español hebraizado, no hablado aunque transmitido oralmente, de las Biblias utilizadas por los judíos después de su expulsión de España. Al calcar el texto hebraico en una lengua de gentiles, el objetivo de los rabinos era, como siempre, impedir que la lengua santa cayera irrevocablemente en el olvido entre los judíos amenazados de desjudaización, y que no hablaban más que los idiomas de las naciones.

El latín y la continuidad/el hebreo y la ruptura

Lo que por una parte ponen de relieve todos esos esfuerzos de los rabinos por mantener al menos un rastro del hebreo, y por otra la manera en que se constituyen las judeolenguas y los materiales sobre los que se

fundan, es un fenómeno muy particular, del que no se encuentra parangón en la historia de las lenguas romances ni en la del griego. En estos últimos casos, efectivamente, hay continuidad. El francés o el español ya no son latín, son los productos de la evolución del latín. El griego moderno es un producto de la evolución del griego antiguo. Por el contrario, en el caso del hebreo los acontecimientos dramáticos que comienzan con el exilio de Babilonia, y que continúan, 667 años más tarde, con la destrucción del segundo templo, tienen como consecuencia una interrupción del proceso de la vida. La cadena se ha roto. El hebreo (hablado) ha desaparecido. Otras lenguas lo han reemplazado. Su uso litúrgico sigue acrecentando su inaccesibilidad de lengua de prestigio. No está ni siquiera medio presente en sus herederos. No imaginamos cómo podría revivir.

El hebreo medieval

Hebreo bíblico, hebreo míchnico, hebreo medieval y hebreo moderno

Lo que la tradición llama hebreo medieval no podría considerarse como una nueva etapa en la historia del hebreo, salvo para confundir la realidad oral de las lenguas con el carácter parcialmente artificial de su empleo literario. El hebreo de los tiempos bíblicos conocía una forma hablada y otra forma escrita. El hebreo míchnico era también una lengua hablada tanto como escrita, aunque el fin de su empleo oral no le haya permitido integrar, como hace normalmente una lengua en uso, las numerosas innovaciones de los autores judíos a través de los siglos. El hebreo israelí contemporáneo es, en fin, una lengua tanto hablada como escrita. Por el contrario, no existe otro empleo que no sea el escrito para el hebreo medieval, idioma puramente libresco en el que los doctos, fijándose como modelos de imitación la Biblia y la *Michna*, introducían numerosas palabras científicas o poéticas. Estas palabras no correspondían a ninguna realidad viva, a ninguna palabra espontánea, sino que sólo estaban destinadas a satisfacer necesidades estilísticas y estéticas, por imitación a menudo de las lenguas de la diáspora, español, árabe, alemán, etc. El género literario denominado *piyyut*, y que designa a unos poemas religiosos de estilo rebuscado, es la principal ilustración de esta actividad. Pero los doctos también escriben tratados en prosa: geográficos, filosóficos, gramaticales y científicos. Estas obras tendrán un interés inesperado y serán explotadas en la labor metódica de la que hablaremos más adelante.

El hebreo en la literatura diaspórica hasta el siglo XVIII

La tradición asigna la noción de hebreo medieval no sólo a la lengua de autores judíos de la Edad Media, sino también a la de épocas posteriores, hasta el siglo XIX. A esta impropiedad del término se añade otro inconveniente: aunque sólo se trate de una lengua escrita y por lo tanto sea menos susceptible de evolución, el estilo de los autores, que varía con las épocas, ofrece una gran variedad y es difícil caracterizarle con un único calificativo, sobre todo con el de «medieval».

Después de los primeros años setenta de nuestra era, la literatura hebraica se había dispersado por numerosos hogares, entre ellos los de Babilonia, Alejandría, Antioquía, Atenas y Roma. Aquí se ilustran los nombres del historiador renegado Flavio Josefo, del filósofo Filón y, mucho más tarde, de autores que, en el mundo musulmán, en Kairuan, Fez, Granada o El Cairo, escribirán, no sólo en árabe sino también en hebreo, obras que restaurarán la lengua de la Biblia, ya sea estudiando sus sonidos, como Judá ben David Hayyug en el siglo X, ya sea tomándola como material de suntuosos poemas, como hizo Judá Haleví en el siglo XII, o de tratados filosóficos o gramaticales como, en la misma época, Avicebrón (ibn Gabirol) y Abraham ibn Ezra respectivamente, o incluso obras esotéricas, como las del cabalista portugués Isaac Abravanel en el siglo XV.

Como el objetivo de este capítulo no es hacer un inventario, sino reconocer ciertos hitos del destino del hebreo, no citamos aquí más que algunos nombres. El que tratamos es célebre como época de esplendor del hebreo en tanto lengua literaria. Algunos autores, en árabe y en hebreo, expresan su talento en el marco cultural generalmente tolerante de los países árabes de Oriente y, sobre todo, durante cerca de ocho siglos, hasta la Reconquista católica, participan en el esplendor intelectual y religioso de la España musulmana. Es la primera edad de oro de la lengua y de la literatura hebraicas tras la dispersión. Pero no se puede hablar de renacimiento. Hoy el hebreo sigue siendo una lengua escrita.

El hebreo y la Haskala

Los especialistas llaman *Haskala* (de *sekel* «inteligencia») al equivalente judío de lo que en Occidente se conoce como la Ilustración, es decir un florecimiento de pensadores brillantes, llamados (con el mis-

mo radical) *maskilim* que, a finales del siglo XVIII y en el XIX, inspirados por los filósofos franceses, ingleses y alemanes de las generaciones precedentes, han favorecido un renacimiento de la cultura judía, esforzándose en abrirla a los valores de la civilización europea, sin traicionar las tradiciones históricas del judaísmo. La cuestión de la lengua hebraica ha despertado particularmente la reflexión, como se puede comprender de los *maskilim*. M. Mendelssohn, y sus amigos sobre todo, reagrupados alrededor de N. H. Wessely, fundan en 1784 el primer periódico literario hebraico, *Ha-me'assef* («Antologías»). Retoman la inspiración de M. H. Luzzatto, cuya obra, a principios del siglo XVIII, había dado a la poesía hebraica una belleza renovada, que no se conocía desde la edad de oro española. Proponen adaptar el hebreo a los tiempos modernos, para hacer de él un instrumento de expresión de las ciencias profanas.

Querían desacralizar en alguna medida la venerable lengua de la Biblia, precisamente para permitirle «revivir», al menos por escrito, siendo capaz de expresar otras realidades distintas a las religiosas y litúrgicas. Pero paradójicamente exaltaron, para dar la espalda al *pilpoul* («sofístico») de las argumentaciones rabínicas, la lengua pura de los profetas. Sin embargo, los *maskilim* no eran simples imitadores del estilo de la Biblia, como fueron imitadores del latín de Virgilio, en el siglo V, los poetas Claudiano o Saint-Avit, o mucho más tarde, en Francia, los autores de obras poéticas latinas, J.-B. Santeul a finales del siglo XVII o M. de Polignac a principios del XVIII. Los *maskilim*, por el contrario, deseaban, para el hebreo, modernizar su léxico. Pero se atenían a la Biblia, de la que sabemos que el vocabulario es limitado, mientras que el hebreo míchnico podía proporcionar un terreno de neología. El resultado es que, a falta de palabras en número suficiente dentro de este *corpus* restringido, los *maskilim* inventaron un gran número de expresiones compuestas, cuya torpeza hoy puede hacer sonreír (véanse las págs. 250-251). Se llamará, irónicamente, *melitsa* («[estilo que cultiva la] figura de la retórica») a la manera afectada de estos hombres de buena voluntad.

Al menos los *maskilim* habían hecho la demostración de un principio esencial, aunque su manera de aplicarlo era desafortunada: es posible adaptar una lengua muy antigua, surgida desde hace mucho tiempo del uso oral, en realidades modernas, construyendo palabras nuevas. La lección, como veremos, no se olvidará.

El hebreo escrito a partir de mediados del siglo XIX

Los *maskilim* tuvieron émulos en numerosos países de la diáspora, y sobre todo en Rusia. Muchos escritores ejercieron su talento en obras que celebraban las horas más prestigiosas de la historia antigua judía. A mediados del siglo XIX, la prensa hebraica es ilustrada con numerosos títulos, y al final del mismo siglo un escritor, M. L. Lilienblum, preconiza el renacimiento nacional, mientras que otros, como Mendele M. Sforim, a menudo considerado el padre de la literatura hebraica moderna, se atreven a abordar unas realidades menos halagüeñas que el antiguo Israel, es decir, la vida dolorosa y pintoresca de los guetos de Europa central, con la cual los *maskilim* habían querido romper, por lo que simbolizaba, a sus ojos, de retrógrado y miserable. Aparece entonces una pléyade de notables escritores, en su mayoría de origen ruso o ucraniano, como S. Chernijovski y sobre todo H. N. Bialik, que enriqueció el hebreo escrito con obras de gran fuerza, donde la lengua, llena de neologismos, denota una rara creatividad.

Los herederos de la *Haskala* no dudan, tampoco, en denunciar la opresión antisemita, y esta denuncia está directa y lógicamente ligada a la reivindicación de la independencia nacional, de la que sin embargo no se percibe aún la consecuencia lógica sobre el plano de la lengua. Sobre este terreno nacerá la ideología del sionismo, concebido inicialmente como doctrina de liberación del pueblo judío. Los sionistas están lejos de considerar todos al hebreo hipotéticamente resucitado como lengua obligada de los judíos. Es revelador, en particular, que T. Herzl no contemplara, para el Estado judío, sobre el que escribió en 1896 el famoso libro que llevaba este mismo título y que consagró la doctrina sionista, más que una solución plurilingüe, a la manera helvética, en la que el hebreo no intervenía...

El hebreo ya no estaba vivo, pero tampoco estaba muerto

Se puede comprender la actitud de una parte de los sionistas frente al problema de la lengua. El hebreo ya no se hablaba desde el siglo III. Desde este punto de vista, podríamos decir que estaba muerto. Pero queda la palabra y la lengua (véase el cap. 3). Más aún, el hebreo estaba lejos de estar muerto en el sentido en que lo están el sumerio o el acadio. El hebreo, apartado del uso corriente, sin haber reencontrado desde largo

tiempo la palabra, era todo lo contrario a una lengua petrificada y privada de vida. Un signo asombroso de este muy particular estado es que no se dejó nunca de crear palabras y giros nuevos en hebreo, desde la Edad Media hasta el siglo XX pasando por la *Haskala*. Esta creatividad neológica se explica por el hecho de que el hebreo necesitaba innovaciones dado que cumplía plenamente sus funciones de lengua de intercambio escrito, no sólo entre los rabinos, sino también entre los comerciantes (véase Turniansky, 1994, págs. 420-421). ¿Hay que recordar que era utilizado para la contabilidad, y desde hacía mucho tiempo?

El hebreo se beneficiaría de las nuevas ideas de finales del siglo XIX. Lilienblum funda en 1880 el movimiento de los «Amantes de Sión», cuyos adeptos, M. M. Dolitzki, N. H. Imber, D. Frischmann y N. Sokolow, escritores, poetas, críticos literarios y periodistas, próximos a las tesis socialistas que florecían en Europa central y oriental a finales del siglo XIX, crean la atmósfera intelectual propicia para una idea loca que nadie, hasta entonces, ha prohibido explícitamente, aunque algunos sueñan con ella sin osar imaginar que ninguna realización sea posible: el renacimiento del hebreo. Sólo falta, pues, un hombre para hacerla pasar del sueño a la realidad. Este hombre existe. Escucha. Lee. Se informa. Participa. Y está presto a intervenir. Se llamará Eliezer Ben Yehuda.

La resurrección del hebreo

La resurrección del hebreo está ligada al nombre de Ben Yehuda, pero veremos que los hechos son menos simples y que hay otros que también han desempeñado un papel esencial. Veremos, del mismo modo, que este hombre encontró una seria hostilidad en algunos medios judíos.

La intuición de Ben Yehuda

La quietud sagrada y las agitaciones profanas

Cuando Eliezer Perelmann, que tomó más tarde el nombre con el que es más célebre, nace en 1858 en Lushky, Lituania, donde se encuentra esta ciudad, que es administrada por los funcionarios del zar. El ruso forma parte, pues, de las lenguas con las que el niño se pone rápidamente en contacto; las otras son el lituano, probablemente, y el yiddish con

seguridad. Pronto lee el hebreo bíblico y el arameo, no sólo porque es de espíritu muy vivo y le devora la curiosidad, sino también porque su tío, que se ocupa de su educación, le envía a una escuela talmúdica de Polotsk (hoy en Bielorrusia). El adolescente se encierra entonces en el estudio de los textos sagrados y en el dédalo de las interpretaciones rabínicas. Sueña incluso con aportar su contribución a las sabias exégesis, cuando se encuentra con alguien importante: un rabino progresista. Así se descubre ante él un mundo profano, el de los autores judíos seculares, y el de las temáticas literarias, políticas y sociales sobre las que escriben. Empieza a leer con avidez estas obras, pero al ver que no se contenta con la hermenéutica del *Talmud*, su tío le despide con indignación (véase Zananiri, 1978, pág. 4).

Este episodio inicial de su vida ya es revelador de las decisiones a las que Ben Yehuda se verá conducido más tarde. Los episodios siguientes no lo son menos. Recogido por una familia favorable a la asimilación como medio, para los judíos, de ampliar el campo de acción, la deja para ir al instituto gubernamental de Dunaburg (hoy Daugavpils, en Letonia), donde encuentra, en un medio urbano muy diferente al de la yeshiva de Polotsk, a otros judíos de procedencia muy diversa, pero también cristianos.

El pueblo judío, el hebreo y la independencia nacional: una constante milenaria

Ben Yehuda sueña, en un momento dado, con realizar sus estudios en la Universidad de San Petersburgo y hacerse profesor para poder un día liberar los espíritus de la sumisión del poder opresor del zar. Pero enseguida toma conciencia de que el medio en el que ha crecido y la personalidad que se ha forjado le confieren, tanto en los estudios religiosos como en la literatura profana, un perfil enteramente diferente al de un ruso ordinario: el perfil de un judío que encuentra, y debe resolver, problemas propios de los judíos. Así es como, al compartir la indignación que levanta la intelectualidad rusa en la guerra turco-búlgara de 1878, Ben Yehuda, que acaba de cumplir 20 años, descubre al pueblo judío de repente la necesidad de aplicar lo que el rumor general, entre la gente de luces, quiere aplicar a los pueblos oprimidos: el principio de la emancipación que da los medios para liberarse de una tutela extranjera muy a menudo penosa. Ya que las democracias aprueban plenamente, e incluso alientan,

desde principios del siglo XIX, el combate de los pueblos griego, armenio y búlgaro por su independencia y unidad, ¿por qué no habrían de aprobar el del pueblo judío?

Esta intuición, que surgió en su espíritu en esta misma época, guiará toda su vida. Pero la restauración de la nación no estaría sola en su causa. La de la lengua es íntimamente solidaria con ella. Y Ben Yehuda dio el paso que otros no se decidían a dar, en razón de su concepción de la lengua escrita. Por ese lado, Ben Yehuda no hacía más que inscribirse en una lógica milenaria de la historia judía. Se ha visto anteriormente a propósito de la restauración de Nehemías y Esdras, se ha visto de nuevo en torno a la revuelta de los macabeos, y también al recordar los acontecimientos que marcaron la insurrección de Barcoquebas. Siempre y en todas partes, en los hijos de Israel, la adhesión al hebreo está ligada a la independencia nacional o, en su defecto, al proyecto de su restauración. Siempre y en todas partes, la pérdida de libertad, o peor todavía, la esclavitud, va acompañada o seguida del olvido del hebreo, y la dispersión acaba la obra de las armas, matando la lengua. Ésos habían sido los hechos tras la destrucción del primer templo, el de Salomón, en el que se encarnaba el esplendor de Judá. Ésos fueron, de nuevo, cuando fue aniquilado a su vez el segundo templo. Ése es el destino de Israel: la lengua siguiendo a la nación y muriendo con ella. Ambas sólo pueden renacer solidariamente. El sionismo de Ben Yehuda es lingüístico porque es político.

Así pues, el lazo entre la restauración de la nación y la de la lengua es, en Ben Yehuda, una obsesión precoz. No porque se trate en sí de una especificidad judía. En otras culturas, la acción de los restauradores del Estado ha ilustrado este mismo lazo. Cuando los Reyes Católicos acaban de concluir la Reconquista tras la caída del emirato de Córdoba, en 1492, A. de Nebrija no hace más que reflejar la ideología monárquica cuando escribe en su *Gramática* castellana, publicada en ese mismo momento: «Siempre, la lengua acompaña al poder».

Pero lo destacable en el caso de Ben Yehuda es que la restauración del hebreo, si va asociada a la de la identidad nacional y ligada a una tierra, aún no postula abiertamente una independencia política. Lo más urgente es la lengua. Ben Yehuda era sionista, pero como murió en 1922, no pudo conocer el Estado de Israel. Podemos suponer sólo que de haber sido contemporáneo de su creación, habría considerado que se enmarcaba en la continuidad de la historia judía. Permítasenos añadir, sin embargo, otra consideración: Ben Yehuda se interesaba por la lengua árabe, de la que recomendaba tomar prestadas muchas palabras; conocía bien las

grandes obras judías de la edad de oro, que pudieron florecer, en la Edad Media, en países musulmanes abiertos a la expansión de la cultura judía; es presumible que habría aceptado mal el estilo moderno de relaciones con las poblaciones árabes de Palestina. Pero eso es materia de otro debate.

Los principios de la acción antes de la salida

La estancia en París y la Llamada

Los grandes designios se conciben en la primavera de la vida. Ben Yehuda no tiene más de 21 años cuando redacta su *Llamada* al pueblo judío. Las circunstancias que le empujan a ello son muy curiosas. Se encuentra en París, donde ha llegado con la intención precisa de estudiar los principios de formación de los Estados. Está impresionado por lo cursos de Renan, en el Collège de France, sobre la trascendencia de la razón, así como por el sentido del bien público y el ideal de justicia y paz social que ha encontrado con Gambetta, en quien ve el modelo para seguir, una especie de réplica laica de los antiguos profetas hebreos. En busca de grandes ejemplos, encuentra también a ilustres personajes entrados en años y con renombre, como Víctor Hugo. Pero está decepcionado por la acogida de los dirigentes judíos, a los que ha abierto sus proyectos y que no ven en él más que a un soñador del gueto, especie de meteoro tan pronto a disiparse en la noche como a surgir en ella para abrir una brecha. Pero un episodio dramático precipitará el curso de su vida. En los cafés en que, con sus amigos, rehace el mundo y habla un día en hebreo por primera vez, se alimenta sólo, al mismo tiempo que de proyectos grandiosos, de una taza de té. Extenuado por el agotamiento y la miseria, contrae la tuberculosis. Ésta no se sabía tratar en aquella época, y los médicos no le esconden su diagnóstico.

Ben Yehuda decide, pues, no morirse antes de haber entregado al mundo su mensaje, que está contenido en una *Llamada.* El mensaje es aceptado por Smolenski, editor del mensual judío vienés *Ha-Shahar,* cuya inspiración general es, en la continuidad de la *Haskala,* ayudar a los lectores a tomar conciencia de la importancia de la ciencia para el pueblo judío, así como para aumentar el número de los fervientes de la lengua hebraica. Smolenski, como sus contemporáneos, no podía llegar a concebir la necesidad, ni incluso la posibilidad, de hacer del hebreo la lengua ha-

blada de una nación judía restaurada. Pero tiene un espíritu abierto y permite a Ben Yehuda, un estudiante entonces desconocido, expresar ideas que «no comparte enteramente». La *Llamada* se publica en 1879 bajo el título «Una cuestión importante». Es el primer acto de la resurrección del hebreo.

La carta a Smolenski: 1880

Ben Yehuda escribe a Smolenski una carta abierta desde Argel, desde donde espera recobrar la salud y también oír la pronunciación sefardí del hebreo, la única fiel a la lengua antigua contrariamente a la pronunciación asquenaá de los judíos europeos. La carta la publica en su diario en 1880. El pasaje principal, en el que expone su credo, dice lo siguiente:

> ¿Por qué ha llegado usted a la conclusión de que el hebreo es una lengua muerta, que no es utilizable para las artes y las ciencias, que sólo es válida para los «temas que competen a la existencia de Israel?». Si yo no creyera en la redención del pueblo judío, habría apartado al hebreo como traba inútil. Habría admitido que los *maskilim* de Berlín tenían razón al decir que el hebreo sólo tenía interés como puente hacia la Ilustración. Al perder la esperanza en la redención, no pueden ver otra utilidad en esta lengua. Pues permítame, señor, preguntarle qué puede significar el hebreo para un hombre que deja de ser hebreo. ¿Qué representa para él más que el latín o el griego? ¿Por qué habría de aprender hebreo, o por qué habría de leer su literatura renaciente?
>
> Es insensato clamar a voz en grito: «¡Conservemos el hebreo por miedo a que perezcamos!». El hebreo sólo puede existir si hacemos revivir la nación y la devolvemos al país de sus antepasados. Es la única vía para realizar esta redención que no termina. Sin dicha solución estamos perdidos, perdidos para siempre.
>
> [...] No hay apenas duda de que la religión judía será capaz de sobrevivir, incluso en tierra extraña. Cambiará su rostro según el espíritu del lugar y del momento, y su destino será el de otras religiones. Pero ¿y la nación? La nación sólo podrá vivir en un suelo, y sobre esa tierra renovará su juventud y dará magníficos frutos, como en el pasado.

Las convicciones de Ben Yehuda son claras. Es inútil comentarlas más. Hoy los debates sobre la legitimidad del hebreo en el Estado de Israel ya no son debates de ideas. Lo que se ha producido responde a lo que él deseaba, aunque en su tiempo no se hubiera considerado más que

como un sueño visionario. ¿Qué sería la historia de los hombres, si no hubiera habido a veces, aquí o allá, seres de esta talla?

Ben Yehuda y los proyectos lingüísticos de los judíos de su tiempo

- Actitud de los judíos de Europa, en el siglo XVIII, frente a la existencia de dos lenguas: una escrita y otra hablada

A pesar de los esfuerzos que prodigaban para adaptar al hebreo la expresión de las realidades de su tiempo, ninguno de los escritores y teóricos de la *Haskala* podía imaginar que le haría renacer en tanto lengua hablada. Para comprender esta actitud, conviene tener presente el marco cultural en el que vivían, el de la Europa cristiana en la edad clásica. Aunque las lenguas nacionales se hubiesen afirmado como monumentos literarios desde el final de la Edad Media, el latín seguía siendo lengua de cultura y guardaba parte del prestigio que le había valido su estatuto de lengua escrita única. No era pues sorprendente, incluso a finales del siglo XVIII, servirse de una lengua literaria distinta de la que se hablaba. A este estado de espíritu general de los ambientes eruditos se añadían, en el caso del hebreo, tres consideraciones: por una parte la antigüedad de su edad de gloria, que era la de los tiempos bíblicos; por otra parte el hecho de que su estatuto era el de una lengua sagrada; y finalmente la ausencia de un lugar de manifestación de la vida nacional, noción con la que la idea de un hebreo vivo estaba unida en el pensamiento judío.

El estatuto del hebreo con relación al yiddish no reflejaba exactamente esta idea clásica de una oposición entre escrito y hablado. Pues el hebreo tenía otra finalidad distinta al latín. Hasta finales del siglo XVIII, los judíos de Europa central y oriental estaban acostumbrados a la oposición entre la lengua sagrada, nunca empleada en el intercambio oral, y el yiddish, que tenía, en lo esencial, esta última función, aunque hubiera sido utilizado en obras escritas desde hacía tiempo. Por eso los reformadores judíos del siglo XVIII no veían el yiddish como una lengua de futuro y le daban la espalda.

- Gloria del yiddish en el siglo XIX

Las ideas de la edad clásica sobre el yiddish serían replanteadas más tarde. Su renovación y adquisición de una dignidad literaria fueron los

hechos más destacados de la segunda mitad del siglo XIX. Transformándose entonces en lengua escrita de pleno derecho y por una especie de explosión, recubrió cada vez más resueltamente todos los campos: prosa, poesía, teatro, ensayo, etc. En 1908, en la conferencia de Chernowitz, recibió el reconocimiento de las élites judías de Europa central.

- Los riesgos de fractura: la secularización de la lengua sagrada frente a las conquistas literarias del yiddish, o los judíos de Europa central y oriental en posesión de dos lenguas de identidad

Los rabinos utilizaban el yiddish para comentar a las masas, que ya no comprendían el hebreo, los textos que escribían en lengua sagrada sobre temas religiosos. Pero cuando el yiddish comenzó a conquistar con una dinámica creciente la literatura, más de lo que nunca había hecho, las comunidades judías se encontraron con que disponían de dos lenguas escritas. Efectivamente, en el momento mismo en que el yiddish obtenía una verdadera promoción literaria, aparecía también un florecimiento de notables escritores que se servían del hebreo. Lo hacían más incluso que los de la edad de oro del español, que también habían escrito en árabe. Y trataban sobre todo, contrariamente a estos últimos, temas profanos (novelas, teatro y poesías esencialmente). Estos escritores judíos de la segunda mitad del siglo XIX, de los que antes he citado algunos nombres, llevaban a cabo una empresa casi sin precedentes en la cultura judía: la secularización de la lengua sagrada. Se iniciaba, desde entonces, una competencia de hecho entre el yiddish y el hebreo, ambas convertidas en lenguas de la literatura judía.

Los mismos judíos que habían estado en la época precedente entre los heraldos de la doctrina romántica de la lengua nacional única, en la que se expresa el espíritu de cada pueblo (véase Fishman, 1994, pág. 432) ¡surgían en la escena cultural con dos lenguas de identidad!

- La propuesta de Ben Yehuda

Esta época es incluso la de la madurez de Ben Yehuda. Aunque empujado por una poderosa corriente, llevará a solas el proyecto hacia su conclusión lógica. Los numerosos sionistas y socialistas que ha leído y encontrado amaban y respetaban el hebreo, lo utilizaban de modo preferente frente al yiddish en sus publicaciones, esforzándose, la mayoría, en imitar a los profetas y predicando una norma purista. Pero la lengua cu-

ya elección, en caso de regreso a Sión, parecía imponerse era la que todos los judíos de Europa central y oriental hablaban en su vida cotidiana: el yiddish. Éste último era promovido, por lo demás, por los que, en los últimos años del siglo XIX, habían fundado el Bund, partido socialista de los trabajadores de Lituania, Polonia y Rusia, más tarde ligado a los mencheviques y preocupado no por los derechos nacionales del pueblo judío, sino más bien por la lucha contra el antisemitismo y por los medios de atribuir plena ciudadanía a los judíos en sus respectivos países. Dicho esto, el yiddish no sólo tenía amigos, también suscitaba reticencias, que recordaban las de los tiempos de la *Haskala*. En tanto lengua del gueto, a algunos les parecía como el símbolo, sin prestigio, de una tradición de miseria y opresión. Otros, o bien querían promoverlo o bien se desentendían. Ben Yehuda, frente a tales antagonismos y palinodias, al menos proponía una solución clara, aunque pareciera utópica.

La acción en Palestina

En 1881, para realizar el proyecto que describe claramente su carta a Smolenski, Ben Yehuda emigra a Palestina. Su acción se ejercerá, desde entonces, en cinco direcciones precisas (véase Hadas-Lebel, 1980a): la adopción del hebreo como lengua familiar, el periodismo, la enseñanza, el diccionario y el Comité de la lengua.

Los comienzos: el hebreo en familia, el periodismo

- La primera familia hebreófona del mundo moderno

Ben Yehuda funda la primera familia hebreófona del mundo moderno, que toma la decisión de educar en hebreo a los hijos que le da su esposa, a la que conoció en otro tiempo en Polotsk. No contento con poner así sus ideas en práctica en su vida privada, lanza además llamadas tanto a la población local como a la diáspora, para animar a cada uno a hablar hebreo en familia. Sin embargo no faltan los sarcasmos, ni las advertencias; alguien le dice un día: «Si usted sólo habla una lengua muerta a sus hijos, no creará más que idiotas!». Pero permanece sordo a las amonestaciones.

El esfuerzo para convencer a las familias de que hicieran oír el hebreo a los hijos desde la cuna no dará un resultado convincente. Según confe-

sión del mismo Ben Yehuda, sólo cuatro familias de Jerusalén, diez años después de su inmigración, utilizaban el hebreo. Según el diario *Hashkafa* (nº 19), las familias de este tipo eran diez en 1900. En 1930, Y. Klausner, que, desde Odesa, había venido a sumar sus esfuerzos a los de Ben Yehuda, aún podía escribir: «La mayoría de los que llegan a Palestina no hacen del hebreo su lengua propia y habitual, la lengua de su hogar y de su vida». Quizás una valoración así y en una fecha como ésa, es un poco pesimista. Sea como fuere, el hebreo se convierte, en la década siguiente, y sobre todo después de 1945, en la lengua corriente de todos los judíos de Palestina.

- El periodismo

Si Ben Yehuda pudo hacer sus llamamientos en favor del hebreo en los hogares, fue gracias a su segunda actividad: el periodismo. En efecto, él funda, con pocos colaboradores, un periódico en el que vigila la impresión y que él mismo distribuye, al precio de un trabajo extenuante. Otros periódicos le sucederán, y todos conocerán numerosas vicisitudes, Ben Yehuda utilizará la prensa no sólo para promover la utilización del hebreo, sino también para dar a conocer sus creaciones neológicas.

La continuación de la acción en Palestina: la enseñanza del hebreo (en hebreo) en el parvulario como factor esencial del renacimiento de la lengua

La actividad del periodismo no produce todos los frutos esperados por falta de medios y de tiempo. Por el contrario, la enseñanza tendrá un poderoso efecto a corto y largo plazo. Sin embargo, el mérito no es sólo de Ben Yehuda. En efecto, contratado en una escuela de la Alianza Israelita, en la que se había solidarizado con el director al ser el blanco de la hostilidad de los padres que denunciaban la secularización del hebreo, Ben Yehuda cae enfermo después de tres meses y debe renunciar a la experiencia.

Pero el método de enseñanza directo, que consiste en no hablar más que en hebreo, será aplicado tras él por una pléyade de excelentes maestros, que creían en su obra, le habían seguido desde mucho tiempo atrás y sólo pedían participar en esta loca empresa. Ellos redactaron unos manuales de los que se sirvieron en clase. En 1989 se habían creado jardines

de infancia, en los que se hablaba sólo el hebreo (véase Masson, 1983, pág. 455). Este momento debemos considerarlo decisivo en la historia del renacimiento del hebreo. Pues hasta entonces sólo los adultos lo hablaban, y éstos, fuera cual fuese su entusiasmo y su buena voluntad, se habían acostumbrado, desde su infancia, a formular su pensamiento en otra lengua. En adelante, por el contrario, unos seres en el inicio de su vida aprendían a expresar sus primeros pensamientos en hebreo. Sólo entonces el hebreo entraba en la vía que podía conducirle a ser una lengua como las demás.

La etapa siguiente a la acción en Palestina: el gran diccionario de la lengua hebraica antigua y moderna

- Un trabajo no superado hasta la fecha

La obra más importante para Ben Yehuda, y a la que consagró la mayor parte de su actividad en Palestina, no dejaba de tener precedentes. Aun sin remontarnos al egipcio Sa'adiā ben Josef al-Fayyūmī, *gaon* (jefe) de una gran escuela siria de traductores y fundador de la tradición gramática hebraica, que redactó unos trabajos lexicográficos a principios del siglo X, debemos recordar que en el siglo XIX habían sido publicados unos diccionarios y léxicos bíblicos o talmúdicos, aunque ninguno de ellos cubría un período muy largo. La única obra que sí lo hizo, y cuyo autor puede ser considerado un verdadero precursor de Ben Yehuda, apareció en Alemania. Se trata del *Diccionario general completo neohebreo-alemán*, que M. Schulbaum, traductor de poesías y tratados científicos alemanes en hebreo, se propuso componer a partir de 1880 para resolver las dificultades considerables de esta tarea. Sacó el material para su diccionario de un *corpus* extenso, teniendo en cuenta tanto al yiddish (impregnado de hebreo) como al hebreo bíblico. Rechazaba las perífrasis complejas de los *maskilim* y recomendaba inspirarse en otras lenguas semíticas para renovar desde el interior el léxico de la lengua, muy poco adaptado a la expresión de los actos y objetos de la existencia cotidiana, pues, decía, «en hebreo falta casi todo».

Ben Yehuda conocía sin duda el diccionario de Schulbaum. Al constatar también la indigencia del hebreo en cuanto a la expresión de las cosas de la vida moderna y cotidiana, empieza por publicar unos léxicos de términos usuales de diversos campos. Pero pronto comprende que a pe-

sar de su falta de formación en lexicografía, es preciso que emprenda investigaciones mucho más importantes a fin de conseguir, sobre la base de materiales tan vastos como posibles, un conocimiento verdadero del sentido de las palabras y de sus evoluciones. Utilizando un método comparable al de Schulbaum, cubrirá, pues, la totalidad de la literatura en hebreo, desde la Biblia hasta las obras de autores clásicos, modernos y contemporáneos, pasando por la *Michna*, los dos *Talmudes*, los libros exegéticos, los compendios de poesía, de filosofía y de gramática, la Cábala, los escritos medievales y los préstamos hebraicos de todos los niveles en las lenguas judías. Una labor titánica...

Ben Yehuda aprecia sólo moderadamente los *pastiches* bíblicos de la *Haskala*. Pero presta una atención particular al período talmúdico, y más a la lengua míchnica, en la que reconoce, con toda la razón, el estado más recientemente atestiguado del hebreo hablado. Alimenta una gran estima por la edad de oro del español y profundiza en el árabe, como lo hacían los autores judíos de este período. Se interesa igualmente por los escritos de los caraítas, comunidad de creyentes que, criticando el carácter obligatorio de la *Michna* y del *Talmud*, propios de los comentarios orales, y sin reconocer más autoridad que la ley escrita, estudian cuidadosamente el texto de la Torá.

Así, Ben Yehuda no sólo examina el hebreo, sino también las judeolenguas, las formas sucesivas del arameo hebraizado y otros idiomas. Es una fortuna para el hebreo que Ben Yehuda no hubiese sido lingüista, pues sólo un aficionado podía tener la temeridad, o inconsciencia suficientes, para lanzarse a una aventura similar. Un lingüista profesional no sólo no habría creído en la posibilidad de hacer renacer al hebreo, sino que, además, no habría osado medirse, para afrontar tal desafío, a la tarea a la que Ben Yehuda sacrificó una salud ya amenazada.

Para llevar a cabo esta tarea, Ben Yehuda no se contenta con trabajar en las bibliotecas de Jerusalén. Se acerca a las de un gran número de ciudades del mundo para consultar las obras que necesita su investigación. El diccionario se convierte en un verdadero tesauro *(Thesaurus totius hebraitatis)*. Aunque, según H. N. Bialik, no haya cubierto más que la centésima parte de la materia total, Ben Yehuda leerá o revisará 40.000 obras y copiará 500.000 citas, trabajando 18 horas al día. Para encontrar los fondos necesarios, le ayuda mucho su segunda esposa (hermana de la primera, fallecida), que visita a diversos filántropos y eruditos, a los que solicita la cooperación financiera o las recomendaciones. Y el volumen 5, que se cierra en la página 3.000, aparece antes de que Ben Yehuda muera en 1922. Las pruebas de

los dos siguientes, a punto en vida del autor, son corregidas por sus discípulos. Los 11 últimos volúmenes, del 6 al 16, son preparados y completados, respetando su espíritu, por un equipo de alumnos y amigos.

El diccionario de Ben Yehuda contiene, para cada entrada, una traducción en alemán, ruso, francés e inglés, así como la indicación de la raíz árabe correspondiente. Además, el autor señala sus creaciones con un signo, para dejar al lector libre de aceptarlas o de rechazarlas. Lejos de estar sin defecto, la obra presenta muchos errores y omisiones, fácilmente explicables cuando pensamos que Ben Yehuda condujo casi solo o con unos colaboradores encargados de tareas puramente técnicas, un trabajo que habría necesitado un importante equipo. Dicho esto, la obra no tiene parangón hasta nuestros días. Ningún diccionario comparable se ha llevado a término, a pesar de los medios modernos.

- Las aportaciones personales de Ben Yehuda, inventor de palabras

En hebreo israelí como en otras lenguas, las palabras inventadas por escritores queridos del público rivalizan con los neologismos de los eruditos. 500 palabras de hoy se deberían a H. N. Bialik, cuando se acreditan a Ben Yehuda alrededor de 200. Ben Yehuda no se jactaba de ser un gran hacedor de neología ante lo eterno. Deseaba que una parte, al menos, de sus creaciones se integrase lo suficiente para que nadie recordase que él detentaba su paternidad. Evitaba inventar cuando eran posibles otras soluciones. Aplicaba con toda la moderación de un hombre de estudio, bastante bien informado para ser un cuasiautodidacta en lexicografía, los principios que han aplicado muchos otros reformadores de lenguas, ya se trate del húngaro, del finés, del amárico, del turco, del mongol, del chino, del coreano o de otros (véase Hagège, 1983): no recurrir a un término de origen extranjero (o, en el caso concreto del hebreo, a un término arameo hebraizado) más que cuando ninguna de las capas sucesivas de la historia de la lengua ha podido proporcionar un término autóctono; crear términos, si no se puede proceder de otro modo, sólo sobre la base de raíces atestiguadas o al menos presentes en una lengua genéticamente emparentada, lo que, en el caso del hebreo, significa el arameo o el árabe; no introducir palabras que no sean indispensables (para colmar una laguna del léxico) y bien formadas (respetando las reglas estructurales de la morfología).

De este modo, Ben Yehuda reemplazó compuestos bastante torpes, debidos a los *maskilim*, por palabras más ligeras, que se han impuesto en

la lengua contemporánea: en lugar de *beyt-'okhel* (= «casa – [para] comer») por «restaurante», *sefer-milim* (= «libro – [de] palabras», calco del alemán *Wörterbuch*) por «diccionario», *ich-tsava* («hombre – [de] ejército») por «soldado», ha inventado, respectivamente, *mis'ada* (prefijo *mi-* de nombre de lugar sobre una raíz que significa «hacer una comida»), *milon* (término formado sobre el radical de *mila* «palabra», no en plural *milim*, sino alargado con el sufijo *-on*), *xayal* (sobre una raíz que significa «fuerza»). A veces Ben Yehuda da sentido profano a palabras religiosas de la Biblia. Entre los términos que toma prestados al arameo bíblico, se encuentran *ketiv* «ortografía», del arameo talmúdico, *hitnagdut* «oposición» y *'adich* «indiferente». Y calcando el árabe, que, a partir de *huwa* «él», deriva *huwiyya* «identidad», forma *zehut* «identidad», sobre el demostrativo *zeh* «esto, este, éste».

El último aspecto de la acción en Palestina: el Comité de la lengua; el renacimiento del hebreo es obra colectiva

Ben Yehuda no trabajaba solo, ni mucho menos. Tras un ensayo infructuoso, en 1904 creó un Comité de la lengua, cuyos trabajos cubrieron medio siglo. Una de las razones de esta decisión es fácil de comprender. Después de las grandes dificultades iniciales para implantar el hebreo en Palestina, las escuelas hebraicas, en pleno apogeo desde los primeros años del siglo XX, habían contratado a numerosos maestros. Comenzaban a resolver según sus decisiones individuales los problemas fonéticos y léxicos que planteaba su enseñanza. Ben Yehuda y sus amigos estimaron que se hacía necesaria una instancia consultiva capaz de responder a las inquietudes de los maestros. Los efectivos del Comité de la lengua pasaron de siete miembros al principio a once en 1910. Tenía como tarea publicar listas de palabras, así como velar por el respeto de una norma determinada, como sucede en período de ebullición lingüística, máxime cuando no se trataba de una lengua ordinaria, sino de una lengua muerta que se exhumaba de un pasado muy antiguo.

Desde todas partes de Palestina llegaba un abundante correo al Comité, cuyas reuniones, primero mensuales, se hacen semanales en 1912, fecha en la que éste es reconocido como autoridad superior en materia de lengua hebraica. Los docentes proponían sus innovaciones terminológicas, y el Comité daba su parecer. El papel desempeñado por este tipo de colaboración en la resurrección del hebreo fue esencial. Esta resu-

rrección aparece aquí a plena luz como lo que ha sido: una obra colectiva. No se trata de ningún modo de negar el mérito de Ben Yehuda, cuya perseverancia y abnegación a una causa obligan al respeto. Pero no se puede olvidar que la empresa de restauración del hebreo no habría podido triunfar sin dos elementos, el primero, a saber, la acción de los maestros de las escuelas de párvulos, como antes hemos recordado, el segundo esta vasta consulta de todo un pueblo, que construye, o reconstruye, una lengua, con una participación concertada de cada uno y bajo la presión de los problemas concretos que plantea la expresión cotidiana.

Las consultas del Comité no se limitaban a los docentes. Algunos particulares que se interesaban por la construcción de la lengua también enviaban múltiples preguntas y hacían otras tantas propuestas. Y la acción del Comité sólo es la más significativa, pero había muchos otros intercambios fuera de esta instancia. Muchos promotores de la lengua escribían en periódicos, que albergaban una importante tribuna lingüística. Algunos pioneros no se consideraban menos competentes que Ben Yehuda, y para numerosas palabras hubo varias propuestas, entre las cuales el debate, y también los caprichos individuales, como a menudo la costumbre, terminaron por decidir. Algunas de las palabras que el uso ha consagrado nacieron en estas circunstancias, sin que la mayoría de los usuarios supieran quién era el autor (a veces era un diaspórico que participaba del entusiasmo neológico).

Así, términos tan corrientes hoy como *yaroq* «verde» o *mišqefayim* «gafas» se deben a H. Hazzan, de Grodno (véase Klausner, 1935). En ambos casos al menos estamos informados de las circunstancias de aparición. Pero por extraño que parezca, no se conocen, en la mayoría de los neologismos, ni la fuente, ni el contexto de nacimiento (véase Masson, 1983). Ni tampoco lo que, en la mayoría de las lenguas bien estudiadas, se encuentra en las obras especializadas: la historia de la palabra y las formas de su implantación. ¿Se desea mejor prueba del carácter colectivo de la empresa? ¿Acaso el éxito de una palabra nueva no se mide, sobre todo, por el hecho de que está bien integrada en el uso para que la mayoría ignore su etimología, o no se interrogue sobre ella?

El Comité de la lengua se debía convertir en 1953 en la Academia de la lengua hebraica, cuya creación de palabras se integran en los programas escolares; y numerosos eruditos, como Aba Bendavid, gramático notorio, consolidaron después, además, el trabajo de los primeros constructores. Sin embargo, la resurrección del hebreo israelí no ha sido una obra verdaderamente planificada. Las propuestas surgían aquí y allá. El

Comité se ha fundado precisamente para reaccionar ante esta sonriente anarquía que coexistía, sin contradicción, con una seriedad y una tensión de individuos resueltos a hacer revivir su lengua sagrada varias veces milenaria. El hebreo habría seguido siendo sin duda un muerto sin remisión si su resurrección hubiera sido una empresa sabia y minuciosamente orquestada. Lo que ha sido en realidad es una obra de pasión: pasión sionista, pasión nacionalista, pasión de revuelta contra las persecuciones antisemitas. Esto es todo lo que significaba el delirante proyecto de resucitar al hebreo. Pero la pasión era, evidentemente, colectiva. El voluntarismo de los promotores sólo ha podido triunfar porque coincidía con las aspiraciones de toda una comunidad.

Adversarios y detractores

- El combate contra las otras lenguas, como el alemán

Ben Yehuda no tuvo que afrontar sólo la enfermedad y la escasez de recursos. Tuvo que hacer frente a la competencia abierta de las otras lenguas y de las autoridades políticas que las sostenían. Pues la corte de Estambul impulsaba la enseñanza del turco, la de San Petersburgo financiaba la expansión del ruso y, sobre todo, la de Berlín mantenía numerosas escuelas alemanas dependientes de una asociación de ayuda a los judíos, Hilfsverein der Juden (en esta época Alemania, en realidad Prusia, era favorable a los judíos...). De hecho, Berlín preparaba la dominación de una Turquía en plena decadencia, introduciéndose, sobre todo, en su provincia de Palestina, donde Guillermo II, que perseguía una política de afirmación nacionalista en numerosos frentes, acordaba con segundas intenciones su apoyo a Herzl.

Ben Yehuda, secundado por los profesores y alumnos en huelga de enseñanza, luchó para impedir la apertura de escuelas técnicas en las que el alemán hubiese sido la única lengua de enseñanza. Terminó lográndolo. Ya era hora y poco faltaba para que el alemán suplantara al hebreo en Palestina. Pero la historia decidió de otro modo. El desenlace de la Primera Guerra Mundial, que llevó al desastre turco y a la derrota prusiana, hizo perder crédito al alemán. La suerte servía a los designios de Ben Yehuda.

- El anatema de los religiosos

Ben Yehuda debió luchar también contra los judíos ortodoxos de Palestina, para quienes el regreso del pueblo de Israel a Tierra Santa no podía cumplirse más que con la llegada del Mesías. Juzgaban sacrílega, igualmente, la enseñanza del hebreo como lengua viva.

Los mismos que tiraban piedras a la escuela de la Alianza donde Ben Yehuda enseñó el hebreo durante un corto período no admitían que desviase del estudio de los textos sagrados a los jóvenes talmudistas, comprometiéndoles a trabajar la tierra en asentamientos. Estos censores, resueltos a no dejarle actuar, se movilizaron hasta que lograron que encarcelaran a Ben Yehuda bajo pretexto, totalmente falaz, de un artículo ofensivo que habría escrito. Fue liberado rápidamente.

Más sorprendente sería la condena pronunciada contra la obra de Ben Yehuda por un eminente especialista de la Cábala, G. Scholem, autor, sobre todo, de un célebre libro entre los cabalistas modernos (véase Scholem, 1962). En una carta de diciembre de 1926 a F. Rosenzweig, publicada sesenta años más tarde, podemos leer (véase Mosés, 1985):

> Los iniciadores del movimiento de renacimiento del hebreo tenían una fe ciega, casi fanática, en el poder milagroso de esta lengua. Ésa fue su suerte. Pues si hubieran estado dotados de clarividencia, jamás habrían tenido el coraje demoníaco de resucitar una lengua consagrada a ser un esperanto [...]. En cuanto a nosotros, el miedo nos invade cuando en un discurso nos vemos de repente sorprendidos por un término religioso empleado sin discernimiento [...]. Esta lengua es rica en catástrofes por venir [...]. En verdad, nuestros hijos, que no conocen otra lengua, serán quienes deberán pagar el precio de este reencuentro que nosotros les hemos preparado, sin habérselo preguntado, sin habérnoslo preguntado a nosotros mismos. Un día vendrá en que la lengua se volverá contra quienes la hablan [...]. Ese día, ¿tendremos una juventud capaz de hacer frente a la revuelta de una lengua sagrada? [...] Los nombres atormentan nuestras frases, escritores o periodistas juegan con ellas, fingiendo creer o haciendo creer a Dios, que todo eso no tiene importancia. Y sin embargo, en esta lengua envilecida y espectral, la fuerza de lo sagrado a menudo parece hablarnos. Pues los nombres tienen su vida propia [...].
>
> Entre las palabras hebreas, las que no son neologismos [...] están cargadas de sentido hasta estallar. Una generación como la nuestra, que toma a su cargo la parte más fértil de nuestra tradición, quiero decir su lengua, no podrá vivir sin tradición. Cuando venga la hora en que la potencia escondida en el fondo de la lengua hebraica se manifieste de nuevo, [...] nuestro pueblo se

encontrará otra vez confrontado con esta tradición sagrada [...]. Entonces será preciso que se someta o que desaparezca. Pues en el corazón de esta lengua en la que no dejamos de evocar a Dios de mil maneras —haciéndole volver así, de alguna manera, a la realidad de nuestra vida—, Dios mismo, a su vez, no quedará silencioso. Pero esta revolución ineluctable del lenguaje, en la que la Voz se hará oír de nuevo, es el único tema del que nunca se habla en este país. Pues los que se habían propuesto resucitar la lengua hebraica no creían en la realidad del juicio al que nos someten todos. Quiera el cielo que la ligereza con la que hemos sido arrastrados a esta vía apocalíptica no nos lleve a nuestra perdición.

- Del divorcio entre lingüistas y filósofos de la religión en cuanto a qué es una lengua

El debate que provoca este texto es ciertamente importante, al menos por dos razones. El texto, en primer lugar, representa bastante bien la visión que la tradición rabínica tiene del hebreo; esta visión es la causa de la negativa violenta que Ben Yehuda tuvo que afrontar por parte de los religiosos. En segundo lugar, estas líneas proyectan una brillante luz sobre las diferencias de concepciones en cuanto a lo que es la naturaleza de una lengua, y más específicamente sobre el divorcio entre lingüistas y filósofos de la religión, por no hablar de la imposibilidad radical en que se encuentran algunos, entre los segundos, para comprender el trabajo de los primeros. Hemos visto que Ben Yehuda nació, y recibió su primera educación en un medio religioso, como la mayoría de los judíos de Europa oriental que han participado en el movimiento sionista. La inspiración misma de este movimiento, al menos para los que no veían otro hogar posible sino en Palestina, no podía estar exenta de implicaciones religiosas, incluida en los espíritus que, en este final del siglo XIX, se limitaban a reivindicar la afirmación nacional del pueblo judío a imagen de la de otros pueblos oprimidos. Sin embargo, la elección del hebreo por Ben Yehuda, y la adhesión de sus primeros aliados y luego de un número creciente de judíos, no se inspiraban en otra cosa que no fuera en la historia misma de Israel desde la más profunda antigüedad: una historia en que, como he subrayado, la restauración de la nación implica la de la lengua.

Desde entonces Ben Yehuda, aunque no fuera lingüista, adoptaba una actitud similar a la que habría adoptado un lingüista, si se hubiera encontrado uno que fuera capaz de creer en la empresa y realizarla. El punto de

partida de Ben Yehuda era nacionalista y religioso, sin duda. Pero su punto de llegada era una concepción de la lengua como instrumento de comunicación ante todo. La resurrección del hebreo no podía ser, a sus ojos, más que la de la lengua nacional de los judíos, la única concebible, en el contexto histórico y cultural de Palestina, frente a cualquier lengua diaspórica, fuese cual fuese. De lo que se deducía, naturalmente, que esta lengua debía ser adaptada a la edad moderna. Los reformadores de muchas otras lenguas, en el pasado y sobre todo en el siglo XX, después del acceso a la independencia de numerosos países descolonizados, no han tenido otro objetivo (véase Hagège, 1983). Sin embargo, la posición de los rabinos ortodoxos y la de G. Scholem en el texto anterior se fundan en una antigua tradición, según la cual el hebreo es una lengua sagrada, lo que constituye un obstáculo dirimente a todo uso oral. Si no hubiera estado muerto durante 17 siglos, en los que sólo tuvo un uso litúrgico, quizás hubiera sido más difícil su sacralización por parte de los religiosos.

No hay que olvidar que en los tiempos bíblicos la lengua de la Torá conocía una variante hablada, perfectamente viva, que, a través de sus sucesivos estados de lengua que cambia como todas las de los hombres, fue utilizada por los hebreos durante los largos siglos de su historia anterior al exilio. No es, pues, necesariamente sacrílego haber dado forma, en la época moderna y contemporánea, a un hebreo que se pueda hablar. La cuestión que aquí se plantea es saber, desde entonces, si G. Scholem tiene razón al considerar que al modernizar el hebreo se ha alterado el poder de evocación religiosa de sus palabras. Intentaré, más adelante, responder a esta cuestión.

La última concesión de Ben Yehuda

Cuentan que Ben Yehuda tenía costumbre de decir, refiriéndose al delirio al que dio cuerpo: «Hace falta un loco para cada cosa». Al menos pudo ver que su loca idea se convertía en un estado de hechos razonable: alrededor de diez meses después de la declaración de Balfour, que informaba al mundo, el 2 de noviembre de 1917, de la decisión favorable del gobierno británico sobre «el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío», el hebreo era declarado, el 31 de agosto de 1918, lengua oficial de Palestina, junto al árabe y el inglés. En este instante único, el sueño deja de serlo. Ben Yehuda ya no tendrá ocasión de llorar de alegría, ni tiempo para dedicar a sus contemporáneos

nuevas locuras. Murió, por agotamiento, a una edad en que los hombres hechos de semejante metal pueden todavía llevar a cabo muchas grandes cosas: 64 años.

De algunas particularidades del hebreo israelí

Una empresa única en la historia de las lenguas

El voluntarismo de los pioneros y la afirmación de identidad

El sionismo se inscribía, como se ha visto, en el marco de los nacionalismos de Europa central y oriental de finales del siglo XIX. Ben Yehuda tuvo el mérito de convencer de un hecho primordial: si el segundo componente del concepto de nación es la lengua, y el otro es el territorio, esta lengua sólo podía ser el hebreo. De hecho, muchos sionistas estaban dispuestos a admitirlo, incluso si la idea en sí parecía delirante, del mismo modo que toda elección de una de las lenguas de los judíos, por ejemplo el ruso en lugar del alemán, etc., se habría encontrado con la oposición de los hablantes o partidarios de otra lengua. Pero como era preciso hacer revivir al hebreo, sólo podía tratarse de una empresa voluntarista, al haber desaparecido desde tiempos inmemoriales toda práctica natural y espontánea del hebreo. Por otra parte, si los pioneros comprendían que al reconstituir esta lengua no podían evitar los préstamos de otras, estaban convencidos, sin embargo, de que el hebreo debía afirmar su presencia al máximo, ya que su identidad cultural se definía por la opción misma que de él habían hecho.

Una lengua hablada construida a partir de un conjunto de lenguas escritas

El hebreo israelí posee una asombrosa particularidad, entre otras muchas: es una lengua hablada elaborada a partir de una lengua escrita. En todos los otros casos se desarrolla el proceso inverso. Por supuesto, el hebreo israelí también se escribe, pero el hebreo, en todas las etapas de su historia, no había dejado de escribirse jamás, y el acontecimiento revolucionario es justamente haberle devuelto después de tan largo tiempo un estatuto de lengua viva, hablada.

Éste es el hecho que va a contracorriente de todo lo que está atestiguado. Las lenguas romances son los productos, naturales por lo demás, y no construidos, del latín vulgar, que era una lengua hablada; y precisamente cuando han accedido a la escritura se han impuesto como lenguas de pleno derecho (véanse la págs. 60-61). El neonoruego ha sido construido a partir de los dialectos hablados en Noruega occidental (véanse las págs. 277-278). Atatürk quiso construir, según la misma inspiración nacionalista, un vocabulario turco moderno lo más alejado posible de la norma otomana abundante en préstamos árabe-persas, y pidió por ello que se sacaran, sobre todo, de las lenguas turcas habladas por los nómadas del este. Los prácritos son las formas variadas que, al principio del indio medio, suceden al sánscrito, lengua escrita. Lejos de ser una reconstitución oral de un estado escrito, el árabe literario, semítico como el hebreo, y que encarna la norma en todos los países árabes, es, al contrario, una lengua que sólo se escribió al principio, y los numerosos dialectos árabes, únicamente orales, no son, como se cree, resultados históricos ni tampoco reconstrucciones, sino herencias vivas. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Pero hay más. El hebreo israelí no es sólo una lengua hablada rehecha sobre la escrita. Es, además, una lengua rehecha sobre varias lenguas escritas, y no sobre una sola. El hebreo bíblico y el hebreo míchnico son lenguas bastante diferentes una de otra, por no hablar de la diferencia entre el hebreo medieval, lengua, a fin de cuentas únicamente escrita, y el arameo del *Talmud*. Ben Yehuda y los demás promotores de la lengua debieron solicitar a su vez, según las necesidades, todos estos *corpus*; la modicidad de las fuentes frente a la inmensidad de lo expresable fue una razón de más para motivarles.

Reviviscencia, más que renacimiento

Hablamos, para simplificar, de renacimiento del hebreo. Pero lo que precede muestra que el término no es del todo exacto. Pues «renacimiento» implicaría que el hebreo hubiera retomado su evolución de lengua viva allí donde la muerte lo interrumpió. Y por lo demás, hacer renacer a un organismo implica que sólo hay un organismo que está muerto. El hebreo israelí es, en realidad, la reviviscencia de varias lenguas. Lo más sorprendente es que un desafío como éste a las evoluciones naturales y, para ser claros, un artificio parecido, haya podido triunfar.

El hebreo como base y como modelo dominante

Fidelidad al hebreo

Desde que los pioneros, por un decreto voluntario, crearon una nueva lengua hebraica, se les imponía de manera radical la fidelidad a las diferentes capas del hebreo como bases de la construcción, al menos en los casos en que se podía mantener dicha fidelidad. Así es como han sido conservados todos los procedimientos de formación de las palabras típicas de las lenguas semíticas como el hebreo. Estos procedimientos, que se llaman esquemas, consisten en hacer variar, a partir de una raíz, a menudo de tres consonantes, las vocales y a prefijar, intercalar o sufijar diversos elementos, para obtener nombres, adjetivos, verbos, etc. La oposición entre masculino y femenino también se ha conservado, incluso en palabras que, tomadas prestadas del hebreo por el yiddish, lengua materna de muchos pioneros, habían pasado al neutro, como *dalut* «pobreza», *hitlahavut* «entusiasmo» (en yiddish, *dales*, *islajves*). La introducción de nuevos esquemas ha sido desechada, incluso cuando se inspiraban estrechamente en la estructura de esquemas atestiguados. Los esquemas que perviven han sido muy explotados, o reactivados cuando habían perdido su productividad en el curso de la historia del hebreo.

Uno de los más productivos hoy en día es el esquema de prefijo *hit-* y de vocales *a* y luego *e*, formado a menudo a partir de un nombre; este esquema, ilustrado por el hebreo míchnico *hitmazel* «tener suerte», corresponde a los verbos franceses pronominales o de sentido recíproco; encontramos, por ejemplo, *hityaded* «tener relación de amistad» (sobre *yadid* «amigo»), *hitmazreax* «orientarse» (sobre *mizrax* «oriente»), y también muchos verbos con base extranjera, que este esquema obliga a revestir de una fisonomía totalmente hebraica: *hitgaletš* «dar resbalones» (sobre el yiddish *glitš* «resbalón»), *hizdangef* «vagar por el boulevard Dizengof» (célebre avenida de Tel Aviv; se nota que en este verbo, donde se percibe, como en muchas palabras israelíes, un guiño de connivencia, las consonantes *d* y *z* se invierten, y la *t* del prefijo *hit-* desaparece, pues el hebreo no admite ni la sucesión *-tdz-*, ni la sucesión *-dz-*).

Se han retomado muchos procedimientos clásicos utilizados para la formación de nombres. Uno de ellos consiste en crear siglas intercalando una vocal *a* entre las consonantes obtenidas por abreviatura. Este procedimiento sirve incluso, desde hace mucho tiempo, para abreviar los patronímicos. Así, el nombre hebreo tradicional del filósofo llamado Mai-

mónides por los occidentales es Rambam, pues se llamaba Rabí Moché ben Maïmon. Del mismo modo, en la lengua moderna se han formado siglas convertidas en nombres comunes, como *tsahal* (*tsava* «ejército» + *hagana* «defensa» + *l'israel* «de Israel»), nombre del ejército israelí.

La construcción de la lengua queda pues, en muchos casos, marcada por la ideología sionista, reservada con respecto a lo que no es específicamente hebreo en las estructuras. Sobre todo en los primeros tiempos, hablar hebreo era transmitir un mensaje, como en cualquier lengua, pero también era más: era participar en una gran obra de reviviscencia, tanto más segura de triunfar cuanto que se conformaba más con las reglas del hebreo bíblico, a las que se podían añadir las del hebreo míchnico para los menos rigoristas.

La hebraización de los préstamos

Esta lealtad con respecto a la edad clásica del hebreo tiene como consecuencia, cuando es posible, el rechazo de todo elemento perteneciente a las lenguas nacionales. Este rechazo sólo concierne al terreno gramatical, es decir, al de las herramientas, como las preposiciones o conjunciones. En el terreno del vocabulario no han sido introducidas, al principio, más que las palabras que se encuentran a la vez, bajo una forma análoga, en diversas lenguas europeas, en cuyo caso se consideran internacionales y se aceptan, pero no sin apariencia hebraica.

Así, se han formado muchos verbos con raíces extranjeras, pero integrándolos en una estructura hebraica, la que representa una vocal *i* después de la primera consonante (o en inicial) y una vocal *e* después de la consonante central, o las dos consonantes centrales. Sobre el modelo de los verbos de hebreo bíblico o míchnico como *iben* «petrificar», *diyer* «poner en un aprisco», *pirkes* «embellecer», *ligleg* «burlarse», *gimgen* «tartamudear», etc., o de verbos del mismo tipo con raíz hebraica moderna, tales como *inyen* «interesar», *ixzev* «decepcionar», *kiyef* «llevar buena vida» (de *kef* «buen tiempo», préstamo del árabe), se han formado verbos como los siguientes, en los que la raíz es una palabra internacional, pero donde el esquema está hebraizado: *pider* «empolvar», *bilef* «farolear», *tilfen* «telefonear», *pitrel* «patrullar», *kitleg* «catalogar», *hipnet* «hipnotizar», etc. En todos ellos se reconocen las palabras inglesas o francesas.

La ideología puede modelar una lengua

Lo que parecen probar los hechos antes mencionados es que una ideología consciente puede conseguir dejar voluntariamente su marca en una lengua. Ya se sabía en realidad por los casos de numerosas lenguas cuyos reformadores, cuando ha sido preciso construir un vocabulario adaptado a la época moderna, han preferido a menudo soluciones nacionales para los préstamos internacionales. Pero en ninguna parte la acción es tan radical como en hebreo israelí, lengua remodelada sobre una vasta escala por unos pioneros a los que animaba un claro ideal (véase Masson, 1986).

Todo esto es aún más cierto en el núcleo duro de la lengua, es decir, la gramática. Las conjugaciones pasivas, que son morfológicamente complejas, han sido mantenidas, como en general el sistema del verbo. En el nombre, la marca de dual (a veces considerada como rasgo lingüístico de sociedades arcaicas, atentas a los pequeños nombres, como los de los objetos que se presentan por pares) ha sido igualmente preservada. Ha sido conservada incluso una palabra gramatical, *'et*, que indica que un nombre es complemento de objeto de un verbo transitivo. Fenómeno asombroso, del que la historia de las lenguas ofrece muy pocos ejemplos, el problema del mantenimiento o del abandono de esta preposición *'et*, aun cuando se trata de un debate de pura sintaxis que se creería reservado sólo a los lingüistas de profesión, ha sido objeto de largas controversias, en las que toma posición el mismo Primer ministro D. Ben Gurión, uno de los fundadores del Estado de Israel (véase Hagège, 1993c, págs. 34-35).

Hebreo israelí y esperanto

Los confines bálticos y ruso-polaco han estado entre las tierras elegidas por los espíritus innovadores, repletos de ideales de libertad que atravesaban la intelectualidad de Europa del Este a finales del siglo XIX. El inventor del esperanto, L. Zamenhof, nació un año después que Ben Yehuda, en el nordeste de la Polonia sometida a la tutela rusa, en una ciudad en la que los judíos eran mayoría, Bialystok, situada a unos cientos de kilómetros de Lushky y de Polotsk. No puede por menos de sorprendernos la relación entre el deseo insensato que tenía Ben Yehuda de resucitar la única lengua de unión posible entre todos los diaspóricos, y que, en la misma época, Zamenhof, como otros hombres de paz en Eu-

ropa, alimentaba la idea de abatir las barreras debidas, según él, a la multiplicidad de lenguas. La adopción idealista de una lengua cuyo uso no obedece a motivaciones de interés (económico, político, etc.) supone la adhesión a una moral internacionalista. Éste era el punto común entre los dos proyectos. Pero esta adopción supone también (véase Hagège, 1983, págs. 19-20) una potencia simbólica enraizada en una historia. Sólo el hebreo respondía a esta segunda exigencia, lo que procedía evidentemente, del hecho de que concernía a una sola nación, y no al mundo entero, como el esperanto.

Además, existe una diferencia esencial entre las dos empresas, aunque la invención de una lengua internacional y la reviviscencia de una lengua muerta tienen puntos en común. Zamenhof creó el esperanto con todas las piezas, aunque inspirándose con claridad en el latín, en las lenguas romances, eslavas, etc. Ben Yehuda no recreó el hebreo sólo con él, como se ha visto; además, se sirvió de materiales existentes, aunque la síntesis que utilizó fuese, por una parte, artificial y sus neologismos se inscriban en esquemas hebraicos atestiguados.

Occidentalidad del hebreo israelí

A pesar de su apego a las formas clásicas del hebreo, los constructores no han podido hacer que éste poseyese también aspectos de lengua occidental. Esto se evidencia en la relación con las lenguas judías, así como en numerosos puntos, de los que escogeré algunos a continuación.

La parte de judíos europeos: prestigio de las lenguas europeas y del judeoarameo. Falta de prestigio de las lenguas de Sefardim: judeoespañol y dialectos judeoárabes

- Presiones del ruso y del yiddish, lenguas de Asquenazim

Un hecho sorprendente es que el judeoespañol y las diversas formas del judeoárabe no han proporcionado casi ningún elemento de vocabulario al hebreo israelí. El árabe ha proporcionado muchos, pero en cambio no encontramos ningún elemento morfológico árabe en la gramática hebraica moderna. Los pioneros que han modelado el hebreo eran, en su ma-

yoría, judíos europeos (*Asquenazim* en hebreo). Ellos introdujeron un gran número de palabras comunes en ruso, alemán, inglés y francés, la mayoría de las veces bajo su forma rusa; pues el ruso era, junto al yiddish y, para algunos, al polaco o al alemán, la lengua de origen de muchos de ellos, comenzando por Ben Yehuda y muchos grandes escritores, como H. N. Bialik. La influencia rusa ha sido, pues, muy importante en las primeras etapas de recreación del hebreo. Encontramos así en hebreo israelí *obyekt, keramika, galantería* («artículos de fantasía»), *tsenzura* («censura»), etc. (véase Masson, 1976). La presencia del yiddish también es muy importante, incluso cuando estaba considerada por una parte de los pioneros como carente de todo prestigio, por ser lengua de guetos de la Europa central.

En cuanto a los judíos occidentales (*Sefardim* en hebreo, de *Sefarad* «España»), no eran más que un pequeño grupo antes de 1948, y los que emigraron después jamás fueron muy numerosos. El judezmo no tenía el prestigio de las lenguas de Europa del norte. El árabe no era apreciado por Ben Yehuda y otros promotores más que por su forma literaria. En él vio una fuente de préstamos léxicos, pero no de modelos morfológicos, y menos aún los promotores posteriores a 1948, para quienes el árabe se convierte en lengua de adversarios o en conjunto de dialectos sin prestigio de los inmigrantes de Yemen y del norte de África, todos de cultura tradicional. Por todas estas razones, el hebreo israelí se dibuja claramente como una creación de Asquenazim. De entre los muchos procedimientos de neología donde el humor yiddish deja su rastro, podemos recordar el que consiste en repetir una palabra añadiendo, antes de la parte repetida, un prefijo de irrisión *m-* o *šm-*, como en *igen-migen* «israelí de origen húngaro» (ya que *igen* = «sí» en húngaro), *um-šmum*, designación peyorativa de la ONU (según su sigla en hebreo: *um*).

- Estatuto del judeoarameo

Paradójicamente, el judeoarameo, en el que Ben Yehuda y otros reconstructores del hebreo moderno beben abundantemente, es una lengua de prestigio a sus ojos, aunque se trate de una lengua de Oriente, y lo que es más, la de sus perseguidores de antaño, esos babilonios que la habían adoptado como idioma de relación mucho tiempo antes de la destrucción del primer templo y la deportación de las élites de Judea. Estos graves acontecimientos, y los que siguieron, hicieron del arameo, de alguna manera, una lengua judía o al menos una lengua de judíos, como ya escribí antes. Y sin embargo, el hebreo israelí, que ha sacado de él tantas

palabras de vocabulario, no le ha tomado prestado ningún elemento, o casi ninguno, ni procedimiento de formación de palabras, introduciendo exclusivamente palabras arameas, no analizadas.

La pronunciación del hebreo israelí: oficialmente sefardí, pero en la práctica, asquenazí

La pronunciación oficial del hebreo es, como querían sus promotores, fiel a la que fue probablemente en otro tiempo: se reglamenta sobre la de las comunidades sefarditas del norte de África o de Oriente, que, como el árabe, poseen en su articulación consonantes guturales, es decir, articuladas en la zona de la faringe y de la laringe. Pero en la práctica, por el hecho de que los primeros inmigrantes sionistas, a finales del siglo XIX, eran usuarios del yiddish, que no conocía esos sonidos, la pronunciación corriente los omite. Uno de ellos, la *ḥ* (que encontramos en el nombre árabe Mohamed) se pronuncia como la *ḥ* del alemán *machen*, mientras que el hebreo posee este fonema, distinto al de *ḥ*. De lo que se deduce una pérdida de posibilidades distintivas.

La expresión de la afectividad: los diminutivos, las carencias del hebreo y la presión de las lenguas de los judíos europeos

El préstamo de elementos formadores de palabras en lenguas distintas al hebreo lo evitaron los pioneros en todos los casos posibles; pero a veces se vieron obligados a emplearlo. Cuentan que los primeros dirigentes del Estado de Israel, en los momentos de ira, se insultaban en yiddish. El yiddish era también utilizado, al principio, en el diálogo tierno, como si la expresión de los impulsos no se concibiera más que en la lengua aprendida en la infancia (véanse las págs. 144-149, a propósito del griego entre los patricios romanos). Esto es aún más cierto cuando la expresión de la que debieran servirse es muy artificial, pues está reconstituida por un acto voluntarista. Además, el hebreo se mostraba trascendente, por la misma trascendencia de la Biblia a ojos de los pioneros de Palestina. Pero éste era un terreno en el que se añadía una segunda causa. Era el terreno de los diminutivos y del que los lingüistas llaman hipocorísticos, es decir palabras imbuidas de afectividad, burlona o tierna, que poseen los registros orales de todas las lenguas humanas. La lengua de la Biblia, quizá por tra-

tarse de un texto literario, está casi enteramente desprovista de ellos. Por el contrario, el yiddish y el ruso los poseen en abundancia. El hebreo israelí ha tomado prestados de estas lenguas unos sufijos diminutivos. Uno de ellos es *-tšik*, que puede tener un sentido afectivo, de burla o peyorativo: se encuentra en *baxurtšik*, *xamortšik, xayaltšik, xamudtšik, samentšik, askantšik*, que significan respectivamente, «jovencito», «burrito» (¡palabra afectuosa, de hecho!), «soldadito», «tesorito», «gordito», «politicastro», diminutivos de *baxur, xamor, xayal, xamud* («amado»), *šamen* («graso») y *askan* («político»). Otro sufijo afectivo y diminutivo es *-le*, atestiguado en *abale*, «papaíto», *yaldale*, «niño», etc.

El ruso también ha proporcionado, por medio del yiddish, un sufijo *-nik*, de bastante alto rendimiento, que, añadido a unos radicales hebraicos o más raramente extranjeros, o a siglas o expresiones diversas, pierde su implicación afectiva para designar a los autores de numerosas actividades: *igudnik* «miembro de un sindicato», *yudalefnik*, «alumno de la clase de sexto» (designada por las letras *yud* y *alef*), *xelavirnik* «aviador», *klumnik* «inútil» (*klum* = «nada»), *kdainik* «oportunista» (*kdai* = «vale la pena»), *loixpatnik* «pasota» (*lo ixpat* [*lo*] [arameo] = «poco [le] importa»), *olraitnik* «un tipo bien» (inglés *allright*), *phudnik* «pelmazo» (se dice de un investigador que hace gala de sus conocimientos y de sus títulos). Se nota el gusto por la irrisión (para otros se tratará de humor judío) inherente a algunas de esas palabras. También se constata que, entre las formaciones expresivas antes citadas, las cinco últimas pertenecen a la lengua familiar. Era difícil que el hebreo, dado no sólo lo que eran sus medios, sino también lo que simbolizaba, proporcionara por sí mismo tal material.

La expresión de la identidad por la acentuación de palabras

El hebreo es una lengua de acento tónico en la última sílaba, mientras que el yiddish tiende a acentuar la sílaba precedente. En ninguna de estas lenguas se puede encontrar oposición, en una misma palabra, de dos lugares del acento. Pero un hecho bastante original del hebreo israelí, lengua híbrida, es que le ha nacido tal oposición. Los pioneros se han puesto, en efecto, a acentuar «a la yiddish» las palabras referidas a realidades típicamente israelíes, ligadas por lo tanto al mundo cultural de los hablantes del yiddish, y a pronunciar por el contrario «a la hebraica», es decir, con acento final, estas palabras cuando se refieren a realidades más

generales. Así, se oponen, por ejemplo, *bimá* «escena» y *bíma* «Teatro de la Bima», o *tikvá* «esperanza» y *tíkva* «himno israelí (que contiene esta palabra)» (véase Hagège y Haudricourt, 1978, pág. 152). Esta intrusión, natural, de costumbres articulatorias ligadas a las lenguas diaspóricas, es, además, una «infracción» al culto del hebreo.

El aflujo masivo de componentes nominales

El hebreo bíblico y el hebreo míchnico tienen numerosas palabras derivadas (= formadas con prefijos y sufijos), pero son muy poco propicios a los compuestos nominales, del tipo del francés *garde-malade* [enfermero], *lave-vaisselle* [lavavajillas], *faux-semblant* [pretexto falso], *ex-mari* [ex marido], etc. Casi ninguno se encuentra en la Biblia. Los promotores del hebreo han percibido, pues, el procedimiento como moderno, por su estructura y por el sentido que permite extraer de las palabras. Conscientes de su utilidad en la empresa neológica, y sabiendo que está atestiguado en la mayoría de las lenguas de Europa, han creado un número considerable de compuestos, calcando la mayoría de las veces los del alemán, el ruso, el francés o el inglés. A título ilustrativo, retendremos *ramkol* «altavoz» (*ram* «alto» + *kol* «voz»), *šmartaf* «cuidado de niños» (*šamar* «guardar» + *taf* «niño»), *dumašmaut* «ambigüedad» (*du* «dos» + *mašmaut* «sentidos»), *rakével* «teleférico» (concentración de *rakévet* «ferrocarril» + *kével* «cable»), *tapuz* «naranja» (concentración de *tapuah* «manzana» + *zahav* «oro»; creación de Y. Avinéri), *beynmemšalti* «intergubernamental» (*beyn* «entre» + *memšalat* «gobierno» + *i* sufijo de adjetivos), *alenoši* «sobrehumano» (*al* «sobre» + *enoši* «humano»), *paratmoše-rabénu* «mariquita» (*parat* «vaca de» + *moše* «Moisés» + *rabénu* «nuestro maestro», pues sólo se podía calcar parcialmente el ruso *bož'ja korovka* «pequeña vaca de Dios», salvo para blasfemar abiertamente, lo que habría horrorizado a los pioneros).

La asociación implícita entre compuestos nominales y modernidad u occidentalización en hebreo de hoy está, además, probada por el hecho de que los industriales y comerciantes se sirven de ella abundantemente para designar sus productos.

Las libertades tomadas con el sentido: el hebreo israelí, lengua semítica por su morfología y europea por sus calcos semánticos

- Las manipulaciones del sentido y el desorden del sistema de conceptos

El interés por el hebreo antiguo concierne, en realidad y sobre todo a las formas: palabras heredadas, estructura de los nombres, de los verbos y de los adjetivos fielmente conservados. Pero en el plano del sentido, el hebreo israelí ofrece la imagen de una manipulación que puede explicar la hostilidad de los rabinos conservadores; esta ligereza, por retomar la palabra de G. Scholem, es la que inspira las sombrías profecías de este último en el texto citado anteriormente (véanse las págs. 254-255). Para un lingüista, poco importa. Las lenguas se utilizan para comunicar, sean cuales fueren los medios que ellas ponen en marcha para este fin. La acción humana sobre las lenguas es un fenómeno universal (véase Hagège, 1983), y el éxito de la empresa de resurrección del hebreo, en formas tan contrarias a las que se conocen en otros lugares, es más bien un motivo de admiración. Es un hecho que ofrece muchos casos de alteraciones semánticas muy evidentes, que, además, han sido decretadas y no producidas por evolución natural como en toda lengua. Los calcos de las lenguas europeas producen asociaciones que, en hebreo antiguo, no habrían tenido ningún sentido, como *nkuda meta* «punto muerto» o *širat ha-barbur* «canto del cisne». Pero además, se han desviado sentidos clásicos para traducir nociones ausentes, en los textos antiguos, porque los objetos correspondientes estaban también ausentes. Así, *kacran, totax, kinor* y *psanter* han pasado respectivamente, de sus antiguos sentidos «hombre conciso», «porra», «cítara», «arpa antigua» a los de «estenógrafo», «cañón», «violín» y «piano».

Por lo demás, el sistema relacional de los conceptos del hebreo clásico (tanto míchnico como bíblico) se ha mezclado. Un ejemplo puede mostrarlo. El verbo *ḥana* se empleaba en lengua bíblica para indicar que los hebreos se paran en el desierto o en un lugar de campamento (Éxodo, XIII, 20; números, XXXIII, *passim*). Hemos escogido este verbo para formar por prefijación de *ta-*, según un esquema clásico, la palabra *taxana*, referente a la estación como lugar de parada. Pero la palabra que tiene este último sentido, al ser empleada, en lenguas como el inglés y el francés, en combinación con muchas otras, para referirse a todas las especies de estaciones, se ha formado en hebreo, por calco (véase Rosen, 1970, págs. 97 y sigs.) *taxanat šidur* «estación emisora» (*šidur* = emisión),

taxanat délek «estación de servicio» (*délek* = «carburante»), *taxanat 'ezra rišona* «puesto de primeros socorros», etc. De este modo, las redes semánticas del hebreo se han reorganizado sobre el modelo de las lenguas indoeuropeas.

• Los calcos paronímicos y retruécanos

Las creaciones de palabras nuevas por retruécano no son exclusivas del hebreo israelí. Los promotores del húngaro han creado un término *elem*, para traducir las palabras francesa e inglesa *élément/element* [elemento], que tiene la doble ventaja de parecerse a la vez a estos últimos y a la palabra puramente húngara *elő* «lo que está delante». Para expresar escuela, *école* o *school*, los creadores del turco moderno han formado *okul*, que evoca inmediatamente *oku* (*-mak* añadiendo el sufijo de infinitivo) «leer». El gran reformador del estonio J. Aavik ha inventado, sobre todo, según el francés *crime* [crimen], la palabra *roim*, que tenía la ventaja de parecerse a un término perteneciente a una lengua hermana, el finés *rikos*, de idéntico sentido (véase Hagège, 1983, págs. 51 y 57).

Se ve en qué consiste el procedimiento. Los inventores de neologías han aprovechado, no sin la sonrisa implícita que acompaña a algunas de las intervenciones serias, aunque también lúdicas, sobre el tejido de las lenguas, las felices casualidades por cuyo efecto ciertas palabras de la lengua que enriquecerían se encontraban con una forma y un sentido parecidos a los de la palabra de la lengua tomada como modelo. En hebreo, los calcos paronímicos de este tipo son bastante numerosos. Uno de ellos es *ilit* «élite», astuto acercamiento a *ili*, palabra hebrea que significa «superior»; otro ejemplo es *déme* «simulacro», que se parece a la vez al inglés *dummy*, del mismo sentido, y al verbo hebreo *dama* «parecer».

La secularización de los términos religiosos

El empleo en sentido profano de préstamos hechos por los creadores de neología en un estadio antiguo y prestigioso de una lengua está lejos de ser una especificidad del hebreo. El hindi moderno, por no mencionar más que un ejemplo, ha dado, a las palabras del sánscrito *urjā* «fuerza», *rājpath*, «vía real», *ākāśvāṇī* «voz de los dioses», los sentidos respectivos de «energía» (acepción técnica), «autopista» y «radio india». En hebreo, gran número de términos del vocabulario religioso han cambiado de sen-

tido por un proceso de secularización (véase Hadas-Lebel, 1980b). Esta relación dialéctica entre lo sagrado y lo profano está lejos de ser un fenómeno reciente en la historia del hebreo. Se remonta, al menos, a la Edad Media.

Pero en el siglo XX ha conocido una extensión sin precedente. Pues los promotores, al decidir luchar para hacer revivir la lengua de la Biblia, han puesto, si se evalúa esta acción según el judaísmo, lo sagrado en lo cotidiano. El vocabulario político, en particular, se ha enriquecido por esta vía. *Torá*, el término venerable que se refiere a la ley de Moisés, como expone el *Pentateuco*, hoy se puede emplear en el sentido de «doctrina política» sea cual fuere. *Herem*, que significa en la Biblia «objeto de anatema», ha recibido hoy el de «embargo» o «boicot». *Keneset*, palabra hebrea míchnica que significa «asamblea de fieles», ha sido retomada para designar, como se sabe, al Parlamento israelí (siendo denominados los de otros países *Parlamento*). *Minyan*, otro término míchnico que designaba (y sigue designando entre los judíos practicantes) el número mínimo de diez hombres necesario para recitar la oración en público, se ha especializado en sentido profano de «quórum». *Sar* y *nasi*, hoy «ministro» y «presidente» respectivamente, se referían en la antigüedad a funciones y dignidades religiosas. *Qorban*, «sacrificio en el altar» en hebreo bíblico, ha recibido el sentido moderno de «víctima (de guerra, o a veces de accidente)». G. Scholem no podía considerar todas estas adaptaciones más que como desvíos sacrílegos.

DESTINOS DEL HEBREO

Hoy, dos fenómenos relativamente recientes actúan sobre el hebreo, algo que no podían prever los que lo recrearon en la época heroica. Se trata de la diglosia y de la americanización.

La diglosia, o las faltas y la vida

Se entiende por diglosia (véase Hagège, 1996a, págs. 253-255) la existencia conjunta de dos usos, uno que es una forma más escrita y otro una forma más hablada de la misma lengua (véanse las págs. 65-67, a propósito del caso concreto del árabe). Los diccionarios actuales casi no hacen ninguna mención de un fenómeno importante del hebreo contemporá-

neo: el desarrollo creciente de una lengua hablada de la que he citado antes algunos ejemplos y que se constituye, en una parte de la sociedad israelí, en un argot bastante alejado de la norma escrita. Las diferencias entre ésta y la lengua hablada alcanzan incluso la forma de los pronombres personales, la expresión de la posesión, la negación de los verbos. La lengua hablada es más analítica que la escrita, prolongando en ello una diferencia que se remonta bastante atrás, puesto que es también la que separa las etapas ulteriores del hebreo bíblico. La distancia podría, pues, explicarse, en parte, por la heterogeneidad de las fuentes que utilizaron los promotores del hebreo moderno.

La relación que tienen con el hebreo los hablantes actuales de menos de cuarenta años ya no puede ser la misma que la que tenían con él sus pioneros. Esta relación ya no es de veneración, sino de uso cotidiano. El hebreo no es, para las generaciones actuales, un objeto sagrado. Es su lengua. El asombroso éxito del voluntarismo lingüístico llevaba en sí mismo las fuerzas opuestas a ese purismo que ha profesado de forma natural durante los años de gestación. Desde entonces, la condena normativa de las formas habladas, desterradas por ciertos puristas de hoy en día, como tantas desviaciones, podría representar, desde luego, un desprecio. El hebreo se ha abierto a los giros «defectuosos» porque se ha convertido en una lengua viva. Una lengua muerta se reconoce sobre todo por el hecho de que no se tiene derecho a cometer faltas con ella. Por eso el hebreo hablado de hoy día podría diseñar las formas de una evolución, que es reconocible en las innovaciones mismas que propone.

Si una nueva lengua naciera de esta evolución, ¿sería suficiente para juzgar que, a pesar de todo, el sueño de Ben Yehuda sigue siendo un sueño, y el hebreo que él creyó restaurar una quimera? Podríamos considerar, por el contrario, que los pioneros han dado a esta lengua resucitada una verdadera existencia, es decir, la vida lingüística tal y como es, puesto que ellos han reconstruido un objeto capaz de cambiar, incluso cuando la heterogeneidad de las fuentes hace de él una quimera, en el sentido de objeto imaginario un poco monstruoso. Por añadidura, este nuevo producto nacido de la comunicación cotidiana está recibiendo una dignidad literaria, ya que ciertos escritores escogen en sus obras un estilo próximo al de la lengua hablada. Es una especie de revolución, pues el hebreo de los escritores, desde la Edad Media hasta principios del siglo XX, era una referencia, y ha sido integrado en el *corpus* de Ben Yehuda. Las decisiones de los escritores tienden, pues, a constituir una fianza, y el uso que alientan podría ser un día la norma del hebreo.

El maremoto de la anglofonía

Dos razones explican, sin justificarla, la invasión del inglés en el Estado de Israel en la época contemporánea. Por una parte, el hebreo es una lengua desconocida (salvo para ciertos judíos de la diáspora) fuera de sus fronteras. Por otra parte, las relaciones privilegiadas con Estados Unidos y la convicción de muchos israelíes en cuanto al apoyo indefectible de los norteamericanos en el desgraciado enfrentamiento con el mundo árabe dan al inglés una posición muy influyente. El angloamericano, sostenido por los medios audiovisuales omnipresentes, sobre todo por las películas en versión original, se ha forjado el estatuto de una lengua de cultura, en adelante capaz de rivalizar con el hebreo en más de un terreno.

A pesar de estos signos inquietantes, un hecho sigue siendo cierto: igual que los hebreos se han afirmado, desde la antigüedad de los tiempos bíblicos, como una nación distinta, asimismo su lengua ha sido resucitada en el siglo XX a diferencia de todas las lenguas muertas.

Sin embargo, el renacimiento del hebreo no debiera ser un hecho único. Es cierto que la voluntad, la pasión colectiva y la obstinación no son fáciles de encontrar unidas, ni las muy particulares circunstancias que constituían la muy larga persecución y el deseo de liberación. Queda, sin embargo, en pie que el renacimiento de una lengua muerta no sea algo imposible. El hebreo es la prueba, e incluso si es preciso un deseo inmenso y algo de locura, el ejemplo está disponible para todos los que no toman partido en la muerte de las lenguas.

Capítulo 11

Renacimientos, lenguas nuevas, criollos, promociones

Renacimientos locales

No volveré a hablar de las valientes empresas, pues no se trata de renacimientos en sentido estricto, en las que se han comprometido algunos entusiastas, que rechazan resignarse a ver morir sus lenguas. He mencionado ya, a este respecto, el caso del maorí (véanse las págs. 195-196), del hawaiano (pág. 196), del mohaqués (pág. 203), del hualapai (pág. 204), del rama (pág. 204), del urat (pág. 209), del atacameño (pág. 209). Parece al menos que para el maorí, las acciones hayan sido, hasta ahora, éxitos.

Los casos atestiguados de lenguas muertas o moribundas que vuelven a la vida se distinguen del hebreo en que no se trata en ningún caso de la lengua de un Estado constituido e independiente. Hasta ahora, que yo sepa, sólo el hebreo se ha convertido, por exhumación producida tras un largo silencio, en la lengua de un Estado. Por ello hablaré de renacimientos locales en los casos que conozco, que son los del córnico, el gaélico escocés y el yiddish.

Perseverancia en Cornualles

Al córnico, que pertenece, con el bretón y el galés, a la rama denominada británica de las lenguas célticas, le hizo retroceder la progresión de los sajones hasta la extremidad de Cornualles, alejándole de sus dos primos, cortándole el acceso al galés y aislándole del bretón. El córnico fue víctima de la reforma en el siglo XVI, y entró en un declive irreversible a partir de esta época. Hacia 1800 se extinguió casi por completo. Había quedado entonces fuera de uso en la mayor parte de su antiguo territorio desde hacía al menos un siglo: según los testimonios que se poseen, N. Bo-

son, que intentó reanimarlo a finales del siglo XVII, pertenecía a una familia en la que los domésticos ya recibían la orden de no hablar en córnico a los niños. Sin embargo, estrechos lazos siguieron uniendo a la población de Cornualles con sus tradiciones.

El renacimiento céltico que fue, no sin algunas desviaciones (véase la pág. 30), uno de los hechos señalados de las épocas romántica y posromántica, aprovechó el córnico, en el cual el erudito alemán G. Sauerwein ¡compuso incluso unos poemas en 1861! La idea de rehacer a partir del córnico una lengua viva fue sugerida desde finales del siglo XIX, y en 1901 se creó una sociedad de estudios córnicos, que fue efímera, pero vivió lo suficiente para introducir en los ánimos el proyecto de una revitalización. Los estudios, tanto folclóricos como eruditos, se multiplicaron. Tras la Primera Guerra Mundial, dos hombres decididos, A. S. D. Smith y R. M. Nance (muertos en 1950 y 1959), tomando como base el córnico medio revisado, recrearon una gramática y un vocabulario adaptado a la época contemporánea y rico en préstamos de lenguas célticas todavía vivas, aunque su vida fuera precaria: el bretón y el galés. También establecieron una ortografía, no sin debates ni dificultades (véase George, 1989).

En 1680, un erudito nostálgico se preguntaba ya cómo se podía guardar, en una lengua desvanecida desde hacía mucho tiempo, una esperanza de regreso a la vida. Hoy día, gracias al esfuerzo de los dos promotores citados y a la obstinación de un grupo de entusiastas, entre 1.000 y 1.500 personas al menos hablan corrientemente el córnico. Es, desde luego, una proporción muy débil para un condado de 417.000 habitantes. Sin embargo, el resultado es notable si se considera que durante un período muy largo ninguna palabra del córnico franqueó los labios de los cornualleses, y si se tiene en cuenta lo que es la presión del inglés en el mundo de hoy en día. Nadie en Cornualles ignora la existencia del «Revived Cornish». Numerosos voluntarios dan clases para expandir el empleo del córnico como lengua hablada. Se han elaborado manuales. Existen familias que se esfuerzan, al menos hasta la edad en que los hijos van a la escuela, en no emplear más que el córnico. Como hacía Ben Yehuda con el hebreo, solo en Jerusalén, hacia finales del siglo XIX.

El gaélico escocés y la lucha de los promotores

El gaélico escocés es considerado como la lengua céltica en la que el estado de desherencia está más avanzado. Una obra que ha contribuido

a reclamar la atención del mundo erudito frente al problema de la muerte de las lenguas (véase Dorian, 1981) está precisamente consagrada a una de sus hablas. Hemos visto antes (véanse las págs. 96-97) que en Nueva Escocia, los más mayores todavía se sirven del gaélico con intenciones de connivencia que sólo crean en él una vida de ilusión. Hemos visto, igualmente (véase la pág. 114), en qué términos hablaban quienes recomendaban su erradicación. En Escocia, el censo más reciente, que data de hace 30 años, daba sólo 477 hablantes unilingües; todos los demás (82.500) eran bilingües. Esta lengua relegada a las Highlands podría ser considerada como bastante amenazada. Sin embargo, desde la década de los ochenta se ha iniciado una especie de renacimiento. Se han fundado gran número de escuelas de todos los niveles, jardines de infancia incluidos, se han publicado obras pedagógicas de buena calidad, se han puesto al servicio de la enseñanza lingüística medios audiovisuales perfeccionados, se ha incrementado el número de programas televisivos en gaélico y los compositores de música popular lo emplean cada vez más. El futuro dirá si todo ello es el reflejo de un deseo bastante potente y organizado como para salvar de la extinción a la lengua.

Renacimiento del yiddish

He recordado que, a finales de la Segunda Guerra Mundial, el yiddish estaba moribundo, y con razón. ¿Qué lengua es ésta que verdaderamente no quiere morir? Hacia principios del siglo XIII, los judíos, huyendo por las Cruzadas de la Italia septentrional y de Francia, y abandonando pues sus hablas judeorromances, habían formado el yiddish sobre la base de un dialecto alto-alemán, pero uniéndole importantes estratos de hebreo rabínico, es decir, de hebreo y de judeoarameo. El yiddish pronto fue el núcleo de una diferenciación entre una rama occidental y otra oriental, subdividiéndose esta última en tres grupos de dialectos (véase Szulmajster, en prensa): por una parte los de Ucrania, la Rusia blanca y Rumanía, y por otra los de los países bálticos y finalmente los del centro: Polonia, Galitzia occidental, Eslovaquia oriental y Rutenia. Las aportaciones eslavas han enriquecido más el yiddish, que ya se presentó compuesto por ese cruce del germánico y del semítico.

Las masas no hablaban hebreo, pero vivían de modo permanente en su contacto. Así se llevó a cabo una impresionante simbiosis, no sólo visible en los préstamos de vocabulario incluso para nociones muy corrientes, si-

no también en la gramática, en los giros de frases, en las expresiones idiomáticas, en las connotaciones y en todo el universo de pensamiento y referencia.

Eso es el yiddish, asombrosa mezcla, que logra expresar profundamente la identidad judía, ¡pero haciéndolo a partir de una lengua de gentiles! El yiddish, del que se dice que está en grave peligro, ¡parece querer tomarse mucho tiempo para organizar su muerte! Según J. Fishman (1994, pág. 434), en el álbum de titulares que pueden imaginarse para el año 2050, el diario *Jerusalem Post* incluye el siguiente anuncio: «El yiddish sigue moribundo». Hoy existe un teatro yiddish en Tel Aviv y conciertos y recitales de poemas en yiddish, pero sus espectadores no suelen tener menos de 65 años. Lo mismo ocurre con los casi 200 escritores y periodistas israelíes que pertenecen a diversas asociaciones literarias del país. Las actividades culturales yiddish son numerosas en Israel, en la Universidad Hebraica de Jerusalén una pléyade de especialistas se dedican al yiddish y lo hablan entre ellos, igual que un buen número de estudiantes. Es una asignatura enseñada en las 5 universidades y en 50 escuelas (sobre todo religiosas).

Ya no se puede decir que el yiddish sólo viva en los medios judíos ultraortodoxos de Israel y Estados Unidos. En este último país, el número de niños de edad escolar que sólo hablan yiddish en Nueva York es al parecer más importante que en la década de 1920. La Compañía de Teléfonos neoyorquina ha suscrito un contrato publicitario con una campaña en yiddish recomendando a los usuarios no saturar las líneas descolgando su teléfono durante el sabbat; y por otra parte, el hospital Beth Israel, en Manhattan, proporciona a los nuevos ingresados una lista de informaciones escrita en yiddish (véase Fishman, 1994, pág. 435). En Nueva York existen importantes actividades culturales en yiddish.

Ciertamente, todo esto no significa que el yiddish se haya vuelto a convertir, en la vida cotidiana, en una lengua oral totalmente corriente ni utilizada en una vasta escala. El tejido sociocultural que apoyaba el uso vivo de esta lengua antes de 1939 ha desaparecido. Pero existe la voluntad de devolver una vida real al yiddish. El siglo XXI dirá si este embrión de renacimiento anunciaba un regreso, o si sólo era un sueño.

NACIMIENTO DE UNA LENGUA EUROPEA Y DE VARIAS LENGUAS CRIOLLAS

El bautismo del neonoruego

Es conocida la historia de los temibles marinos vikingos que hicieron temblar la Europa del norte hasta mediados del siglo IX. Entonces, como sus antepasados escandinavos del siglo III, invadieron sobre todo Inglaterra, aportando numerosas palabras nórdicas al anglosajón. Pero cuando Noruega fue cristianizada hacia el año 1000, los pequeños reinos vikingos ya habían sido unificados en uno solo desde hacía más de un siglo, bajo Haroldo I (véase Sturluson). La Unión de Kalmar (1397) integró a Noruega en una federación nórdica bajo la autoridad de Dinamarca. Por este hecho, el noruego se impregnó fuertemente del danés, del que ya estaba muy próximo genéticamente. Esta influencia no duró menos de 418 años, hasta 1815, fecha de la unión personal entre las Coronas noruega y sueca. Esta fecha no sólo es el preludio de la independencia de Noruega, que se materializó en 1905, sino también cuando los políticos y escritores patriotas preconizan la creación de una lengua noruega auténtica, diferente del danonoruego de las clases dominantes. El filólogo I. Aasen, que publica en 1850 su diccionario, emprende, para oponerse al noruego danesizado, que se llamaba *riksmål* («lengua del Estado»), la creación de un *landsmål* («lengua del país»), basado en los dialectos del oeste que se habían conservado mejor y que se parecían menos al danés. A éstos, que estaban en uso en ciertas zonas campesinas, Aasen y sus amigos los consideraban más nacionales, por ser más populares.

En 1885, el *landsmål* es reconocido como segunda lengua oficial junto al *riksmål*, que, desde 1929, se denomina *bokmål* («lengua de los libros»). Unos conflictos agudos opusieron a los partidarios de este último con los del *landsmål*, que hoy llaman *nynorsk*, es decir neonoruego. Ambos fueron finalmente reconocidos como lenguas de enseñanza con la misma importancia, y constituyen en el presente, en Noruega, las dos normas, cuyos estatutos gráficos han sido fijados por diversas reformas de la ortografía. De hecho, según los especialistas (véase, por ejemplo, Gundersen, 1983), el 90 % de los noruegos hablan *bokmål*, y la minoría que tiene por lengua el *nynorsk* se concentra en ciertas zonas del oeste y del sur del país. Sin embargo, todo funcionario debe comprender al menos, si no hablar, el *nynorsk*, para que sus hablantes naturales no sean víctimas de una discriminación, si quieren utilizarlo en sus relaciones con

los servicios públicos. Un gran lingüista norteamericano-noruego, E. Haugen, ha calificado de *esquizoglosia* esta situación de Noruega, dividida entre dos normas lingüísticas (véase Hagège, 1994, págs. 212-213).

Fueren cuales fuesen los antagonismos entre partidarios de una u otra norma, un hecho está claro: el *nynorsk* es una lengua nueva de la época moderna, en la que puede datarse precisamente su nacimiento. En realidad no la inventó Aasen, como no inventó tampoco Ben Yehuda el hebreo de hoy. Además, a diferencia del hebreo israelí, el *nynorsk* no es una resurrección. Pero es el resultado, como aquél, de una construcción a partir de materiales existentes. Como el hebreo israelí, su éxito, aunque contestado por una parte de los noruegos, prueba que los hombres pueden, igual que los demiurgos de lo decible, dar nacimiento, o impulsar el renacimiento de una lengua.

Los siglos XIX y XX, edades de oro de nuevos criollos

La privación de lengua y el nacimiento de los criollos

- Las lenguas europeas como prestadoras de vocabulario

El estudio de las lenguas criollas conoce, desde hace más de 30 años, un renovado interés tan considerable entre los medios científicos, que la criollística surge en el presente como una disciplina puntera en los trabajos sobre el lenguaje. Se trata, en la mayoría de los casos, de lenguas que, desde el siglo XVII y antes sin duda no pocas veces, se han formado a partir del vocabulario de lenguas europeas. Los lingüistas designan a estas lenguas europeas con el nombre de *relexificadores*, porque han proporcionado sus léxicos, aplicando diversas modificaciones, a unos usuarios que habían «perdido», tras unos períodos de tiempo variables, su lengua. Las razones, circunstancias y consecuencias de esta pérdida, así como la extensión de los campos de la lengua afectada, son objeto, entre los criollistas, de debates de envergadura.

El ejemplo de los criollos hablados en la zona del Caribe muestra claramente de qué hablamos. Sus usuarios son los descendientes de esclavos arrancados de sus pueblos africanos y transportados a las plantaciones antillanas durante los siglos XVII y XVIII. Los relexificadores han sido las lenguas de los propietarios de las plantaciones y negreros blancos, es decir, principalmente el inglés y el francés (de ahí sobre todo, sobre la base

de este último, los criollos martiniqués, guadalupeño y guayanés), así como otros idiomas europeos.

- ¿Sustrato africano o *bioprograma*?

Pero se constatan rasgos totalmente exóticos, en todo caso ajenos a los de las lenguas de Europa occidental, en el sistema que organiza esta materia léxica europea, a saber, la gramática. Y por otra parte, estos rasgos vuelven a encontrarse en todos los criollos cuando las comunidades negras estaban repartidas entre lugares de plantaciones diferentes, que los colonos tenían cuidado de mantener sin contacto entre ellos. Algunos lingüistas ven en esos rasgos gramaticales comunes un sustrato africano, es decir, un conjunto de características pertenecientes a las lenguas de origen, lenguas entre sí emparentadas, que los esclavos no habían olvidado del todo y que habían dejado huellas en forma de mecanismos morfológicos y sintácticos. A estos lingüistas, denominados sustratistas, se oponen los que, por el contrario, consideran que el sustrato africano es desdeñable, y que los puntos comunes entre criollos se explican por la existencia de una aptitud universal en la construcción de ciertas categorías gramaticales. Ésta formaría parte del código genético de todo individuo humano. Los que defienden esa idea llaman a dicha aptitud innata *bioprograma* (vëase Bickerton, 1981). He intentado mostrar (véase Hagège, 1993c, cap. IV) que a pesar de los argumentos de este autor y de los que le siguen, no se puede olvidar la parte del sustrato.

- Los criollos como reacción humana a la muerte de las lenguas

Se adopte una u otra de las dos tesis aquí opuestas, falta que los creadores de los criollos reaccionen ante una situación que ninguna sociedad humana, desde el *Homo sapiens*, jamás ha tolerado: la privación de lengua. Los criollos no son lenguas resucitadas, puesto que las lenguas ancestrales de los pueblos de que hablamos no habían muerto. Pero hay que incluir a los criollos en el informe de la lucha de los hombres contra la muerte de las lenguas, pues constituyen la solución que unas comunidades han encontrado para mantener en su seno, a pesar de las circunstancias violentas y hostiles, esta actividad vital para toda sociedad: el intercambio verbal.

La invención de nuevos criollos en la época contemporánea

Sucedió que en los siglos XIX y XX nacieron nuevos criollos, en circunstancias muy diferentes de las de los criollos clásicos que acabo de recordar. Se trata, esta vez, de lenguas cuyo nacimiento es bastante reciente para que se les pueda relacionar en seguida con sus fuentes, perfectamente identificables. Unas son mezclas de lenguas locales y de lenguas europeas, como el mitchif, que he mencionado antes (véase la pág. 194). Otras son interesantes por la manera en que se distinguen de los criollos antillanos. Pues las fuentes de estos otros criollos no son lenguas de amos extranjeros cuyos trabajadores, obligados a proporcionar mano de obra servil, toman prestado el léxico. Son, por el contrario, unas lenguas autóctonas que sus usuarios y los de otras lenguas adaptan a la comunicación, para servir de idiomas de relación en un medio plurilingüe. Se conoce un gran número de idiomas de este tipo. Presentaré sólo algunos, de los más divulgados. Los escogeré en tres continentes: África central y meridional, Asia (India del nordeste) y Oceanía (Timor).

• Los nuevos criollos-pidgin de origen africano en África central

Los lingüistas criollistas distinguen generalmente los criollos de los pidgin. Estos últimos son idiomas de relación que nacen en los mercados y en otros lugares plurilingües de contacto, y sirven para la comunicación entre individuos cuyas lenguas maternas son diferentes y, a menudo, conocidas sólo por sus usuarios. Los pidgin, al no tener otra función más que de relación, no se transmitían en familia. Por el contrario, los criollos son antiguos pidgin convertidos en lenguas maternas. En realidad, esta distinción no siempre está clara. El tok pisin (de base inglesa) y el police motu (de base indígena) de Papúa-Nueva Guinea son, en principio, pidgin, pero se utilizan ampliamente, uno en la costa septentrional y en la capital, otro en vastas regiones, y muchas veces son lenguas que responden a la necesidad de una comunicación de urgencia. Lo mismo sucede con el bichelamar, pidgin convertido en lengua de relación en toda la extensión del Vanuatu. Un caso comparable es el de las tres lenguas de relación africanas de las que ahora hablaremos.

En la República Centroafricana, el sango ha sido decretado lengua nacional en 1963 (el francés, conocido aceptablemente sólo por las poblaciones escolarizadas, tiene el estatuto de lengua oficial). El sango es, originalmente, uno de los dialectos, llamado «sango del río», de una len-

gua bantú cuyos otros dos dialectos son el yakoma y el gbanda, los tres mutuamente inteligibles. A finales del siglo XIX se comenzó a utilizar bajo una forma simplificada, y por poblaciones cada vez más numerosas, cuando se desarrolló la navegación en el río Ubangi, para transportar al personal de las explotaciones coloniales. Así se ha convertido, además, en los mercados de las ciudades, en idioma de relación entre los usuarios de numerosas lenguas diferentes. Aunque sea la gran lengua de comunicación del país, y que exista incluso una Comisión de la lengua sango, no es un criollo en el sentido tradicional y en el que se hayan fijado muchos criollistas, ya que para la mayoría de los centroafricanos es una segunda lengua, no materna, con función de relación.

También es una forma pidginizada de una lengua africana que, en la República Democrática del Congo, se ha convertido en idioma de relación en la capital, Kinshasa, y en una parte del país. Se trata del lingala, cuya fuente es el bobanguí. Este último, hablado originalmente a lo largo del curso medio del río Congo, había sido escogido como lengua de comunicación por los europeos, que se dieron cuenta de su utilidad como idioma de relaciones comerciales. Lo mismo ocurrió, en la región del bajo Congo, con el quicongo-quimañanga, en cuya base se ha formado la tercera lengua de relación que aquí tratamos, a saber, el quituba. Un ejemplo sacado de este último puede mostrar el proceso de pidginización: los hablantes más mayores, a finales de la década de 1970, decían *munu imene kuenda* (palabra por palabra «yo PRETÉRITO INDEFINIDO ir») «yo fui », mientras que entre los más jóvenes, la expresión, con el mismo sentido, se había condensado en *mu-me-kuenda* (véase Hagège, 1993c, pág. 129).

Otras lenguas diferentes de las tres que acabo de citar ilustran también, en África, este nacimiento hacia la misma época, finales del siglo XIX y principios del XX, variedades de relación pidginizadas en un medio urbano. Es el caso del bemba de las ciudades, del swahili de Shaba (véase Mufwene, 1998), o del fanacalo; un pidgin, este último, compuesto de zulú, mezclado con palabras de inglés y del afrikaans, creado, en Sudáfrica, por los trabajadores de las minas de oro, que pertenecían a pueblos y lenguas de orígenes bastante diversos. Las variedades urbanas pueden responder también al proyecto de integrar sólo un grupo excluyendo los demás. Es, por ejemplo, lo que hace el isicamtho, desarrollado deliberadamente en Soweto, en la Unión Sudafricana, a partir del afrikaans y del ngoni (véase Childs, 1997).

- Los pidgin árabes en África

El árabe también sirvió de base, a principios del siglo XIX, a diversas formas pidginizadas. Efectivamente, unos sudaneses arabófonos llegados del norte de Sudán, se iban entonces al sur, zona menos arabizada e islamizada; se instalaban cerca de campos militares para comerciar, sobre todo con esclavos. Tras la expulsión del poder egipcio, el árabe de Sudán conoció, entre las poblaciones no árabes, un proceso de reestructuración, que condujo a estas variedades pidginizadas, como el árabe de Juba, lengua de casi la mitad de la ciudad del mismo nombre, que sirve de idioma de relación en todo el sur de Sudán (véase Mufwene, 1998, págs. 15-16). Las variedades de árabe que se crearon se han extendido a los centros urbanos de varios países, sobre todo Uganda, Chad y Kenia (véase Hagège, 1973, monografía descriptiva e interpretativa del pidgin árabe del Chad).

- El nagamés, pidgin-criollo de las altas montañas indobirmanas

En 1963 el gobierno de Delhi reconoció el estatuto de Estado de la Unión India a Nagaland, al final de una guerrilla muy violenta, que desde hacía mucho tiempo convertía en peligrosa esta región de altos y densos bosques, situada en el extremo oriental del país entre Assam y Birmania, y rodeada de los Estados y territorios indios recientemente creados (véase la pág. 189). Las 23 lenguas de numerosas tribus de este pequeño territorio no siempre permiten, aunque pertenezcan todas a la rama denominada «naga» de la familia tibetano-birmana, y que una parte de los nagas hablan varias, la comunicación entre estas tribus, y menos aún con los assameses; existían relaciones de trueque, no exentas de hostilidad, entre estos últimos y los nagas, que descendían a la llanura del Brahmaputra para dar salida a sus mercancías, y quizá para organizar razias de esclavos. Estas relaciones ocasionaron la formación progresiva de una especie de pidgin, a partir de principios del siglo XIX, de base léxica casi enteramente assami, que se llama nagamés, sin duda una palabra amalgamada de *Naga* + *(Bur) mese* (véase Hagège, 1987, pág. 28).

El nagamés, lengua de probable nacimiento reciente, conoce, desde la promoción política de Nagaland, cierto desarrollo. Aunque no sea lengua materna de nadie, y funcione como una segunda lengua con papel de relación, no sin diferencias entre niveles de pidginización, los campos de utilización del nagamés no son extensos. Hoy se muestra como una lengua muy útil, sin olvidar el caso del sango en la República Centroafricana.

Según M. V. Sreedhar, lingüista indio que ha estudiado la posibilidad de una promoción del nagamés por la normalización (véase Bhattacharjya y Sreedhar, 1994), algunos de los nagas ignoran o parece que ignoran, que esta lengua es una forma pidginizada del assami. En Nagaland, el inglés es la lengua oficial y el hindi lengua de la Unión, aprendida en las escuelas a partir de quinto curso. Para otra parte de los nagas, cristianizados y que no comparten necesariamente las tesis de un lingüista indio, el prestigio del inglés es muy superior al del nagamés y ésta es, en particular, la posición de los que, conociendo el origen de este último, lo ven con condescendencia como un assami rudimentario (comunicación de F. Jacquesson). Sin embargo, el proyecto de normalización y de adaptación a las necesidades de una lengua moderna merece ser destacado, al tratarse de un pidgin nacido, quizá, desde hace menos de 200 años, aunque es cierto que este proyecto no sea el de todos los nagas. El nagamés no es una lengua vernácula, es reciente y su prestigio no es seguro, pero no deja de ser significativo en Nagaland.

- El tetun-praça, lengua mixta de los timorenses

El tetun, lengua de la gran familia austronesia, lo hablan más de 300.000 timorenses del este, y sobrepasa en importancia a las otras lenguas de esta parte de la isla, algunas de las cuales son austronesias y otras papúes, en varios casos en situación muy precaria. Una de las tres zonas en las que el tetun está presente es la región de la capital, Dili, que era la sede del poder colonial portugués hasta 1974. En época reciente, probablemente a principios del siglo XX, se desarrolló una forma lusitanizada del tetun, que se llamó tetun-praça, es decir tetun de la plaza (portugués *praça*) comercial y militar de Dili. El vocabulario contiene gran número de palabras portuguesas, la fonética es bastante próxima a la del portugués, del que se han tomado prestados varios sonidos, y la gramática se aparta mucho de la del tetun vernáculo. Como todos los pidgin del mundo, tiende hacia estructuras analíticas e invariables, que se consideran a menudo efecto de una simplificación. El verbo, en particular, no tiene, como el tetun autóctono, formas conjugadas.

El tetun-praça es comprendido por un gran número de timorenses del este y eso les ha permitido, entre otras cosas, resistir, con la ayuda de la Iglesia católica, que se mantuvo lusófona tras la salida de los portugueses, a la indonesianización, a la que son sometidos los habitantes de la parte occidental de la isla (véase Hull, 1994). En efecto, el gobierno de

Yakarta, como se sabe, se anexionó Timor oriental en 1975, aprovechando la salida de los portugueses un año antes; desde entonces se ha esforzado en compensar la importante y antigua presencia de la lengua y de la cultura portuguesas en esta parte de la isla, hoy bajo mandato de la ONU, con una creciente promoción del bahasa indonesio (lengua oficial de origen malayo) en la parte occidental, donde las milicias proindonesias continúan inquietando a los timorenses orientales que allí viven.

El tetun-praça, como el nagamés, es objeto de una labor de reforma y de estandarización, aunque sea un pidgin. Esta lengua, a pesar de su juventud, está considerada como expresión parcial de la identidad nacional de la isla de Timor oriental.

La promoción política de una lengua como factor de vida renovada: historia moderna del croata

No insistiremos en la historia de la lengua literaria croata (véase Franolić, 1980). Tampoco en la Convención Literaria de Viena, en la cual, en 1850, los patriotas de Belgrado y Zagreb crearon, de acuerdo con los eslovenos y a partir de la forma dialectal más común de los serbios y croatas, la lengua que llamamos serbocroata (véase Hagège, 1994, págs. 138-141). No describiré una vez más los episodios del gran antagonismo creado desde la fundación, al día siguiente de la Primera Guerra Mundial, de un reino en el que estaban unidos serbios, croatas y eslovenos, antagonismo que se acentuó después de 1931 (fecha en la que este reino tomó el nombre de Yugoslavia) (véase Hagège, *ibid.*). No recordaré los detalles, bien analizados, de las causas que enfrentan a los croatas, católicos romanos que escriben su lengua en alfabeto latino, con los serbios, ortodoxos que practican la escritura cirílica. No enumeraré las medidas tomadas por Belgrado y sólo mencionaré la que, en 1972, condenó al nuevo alfabeto croata y prohibió el empleo, en la vida pública, de numerosas palabras croatas (véase Hagège, 1993b, para una lista de estas palabras y otras precisiones). No analizaré tampoco los aspectos de fonética, gramática y vocabulario, estudiados desde hace tiempo, que pueden retenerse en tanto que índices de distinción entre el serbio y el croata considerados como dos lenguas diferentes (véanse, entre otros, Franolić, 1983 y Hagège, 1993a y b).

El punto que me parece interesante en el contexto del presente capítulo es el siguiente: ¿cuál es el criterio que permite decir que dos lenguas

consideradas como dos variantes de una misma y única son, de hecho, distintas? Éste es el problema que plantea hoy día el croata. ¿En función de qué puede decirse que ha nacido una nueva lengua en Croacia desde la independencia del país, es decir desde principios de la década de 1990? El gobierno y los intelectuales croatas se toman el problema en serio y le dedican mucho tiempo y energía, al menos por el momento. En junio de 1997, encontrándome en Zagreb con ocasión de un coloquio de lingüística al que estaba invitado, tuve una entrevista con un colega croata sobre este problema. La entrevista fue publicada en el semanario *Hrvatsko Slovo* [«La palabra croata»], de 27 de junio, bajo un título que puede traducirse por «La diferencia entre el croata y el serbio no es broma». En respuesta a las preguntas que me planteaban, indiqué que una voluntad de diferenciación muy fuerte puede justificar que se hable de dos lenguas distintas, incluso cuando la comunicación es posible.

En otras palabras, lo que los lingüistas llaman desde hace tiempo serbocroata puede ser considerado como una sola y misma lengua si dos hablantes, uno serbio y otro croata, sin emplear formas dialectales demasiado acentuadas llegan a comprenderse sin dificultad real y sin dudas, incertidumbres o necesidad de que repitan palabras. Una dificultad de este orden es la que aparece cuando dos hablantes de lenguas escandinavas (danés, noruego y sueco) hablan entre sí cada uno en su lengua, y podría decirse por ello que se trata, a pesar de su gran parecido, de tres lenguas distintas. Hoy en día, éste no es el caso para el croata y el serbio.

Por tanto existe un criterio interno, propio de los sistemas formales de dos lenguas, deducido del grado de facilidad que dos hablantes experimentan al comunicarse cuando cada uno habla la suya. Pero existe además otro criterio, externo, ligado a la manera en que los usuarios ven sus lenguas y las viven. Según este criterio, el croata puede ser considerado como una lengua distinta al serbio. Es más. Si prosiguen mucho más tiempo los esfuerzos que se realizan en el presente en Croacia para extraer una norma tan distinta como sea posible del serbio, entonces no será difícil poder decir que, al haberse hecho difícil la comunicación, estamos ante dos lenguas diferentes.

Por el momento, se puede considerar que los croatas, con la promoción política de su lengua, corolario del reciente acceso de su país a la independencia, están dando a Europa una lengua más. Los amantes de las lenguas no se quejarán, si piensan en los estragos descritos en la segunda parte de este libro. Veremos, en la conclusión, que los fenómenos de este tipo presentan diferentes caras, según sea el punto de vista adoptado.

Conclusión

El ritmo con que desaparecen las lenguas en el mundo contemporáneo inspira, con razón, pesimismo. En un texto relativamente reciente podemos leer (Mohan y Zador, 1986, pág. 318):

> La gran purga de las lenguas del mundo ha dado ya comienzo; continuará hasta que un puñado de ellas se salve, o quizá sólo un cargamento de inglés en la nueva edad de la Tierra ligada a los demás planetas con naves espaciales. En la mitología hindú, la extinción marca el fin de *kaliyuga*, la edad sombría en la que hombre y mundo viven en la desesperación y el sufrimiento. Esta extinción es saludable, pues da lugar a un mundo nuevo y mejor.

No estoy seguro de que los hablantes de lenguas amenazadas se planteen la extinción de éstas como promesa de un mundo mejor, ni que extraigan la serenidad del sabio en esta exaltante esperanza. Los lingüistas, por su parte, a menudo se muestran muy preocupados por la situación actual de las lenguas. Sus sentimientos son los que expresaba más recientemente uno de ellos, escritor, tras hacer una constatación terrible sobre las lenguas en vías de extinción en una parte del mundo (Australia, Indonesia y Oceanía):

> No se puede hacer nada por invertir ni parar el movimiento de reducción continuo del número de lenguas distintas habladas en el mundo, aunque el ritmo de reducción pueda ser lentificado. Al principio había 4.000-5.000 lenguas separadas; en 2100, habrá muchas menos —quizá sólo unos cientos (Dixon, 1991, pág. 234).

Estas cifras son mucho más pesimistas que las que doy desde las primeras líneas de la introducción. Ignoro qué base aplica este autor a su

cálculo. La mía es simple: me baso en el ritmo actual de desaparición de lenguas, teniendo en cuenta la probable aceleración de este ritmo en el transcurso del siglo XX.

Existe una circunstancia agravante. La labor de normalización, de la que he señalado su utilidad en este libro para favorecer la promoción de una lengua con relación a la dispersión de los dialectos de los que inicialmente forma parte, tiene también sus efectos perversos. La diferenciación dialectal es uno de los factores que llevan en sí, precisamente, la posibilidad de aparición de nuevas lenguas. En condiciones naturales, las lenguas nuevas se desarrollan a partir de dialectos divergentes. En otras palabras, cuando un poder político establecía, en el pasado, su propio dialecto en un lugar, confería a este dialecto, al poco tiempo, el estatuto de lengua que reforzaba más, si se daba el caso, una producción escrita, administrativa, jurídica o literaria. Pero los demás dialectos, es decir los que, al no haberse beneficiado de las mismas circunstancias, no se habían convertido en lenguas, no dejaban, por ello, de vivir. Hoy en día, la prensa, la radio, la televisión o los viajes siempre más fáciles favorecen a la lengua principal en detrimento de las variaciones dialectales. Cuando a ello se añade una labor de promoción voluntaria, la situación de los dialectos se hace todavía más precaria.

He recordado, sin embargo, que han nacido o resucitado nuevas lenguas en los siglos XIX y XX. Pero está claro que el número de estos nacimientos no compensa en absoluto el de las desapariciones. Cuando se sabe que una lengua está extinguiéndose, no hay otra acción posible que guardar sus rasgos por todos los medios disponibles. He insistido en el combate que disputan los lingüistas de campo para hacer hablar a la memoria de los testigos aún vivos. La literatura desempeña también su papel, como se ha visto con el hebreo: aunque desaparecido del uso cotidiano, nunca dejó de utilizarse en los libros, y los pioneros de su resurrección extrajeron numerosos materiales de estos almacenes preciosos.

Se puede hacer resucitar una lengua. Se puede incluso pensar en poder contar, para su resurrección, con la de los hombres mismos y, en consecuencia, anotar esta lengua cuando está moribunda. Éste es el mensaje malicioso del premio Nobel de Literatura Isaac B. Singer, a quien un periodista preguntaba por qué escribía en yiddish, si esta lengua estaba a las puertas de la muerte. «Me gustan las historias de fantasmas», contestó Singer. «Y también creo en la resurrección. ¿Qué podrán leer todos esos judíos, cuando vuelvan a la vida, si no escribo en yiddish?»

El uso de Internet podría muy bien depararnos sorpresas. No está descartado que el angloamericano, que se pensaba que iba a invadir en solitario la red y que encontraría un poderoso medio suplementario de difusión mundial, pase, del 54 % de internautas anglófonos que podía prevalecer en 1999, al 43 % en 2005 (véase Singer, 2000). Es cierto que el chino y el español están en buena posición entre las lenguas que quieren imponerse. Pero no están solas. Los defensores de las lenguas amenazadas, así como las empresas comerciales de traducción, han comprendido todo el partido que se puede sacar de la introducción de tribunas en esta tela de araña, y ya se ve cómo lo aprovecha un gran número de lenguas, como el yiddish, del mismo modo, precisamente, que las lenguas regionales de Francia y muchas otras. Así se multiplican por medio de estas lenguas los intercambios en Internet. Aunque no es bastante, sin duda, para volver a introducir en la realidad viva y sonora del diálogo cotidiano, en situación de comunicación natural, a unas lenguas amenazadas de extinción. Pero se trata de un soporte que da una nueva voz, incluso en el espejismo de lo virtual, a unos idiomas que corremos el riesgo de no oír más. Todo ello mantiene la esperanza, a condición, por supuesto, de que Internet no se convierta en una amenaza para todo lo que se sirve de la escritura, y las culturas humanas no pasen completamente, como si de un progreso se tratara, del escrito a la pantalla.

El combate de Internet debe ser tomado ciertamente en serio por los defensores de idiomas aparentemente en buena salud, como el francés, el alemán, el español, el italiano o el portugués, todas las lenguas que yo he llamado federadoras (véase Hagège, 1994, caps. 1-4). Pues pensándolo bien no están al abrigo. El angloamericano está inmerso en un proceso de expansión en el que, a menos que surjan imprevistos, no se ven, actualmente, los límites. Se podría considerar sin duda que eso no es una desgracia para la humanidad y que, por el contrario, es bueno que exista una lengua con vocación cada vez más manifiestamente internacional, que yo uniría naturalmente a la lengua materna de cada uno. He apostado por el bilingüismo, o más bien el multilingüismo, pero no en beneficio del angloamericano (vĕase Hagĕge, 1996a).

El angloamericano no puede ser una verdadera lengua internacional, es decir, un instrumento neutro que permita a cada uno comunicarse en cualquier parte del mundo. Es el vector de una cultura que corre el riesgo de engullir a todas las demás haciendo de ellas objetos negociables. Por lo demás, en un universo ideal de 4.000 mil millones de bilingües, no es simplemente uno de los miembros de una pareja de futuro, en el que

figuraría armoniosamente junto a una lengua nacional. Tiene los medios, cuando no la vocación, de ser un día lengua única. El proceso puede, sin duda, ser largo. Sin embargo, una de las conclusiones que debiera sacarse del presente libro es la siguiente: todos los factores de la muerte de las lenguas, sean políticos, económicos o sociales, son capaces de actuar en detrimento de cualquier lengua distinta al inglés, y en beneficio de esta última. La desvalorización explícita del bilingüismo en los países anglófonos mayores es una ilustración, entre otras cosas, llamativa. Sobre todo porque las técnicas modernas de comunicación, la potencia y rapidez que caracterizan la difusión actual del inglés en el mundo entero sobrepasan con creces las que, en el pasado, han permitido a otros idiomas, como el latín hace dos mil años, llevar a la extinción total a un gran número de lenguas.

Debemos señalar una consecuencia inesperada de esta situación. La promoción de lenguas cuyos defensores desean reaccionar contra una política centralizadora o contra una antigua dominación colonial es, se quiera o no, un fenómeno de dos caras. Como acto de afirmación, de libertad y de defensa de las lenguas minoritarias, no puede por menos que ser cálidamente apoyado. Como acto político dirigido contra la lengua dominante de otro tiempo, puede ser utilizado como arma por los promotores de la supremacía del inglés. Pues la promoción de las lenguas minoritarias presenta dos ventajas: por una parte, el inglés no tiene nada que temer de las lenguas locales en las que se expresa la identidad cultural de un pueblo con un legítimo deseo de reconocimiento; por otra parte, el inglés tiene todo que ganar en las corrientes de ideas donde se acusa de ser «instrumentos de opresión» a las lenguas que, como el francés, le hacen frente y tienen vocación internacional.

La amenaza que hace pesar la supremacía del angloamericano sobre las lenguas más habladas del mundo debe ser, ciertamente, relativizada en las circunstancias actuales: del chino mandarín (con cerca de 900 millones de hablantes) al japonés (con 125 millones), pasando por el malayo, el árabe, el hindi, el bengalí o el ruso, estas lenguas tienen todavía ante ellas una amplia carrera. Pero la situación evoluciona rápidamente. No incluyo aquí, por ejemplo al español (alrededor de 266 millones) ni al portugués (casi 170 millones), a pesar de estas cifras que lo justificarían plenamente, pues la mayor parte de los hispanohablantes y de los lusófonos se encuentran en el nuevo continente, y basta con haber vivido en México, Brasil o Argentina, para saber cuán fuerte es la americanización y sobre todo cuánto progresa.

Ahora bien, el francés, que con sus casi 100 millones de hablantes con los que cuenta sin duda tiene voz a través del mundo, ni siquiera figura entre las 9 lenguas más habladas y sigue teniendo, no obstante, hoy como ayer, la segunda posición tras el inglés, en términos no de volumen demográfico, sino de difusión universal, así como de presencia en las instituciones internacionales y en la actividad mundial de traducción. Por esta circunstancia, el francés, aunque esta segunda plaza sea a menudo más teórica que real y que en muchos organismos se viole su estatuto de igualdad con el inglés, no puede dejar de aparecer como un rival molesto, del que se desea, conscientemente o no, la evicción. Por ello su promoción frente al inglés reviste un valor simbólico. Su defensa y su ilustración están desde hace tiempo ligadas a las del lugar que ocupan la cultura francesa y la francofonía en el mundo.

El francés es un asunto eminentemente político. Todos saben, incluso los que se burlan o se afanan en vilipendiarlo, que la defensa de la excepción cultural por los actores de la política francesa no es una batallita de opereta. Al defender la cultura, es decir la vida, el francés defiende *su* vida. Defiende también, por lo mismo, la del alemán, la del italiano o la de otras lenguas de Europa, por sólo hablar de éstas.

La larga reflexión, alimentada de variados hechos, que he llevado a cabo en este libro sobre el tema dramático, e ignorado, de la muerte de las lenguas encuentra su calderón en la toma de conciencia de la omnipresencia del peligro. Uno podrá reírse de estos vaticinios. Argüir que Estados Unidos, a pesar de las violencias de la vida cotidiana, del imperialismo creciente, etc., es una gran democracia, donde muchos quieren ir o vivir, y que el inglés es una bella lengua, portadora de modernidad, que seduce a la juventud en casi todos los países, pues la hace cantar y bailar, y sólo hace rugir a los censores retrasados. Por muchos argumentos que se presenten, la amenaza de muerte que hoy planea sobre las lenguas tiene el rostro del inglés. Y apuesto que los anglófonos más sagaces no querrían un mundo que no tuviera, por así decirlo, más que una sola lengua.

Bibliografía

Adelaar, W. F. H., «The endangered languages problem: South America», en Robins y Uhlenbeck (comps.), 1991, págs. 45-91.

Auroux, S. (comp.), *Histoire des idées linguistiques*, tomo 3, *L'hégemonie du comparatisme*, col. «Philosophie et langage», Lieja, Mardaga, 2000.

Bader, F. (comp.), *Langues indo-européennes*, col. «Sciences du langage», París, Éditions du CNRS, 1994.

Bally, C., *Linguistique générale et linguistique française* (1932), Berna, Francke, 1965.

Banniard, M., *Viva voce: Communication écrite et communication orale du IVe au IXe siècle en Occident latin*, París, Institut des Études augustiniennes, 1992.

Baumgarten, J., R. Ertel, I. Niborski y A. Wieviorka (comps.), *Mille ans de culture ashkénaze*, París, Liana Levi, 1994.

Berthelot-Guiet, Karine, *L'apport de la publicité à la langue quotidienne des locuteurs de Paris et de la région parisienne*, tesis de la École Pratique des Hautes Études, sección IV, defendida bajo la dirección de C. Hagège, 1997.

Bhattacharjya, D. y M. V. Sreedhar, «Two decades of Nagamese Language Reform», en Fodor y Hagège (comps.), 1994, vol. IV, págs. 101-122.

Bickerton, D., *Roots of language*, Chicago, Karoma, 1981.

Blikstein, I., *Kaspar Hauser, ou a Fabricação da Realidade*, São Paulo, Editora Cultrix, 1995.

Bradley, D., «The disappearance of the Ugong in Thailand», en Dorian (comp.), 1989, págs. 33-40.

Brenzinger, M., *Language death: factual and theoretical explorations with special reference to East-Africa*, Berlín y Nueva York, Mouton de Gruyter, 1992.

Briant, P., *Histoire de l'Empire perse de Cyrus à Alexandre*, París, Fayard, 1996.

Briquel, D., «Étrusque et indo-européen», en Bader (comp.), 1994, págs. 319-330.

Brixhe, C., «Le phrygien», en Bader (comp.), 1994, págs. 165-178.

Brixhe, C. y A. Panayotou, «Le thrace» (1994a), en Bader (comp.), 1994, págs. 179-203.

—, «Le macédonien» (1994b), en Bader (comp.), 1994, págs. 205-220.

Brunot, F., *Histoire de la langue française des origines à nous jours* (1906), 13 vols., París, A. Colin, 1966.

Buyssens, E., *La communication et l'articulation linguistique*, Bruselas, Presses Universitaires de Bruxelles, y París, PUF, 1970.

Calvet, L. J., *La guerre des langues et les politiques linguistiques*, París, Payot, 1987.

Campbell, L., «Compte rendu de Greenberg 1987», *Language*, vol. 64, nº 3, 1988, págs. 591-615.

Campbell, L. y M. Mithun (comps.), *The Languages of Native America: Historical and Comparative Assessment*, Austin, University of Texas Press, 1979.

Campbell, L. y M. C. Muntzel, «The structural consequences of language death», en Dorian (comp.), 1989, págs. 181-196.

Cerrón-Palomino, R., *Lingüística Quechua*, Cuzco, GTZ y Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas, 1987.

Chafe, W. L., «Estimates regarding the present speakers of North American Indian languages», *International Journal of American Linguistics*, nº 28, 1962, págs. 162-171.

Chamoreau, C., «Description du purepecha, una langue mexicaine menacée de disparition», *Travaux du SELF*, nº VII, París, Université René-Descartes-Paris-V, U. F. R. de Linguistique générale et apliquée, 1999, págs. 131-146.

Chavée, H. J., *Les langues et les races*, París, 1862.

Childs, T., «The status of Isicamtho, a Nguni-based urban variety of Soweto», en A. K. Spears y D. Winford (comps.), *The structure and status of pigins and creoles*, Amsterdam y Filadelfia, John Benjamins, 1997, págs. 341-367.

Clairis, C., «Le processus de disparition des langues», *La Linguistique*, vol. 27, nº 2, 1997, págs. 3-13.

Cojtí-Cuxil, D., «Lingüística e idiomas Mayas en Guatemala. Lecturas sobre la lingüística Maya», en N. C. England y S. R. Elliott (comps.), Guatemala, Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, 1990, págs. 1-25.

Craig, C., «A constitutional response to language endargement: the case of Nicaragua», *Language*, vol. 68, nº 1, 1992, págs. 17-24.

Darwin, C., *The origin of species*, Londres, 1859 (trad. cast.: *El origen de las especies*, Madrid, Debate, 1998).

De Pury-Toumi, S., «Si le nahuatl avait été langue générale... Politique linguistique et idéologie nationaliste au Mexique», en Fodor y Hagège (comps.), vol. IV, 1994, págs. 487-511.

De Vaugelas, C. F., *Remarques sur la langue française*, París, viuda de Camusat, 1647.

Decimo, M., «La celtomanie au xix^e^ siècle», *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, vol. XCIII, nº 1, 1998, págs. 1-40.

Desmet, P., «La Revue de linguistique et de philologie comparée (1867-1916), organe de la linguistique naturaliste en France», preimpresión nº 147, Katholieke Universiteit Leuven, 1993.

Desmet, P. y P. Swiggers, «La nature et la fonction du langage dans l'œuvre linguistique d'Abel Hovelacque», en «Geschichte der Sprachtheorie: Studien zum Sprachbegriff der Neuzeit», bajo la dirección de U. Hoinkes, *Münstersches Logbuch zur Linguistik*, nº 4, 1993, págs. 129-148.

Deszö, K., *L'étranger et la mort* (1935), París, In Fine, 1996.

Dixon, R. M. W., *The languages of Australia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

—, «The endangered languages of Australia, Indonesia and Oceania», en Robins y Uhlenbeck (comps.), 1991, págs. 229-255.

—, *The rise and fall of languages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

Dorian, N. C., «The problem of semi-speakers in language death», *International Journal of the Sociology of Language*, nº 12, 1977, págs. 23-32.

—, *Language death: the life cycle of a Scottish Gaelic dialect*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1981.

— (comp.), *Investigating obsolescence: studies in language contraction and death*, col. «Studies in the Social and Cultural Foundations of Language», Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

Dressler, W., «Language shift and language death, a Protean challenge for the linguist», *Folia Lingüística*, vol. XV, nº 1-2, 1981, págs. 5-28.

Dubois, J., *Étude sur la derivation suffixale en français moderne et contemporain*, París, Librairie Larousse, 1962.

Dubuisson, M., «Toi aussi, on fils!», *Latomus*, vol. XXXIX, nº 4, 1980, págs. 881-890.

—, «Utraque lingua», *L'antiquité classique*, vol. I, nº 1-2, 1981, págs. 274-286.

Duhamel, H., *Pillotage: mémoires de lecture 1985-1995*, Orléans, Paradigme, 1995.

Durand, J. M., *Les documents épistolaires du palais de Mari*, París, Éditions du Cerf, 1997.

Fishman, J. A., «Some contrasts between linguistically homogeneous and linguistically heterogeneous polities», en J. A. Fishman (comp.), *Language problems of developing nations*, John Wiley & Sons, 1968, págs. 53-68.

—, «Sociologie du yiddish», en Baumgarten y otros (comp.), 1994, págs. 427-436.

Fodor, I. y C. Hagège (comps.), *La réforme des langues: Histoire et avenir / Language reform: history and future*, 6 vols., Hamburgo, Buske, 1983-1994.

Franolić, B., *A short history of literary Croatian*, París, Nouvelles Éditions Latines, 1980.

—, «The development of literary Croatian and Serbian», en Fodor y Hagège (comps.), vol. II, 1983, págs. 85-112.

Gal, S., «Lexical innovation and loss: The use and value of restricted Hungarian», en Dorian (comp.), 1989, págs. 313-331.

George, K. J., «The reforms of Cornish. Revival of a Celtic language», en Fodor y Hagège (comps.), vol. iv, 1989, págs. 355-376.

Greenberg, J. H., *Language in the Americas*, Stanford, Stanford University Press, 1987.

Grenoble, L. A. y L. J. Whaley (comps.), *Endangered languages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998a.

—, «Toward a typology of language endangerment» en Grenoble y Whaley (comps.), 1998b, págs. 22-54.

Guillaume, G., *Langage et science du langage*, París, Nizet, y Quebec, Presses de l'Université Laval, 1969.

Gundersen, D., «On the development of modern Norwegian», en Fodor y Hagège (comps.), vol. II , 1983, págs. 157-173.

Haacke, W. H. G., «Nama: revival through standardization?», en Fodor y Hagège (comps.), vol. IV, 1989, págs. 397-429.

Hadas-Lebel, M., *Manuel d'histoire de la langue hébraïque*, París, Publications Orientalistes de France, 1976.

—, «Eliezer Ben Yehuda et la renaissance de la langue hébraïque», *Yod (INALCO)*, nº 12, 1980a, págs. 21-31.

—, «La sécularisation des termes religieux dans le vocabulaire politique de l'hébreu israélien», *Yod (INALCO)*, nº 12, 1980b, págs. 63-68.

—, *L'hébreu, 3.000 ans d'histoire*, París, Albin-Michel, 1992.

Hagège, C., *Profil d'un parler arabe du Tchad*, Groupe Linguistique d'études chamito-sémitiques, suplemento nº 2, Atlas linguistique du monde arabe, París, Geuthner, 1973.

—, *Le problème linguistique des prépositions et la solution chinoise (avec un essai de typologie à travers plusieurs groupes de langues)*, colección lingüística publicada por la Sociedad de Lingüística de París, París y Lovaina, Peeters, 1975.

—, «Le comox lhaamen de Colombie britannique. Présentation d'une langue amérindienne», en *Amerindia*, número especial 2, París, Association d'Études Amérindiennes, 1981.

—, «Voies et destins de l'action humaine sur les langues», en Fodor y Hagège (comps.), vol. I, 1983, págs. 11-68.

—, *L'homme de paroles*, col. «Le temps des sciences», París, Fayard, 1985.

—, *Le français et les siècles*, París, Odile Jacob, 1987.

—, reseña de O. M. Tomić (comp.), *Markedness in Synchrony and Diachrony*, Berlín y Nueva York, Mouton de Gruyter, 1989, *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, vol. LXXXVIII, nº 2, 1993a, págs. 34-44.

—, reseña de J. Ćemerikić, G. Imart, O. Tikhonova-Imart, *Paronymes russo-/serbo-croates («amis» et «faux-amis»)*, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1988, *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, vol. LXXXVIII, nº 2, 1993b, págs. 284-290.

—, *The Language Builder, An Essay on the Human Signature in Linguistic Morphogenesis*, col. «Amsterdam Studies in the Theory and History of Linguis-

tic Science, serie IV: Current Issues in Linguistic Theory», Amsterdam y Filadelfia, John Benjamins, 1993c.
—, *Le souffle de la langue*, París, Odile Jacob, 1994.
—, «Le rôle des médiaphoriques dans la langue et dans le discours», *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, vol. XC, nº 1, 1995, págs. 1-19.
—, *L'enfant aux deux langues*, París, Odile Jacob, 1996a.
—, *Le français, histoire d'un combat*, París, Michel Hagège, 1996b.
—, «Grammaire et cognition. Pour une participation de la linguistique des langues aux recherches cognitives», *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, vol. XCIII, nº 1, 1998, págs. 41-58.
—, «Le multilingue dans la sphère judéo-turtisienne», actas de un coloquio, 1999.
Hagège, C. y A. G. Haudricourt, *La phonologie panchronique*, col. «Le Linguiste», París, PUF, 1978.
Hale, K., «Language endangerment and the human value of linguistic diversity», *Language*, vol. 68, nº 1, 1992, págs. 35-42.
Hall, E. T., *The hidden dimension*, Nueva York, Doubleday & Co., 1966 (trad. cast.: *La dimensión oculta: enfoque antropológico del espacio*, Madrid, Instituto Nacional de Administración Pública, 1973).
Hansegård, N. E., *Tvåspråkighet eller halvspråkighet?*» (= «*Bilingüismo o semilingüismo*»), Estocolmo, Aldus y Bonniers, 1968.
Haugen, E., «The rise and fall of an immigrant language: Norwegian in America», en Dorian (comp.), 1989, págs. 61-73.
Heath, S. B., *Telling tongues: language policy in Mexico, colony to nation*, Nueva York, Teachers College Press, 1972.
Hill, J. H., «Women's speech in Mexicano», en Philips y otros (comps.), 1987, págs. 121-160.
Hill, J. H. y K. Hill, «Language death and relexification in Tlaxcalan Nahuatl», *International Journal of American Linguistics*, nº 12, 1977, págs. 55-69.
Hovelacque, A., «La vie du langage», en A. Hovelacque y J. Vinson, *Études de linguistique et d'etnographie*, París, 1878.
Huffines, M. L., «Case usage among the Pennsylvania German sectarians and nonsectarians», en Dorian (comp.), 1989, págs. 211-226.
Hull, G., «A national language for East Timor», en Fodor y Hagège (comps.), vol. IV, 1994, págs. 347-366.
Isebaert, L., «Le tokharien», en Bader (comp.), 1994, págs. 85-100.
Jacquesson, F., «L'évolution et la stratification du lexique. Contribution à une théorie de l'évolution linguistique», *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, vol. XCIII, nº 1, 1998, págs. 77-136.
Jazayery, M. A., «The modernization of the Persian vocabulary and language reform in Iran», en Fodor y Hagège (comps.), vol. II, 1983, págs. 241-267.
Jocks, C., «Living words and cartoon translations: Longhouse «texts» and the limitations of English», en Grenoble y Whaley (comps.), 1998, págs. 216-233.

Kibrik, A. E., «The problem of endangered languages in USSR», en Robins y Uhlenbeck (comps.), 1991, págs. 257-273.

King, R., «On the social meaning of linguistic variability in language death situations: Variation in Newfoundland French», en Dorian (comp.), 1989, págs. 139-148.

Klausner, I., «Halutsei ha-dibbur ha-'ivri be'artsot ha-Gola» (= «Pioneros de la expresión en hebreo en las regiones de la diáspora?»), *Leshonenu la'am*, vol. XV, nº 1-2, 1935.

Krauss, M., «The world's languages in crisis», *Language*, vol. 68, nº 1, 1992, págs. 4-10.

Ladefoged, P., «Another view of endangered languages», *Language*, vol. 68, nº 4, 1992, págs. 809-811.

Lambert, W. E., «A social psychology of bilingualism», *Journal of Social Issues*, nº 23, 1967, págs. 91-109.

Landáburu, J., *La langue des Andoke (Amazonie colombienne)*, París, Société d'Études Linguistiques et Anthropologiques de France, 1979.

—, «Las lenguas indígenas de Colombia: lenguas en peligro», informe mecanografiado de la Universidad de los Andes, 1995.

Launey, M., «Les langues de Guyane: des langues régionales pas comme les autres?», en C. Clairis, D. Costaouec y J. B. Coyos (comps.), *Langues et cultures régionales de France: États des lieux, enseignement, politique*, col. «Logiques Sociales», París, L'Harmattan, 1999.

Laycock, D. C., «Sepik languages: checklist and preliminary classification», *Pacific Linguistics*, serie B, nº 25, 1973.

Leroy, M., «Honoré Chavée et l'édification de la grammaire comparée», *Quaderni della cattedra di lingüística dell'università di Pisa*, serie monográfica VI, 1985, págs. 209-225.

Mahapatra, B. P., «An appraisal of Indian languages», en Robins y Uhlenbeck (comps.), 1991, págs. 177-188.

Masson, M., *Les mots nouveaux en hébreu moderne*, col. «Études», París, Publications Orientalistes de France, 1976.

—, «La renaissance de l'hébreu», en Fodor y Hagège (comps.), vol. II, 1983, págs. 449-478.

—, *Langue et idéologie. Les mots étrangers en hébreu moderne*, París, Éditions du CNRS, 1986.

Matisoff, J. A., «Endangered languages of mainland South-East Asia», en Robins y Uhlenbeck (comps.), 1991, págs. 189-228.

Meillet, A., *Linguistique historique et linguistique générale*, colección lingüística publicada por la Société de Linguistique de Paris, París, Champion, 1958.

Merz, E., «Sociolinguistic creativity: Cape Breton Gaelic's linguistic "tip"», en Dorian (comp.), 1989, págs. 103-116.

Mithun, M., «The incipient obsolescence of polysynthesis: Cayuga in Ontario and Oklahoma», en Dorian (comp.), 1989, págs. 243-257.

—, «The significance of diversity in language endangerment and preservation», en Grenoble y Whaley (comps.), 1998, págs. 163-191.

Mohan, P. y P. Zador, «Discontinuity in a life cycle: the death of Trinidad Bhojpuri», *Language*, vol. 62, nº 2, 1986, págs. 291-319.

Mosès, S., «Une lettre inédite de Gershom Scholem à Franz Rosenweig. À propos de notre langue. Une confession», *Archives des sciences sociales et religieuses*, vol. 60, nº 1, 1985, págs. 83-84.

Mougeon, R. y E. Beniak, «Language contraction and linguistic change: the case of Welland French», en Dorian (comp.), 1989, págs. 287-312.

Mounin, G., «Discussion: sur la mort des langues», *La Linguistique*, vol. 28, nº 2, 1992, págs. 149-158.

Mufwene, S., «Past and recent population movements in Africa. Their impact on its linguistic landscape», artículo presentado en la 29ª Annual Conference of African Linguistics, Yale University, 1998.

—, «Language endangerment: what have pride and prestige gof to do with it?», manuscrito, 1999.

Myers-Scotton, C., «Codeswitching as a mechanism of deep borrowing, language shift and language death», en Brenzinger (comp.), 1992, págs. 31-58.

Philips, S. U., S. Steele y C. Tanz (comps.), *Language, gender and sex in comparative perspective*, col. «Studies in the Social and Cultural Foundations of Language», Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

Pi Hugarte, R., *Los Indios del Uruguay*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1998.

Poulsen, J. H. W., «The Faroese language situation», en E. Haugen, J. D. McLure y D. S. Thompson (comps.), *Minority languages today*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1981.

Rey, A. (comp.), *Dictionnaire historique de la langue française*, 2 vols., París, Dictionaires Le Robert, 1992.

Robins, R. H. y E. M. Uhlenbeck (comps.), *Endangered Languages*, Oxford y Nueva York, Berg, 1991.

Rosen, H. B., «La politique linguistique, l'enseignement de la langue et la linguistique en Israël», *Ariel*, nº 21, 1970, págs. 93-115.

Rosetti, A., *Linguistique balkanique*, Bucarest, Editura Univers, 1985.

Rouchdy, A., «Persistence» or "tip" in Egyptian Nubian», en Dorian (comp.), 1989, págs. 91-102.

Sampson, G., *Making sense*, Oxford, Oxford University Press, 1980.

Sasse, H. J., «Theory of language death», *Arbeitspapier*, nº 12, Colonia, Universität zu Köln, Institut für Sprachwissenschaft, 1990.

Saussure, F. de, *Mémoire sur le système primitif des voyelles en indo-européen*, Leipzig, 1878.

—, *Cours de linguistique générale* (1916), Ginebra, C. Bally, A. Sechehaye y A. Riedlinger, 1962 (trad. cast.: *Curso de lingüística general*, Madrid, Alianza, 1998).

Schilling-Estes, N. y W. Wolfram, «Alternative models of dialect death: dissipation vs. concentration», *Language*, vol. 75, nº 3, 1999, págs. 486-521.
Schleicher, A., *Die deutsche Sprache*, Leipzig, 1860.
—, *Über die Bedeutung der Sprache für die Naturgeschichte des Menschen*, Leipzig, 1865.
Scholem, G., *Von der mystischen Gestalt der Gottheit*, Zurich, Rhein Verlag, 1962.
Segal, M. H., *A grammar of Mishnaic Hebrew*, Oxford, 1927.
Sephiha, H. V., *L'agonie des Judéo-espagnols*, París, Entente, 1977.
Singer, A., «Le net délie et les langues rares», *Libération*, 12 de julio de 2000, pág. 22.
Smith Stark, T. C., «El estado actual de los estudios de las lenguas mixtecas y zapotecas», en D. Bartholomew, Y. Lastra y L. Manrique (comps.), *Panorama de los estudios de las lenguas de México*, Quito, Abya-Yala, tomo II, 1995, págs. 8-9.
Sturluson, S., *Histoire des rois de Norvège* (1230), traducido del viejo islandés, introducido y anotado por F. X. Dillmann, col. «L'aube des peuples», París, Gallimard, 2000.
Szulmajster-Celnikier, A., *Le yidich à travers la chanson populaire*, «Les éléments non germaniques du yidich», col. Bibliothèque des Cahiers de l'Institut de linguistique de Louvain, Louvain-la neuve, Peeters, 1991.
Tort, P., *Évolutionisme et linguistique. L'histoire naturelle des langues*, París, Vrin, 1980.
Tosco, M., «Dahalo: an endangered language», en Brenzinger (comp.), 1992, págs. 137-155.
Tsitsipis, L. D., «Skewed performance and full performance in language obsolescence: The case of an Albanian variety», en Dorian (comp.), 1989, págs. 117-137.
Turniansky, C., «Les langues juives dans le monde ashkénaze traditionnel», en Baumgarten y otros (comps.), 1994, págs. 418-426.
Vakhtin, N., «Copper Island Aleut: A case of language "resurrection"», en Grenoble y Whaley (comps.), 1998, págs. 317-327.
Vendryes, J., «La mort des langues», en *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris*, París, Boivin, 1934, págs. 5-15.
Villagrá-Batoux, S. D., *Le guarani paraguayen. De l'oralité à la langue littéraire*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaries du Septentrion, 1996.
Watson, S., «Scottish and Irish Gaelic: the giant's bedfellows», en Dorian (comp.), 1989, págs. 41-59.
Whitney, W. D., *Language and the study of language*, Londres, Trubner, 1867.
Wurm, S. A., «Language death and disappearance: causes and circumstances», en Robins y Uhlenbeck (comps.), 1991, págs. 1-18.
Zananiri, G., «Ben Yehuda et la renaissance de la langue hébraïque», *Sens*, nº 1, 1978, págs. 3-17.
Zepeda, O. y J. H. Hill, «The condition of native American languages in the United States», en Robins y Uhlenbeck (comps.), 1991, págs. 135-155.

Índice de nociones

(Figuran en negrita los términos y expresiones introducidos por el autor.)

Absorción, 138
Alternancia de códigos, 86, 87, 192

Bilingüismo de desigualdad, 80-81, 86-87, 110, 117
Bilingüismo, 80, 107, 116-117, 144-148, 165, 201, 204, 208, 223, 227-228, 229, 289
Bioprograma, 279

Código, 34, 151-152
Cognitivo, 17, 109, 124, 178, 181
Coiné, 61
Comparatismo, 31
Competencia activa, 60
Competencia nativa, 78, 99
Competencia pasiva, 60, 82
Conciencia lingüística, 87, 95, 96, 100, 183, 185, 208-209
Conciencia nacional, 127, 139, 141, 144, 154
Criollo, 278-284

Defecto de transmisión, 79-80, 103, 105, 161, 164, 175
Desactivación, 89
Desherencia, 79, 95, 149-150, 209, 274
Dialecto, 66, 111, 113, 115, 153, 157, 219-220, 258, 262, 288
Diáspora, 20, 79, 171-172, 174, 232-239, 246, 252, 256, 261, 266
Diglosia, 269-270

Doble incompetencia, 82

Ecolingüística, 108, 183-184
Enérgeia, 33
Érgon, 33
Erosión, 79, 89-96
funcional, 109
Escritura, 157, 205-206, 220, 284
Esquizoglosia, 278
Estandarización, 207-208, 284
Etnocidio, 103
Expolición, 92-93

Facultad de lenguaje, 18, 183
Filogénesis, 24

Genocidio, 103, 200
Genoma lingüístico, 184
Glótico, 25, 26
Guerra de lenguas, 80-81, 83, 114

Habla (o palabra), 12, 33-39, 127
Hablantes nativos, 74, 99, 107, 138, 161
Haskala, 238, 239, 244, 246
Hibridación, 139, 193-194, 234, 265

Identidad, 154-155, 174, 176, 185-186, 257, 265-266, 290
Ideología, 42, 113, 116, 122, 123, 238, 260, 261
Imperialismo,
Imperialismo lingüístico, 116

In situ, 79, 171

Jerigonza, 132
Judeolenguas, 234, 249

Lengua:
aglutinante, 26-27
aislante, 26-27
analítica, 270, 283
antigua, 57, 76
arcaica, 76, 100
artificial, 19-22, 30, 63, 152, 225
auxiliar,
calcada, 234
clásica, 57, 63-64, 75
de cultura, 148-149, 244, 271
de identidad, 245
de prestigio, 57, 61, 62-65, 66, 124-138, 140, 143, 144, 149, 150, 153, 159, 165, 185, 188, 200, 208, 212, 235, 244, 263, 283
de relación, 91, 131-138, 148, 165, 223, 232, 263, 280, 281, 282
dominada, 26, 82-85, 87, 89, 108-109, 127, 195, 198
dominante, 26, 84, 87, 89, 93, 108-109, 117, 131, 189, 290
escrita, 59, 61, 62-63, 67, 142, 200, 235, 236, 244, 245, 257-258, 269-270
flexional, 26-27
general, 135, 136
hablada, 63, 66, 84, 120, 142, 153, 157-158, 163, 217, 224-226, 232, 234, 235, 244, 257-258, 270, 274
híbrida, 192
iniciática, 177-178
insular, 173-174
internacional, 116, 137, 262
judía, 173, 174-175, 232-235, 249, 262-263
literaria, 57-59, 61, 127, 225, 232, 236, 244
mayoritaria, 116
minoritaria, 114, 116, 120, 163, 189, 196, 290
mixta, 73, 88, 192-194, 283-284
muerta, 38-39, 56-76, 78, 184, 246, 251, 262, 270, 271, 274
nacional, 21, 111, 121, 13, 197-198, 244, 256, 260, 280
natural, 20-22
oficial, 84, 119-120, 131, 143, 159, 163, 165, 197-201, 202, 223, 256, 280, 283
regional, 52, 111, 113, 115, 119, 120, 173, 174, 289
religiosa, 64, 233
sagrada, 64, 65, 244, 245, 253, 254, 256
secreta, 97, 177, 185
vernácula, 62, 64-65, 84, 96, 99, 107, 118, 160, 164, 225
viva, 38, 57, 65-67, 75, 78, 79, 157, 184, 234, 254, 257, 270, 274
vulgar, 58-59, 61
Lengua amenazada, 158-162, 207, 209
Lengua en peligro, 158
Lexiología, 28
Lingua franca, 131-132
Lingüicida, 14, 200
Lingüística de las lenguas, 205
Lingüística del lenguaje, 205

Mediafórico, 181
Multilingüismo, 116, 289

Naturalismo, 27, 29, 30-31
Neología, 52-54, 119, 128, 141, 237, 238, 247, 250, 252, 254, 262, 263, 266, 268
Niños (o hijos) hablantes, 118, 157, 162, 163
Normalización, 149-152, 153, 200, 204, 283, 288

Obsolescencia, 79, 82, 89, 95, 100, 101, 150, 153, 183, 208
Ontogénesis, 24, 46
Organicismo, 32
Origen de las lenguas, 29-30
Origen del lenguaje, 30

Patois, 111, 113, 115

Pérdida:
de distinciones lingüísticas, 90, 101, 112, 264
de prestigio, 124, 126-127, 129-130, 137, 185
de sentido, 47
de una lengua, 100, 136, 176, 278
Pidgin, 95-96, 153, 280-282, 283, 284
Plurilingüismo, 86, 113-114, 132, 162-163, 189, 207, 227-229, 238, 280
Política lingüística, 113, 119, 120, 121, 133-134, 135, 136, 197, 207, 210, 284, 285, 288, 290, 291
Prácritos, 64, 191, 258
Precarización, 79, 81, 88, 89, 115, 150, 161, 166, 208, 288
Préstamo masivo, 86, 124, 137, 138-144, 172, 194, 226
Purismo, 100-102, 149-152, 270
Purista, 150-151

Reactivación, 52, 226
Reanimación, 201-202, 203, 209
Recesivos (rasgos), 91-92
Relexificador, 278
Resurrección, 11, 12, 39, 207, 215-291
Revitalización, 201
Ruina, 79, 85, 86, 88, 95, 101

Salvación por la hibridación, 193
Scripta, 61
Secularización,
Selección natural, 25, 30, 109
Semicompetencia, 94
Semihablantes, 81, 83, 101, 102
Semilingüismo, 82
Subhablantes, 94
Subusuarios, 82, 84, 85, 86-89, 91, 92, 93, 96, 97-99, 101
Sustrato, 279

Tabú, 44-46
Transformismo, 24-26, 54

Unilingüismo, 97, 105, 116-117, 119, 161, 183, 191-192

Vernacularistas, 199
Vitalismo, 23, 24-26, 27, 30, 39

Índice de lenguas

Familias, subfamilias, ramas, grupos

altaico, 71, 152, 168
amerindio, 46, 82, 107, 117-119, 138, 166, 181-182, 201, 202
anatolio, 74
andaman, 168-169
arawak, 167
aruaco,
australiano, 45, 88, 91, 106, 112, 118-119, 138
austroasiático, 169
austronesio, 133, 169-170, 283
azteca, 102

báltico, 49, 71-72
bantú, 119, 122, 177, 194, 208-281
británico, 273

camito-semítico, 218
caribeño, 166, 167
caucásico, 71
céltico, 49, 70-71, 107, 125, 150, 151, 171, 273, 274
chibcha, 167, 186, 204
cuchítico, 90, 91, 110-111, 129, 154, 194

dravidiano, 64

eslavo, 29, 49, 71-72, 94, 262
esquimo-aleuta, 118

gê, 167
germánico, 70, 74
guahibo, 167

hokasiux, 204
hottentot (kheokoe), 207
huitoto, 167

ilirio, 73
indoario, 64
indoeuropeo, 27, 44, 45, 49, 68-69, 71, 72-74, 179
indonesio, 170
iraní, 187
iroqués, 89, 186

jamú, 88, 169

khoisan, 130, 177

maya, 100, 134, 166, 204, 210
miao-yao, 169
micronesio, 87
mongol, 137, 168
mon-jemer, 169, 189

nagamés, 282-283
neolatín (o romance), 49, 59, 60, 61, 62, 77, 12, 139, 235, 258, 262
ngoni, 177
nilosahariano, 110, 111

otomango, 100

paleosiberiano (o paleoasiático), 160, 197
papú, 91, 92, 160, 209
pear, 169

salís, 47
same, 129
semítico, 24, 65, 67-68, 74, 218, 220, 222, 248, 258, 259

thai, 169
tibetano-birmano, 88, 169, 282
tungús, 168
tucano, 167
tupí, 167
turco, 137, 142, 168, 258

uraliano, 137, 152

yanomami, 167
yuma, 204

Lenguas individuales

acadio, 67-68, 218, 220, 221, 222, 225, 238
afrikaans, 207, 281,
ainú, 169
albanés, 98
albanés de Grecia, 171
alemán, 18, 24, 35, 45, 48, 53, 71, 98, 126, 190, 197, 235, 250, 251, 253, 257, 263, 264, 266, 289, 291
aleuta, 118, 193
alsaciano, 174
alto alemán antiguo, 75
amapá, 166
amárico, 65, 240
amorita, 218
angloamericano, 54, 87, 137, 174, 271, 289, 290
anglonormando, 139-140
anglosajón, 277
annamés, 143
apiacá, 167
aquitano, 71
árabe, 31, 63, 64, 65-66, 86, 111, 123, 128, 132, 140-142, 143, 159, 188, 191, 220, 233, 235, 236, 241, 249, 250, 251, 256, 260, 263, 264, 269, 282
árabe argelino, 66
árabe chadiano, 66
árabe clásico, 65-67, 191
árabe coránico, 65
árabe de Juba, 282
árabe de Sudán, 282
árabe del Corán, 66
árabe egipcio, 66
árabe hassaniya, 66
árabe iraquí, 66
árabe jordano, 66
árabe libanés, 66
árabe libio, 66
árabe literario,57, 65, 66, 258
árabe marroquí, 66
árabe mauritano, 66
árabe omanés, 66
árabe palestino, 66
árabe saudí, 66
árabe sirio, 66
árabe sudanés, 66
árabe tunecino, 66
árabe yemenita, 66
arameo, 68, 69, 220, 221-222, 223-225, 226, 227, 229, 230, 231-232, 232-235, 240, 249, 250, 263arameo bíblico, 251
arameo imperial, 222, 229
arameo talmúdico, 251, 258
arapesh, 91
araucano, 133, 161
armenio, 49, 94
armenio clásico, 75
armenio de Francia, 171
arvanitika, 98
asirio, 221
assami, 189, 283
atacameño, 209, 274,
atapasco, 118
ático, 61

avestano, 141
ayiwo,
aymara, 136, 161, 166, 198-199
azteca, 97, 135

babilonio, 68
bahasa indonesio, 284
bahnar, 169
bartangi, 187
basari, 121
bat, 187
bayso, 154, 160
bemba, 281
bengalí, 189, 290
bereber, 68
bhojpuri, 84
bhojpuri de Trinidad, 84, 89, 171
bichelamar, 280
bigudino, *véase* bretón
birmano, 65, 189
bobanguí, 281
bodi, 110
bretón, 91, 107, 127, 152, 273
búlgaro, 124
buna, 91

cacaopera, 104
cachiquel, 166, 204
camileroi, 91, 112
cananeo, 68, 218, 222
cari, 74
castellano, *véase* español
catalán, 75, 132, 174
cayuga, 89, 186
cebuano, 170
chamorro, 114
chaná, 201
charrúa, 201
chiapaneco, 100
chifundi, 93
chino, 26, 143-144, 169, 250, 289
chino arcaico, 64-65
chino literario, 63
chino mandarín, 123, 290
chinuco bajo, 133
cholón, 164
chucoto, 160
cíngaro, *véase* romaní
comox, 46
copto, 62-63
coreano, 143-144, 250
córnico, 273-274
corso, 75, 174
coyarí, 169
cri, 194
criollo de Palenque, 167
criollo de San Andrés y Providencia, 167
croata, 284-285
cuchín (= luché), 118
cuchítico antiguo, 74-76
cupeño, 168

dacogeta, 73
dacomesiano, 73
dahalo, 90, 194
damara, 207
damin, 177-178
danés, 35, 277, 285
danonoruego, 277
dido, 154

egipcio, 218
egipcio demótico, 63
egipcio faraónico, 62, 220
elamita, 69
enets, 152
escocés, *véase* gaélico escocés
eslovince, 72
español, 35, 53, 75, 82-84, 86, 88, 97, 101, 114, 115, 119, 125, 131, 135, 136, 150, 151, 166, 167, 179, 186, 194, 199, 200-201, 204, 209, 235, 289
español andino, 84
esperanto, 20, 22, 254, 261-262
estonio, 151, 268
etiópico, 65
etrusco, 68-69
evenquí, 168

fanacalo, 281

fenicio, 218
finés, 151, 250, 268
finés americano, 92, 172
forépecha (o tarascano), 161
francés, 35, 41, 42-44, 46, 48, 49, 52-54, 57, 60, 75, 83, 86, 87, 92, 97, 102, 106, 115, 127, 139, 140, 143, 144, 151, 159, 171, 180, 181, 188, 197, 198, 203, 226, 235, 250, 263, 266, 268, 278, 289, 290, 291
francés de Terranova, 93, 171
francés medieval, 45, 75, 77, 148
francés moderno, 45, 77, 139
fráncico moselano, 197
francogermánico, 60
francoprovenzal, 188
frigio, 72-74
frisón, 108
fulfulde, *véase* peul
fulnió, 167

gaélico escocés, 45, 97, 114, 273, 275
galés, 107, 273
galo, 71, 125
garo, 189
gascón, 75
gbanda, 281
georgiano, 127
germánico, 23-24, 49, 139, 275
gótico, 24, 69-70
griego, 23, 34, 44, 53, 57, 58, 64, 69, 72, 74, 98, 124, 132, 145-146, 147, 148-149, 228, 229, 231, 233, 235, 243, 264
griego clásico, 58, 61
griego moderno, 58, 61, 755, 235
guameño, 114
guaraní, 134, 135, 161, 166, 199-201
guez, 65
guguyimidjir, 89
guilakí, 160
gujaratí, 189

haida, 118
háttico, 69
hausa, 120
hawaiano, 195, 196
hayu, 88
hebreo, 11, 12, 217-220, 224-271, 273, 274, 275, 278, 288
hebreo antiguo, 248, 267
hebreo arcaico, 248
hebreo bíblico, 217, 218, 224, 225, 26, 228, 232, 235, 240, 248, 258, 260, 266, 267, 270
hebreo clásico, 262, 267
hebreo hablado, 224-225, 227, 232, 249, 270
hebreo israelí, 217, 226, 228, 235, 250, 252, 257-271
hebreo medieval, 236, 258
hebreo míchnico, 225-226, 227-229, 230-232, 235, 237, 259, 260, 266, 267, 269
hebreo popular, 224
hebreo posterior al exilio, 223-225
hebreo prebíblico, 218
hebreo rabínico, 275
hindi, 84, 142, 189, 283, 290
hinuj, 154, 160
hiri motu, 169
hitita, 69
hualapai, 204
húngaro, 35, 79, 263, 268
húngaro de Austria, 97-98, 126, 151, 171, 250
hurrita, 69

ilirio, 72-74
ilocano, 170
indostaní, 142
inglés, 35, 45, 53, 84, 86, 88, 89, 93, 96, 97, 106, 112, 114, 116-119, 120, 125, 128, 137-138, 139-140, 142, 144, 151, 159, 165, 170, 172, 173, 176, 180, 182-183, 187, 190, 193, 197, 198, 202-203, 204, 208, 250, 256, 263, 266, 271, 278, 281, 283, 287, 290, 291
inglés antiguo, 60, 75
inglés británico, 173
inglés de Maryland, 174
inglés norteamericano, 116

inupiaq, *véase* esquimo-aleuta
irlandés, 44-45, 93, 95, 125, 150, 151-152, 195, 196-197
irlandés antiguo, 71
isicamtho, 281
islandés, 173
italiano, 35, 48, 49, 52, 53, 75, 132, 188, 289, 291
itálico, 74
itelmeno, 160

japonés, 143-144, 173, 290
japonés antiguo, 75
javanés, 64, 75
jemer, 64
judeoalemán, *véase* yiddish
judeoárabe, 175, 262
judeoarameo, 229, 230, 263-264, 275
judeoespañol, *véase* judezmo
judeoespañol-calco, *véase* ladino
judezmo, 104, 175, 234, 263
judío, *véase* hebreo bíblico

kaka, 135
kañari, 135
kawi, 75
kemant, 91, 100
kerek, 168
ketita, 160, 197
khasi, 189
kheokoe, 130, 207
kirundi, 122
kiwai, 91
kore, 90
kul'i, 135
kusai, 87-88
kusanda, 88
kutchéen, 69
kwegu, 110

ladino (= dolomita), 188
ladino (= judeoespañol-calco), 234
laosiano, 65
lardil, 178
latín, 23, 24, 44, 48-49, 51, 53, 57, 58-62, 64, 65, 666, 68, 71, 75, 77, 13, 125, 134, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 229, 234-235, 237, 243, 244, 262
latín hablado, 59
latín literario, 58-89, 61
latín vulgar, 58-59, 60, 61, 258
lenca, 104
lepontino, 71
líbico, 67-68
licio, 69, 74
lidio, 74
lingala, 120, 281
lituano, 24, 239
lule, 201
lusitano, 71
luvita, 69, 74
luxemburgués, 197-198

macedonio, 72-74
macondé, 165
macusí, 166
maga, *véase* mbugu
malayo, 64, 86, 142
malinké, 121
mam, 166, 204
manchú, 123
manipurí, 189
maorí, 195-196
mapodungun, 161
maratí, 189
masai, 129, 165
matipú, 166
mbugu, 193
media lengua, 194
meroítico, 74
mesapiano, 73
mitchif, 194
mlabri, 88
moabita, 218
mohaqués, 203-204, 273
mongol, 250
mongol clásico, 75
muón, 169
múrico, 91
mursi, 110

nagamés, 282-283, 284
náhuatl, 97, 101, 102, 103, 131, 134, 135, 150, 161, 166, 198-199
nakrehé, 167
nama, 207-208
naukán, 186
navajo, 161
neerlandés, 106, 130, 207
neguidal, 154
neoarameo occidental, 233
neoarameo oriental, 233
neobabilonio, 68, 221
neoegipcio, 63
neonoruego, 258, 277-278
neosiríaco, *véase* neoarameo oriental
nepalí, 88
nganasan, 187
ngoni, 281
nivejí, 152, 186, 197
normando, 54, 139
normando antiguo, 122
nortumbriano, 60
noruego, 35, 79, 130, 277, 285
noruego norteamericano, 172, 190
nubio, 111, 128, 188, 191

ñamwezi, 165

occitano, 75
orocho, 168
oroko, 168
osco, 58
otomí, 134

pahlavano, 141
palaico, 74
palaungo, 169
pali, 64-65
pataxó, 167
pelasgo, 72-74
pendjabí, 189
persa, 23, 140-142, 144, 222, 225
peul, 120, 121
picardo, 48, 139
pidgin árabes, 282
pipil, 105
pisidio, 74
polabo, 72
polaco, 263
police motu, 280
pomo central, 179, 180, 181
portugués, 71, 75, 77, 115, 125, 136, 159, 283, 289
provenzal, *véase* occitano
prusiano antiguo, 72
puruborá, 167
puruhá, 135

quecchí, 166, 204
quechua, 82-84, 97, 131, 133-134, 135, 161, 166, 194, 198-199
quechua de Cochabamba, 88
quechua rural, 82-83
quechua urbano, 82
quiché, 166, 204
quicongo-quimañanga, 281
quiñaruanda, 122
quituba, 281

rama, 204
renanos (dialectos), 190
retorromance, 75, 188, 197, 198
romaní, 104, 194
rumano, 61, 75
ruso, 35, 45, 77, 115, 119, 137, 138, 160, 168, 192, 193, 240, 250, 253, 257, 263, 265, 266, 290
ruso antiguo, 75

sango, 133, 280-281, 282
sánscrito, 23, 44, 49, 64-65, 258
sánscrito búdico, 64
sánscrito védico, 64
sardo, 75
selcupo, 197
serbio, 124, 284, 285
serbocroata, 284, 285
shambala, 165
sidético, 74
sikiana, 166

somalí, 90
suano, 127
sucuma, 165
sueco, 90, 285
sumerio, 67-68, 220, 238
swahili, 90, 93, 110, 119, 120, 165, 192, 194, 281

tagalo, 170
tambora, 103
tamil, 29
tamil antiguo, 75
telugú, 189
tetun, 133, 283
tetun-praça, 283-284
thai, 65, 88, 195
tibetano clásico, 75
tigriña, 65
tin, 88
tlingit, 118, 128
tocario, 69
tojolabal, 100
tok pisin, 95, 169, 209, 280
tracio, 72-74
tracio-dacio, 73
tregorino, *véase* bretón
tudesco, 60
tupí, 134, 135, 136
turco (osmanlí), 27, 31, 77, 124, 132, 140-142, 144, 151, 250, 258, 268
turco antiguo, 75
twana, 46
tzeltal, 100

udihé, 168
ugarítico, 67-68
ugong, 88
ulchi, 168, 197

urarteano (o haldo, o vanechí), 74
urat, 209
urdu, 142
uru-puqina, 135

valpiri, 88, 93
vasco, 71, 174
veneciano, 73
vietnamita, 143-144, 169
vilela, 201
volapük, 21
vumba, 93

wambon, 92
wayana, 166
wolof, 121
wunambal, 112

xinca, 102

yaaku, 129
yacuto, 168
yakoma, 281
yazgulamí, 187
yiddish, 104, 174, 239, 244-245, 246, 248, 259, 262-263, 264, 265, 273, 275-277, 288, 289
yimas, 169, 209
yoruba, 100
yucaguiro, 152, 160, 197
yucateco, 131
yugh, 168
yupik, *véase* esquimo-aleuta

zendo, 24
zulú, 281
zuní, 179, 182

Índice de nombres

Aasen, 277-278
Aavik, 268
Abarbanel, 236
Abraham ibn Ezra, 236
Adriano, 231
Agustín, 59
Alcuino, 60
Alejandro Magno, 63, 72, 73
Alp-Tkin, 141
Álvaro, 60
Amenofis III, 218
Amenofis IV, 218
Amós, 219
Antíoco IV, 229
Aristóteles, 23
Artajerjes, 22
Atatürk, 142
Augusto, 148
Avicebrón, 236
Avinéri, 266

Barcoquebas, 227, 230-232, 241
Ben Gurión, 261
Ben Yehuda, 239-244, 245-248, 262-263, 274, 278
Bialik, 238, 249, 263
Bopp, 23-24, 26
Brutus, 145

Calderón, 132
Cambises, 63
Carlomagno, 60
Carlos el Simple, 122
Carlos V, 135
César, 58, 59, 125, 145
Chernikhovski, 238
Cicerón, 58-59, 146-148
Ciro el Grande, 221
Claudiano, 237
Claudio, 148
Clodoveo, 59, 122, 132
Condillac, 33
Confucio, 63
Constantino, 231
Cook, 89
Cortés, 130, 131, 135
Cuvier, 23

Darío I, 221
Darío III, 228
De Bolaños, 200
De Molina ,134
De Montoya, 136
De Olmos, 134
De Polignac, M., 237
Dión Casio,
Dolitzki, 239
Donat, 59

Ennio, 58
Enrique III (Inglaterra), 140
Enrique IV (Inglaterra), 140
Epicuro, 147
Esdras, 221, 241

Eulogio, 60
Ezequías,

Felipe Augusto, 139
Felipe II (España), 200
Feuerbach, 18
Filón, 236
Flavio Josefo,236
Frischmann, 242

Gambetta, 242
Gengis Khan, 103
Goldoni, 132
Grégoire (abate), 113
Gregorio de Tours, 59
Gregorio el Grande, 59
Grimm, 24
Guillermo de Normandía, 139
Guillermo I Larga Espada (Normandía), 122
Guillermo II (Prusia), 253

Haeckel, 24
Haman, 33
Haroldo I (Noruega), 277
Haudricourt, 23
Hazzan, 252
Herder, 33
Herodes, 230
Herodoto, 68, 72
Herzl, 238, 253
Herzog, W., 18
Hesiquio, 72
Horacio, 146
Hugo, V., 242
Humboldt W. von, 24

Imber, 239
Isaías,
Isidoro de Sevilla, 59

Jacob, 219
Jejoyakim I, 221
Jerónimo, 59
Josué, 219
Juan sin Tierra, 140
Judá ben David, 236
Judá Haleví, 236
Judá Hanassi, 225
Juvenal, 147

Kim Il Sung, 144
Klausner, 247

Laban, 219
Lacordaire,172
Lhomond, 145
Lilienblum, 238
Littré, 50
Lucrecio, 147
Luzzatto, 237
Lyell, 24

Maimónides, 225, 259-260
Malherbe, 52
Malinche, 131
Marculfo, 59
Mario, 147
Mencio, 63
Mendele M. Sforim, 238
Mendelssohn, 237
Menes, 63
Michelet, 19
Moisés, 266, 269
Molière, 132
Montaigne, 50
Mozi, 63

Nabonid, 221
Nabucodonosor II, 221
Nance, 274
Nebrija (de241),
Nehemías, 221, 241
Nyerere, 160

Omar (califa), 140
Oseas, 219

Panini, 64
Patañjali, 64

Pizarro, 131
Plauto, 58
Polivanov, 191
Pott, 26

Quintiliano, 146, 147
Quinto Curcio, 72-73

Rahab, 219
Ramsés (dinastía de los), 63
Rask, 24
Renan, 242
Rhodes, 143
Rivera (general uruguayo), 201
Rollón, 102
Rosenzweig, 254,

Sa'adia ben Josef, 248
Saintavit, 237
Santeul, 237
Sauerwein, 274
Schulbaum, 248-249
Sedecías, 221
Séjonj (Corea), 143
Senaquerib,223
Séneca, 147
Silla, 147
Singer, I. B., 288
Smith, A. S. D., 274
Sokolow, 239
Suetonio,

Teodosio II, 231
Tiberio, 147, 148
Tito, 230
Tito Livio, 51, 72, 148
Trajano, 73
Tseu-Hi, 123

Ulfila,

Valerio Máximo, 147-148
Varrón, 58, 146
Velasco Alvarado, J., 198-199
Virgilio, 148, 237

Wessely, 237

Yehosuá de Nazaret (Jesucristo), 181, 227

Zamenhof, 22
Zhuang Zhou, 63

Sumario detallado

Sumario 9
Introducción 11

Primera parte
LAS LENGUAS Y LA VIDA

Capítulo 1. **Las lenguas, proveedoras de vida** 17

LAS SOCIEDADES HUMANAS Y LAS LENGUAS COMO FUENTES DE VIDA 17
El enigma del niño salvaje 18
Las lenguas, reflejos del infinito 18

LENGUAS ARTIFICIALES Y LENGUAS CON PULSO VITAL 19
Un viejo sueño: desafiar a Babel 19
Las lenguas naturales como poso de la vida 20
— Las lenguas contienen nuestra historia 20
— Las lenguas, huellas de memoria y testigos de vida: declaración de un enamorado 20

Capítulo 2. **Las lenguas, especies vivas** 23

EL VITALISMO EN LINGÜÍSTICA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX 23
Las lenguas como objeto de las ciencias naturales 23
— Schleicher, de la botánica a la lingüística 23
— F. Bopp y el principio de vida en las lenguas 24

Vitalismo lingüístico y transformismo, o el darwinismo y las lenguas 24
— Un acuerdo aparente 24
— Un malentendido, en realidad. La selección natural ... 25
— Las lenguas y la lucha por la vida 26
— El olvido de la dimensión histórica de las lenguas 26
La vida de las lenguas como evolución según un eje orientado 26
— Los tres tipos de lenguas para los lingüistas alemanes de la primera mitad del siglo XIX: lenguas aislantes, lenguas aglutinantes y lenguas flexionales 26
— La interpretación «evolucionista» 27

LA VIDA DE LAS LENGUAS, PARALELA A LA DE LAS SOCIEDADES HUMANAS. LA HERENCIA DE SCHLEICHER COMBINADA CON UN COMPONENTE ANTROPOLÓGICO 28
Las enseñanzas de H.-J. Chavée 28
A. Hovelacque y las lenguas como entidades vivas que deben ser reconstituidas desde la prehistoria 29
— La mirada antropológica 29
— El problema del origen de las lenguas y los inconvenientes de la Société de linguistique de París .. 29
— Los límites del naturalismo: los factores sociales e históricos como constituyentes necesarios de la vida de las lenguas 30
— La diversidad de las lenguas, símbolo de la vida 31

LA OTRA CARA DE LA VIDA 32

Capítulo 3. **La lengua y el habla**

LA OPOSICIÓN DE LA LENGUA Y EL HABLA EN LOS ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS 33
Antes de principios del siglo XX 33
Para F. de Saussure 33
— Las definiciones saussureanas 33
— Sobre un ajuste terminológico 35
— Una oposición demasiado radical 36
• Las aporías de una separación brusca 36
• Los puentes de la lengua hacia el habla 36
— El reconocimiento de un condicionamiento recíproco . 37

La noción de lengua muerta a la luz de la oposición entre lengua y habla: las lenguas muertas, estructuras sin voz, pero no sin existencia 38
Desaparición del habla no quiere decir muerte de la lengua 38
— A propósito de dos hechos sorprendentes 38
— Vivir y existir: dos situaciones distintas 38
Las lenguas, especies inmortales 39

Capítulo 4. **Las palabras y la lucha por la vida**

¿Por qué las palabras son mortales? 41
Una causa de la muerte de las palabras: los cambios económicos y sociales 41
— Las transformaciones de las técnicas y de la vida 41
— Las repercusiones sobre el vocabulario 42
• De algunos enterramientos 42
• Las causas morfológicas 43
• Las causas económicas y sociales 43
Otra causa de la muerte de las palabras: la ley del tabú y sus estragos 44
— El tabú sobre los nombres de los animales 44
— Las devastaciones del vocabulario 45
— Los eufemismos de comerciantes 46
Sobre dos causas de la desaparición de los sentidos 46
— Las circunstancias de la transmisión: la recreación del niño 46
— La disolución de lazos y el desorden de los sentidos .. 47
• El mecanismo de la pérdida 47
• El endeble, el vivo y el nido 48

Las hecatombes 49
Desaparición de palabras que a veces consiguen dejar huellas 49
— Los olvidos léxicos de edades preclásicas 49
— Los tristes balances del posclasicismo y de la época moderna 50
Desapariciones y sustituciones del sentido 51

Las ricas cosechas de la neología 52

Segunda parte
LAS LENGUAS Y LA MUERTE

Capítulo 5. **¿Qué es una lengua muerta?**

LENGUA MUERTA Y LENGUA CLÁSICA 57
¿Cuándo «murió» el latín? 58
— Latín literario y latín vulgar 58
— Las tres etapas de la «muerte» del latín 59
Sobre ciertas viejas lenguas de prestigio 62
— Copto 62
— Chino arcaico tardío 63
— Sánscrito y pali 64
— Guez 65
¿Es el árabe clásico una lengua viva? 65

LENGUAS MUERTAS Y SIN ESTATUTO CLÁSICO 67
Los casos de abundancia de documentos 67
— Sumerio, acadio, ugarítico, líbico 67
— Etrusco, lenguas indoeuropeas de Asia Menor (Anatolia) y del Turquestán chino 68
— Gótico 69
Los casos de documentación fragmentaria 70
— Lenguas célticas 70
— Aquitano 71
— Lenguas eslavas y bálticas 71
— Lenguas indoeuropeas de los Balcanes: pelasgo, macedonio, tracio, frigio e ilirio 72
— Lenguas del Asia anterior 74
— Cuchítico antiguo 74

Capítulo 6. **Los senderos de la extinción**

LOS TRES PERFILES DE LA DESAPARICIÓN 77
La transformación 77
La sustitución 77
La extinción 78

LA EXTINCIÓN POR ETAPAS 79
El defecto de la transmisión normal 79
— Falta total o parcial de educación en la lengua autóctona 79
— Ausencia de hijos entre los hablantes de una lengua como signo que anuncia su muerte 80
El bilingüismo de desigualdad y las lenguas en guerra 80
— Los estragos del contacto en situación de desigualdad . 80
— El enfrentamiento entre dos lenguas 81
Los subusuarios 81
La alteración de la lengua dominada y la denegación de legitimidad 82
— El quechua en Bolivia, frente al español 82
— La situación del criollo hablado en el Caribe 84
La invasión por el préstamo 85
— El núcleo duro y el léxico frente al préstamo 85
— La alternancia de los códigos 86
— El bilingüismo de desigualdad y el préstamo por parte de los subusuarios 86
• Los marcadores discursivos prestados, columna avanzada en dirección a la invasión léxica 86
• Los préstamos y la ofensiva en masa 87
• La onda rompedora de los préstamos: del léxico a la gramática 88
El proceso de erosión y los indicios de su desarrollo 89
— Perfil general del proceso 89
• Diversidad de situaciones 89
• Alteración del núcleo duro 90
• Pérdida de rasgos recesivos 91
• Nivelaciones analógicas, formulaciones diluidas 92
• Caso de expolición y de reducción de registros de estilo 92
• Supervivencia de estratos 93
• Fluctuaciones 93
• Los ancianos mudos 94
— Comparación con el caso de los pidgin 95
— Ritmo de erosión y conciencia de los hablantes 96
La ilusión por la vida 96
— Las intenciones de connivencia 96
— La creatividad de los subusuarios 97
• El aumento de invenciones 97

• Hablantes nativos y subusuarios 99
— Rigores puristas y fluctuaciones laxistas 100
• La conservación de usos ritualizados 100
• El purismo de los menos competentes 101
• Las hipercorrecciones 101

Capítulo 7. **La multitud de causas**

LOS TRES GRUPOS DE CAUSAS PRINCIPALES 103
Las causas físicas 103
— Muerte brutal de una lengua 103
• Por desaparición de todos sus hablantes: catástrofes naturales, genocidios, epidemias, migraciones 103
• Por desaparición de los últimos hablantes sin transmisión 105
— La ocultación por estrategia de supervivencia 105
— La deportación 106
Las causas económicas y sociales 106
— Presión de una economía más poderosa 106
— Creación de una clase social superior 107
— Lengua dominante y lengua dominada. Interpretación ecológica de los modelos socioeconómicos 108
— La selección natural 109
— Cazadores-recolectores y criadores-agricultores 109
— Declive de la vida rural 111
— Abandono de las actividades tradicionales 111
Las causas políticas 113
— Las lenguas inmoladas en el altar del Estado 113
• Los Estados y el plurilingüismo 113
• El Estado y el lingüicida 114
— Los instrumentos de ejecución diferida 114
• El ejército 115
• Los medios de comunicación 115
— El imperialismo del inglés 116
• La jerarquía de las lenguas 116
• La promoción del unilingüismo y de la mentalidad unilingüe 116
• La escuela anglófona en Norteamérica, maquinaria de muerte para las lenguas indias 117

• Idénticos comportamientos e idénticos éxitos en Australia 118
— La presión política ejercida por lenguas diferentes al inglés sobre «pequeñas» lenguas 119
— Las sustituciones múltiples 120
— Los invasores invadidos 121

LA PÉRDIDA DE PRESTIGIO Y LA MUERTE DE LAS LENGUAS 124
El prestigio, moneda de cambio en el mercado de las lenguas 124
— El prestigio y las lenguas 124
• La transferencia de atributos 124
• Extinción del galo 125
• Declive del irlandés y del escocés 125
• El prestigio y la bolsa de las lenguas 125
— Las varas de medir y la pérdida de prestigio 126
• La asociación con la vida campesina y con el pasado 126
• La pulsión mimética con respecto a los emigrantes que regresan 126
• La falta de conciencia nacional 127
• La ausencia de tradición literaria 127
— Los estigmas de la vergüenza 128
• La ilusión de inadecuación 128
• El abandono de una lengua envilecida 128
— Una consecuencia brutal de la pérdida de prestigio: el abandono voluntario 129
• La decisión pública de los yaaku 129
• Otros casos de negación 129
— Los cambios de fortuna: lenguas de los aztecas y de los incas, o del prestigio a la sumisión 130
— La promoción de las lenguas de relación 131
• La *lingua franca* 131
• La promoción comercial espontánea 132
• La promoción política esperada 133
• Las decisiones de los conquistadores y de la Iglesia misionera 134
• El ruso, lengua de relación en la Unión Soviética ... 136
• Las implicaciones y consecuencias de la opción del inglés 137

Las rivalidades de prestigio y sus efectos sobre el destino de las lenguas 138
— Cuando los préstamos masivos no acarrean la absorción 138
• El anglonormando y la tenacidad del inglés 139
• El persa y el turco a prueba del árabe 140
• La afirmación del japonés, del coreano y del vietnamita frente a la presión del chino, matriz cultural de Asia oriental 143
— Cuando el bilingüismo sólo implica a las élites: el griego en Roma, en tiempos de Cicerón 144
• Acerca de dos célebres frases de Julio César 144
• El griego, primera lengua de los patricios romanos .. 145
• Las ambigüedades del bilingüismo en Roma (finales de la República y comienzos del Imperio) ... 147
• El griego y las masas romanas 148

ACERCA DE ALGUNAS CIRCUNSTANCIAS «FAVORABLES» PARA LA EXTINCIÓN DE LAS LENGUAS 149
El purismo y la falta de normalización 149
— Las aporías del purismo 149
• La exaltación del fondo léxico autóctono 149
• El rechazo del préstamo y su efecto perverso: el abandono 150
• Las circularidades de la reivindicación purista 150
— El desorden de los códigos no normalizados 151
La ausencia de escritura 152
El estado de nación minoritaria 153
— El estatuto de las minorías entre las naciones homogéneas 153
— El sentimiento de identidad como forma de reducir el efecto del pequeño número 154

Capítulo 8. **El balance**

DEFINICIONES Y CRITERIOS 157
Evaluación del número de lenguas habladas actualmente en el mundo 157
Relaciones entre el estado de la lengua amenazada y diversos parámetros 158

— Lenguas en peligro y lenguas amenazadas 158
— Relación entre lenguas amenazadas y subdesarrollo, y entre lenguas amenazadas y número de lenguas 158
— Relación entre número de lenguas y subdesarrollo 159
— Relación entre salud de lenguas y número de hablantes 160
• Correlación entre débil volumen demográfico y mala salud lingüística 160
• Correlación entre número de lenguas amenazadas y número de comunidades restringidas 161
• Utilización del número de hablantes como elemento diferenciador 162

DATOS NUMÉRICOS SOBRE LA EXTINCIÓN DE LAS LENGUAS EN DIVERSAS PARTES DEL MUNDO 162
Datos generales 162
— Lenguas de países plurilingües 162
— Caso concreto de países con lengua dominante única 163
Datos particulares: extinción de lenguas in situ 164
— ¿Todas las lenguas extinguidas lo están realmente? ... 164
— África 164
— América, en sus distintas zonas 166
• Iberoamérica 166
• Norteamérica 168
— Siberia 168
— Lenguas andaman 168
— Sudeste asiático: lenguas tibetano-birmanas, austro-asiáticas/mon-jemer, thai, miao-yao y austronesias continentales. Japón 169
— Indonesia 169
— Papúa-Nueva Guinea 169
— Australia 170
— Filipinas y Taiwan 170
Casos concretos de extinciones de lenguas en diáspora 171
— Numerosos ejemplos en el mundo 171
— Sobre la suerte de las francofonías de Terranova y Ontario 171
— Sobre la historia del noruego en Estados Unidos 172
Lenguas de insulares, lenguas regionales y lenguas judías .. 173

— Lenguas de pequeñas islas costeras, o las variedades moribundas de lenguas con buena salud 173
— Lenguas regionales 174
— Lenguas judías 174

LO QUE SE PIERDE CUANDO LAS LENGUAS MUEREN 175
Lengua y cultura 175
— La coartada de la adaptación 175
— Las actividades verbales y la cultura 176
Las lenguas y el género humano 177
— Prodigios de las lenguas iniciáticas 177
— Cinco maneras de correr y otras tantas de estar sentado 178
— La división del trabajo lingüístico 179
— El reagrupamiento sutil de los sentidos 180
— La riqueza de maneras de no asumir 181
— Las enseñanzas de la diversidad 181
• El ejemplo amerindio 181
• Si sólo existiera el inglés... 182
• La extinción de las lenguas y la ciencia lingüística ... 183
El perjuicio ecológico y genético 183

Capítulo 9. **Factores de mantenimiento y lucha contra el desastre**

LOS FACTORES DE MANTENIMIENTO 185
La conciencia de identidad 185
La vida separada: hábitat particular, aislamiento y comunidades rurales 186
— El hábitat autóctono 186
— La opción del gueto y la endogamia 187
— La vida rural 187
• Apartados de grandes ejes y ríos 187
• El mantenimiento por una prosperidad repentina: valle de Aosta y Tirol del sur 188
• Las grandes lenguas de la unión hindú, las menores y el papel de las ciudades 189
La cohesión familiar y religiosa 190
La escritura 191
El unilingüismo 191
La mixtura 192

— Comunicarse en la isla del Cobre 192
— Otros casos de hibridación 193

LA LUCHA CONTRA EL DESASTRE 194
La escuela 195
— El renacimiento del maorí 195
— La lucha por el hawaiano 196
— Las tribulaciones del irlandés 196
— Las lenguas de Siberia 197
La oficialización 197
— Lengua oficial y lengua nacional. Del luxemburgués y del retorromance 197
— Tímidos balbuceos en Norteamérica 198
— Las luchas de las lenguas por su reconocimiento en Iberoamérica 198
• El náhuatl, el aymara y el quechua en el callejón 198
• El guaraní en la gloria 199
La implicación de los hablantes 201
— Estados Unidos y Canadá 202
• «US English» y las reacciones indias 202
• La reanimación del mohaqués 203
• El hualapai y la experiencia de Peach Springs 204
— Guatemala y Nicaragua 204
El papel de los lingüistas 205
— Las tareas habituales del lingüista profesional y el tributo al terreno 205
• Los trabajos eruditos 205
• La urgencia del combate contra el tiempo 206
• La vocación eminente de testimonios y apoyos: libros, grabaciones sonoras e Internet 207
• El esfuerzo compartido de estandarización 207
— La acción junto a los hablantes 208
• Ayudar a tomar conciencia 208
• Ayudar a reanimar 209
— Las exigencias de los mayas 209
La voluntad de los hablantes de abandonar su lengua 211
— Un solo en otra tonalidad 211
— La defensa con motivaciones políticas o económicas .. 212
— La libertad de elección 212

Tercera parte
LAS LENGUAS Y LA RESURRECCIÓN

Capítulo 10. **El hebreo: de la vida a la muerte y de la muerte a la vida**

La lengua de los hebreos en el antiguo Israel 217
Una lengua que, desde hace más de 3.000 años, se llama «hebreo» 217
El hebreo prebíblico 218
El hebreo bíblico, como cualquier lengua: duración, cambios, dialectos y préstamos 219
— La edad de oro del hebreo bíblico 219
— Evolución histórica. Diversificación dialectal. Préstamos 219
— Escritura del hebreo 220
El principio del fin: el exilio de Babilonia y sus consecuencias lingüísticas 220
— La toma de Jerusalén y el exilio 220
— El regreso del cautiverio en compañía... del arameo ... 221
— Fortuna del arameo 222
El hebreo posterior al exilio y la influencia del arameo 223
— Hebreo y arameo 223
— Presión del arameo 223
— Literatura bíblica posterior al exilio; hebreo hablado tras el regreso del cautiverio y la restauración 224
El hebreo míchnico 225
— Una etapa en la historia del hebreo hablado 225
— La lengua míchnica, forma arameizada del hebreo 226
¿Cuándo dejó de hablarse el hebreo? 226
— ¿En qué lengua se expresaba Yehosuá de Nazaret (= Jesús)? 227
— Siglo I de la era cristiana: bilingüismo hebreo míchnico-arameo en la mayor parte de los hebreos; trilingüismo hebreo míchnico-arameo-griego en las élites urbanizadas 227
• El bilingüismo de masas 227
• La helenización de las élites y el trilingüismo 228
• El breve sobresalto antihelénico de los macabeos ... 228
• El judeoarameo 229
— La destrucción del segundo templo y el comienzo de la dispersión 229

— La revuelta de Barcoquebas y las últimas palabras conocidas pertenecientes al hebreo míchnico vivo 230
• El hebreo míchnico y el arameo en la escuela de Yabneh 230
• La revuelta de Barcoquebas y las cartas en hebreo .. 230
• El *Talmud*, el arameo y el fin del hebreo míchnico .. 231

LAS LENGUAS JUDÍAS, LA MUERTE DEL HEBREO EN EL USO ORAL Y SU CONSERVACIÓN EN LA LITERATURA 232
El arameo, el nacimiento de las lenguas judías y el estatuto del hebreo en la diáspora 232
— El arameo decae a partir del siglo VII, frente al árabe, pero hoy, después de 3.000 años, sigue resistiendo a la muerte 232
— Las lenguas de los judíos en los países de Levante tras la conquista árabe 233
— Las lenguas de los judíos en Europa y en el Magreb ... 233
• Lenguas de los judíos de África, España y otros países de la diáspora 233
• Judeolenguas 234
— El latín y la continuidad/el hebreo y la ruptura 234
El hebreo medieval 235
— Hebreo bíblico, hebreo míchnico, hebreo medieval y hebreo moderno 235
— El hebreo en la literatura diaspórica hasta el siglo XVIII 236
— El hebreo y la *Haskala* 236
— El hebreo escrito a partir de mediados del siglo XIX ... 238
— El hebreo ya no estaba vivo, pero tampoco estaba muerto 238

LA RESURRECCIÓN DEL HEBREO 239
La intuición de Ben Yehuda 239
— La quietud sagrada y las agitaciones profanas 239
— El pueblo judío, el hebreo y la independencia nacional: una constante milenaria 240
Los principios de la acción antes de la salida 242
— La estancia en París y la *Llamada* 242
— La carta a Smolenski: 1880 243
— Ben Yehuda y los proyectos lingüísticos de los judíos de su tiempo 244

• Actitud de los judíos de Europa, en el siglo XVIII, frente a la existencia de dos lenguas: una escrita y otra hablada 244
• Gloria del yiddish en el siglo XIX 244
• Los riesgos de fractura: la secularización de la lengua sagrada frente a las conquistas literarias del yiddish, o los judíos de Europa central y oriental en posesión de dos lenguas de identidad 245
• La propuesta de Ben Yehuda 245
La acción en Palestina 246
— Los comienzos: el hebreo en familia, el periodismo ... 246
• La primera familia hebreófona del mundo moderno . 246
• El periodismo 247
— La continuación de la acción en Palestina: la enseñanza del hebreo (en hebreo) en el parvulario como factor esencial del renacimiento de la lengua 247
— La etapa siguiente a la acción en Palestina: el gran diccionario de la lengua hebraica antigua y moderna .. 248
• Un trabajo no superado hasta la fecha 248
• Las aportaciones personales de Ben Yehuda, inventor de palabras 250
— El último aspecto de la acción en Palestina: el Comité de la lengua; el renacimiento del hebreo es obra colectiva 251
— Adversarios y detractores 253
• El combate contra las otras lenguas, como el alemán 253
• El anatema de los religiosos 254
• Del divorcio entre lingüistas y filósofos de la religión en cuanto a qué es una lengua 255
— La última concesión de Ben Yehuda 256

DE ALGUNAS PARTICULARIDADES DEL HEBREO ISRAELÍ 257
Una empresa única en la historia de las lenguas 257
— El voluntarismo de los pioneros y la afirmación de identidad 257
— Una lengua hablada construida a partir de un conjunto de lenguas escritas 257
— Reviviscencia, más que renacimiento 258
El hebreo como base y como modelo dominante 259

— Fidelidad al hebreo 259
— La hebraización de los préstamos 260
— La ideología puede modelar una lengua 261
— Hebreo israelí y esperanto 261
Occidentalidad del hebreo israelí 262
— La parte de judíos europeos: prestigio de las lenguas europeas y del judeoarameo. Falta de prestigio de las lenguas de Sefardim: judeoespañol y dialectos judeoárabes 262
• Presiones del ruso y del yiddish, lenguas de Asquenazim 262
• Estatuto del judeoarameo 263
— La pronunciación del hebreo israelí: oficialmente sefardí, pero en la práctica, asquenazí 264
— La expresión de la afectividad: los diminutivos, las carencias del hebreo y la presión de las lenguas de los judíos europeos 264
— La expresión de la identidad por la acentuación de palabras 265
— El aflujo masivo de componentes nominales 266
— Las libertades tomadas con el sentido: el hebreo israelí, lengua semítica por su morfología y europea por sus calcos semánticos 267
• Las manipulaciones del sentido y el desorden del sistema de conceptos 267
• Los calcos paronímicos y retruécanos 268
— La secularización de los términos religiosos 268

DESTINOS DEL HEBREO 269
La diglosia, o las faltas y la vida 269
El maremoto de la anglofonía 271

Capítulo 11. **Renacimientos, lenguas nuevas, criollos, promociones**

RENACIMIENTOS LOCALES 273
Perseverancia en Cornualles 273
El gaélico escocés y la lucha de los promotores 274
Renacimiento del yiddish 275

NACIMIENTO DE UNA LENGUA EUROPEA Y DE VARIAS LENGUAS CRIOLLAS 277
El bautismo del neonoruego 277
Los siglos XIX y XX, edades de oro de nuevos criollos 278
— La privación de lengua y el nacimiento de los criollos . 278
• Las lenguas europeas como prestadoras de vocabulario 278
• ¿Sustrato africano o *bioprograma*? 279
• Los criollos como reacción humana a la muerte de las lenguas 279
— La invención de nuevos criollos en la época contemporánea 280
• Los nuevos criollos-pidgin de origen africano en África central 280
• Los pidgin árabes en África 282
• El nagamés, pidgin-criollo de las altas montañas indobirmanas 282
• El tetun-praça, lengua mixta de los timorenses 283

LA PROMOCIÓN POLÍTICA DE UNA LENGUA COMO FACTOR DE VIDA RENOVADA: HISTORIA MODERNA DEL CROATA 284

Conclusión 287
Bibliografía 293
Índice de nociones 301
Índice de lenguas 305
Índice de nombres 313